

LA VOZ DE LOS ADOLESCENTES

Javier Elzo



PPC


JAVIER ELZO

LA VOZ DE LOS ADOLESCENTES



Diseño: Carmen Corrales

Estudio SM

© 2008, Javier Elzo Imaz

© 2008, 2010, PPC, Editorial y Distribuidora, SA

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN: 978-84-288-2208-4

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

INTRODUCCIÓN

Los jóvenes y los adolescentes son como son, en gran medida en razón del momento que les ha tocado vivir. Muchas veces, cuando se hacen comparaciones de los adolescentes de hoy con los de hace veinte, treinta o más años, nos olvidamos de que hace veinte, treinta y más años la sociedad en la que crecieron los adolescentes de entonces era bien distinta a la sociedad que hoy les está tocando vivir. Todos los niños desde hace siglo y medio más o menos en el mundo occidental, en su tránsito hacia la edad adulta, han pasando por la adolescencia y la juventud. Antes, la gran mayoría pasaba de la infancia al mundo del trabajo directamente. La adolescencia y la juventud son fenómenos relativamente recientes en el devenir de la humanidad. Pero, desde que hay adolescentes, como categoría sociológica, hay que señalar con fuerza que su tránsito por esa etapa viene marcado por un invariante que les viene impuesto: la sociedad concreta en la que crecen. Una sociedad que tiene sus valores, sus estructuras familiares, sociales, económicas, políticas etc., estructuras y valores en las que los adolescentes, hasta la edad adulta, solamente las viven prácticamente sin capacidad de incidir en ellas. Aunque no todos se acomoden de la misma manera, ni mucho menos.

Muchas veces oímos decir que los jóvenes de hoy no son como los de ayer, y generalmente añadimos un comentario que suele ser negativo para los jóvenes de hoy: no tienen valores, no respetan a los mayores, solo piensan en divertirse, no saben beber y parece que buscan emborracharse sin más, comen la sopa boba en casa hasta que son muy mayores, etc. Muchas veces olvidamos que el contexto, lo que más arriba he señalado como estructuras y valores, está cambiando. En realidad, para ser justos –en el doble sentido de la palabra–, competentes en el conocimiento y éticos en el juicio, siempre que hacemos comparaciones entre los jóvenes «de ahora» con los de «antes» deberíamos hacer también la comparación entre las sociedades de antes y de ahora.

Dicho esto, también sostengo que los adolescentes de hoy, de estos últimos diez años, si no menos, presentan algunos rasgos diferenciales que me permiten pensar y afirmar que estamos ante «nuevos adolescentes». Nuevos en el sentido de que, teniendo que afrontar una realidad nueva, evidentemente están dando respuestas nuevas en su crecimiento y en su tránsito hacia el mundo adulto. En las investigaciones en las que he participado en lo que llevamos de siglo, en la Fundación Santa María, en mi Universidad de Deusto, en la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD), en los

Departamentos de Educación e Interior de la Generalidad de Cataluña, etc., así como en los libros que he publicado en ese período de tiempo, he intentado, junto a otros investigadores, dar respuesta a este doble reto: mostrar cómo son adolescentes y jóvenes de hoy en razón del contexto social, cultural, económico, demográfico... que les está tocando vivir, y aportar análisis y explicaciones que ayuden a dar cuenta de lo que está sucediendo.

Este libro parte de esos trabajos y pretende, con el menor número de tablas posible – para que esto no sea un informe sociológico más–, avanzar en esta reflexión con el objeto de aportar algunas claves que ayuden a entender mejor al adolescente de hoy. Fiel al planteamiento que acabamos de esbozar, en esta introducción vamos a presentar sucesivamente cuáles son los elementos estructurales del nuevo siglo que configuran al nuevo adolescente español de hoy. En un segundo paso, en esta misma introducción ofreceremos un perfil robot de ese adolescente. Obviamente, tanto los elementos configuradores del adolescente como su perfil central, basados en los trabajos arriba evocados, no pueden ser sino telegráficos, pues su desarrollo ocuparía todo el libro. Pero, al enmarcar así a los adolescentes, permitimos al lector tener una visión sintética de qué está pasando en los adolescentes de hoy a la par que se subrayarán algunas de sus notas centrales. Es precisamente este subrayado el que nos ha guiado a la hora de delimitar el guión del libro y el tenor de cada uno de los capítulos que lo conforman, así como algunas de las cuestiones que quedan fuera, fundamentalmente por razones de espacio. Cuando, al final de esta introducción, presentemos el guión del libro, lo precisaremos. Comencemos ahora con la presentación de los elementos de todo orden que están modelando al adolescente de hoy para, a continuación, ofrecer una visión sintética de su perfil medio, al modo ideal-típico weberiano.

1. Algunos elementos estructurales del nuevo siglo que están conformando a los adolescentes de hoy

Son menos que hace diez o quince años. El año 1975 terminó el baby boom en España. Luego, a partir de comienzos del año 1990, el descenso del número de adolescentes ha sido la tónica. El descenso de la natalidad continuó su curva descendente hasta la entrada de los emigrantes al final de la misma década de finales del siglo pasado. De ahí que la mayoría de los adolescentes de hoy son hijos únicos.

La adolescencia se ha extendido. Comienza antes y termina más tarde. El tránsito de la infancia a la adolescencia tiene lugar a edades cada vez más tempranas, mientras que los adolescentes se instalan en su condición de tales durante más años, retrasando su paso a la edad juvenil y, por ende, a la edad adulta. Hay una adolescentización de toda la

sociedad española.

Los jóvenes viven en plena revolución tecnológica, en el campo de la comunicación sobre todo (chats, móviles, Messenger, Internet...). En algunas zonas de España ya tenemos datos que nos muestran que Internet ha superado a la televisión como espacio de entretenimiento y como agente de socialización.

¿Hasta dónde cabe generalizar la situación del chico encerrado en casa, frente a su ordenador, en intercambio virtual, entretenido en juegos? ¿Qué incidencias puede tener en el uso del tiempo libre? ¿Cómo cabe situar al ordenador frente o junto a la televisión, la calle, el botellón, las discotecas...? ¿En alternativa o más bien en complementariedad y yuxtaposición, como hipotetizamos?

El esquema chicos/chicas es diferente. Hay un igualitarismo ya asumido por los adolescentes. Pero, entre los chicos, las referencias «feministas» no son aceptadas, y entre algunos –¿los más débiles?– provocan rechazos y pueden ser fuente de agresión.

Sin embargo, las lecturas de los chicos y chicas son, en la actualidad, tan diferentes o más que cinco años atrás, marcándose la identidad de género pese al igualitarismo legal y verbalmente propugnado.

La violencia juvenil sigue siendo mayoritariamente masculina, pero la violencia adolescente femenina tiene ya alguna consistencia estadística. Por otra parte, el fenómeno del bullying ha irrumpido en las aulas escolares hasta el punto de que ha dejado en un segundo plano otras cuestiones en torno al aprendizaje. Además, una proporción considerable de escolares señalan tener miedo en la escuela y solicitan más disciplina.

Ahora hay más trabajo y el paro, incluso juvenil, está en cotas bajas. Los adolescentes que están a disgusto en los centros docentes perciben que pueden encontrar rápidamente un puesto de trabajo. Particularmente los que habitan en zonas turísticas. Aunque muchas veces el trabajo sea temporal, de baja calidad y muy mal pagado, para un adolescente de 18 años es mucho dinero.

Pese a los esfuerzos de los dos últimos años, la vivienda sigue siendo cada vez más cara y la emancipación económica cada vez más avanzada, rondando la edad de los hijos cuando se emancipan los 30 años.

Las familias, a pasos agigantados, están cada vez más fragilizadas y son cada vez más inestables. Los adolescentes de hoy son los primeros que, en proporciones estadísticamente relevantes –cerca de uno de cada dos el año 2006– viven la separación o divorcio de sus padres.

Afortunadamente, cada día hay más mujeres en el mundo laboral, aunque su distribución en unas y otras tareas me temo que está dando paso a otra dualidad laboral, cuestión que solo apunto, pues no puedo ocuparme en este trabajo de esa cuestión. Lo

que nos interesa significar es que al salir la mujer de casa –la madre, en concreto–, una figura clave de la familia tradicional española está desapareciendo ante nuestros ojos: el ama de casa. Como, por otra parte, el padre no ha entrado en casa, al menos en la proporción en la que ha salido la madre y los abuelos ya no habitan en los nuevos núcleos familiares (ni otros miembros de la familia, como tíos o tías, etc.), constatamos que niños y adolescentes de hoy se encuentran la casa vacía cuando llegan de la escuela. Es la generación que más sola está creciendo, produciéndose así una autoformación a través básicamente del grupo de amigos y los diferentes medios de comunicación, con Internet cada más a la cabeza, insistimos.

España es ya un país de inmigrantes, aunque con niveles de implantación y también de origen geográfico distintos en unas y otras Comunidades Autónomas. En los centros escolares hay cada vez mayor diversidad geográfica, étnica y racial, lo que conforma una escuela y una educación que se diferencian no poco de la que tuvieron sus propios padres. La situación en las escuelas con adolescentes de diferentes nacionalidades, aun con la riqueza de convivir con personas de otras culturas, plantea nuevas dificultades.

Está completamente abierta la cuestión del tipo de interacción de los inmigrantes con los autóctonos y de los inmigrantes entre sí. ¿Hay riesgo de creación de guetos por afinidades nacionales? ¿Hay riesgo de comunitarismo, como en Francia?

Vivimos un período de trivialización del cannabis, que de facto es una droga legal, dada la extrema facilidad con la que la obtienen los adolescentes y la alta proporción de los que, al menos, la han experimentado en la adolescencia. ¿Sustituto del tabaco como el alcohol lo fue en un breve período de tiempo, de la heroína y drogas «duras» tras la aparición del sida a finales de los ochenta, para después yuxtaponerse? De hecho, lo que observamos en el momento actual es que hay un apuntalamiento del modelo festivo del consumo de alcohol al que va asociado, con demasiada frecuencia, el de las drogas jurídicamente ilegales, pero socialmente omnipresentes, de las que el cannabis tiene un protagonismo mayor. Sin olvidar la cocaína, también entre adolescentes, y otros productos, heroína incluida, estos dos últimos años. Durante los años 2005-2006, España registró los máximos históricos de consumo de prácticamente todas las drogas y alcohol. Varios estudios de 2007 y 2008 coinciden en que se está produciendo un ligero descenso, aun con excepciones, como la heroína, que ha vuelto en proporciones similares a los primeros años ochenta del siglo pasado, aunque consumida no mediante jeringuillas, vía parenteral.

Además hemos vivido un cambio del paradigma finalista en el tema del alcohol y las drogas. De poner el acento en el no consumo se ha acentuado el consumo más seguro o, quizá más exactamente, menos lesivo una vez consumido. Hemos vivido una difuminación de la política de prevención hasta en los discursos, para dejar paso al auge

de la política de reducción del daño. Afortunadamente ya estamos entrando en una tercera etapa en la que, sin obviar la política de la reducción del daño en sus aspectos más positivos, hay una vuelta actualizada y reformulada hacia otra política preventiva. Y, al fin, aunque de forma tímida y con orientaciones vacilantes, la dimensión del beber adolescente está ocupando la plaza que merece en las políticas de juventud. Pero queda mucho, muchísimo camino por recorrer, que, sin la menor duda, los actuales adolescentes lo vivirán ya en la edad adulta.

Por último, pero no por ello menos importante, anotemos que al terrorismo doméstico de ETA (del que se dice hace décadas que está en fase terminal) hay que añadir el terrorismo internacional (en fase germinal), que ya dejó las primeras tragedias en España en la matanza de Madrid de marzo de 2004. La sociedad se está acomodando, en pro de la seguridad (auténtico fetiche de la primera década del nuevo milenio), en recortes de la libertad y, sobre todo, en un aumento de controles en determinados medios de transporte (aviones sobre todo) así como en las transferencias bancarias, sin olvidar la multiplicación de cámaras de video-vigilancia, cámaras cuya colocación en zonas de *kale borroka* y bajo control judicial, no más lejos que en la última década del siglo pasado originó un amplio debate en el mundo judicial y político. La evolución en este punto, para sorpresa y preocupación de quien suscribe, está pasando de forma inadvertida para la mayoría poblacional y, obviamente, afecta a las nuevas generaciones, más timoratas, más proxémicas y menos tolerantes con el diferente.

Este último apunte nos lleva la segunda parte de esta introducción: qué perfil mayor podemos diseñar de los adolescentes de hoy.

2. Hacia un retrato robot del adolescente y del joven español de hoy: sus querencias, sus miedos, sus esperas, sus límites

Centrados en lo próximo, en lo actual, en lo cercano, en lo cotidiano, la historia como pasado no les interesa más que anecdóticamente, y el futuro, que lo quieren alejar lo más posible, lo vislumbran con más temor en lo personal que en lo profesional. (Aunque, en este punto, aún más que en los demás, no hay juventud, sino jóvenes.) Asimismo, frente al «gran discurso», a la explicación holista, global (que se les escapa por inasible conceptualmente), prefieren el «pequeño relato», la concreción del día a día, la respuesta a sus cuestiones habituales. Sin embargo, las grandes preguntas, no explicitadas, no formuladas temáticamente, están ahí, en lo más profundo y en la periferia de ellos mismos: quién soy yo, de dónde vengo, a dónde voy, qué sentido tiene mi vida, por qué hacer el bien, si el mundo se acaba aquí, si hay un más allá... Es un grave error pensar que los adolescentes no se plantean estas cuestiones. No con el lenguaje en el que yo me

expreso, sino en el suyo propio, obviamente. Pero cuando se les formula la cuestión en el lenguaje adulto, como lo hemos mostrado en un estudio de SM, lo captan perfectamente y responden –una mayoría de más de dos tercios–, aun con intensidades distintas, con la afirmativa.

Los adolescentes y los jóvenes se dicen libres, pero están atados a la familia, a la escuela, al grupo de amigos, a la moda, a los artilugios informáticos, pegados al móvil, con la obligación de divertirse... Frente a la necesidad vivencial de estar siempre ocupados, incitados, solicitados, «en marcha», sienten pavor de la soledad, del aburrimiento, del silencio.

Rechazan todo principio ético que se pretenda absoluto, sostienen el relativismo radical, al modo de moral libertaria, pero buscan, consciente o inconscientemente, un absoluto que les dé sentido y razón de ser de sus vidas. En una sociedad que ya ha dejado atrás la secularización para adentrarse en nuevas sacralidades, estas ocupan cada vez más espacio en el universo adolescente.

Son más tolerantes que, propiamente hablando, solidarios. La aceleración de la vida, su incertidumbre hacia el futuro, el imperio de lo efímero, la socialización débil y dispersa (cual xirimiri vasco) hacen que la solidaridad, cuando se da, sea puntual, a lo sumo temporal, con fecha de caducidad.

Están atrapados entre una publicidad omnipresente que hace de ellos una de sus dianas preferidas y la condición adolescente, también en los jóvenes (experimentar todo, sin responsabilidad, abrirse a la vida, autonomizarse de sus padres, quererlo todo sin dilaciones...), les aboca al consumerismo frustrante y enloquecedor (cuyo único límite está en el dinero disponible).

La noche de los fines de semana, puentes, acueductos y vacaciones (especie de fin de semana prolongado) es su espacio propio, falsamente no normativo, que lo perciben en oposición al del tiempo normativo diurno del resto de la semana, cual largo espacio intermedio entre dos «fines». En el espacio «finde», la única norma la impone la «amable» presión horizontal de los pares, el cuerpo y el bolsillo.

El preservativo es otro icono de la juventud actual. Símbolo del placer y de la muerte, de la seguridad (contra el sida y los embarazos no deseados), quitamiedos ante el encuentro de fortuna, se da de bruces con su anhelo de amor gratuito, fiel y confiado, de la entrega sin barreras. El preservativo es un icono de seguridad, en absoluto de fidelidad (gran valor juvenil), luego tampoco de felicidad.

Dentro de un sistema de valores omnicomprendivo y que atraviesa todas las edades, participan poco, sin embargo, del universo cultural de los mayores, especialmente del de los mayores ilustrados. En realidad tienen sus revistas y espacios de radio y televisión propios. Más allá del mundo deportivo, más en los chicos, y en el del famoseo y la

moda, más en las chicas, apenas coinciden (en la simbología primaria) con los adultos del mismo género. Obviamente, ni los adultos ni los jóvenes, hombres y mujeres, aceptarán esta reflexión y exigirán mil matices que, aunque aceptables en más de un caso, no invalidarían, naturalmente a nuestro juicio, lo esencial de la reflexión anterior. Sí, no hay una subcultura juvenil en una sociedad en la que la cultura dominante está bastante estandarizada (bienestar, individualismo y familia soñada, siendo los tres ingredientes centrales), pero, así y todo, buscan su nicho propio, ese espacio en el que ellos, los adolescentes y jóvenes, sean los sujetos y los objetos. Si no únicos, sí los protagonistas principales. Claro que cabe decir lo mismo de los mayores, quienes (haciendo abstracción, hasta donde sea posible, de la edad) tienen más similitudes con los jóvenes que con los adultos.

En su universo simbólico más elemental encontramos iconos como los móviles, determinadas prendas de vestir, la apariencia física, la asistencia a conciertos y la devoción por esta o aquella forma musical, por determinados viajes, etc. Todos estos iconos son como elementos de identificación, pertenencia grupal y de condición social. También algunos deportistas (casi exclusivamente en los chicos), cantantes y modelos (más en las chicas) aparecen como referentes simbólicos en su nivel más elemental. Pero sería un error quedarse en ese nivel elemental. Aun de forma soterrada, implícita y para nada tematizada, salvo en escasos momentos que solo el cariño y la atención paciente e inteligente del adulto son capaces de detectar, en un nivel más profundo encontramos otros iconos en los jóvenes. La paloma de la paz es uno de ellos. La Madre Teresa lo fue. Como Juan Pablo II en algunos. Reflejan la demanda de actitudes básicas como el amor gratuito, la capacidad de escucha, la lealtad, la espiritualidad... También la querencia por comportamientos desprendidos, como en los que se involucran en una ONG, los que se van un año a un país necesitado... sin olvidar, en más de uno y de dos, la vocación religiosa, ciertamente vista en mayor grado con admiración heroica que como modo de vida atrayente, precisamente por heroica, como cosa de otros, vedada por definitiva, sin retorno, para él o ella. Además, en el caso de ella entran otros componentes propios de su difícil condición de mujer en la Iglesia.

Los jóvenes propugnan con mayor énfasis las «virtudes públicas» que las «virtudes privadas». Así, la permisividad cívica es cada vez menor (con la excepción de las molestias que originan los fines de semana), a la par que son más tolerantes con la mayoría de las virtudes privadas, como el aborto, el suicidio, la eutanasia (que lleva años siendo más legitimada que el aborto) y el divorcio, pero lo son cada vez menos con las «aventuras fuera del matrimonio», dato este que siempre he interpretado como una implícita demanda de fidelidad, de norte y hasta de seguridad.

En fin, otro rasgo central de estos adolescentes y jóvenes es el de su implicación

distanciada respecto de los problemas y las causas que dicen defender. Incluso en temas frente a los cuales son adalides, como el ecologismo y el respeto por la naturaleza, por señalar un caso paradigmático, no puede decirse que conforme, salvo en grupos muy restringidos, un campo de batalla, una utopía sostenida en el día a día, en la acción libremente decidida a la hora de ocupar las preocupaciones y el tiempo disponible. De ahí la importancia del uso del tiempo libre los fines de semana. En los actuales jóvenes hay un hiato, una falla entre los valores finalistas y los valores instrumentales. Los actuales jóvenes invierten afectiva y racionalmente en los valores finalistas (pacifismo, tolerancia, ecología, exigencia de lealtad, etc.), a la par que presentan, sin embargo, grandes fallas en los valores instrumentales sin los cuales todo lo anterior corre el gran riesgo de quedarse en un discurso bonito. Me refiero a los déficits que presentan en valores tales como el esfuerzo, la autorresponsabilidad, el compromiso, la participación, abnegación (que ni saben lo que es), el trabajo bien hecho, etc. De ahí que la tolerancia y la solidaridad, como concluí en mi anterior libro en PPC sobre los jóvenes y la felicidad, queda más en mera querencia, más en un deseo que en realización concreta si no va acompañada de valores instrumentales. Tanto si nos referimos a la dimensión socrática de felicidad, que la alía a la virtud –pero en la virtud realizada, no en la virtud meramente propugnada–, como en la dimensión cristiana de felicidad que podemos encontrar en el juicio final de Mateo 25, cuando se invita a la felicidad eterna a quienes dieron de comer al hambriento, de beber al sediento, hospedaron al forastero, vistieron al desnudo y visitaron al enfermo o al encarcelado...

3. Una investigación específica

Este libro, como indico en el apartado siguiente, es fruto de otros muchos estudios, reflexiones, debates y discusiones en los que he participado estos últimos años. Pero para este libro he procedido a una encuesta particular.

Para tener una base directa de lo que pensaban los adolescentes de varias de las cuestiones que abordo en este libro, pasé un cuestionario bastante completo que los alumnos rellenaron en el aula escolar. No buscaba representatividad estadística. Esta ya me la ofrecían los estudios sobre adolescentes y jóvenes que manejo, particularmente los de la Fundación Santa María. Pero quería tener, más allá de datos, las opiniones, valoraciones, impresiones, etc., de los propios adolescentes. De ahí que el cuestionario estuviera compuesto básicamente de preguntas abiertas a las que los escolares tenían que responder con sus propias frases. Lo que perdía en representatividad estadística (que ya tenía por otros estudios) lo ganaba, y con creces, en la frescura y espontaneidad de las opiniones de los escolares. Solamente exigí que se asegurase el anonimato más absoluto

para garantizar la veracidad de lo que los escolares escribían. Así únicamente solicité de ellos su edad y sexo.

Todos son alumnos entre los 16 y los 18 años de bachillerato. Las encuestas han sido recogidas en centros docentes, públicos y concertados, de los siguientes puntos de España: Santiago de Compostela, Madrid (capital y una localidad de la Comunidad), Granada, Barcelona, Vitoria, San Sebastián, Tenerife y una pequeña localidad semi-rural del centro de España cuyo nombre no puedo desvelar, pues evidentemente el centro podría ser reconocido, si no algunos de sus alumnos, aunque en este punto a veces he situado a un alumno en un centro distinto al que pertenece realmente, dada su singularidad y para asegurar aún más el anonimato de las respuestas.

En total han sido encuestados 272 escolares, 152 en centros públicos y 129 en concertados. No he efectuado el computo en detalle, pero calculo que habrá un 65% de chicas en las respuestas, luego un 35% de chicos.

Quiero agradecer expresamente la disponibilidad de los profesores que han aceptado recoger los datos de los alumnos, guardando siempre su anonimato y enviándome, a través de PPC, los cuestionarios rellenos por sus alumnos.

4. El plan de este libro

Este libro tiene seis capítulos. Comienza con una presentación de siete retratos de adolescentes que requiere que me detenga un poco. Muchas veces he escrito que no hay juventud, sino jóvenes, significando con ello que no cabe hablar de la juventud como si conformara una categoría uniforme de personas delimitadas por su edad. Lo mismo cabría decir de los adolescentes. Por eso a lo largo de mi trabajo investigador he llevado a cabo diferentes tipologías de adolescentes y jóvenes. Esta vez, como me estoy basando fundamentalmente en encuestas cualitativas, he optado por presentar siete retratos de otros tantos adolescentes como siete formas de afrontar esa etapa de su vida. No pretendo en absoluto que estos siete jóvenes (que hubieran podido ser ocho, diez o quince) representen a los adolescentes españoles. Faltan otros tipos de escolares que no están en estos siete, pero los siete que presento reflejan, sin lugar a dudas, siete modelos de adolescentes españoles de hoy.

Los cinco capítulos restantes responden a determinados aspectos que me han parecido particularmente importantes en la actual adolescencia, a tenor, al menos en parte, de las características estructurales que los conforman y que he presentado en el primer apartado de esta introducción. Hay un tema que es clave. Tanto que en algún momento he pensado que podría ocupar todo el libro. Me refiero a lo que, sin miedo a las palabras, cabe denominar como la revolución de la familia en España en estos

últimos quince años. Y, para los adolescentes, apenas salidos de la infancia, la familia es clave. De ahí, en todo caso, que el segundo y el último capítulo tengan como protagonismo la familia, los adolescentes en la familia. El capítulo segundo es un resumen de otro más extenso, aún no publicado, en el que, con profusión de datos y tablas estadísticas (eliminadas en este texto), doy cuenta de las transformaciones a las que estamos asistiendo en directo en la composición y regulaciones de los núcleos familiares. Intento también señalar cuál es, a mi juicio, la explicación de esta evolución y cuáles los retos del futuro.

El último capítulo vuelve al tema de la familia, pero desde otras perspectivas distintas. Por un lado reflexiono sobre cuáles debieran ser, en mi opinión, los valores centrales que habría que inculcar en las nuevas generaciones. En otras palabras, me permito sugerir –básicamente a los padres, pero creo que hay aspectos que también son válidos para la escuela– dónde habría que incidir en la educación de los adolescentes para que pudieran volar, autónoma y responsablemente, en la sociedad adulta. Pero, haciendo honor al título del libro, he querido, aun brevemente, cerrarlo dando la palabra a los propios adolescentes en su relación con sus padres. He querido saber cómo se sitúan frente a sus padres, cómo valoran la relación que sus padres mantienen con ellos y cómo la que ellos mantienen con sus padres, con qué aspectos están más a gusto, con cuáles disconformes... No es un trabajo cuantitativo, sino cualitativo que, aun en su brevedad, creo que puede ayudar a los padres a entenderlos y a mejor situarse junto y ante ellos.

En los tres capítulos centrales abordo tres cuestiones de gran importancia en el universo juvenil. Los tres dando la palabra a los propios adolescentes. El capítulo tercero estudia el traído y llevado tema del maltrato escolar, pero desde la perspectiva del escolar y sus miedos. Es un capítulo en el que abordo la necesidad de comunicación de los padres y profesores, que en muchos momentos no son conscientes del sufrimiento que pueden padecer sus hijos y alumnos.

El capítulo cuarto, aunque centrado en el botellón, aborda lo relacionado con el ocio juvenil. He intentado situar el tema del alcoholismo en una perspectiva amplia, contextualizándolo en la sociedad española antes de dar paso a los propios adolescentes en sus experiencias con el alcohol.

En el capítulo quinto me introduzco en el tema de la sexualidad, del que rara vez se escribe en la forma como lo hacemos, esto es, dando verdaderamente la palabra a los adolescentes, pero yendo más allá, aun sin obviarlas, de sus propias experiencias en ese tema. Varias encuestas nos muestran la importancia que la sexualidad tiene en el tránsito de la infancia a la juventud, hasta el punto de que el preservativo es uno de los iconos que, según ellos mismos dicen, mejor les representa.

Sobre todos estos temas llevo años trabajando, escribiendo, dando conferencias y editando. No todo lo que aquí se dice es inédito. Más aún. Algunos textos que aquí pueden leerse de entre los ya publicados han sido modificados merced a sugerencias de colegas, lectores, intervinientes en mis conferencias, lecturas y reflexiones personales y posteriores a su publicación. No voy a entrar en el detalle. Sería aburrido para mí y para los lectores. Solamente quiero mencionar, a pie de página ¹, algunos trabajos míos que han estado en la base de algunos capítulos de este libro. Pero todos estos trabajos han sido releídos y vueltos a retocar para este libro, libro del que la mayor parte –y la parte más importante– es absolutamente inédita.

¹ He aquí una lista limitada de algunos trabajos recientes en los que he colaborado, si no redactado enteramente, y de los que me he servido para redactar los textos de este libro: J. ELZO, *El silencio de los adolescentes*. Madrid, Temas de Hoy, 2000; ID., *Los jóvenes y la felicidad*. Madrid, PPC, 2006; J. ELZO (dir.) / M. T. LAESPADA / J. PALLARÉS, *Más allá del botellón: análisis socioantropológico del consumo de alcohol en los adolescentes y jóvenes*. Madrid, Agencia Antidroga. Comunidad de Madrid. Consejería de Sanidad, 2003; E. MEGÍAS / J. ELZO (dirs.), / E. RODRÍGUEZ / I. MEGÍAS / J. NAVARRO, *Jóvenes, valores, drogas*. Madrid, FAD, 2006; P. GONZÁLEZ BLASCO (dir.) / J. GONZÁLEZ-ANLEO / J. ELZO / J. M. GONZÁLEZ-ANELO SÁNCHEZ / J. A. LÓPEZ RUIZ / M. VALLS IPARRAGUIRRE, *Jóvenes españoles 2005*. Madrid, Fundación Santa María – SM; 2006; J. Elzo, «Los padres ante los valores a transmitir en la familia», en J. ELZO / C. FEIXA / E. GIMÉNEZ-SALINAS, *Jóvenes y valores, la clave para la sociedad del futuro*. Barcelona, Fundación «La Caixa», 2006, pp. 9-38; E. MEGÍAS (dir.) / J. C. BALLESTEROS / F. CONDE / J. ELZO / T. LAESPADA / I. MEGÍAS / E. RODRÍGUEZ, *Adolescentes ante el alcohol. La mirada de padres y madres*. Estudios Sociales 22. Barcelona, Obra Social. Fundación «La Caixa», 2007; J. ELZO, «Una reflexión sociológica sobre la familia actual», en Ponencias del Congreso Internacional sobre Familia y Sociedad, celebrado en la Universidad Internacional de Cataluña (UIC) los días 15-18 de mayo de 2008. Barcelona, Instituto de Estudios Superiores de la Familia (UIC), 2008, pp. 39-62.

Quedan, ciertamente, otros temas, algunos de primera y relevante actualidad, que no están tratados en este libro. Particularmente dos. Por un lado la cuestión de la multiculturalidad con el auge de la emigración. En muchas partes de España los escolares están creciendo en el aula escolar conviviendo con chicos y chicas de otras culturas, razas y religiones. El otro tema clave del que nada digo en este libro se refiere al impacto de Internet y las nuevas tecnologías en la vida de los adolescentes. Podría indicar más lagunas, como la gestión de las relaciones entre los chicos y las chicas con la emergencia social de la mujer, las mejores calificaciones escolares de las chicas y su lectura por parte de los chicos, el nuevo y fundamental papel de los abuelos y abuelas ante tanto «nido vacío», el fenómeno de la despreocupación de la cosa pública de las nuevas generaciones, la trivialización del cannabis, el análisis de sus referentes e iconos mediáticos, etc. Atender a todas estas cuestiones, además de que hubiera requerido un libro de dimensiones exageradas, hubiera supuesto un vademécum de los temas

relacionados con la juventud. Lo que nunca ha sido nuestro propósito. Trabajamos con una visión global de la adolescencia y juventud, ciertamente. Pero en cada momento abordamos cuestiones que estimamos importantes y sobre las cuales tenemos información actualizada y, sobre todo, contrastada y contrastable.

Terminemos esta introducción. Quizá la riqueza mayor de este libro resida en que, por una vez, sus auténticos redactores sean los propios adolescentes. Normalmente los adultos hablamos «de» los adolescentes, «sobre» los adolescentes. Es una lectura adulta de los adolescentes. Esta vez he pretendido que sean ellos no solo los protagonistas, sino también quienes tengan la voz y la palabra sobre sí mismos. He pretendido que sean los adolescentes quienes hablen de sus afanes, de sus miedos, de sus diversiones, de sus relaciones con los amigos y amigas, de cómo ven a sus padres cuando ejercen como tales, de sus experiencias sexuales, del botellón y de lo que se mueve alrededor del ocio nocturno, de la escuela, de sí mismos... Mi trabajo ha sido ordenar los materiales anónimos que ellos me han transmitido, a través de sus profesores, procurando reflejar fidedignamente su forma de ver las cosas, de estar en la sociedad, de juzgar a sus compañeros, a sus padres, a sí mismos. Ciertamente, con mis lecturas, apoyándome en otras investigaciones y con tantos años estudiando estos temas y estas franjas de edad, aquí y allá hago comentarios, ofrezco interpretaciones y sugiero pautas de comportamiento, fundamentalmente a los padres. Pero, insisto en ello para terminar, la singularidad del libro está en que he dado la palabra a los adolescentes. Lo esencial está en que este libro quiere ser la voz de los adolescentes.

1

RETRATOS DE ADOLESCENTES

En este primer capítulo ofrezco siete retratos de otros tantos adolescentes de hoy. Responde a un principio que vengo sosteniendo desde hace veinticinco años o más, lo que denomino el principio de la diversidad. El retrato robot del adolescente español que he ofrecido en la introducción a este libro no pasa de ser una generalización al modo ideal-típico de Weber, intentando resaltar algunas notas características de la adolescencia, más allá de su relevancia estadística. Y siempre siendo consciente de que, en realidad, hay un mosaico de retratos de adolescentes. Tantos como adolescentes, cabría decir.

En línea con la orientación cualitativa que queremos dar a este trabajo, en vez de ofrecer una tipología de adolescentes, como habitualmente suelo hacer cuando trabajo con encuestas cuantitativas, en este caso he optado por presentar una serie de retratos de adolescentes de hoy. Como he indicado en la introducción, no pretendo en absoluto que estos siete jóvenes (que hubieran podido ser ocho, diez o quince) representen a los adolescentes españoles. Estos adolescentes no están recogidos con la pretensión de que, en su conjunto, representen a la mayoría de los jóvenes de hoy. Faltan otros tipos de escolares que no están en estos siete que aquí presento, pero estos siete reflejan, sin lugar a dudas, siete modelos de adolescentes españoles de hoy, e insisto en decir que se trata de adolescentes de hoy. Incluso pueden ser minoritarios, como los son, afortunadamente, los dos adolescentes que reflejan las dos caras del terrorismo: el chaval de la kale borroka y la chavala que ha vivido en su familia el acoso de ETA.

Estos dos últimos retratos responden a dos adolescentes reales que a su vez responden a situaciones que he conocido personalmente, aunque están presentados de forma irreconocible hasta para sus propios familiares más próximos. Los otros cinco, sin embargo, los he entresacado de los 272 escolares que conforman la muestra cualitativa con la que he trabajado. Están seleccionados por su singularidad, responden a adolescentes reales (cada caso está basado en las respuestas de un adolescente), pero aquí también he modificado algunos rasgos para hacerlos irreconocibles.

1. Gran bebedor y consumidor de drogas

Escolar en un centro publico madrileño, aunque originario de otro punto de España, escueto pero preciso y franco en sus respuestas, arquetipo extremo de chaval gran bebedor que ha probado de todo en drogas, heroína incluida, con 17 años de edad. Reconoce haberse emborrachado más de cuarenta veces en su vida, las mismas que señala haber tomado porros, éxtasis o pastillas, también cocaína y anfetaminas, pero en menor medida LSD o alucinógenos (entre seis y nueve veces) y «solamente» en una o dos ocasiones heroína.

Es un chaval que reconoce que, para él, el fin de semana es beber hasta «estar borrachísimo» o hasta quedarse sin dinero, circunstancia esta última que confiesa le sucede siempre. Hace botellón simplemente porque es más barato y para estar con los amigos, argumento repetido hasta la saciedad. Dice que siempre se lo pasa bien, pero, preguntado al final del cuestionario si durante el curso había pensado al día siguiente que en alguna ocasión se había pasado con el alcohol y las drogas o que se había quedado de juerga más tiempo del que le apetecía, señala que es algo que le ha sucedido muchas veces. También reconoce que ha incitado repetidas veces a compañeros a quedarse de juerga cuando querían irse a casa, así como a beber cuando ya no querían. No se imagina hacer otra cosa en su tiempo libre, hasta el punto de que, preguntado por qué alternativa ve al botellón, contesta que «jugar al parchís mazo de colocao». Confiesa que hay drogas en todas partes y que no va a los espacios de ocio alternativos que organizan algunos ayuntamientos porque son «una basura».

Tras señalar que ya ha mantenido relaciones sexuales completas, que se masturba «a todas horas» y que está muy satisfecho con su actividad sexual, se apunta sin más precisiones a la opción propuesta que dice que «dos jóvenes pueden hacer el amor siempre que les apetezca a ambos».

Extremadamente escueto en sus relaciones con sus padres, asegura que no tiene buenas relaciones con ellos, y ante la pregunta de si piensa que realmente se preocupan de él o si solamente se preocupan por sus notas, responde con un simple «depende». Más adelante, sin embargo, podemos leer que en varias ocasiones sus padres no le han entendido en alguna acción suya, que en alguna ocasión ha echado en falta a su padre o su madre en algún momento difícil. Hay que añadir a renglón seguido que este chaval reconoce en mayor grado aún que ha sido injusto más de una vez con sus padres. En otras palabras, encontramos en este caso realmente, extremo en consumos más que excesivos de alcohol de alcohol y drogas, una relación deteriorada con su familia, pero con un juicio en el que el propio chaval es más crítico consigo mismo que con sus padres en las relaciones entre ambos.

En materia religiosa se dice indiferente y entiende que la religión es cosa de gente mayor, de otras generaciones. Este chaval no está integrado en su centro escolar. Dice llevarse mal con los profesores, manifiesta tener poco interés por las materias de estudios y califica solamente de regular las relaciones que mantiene con sus compañeros. En la autoevaluación de su trabajo escolar se posiciona por debajo del promedio de su clase. Joven bastante aislado, hasta solitario, pese a salir siempre en cuadrilla a hacer botellón, confiesa que a menudo se ha encontrado, en momentos difíciles, sin nadie con quien hablar con franqueza de sus cosas, con frecuencia también ha padecido acosos violentos de carácter sexual. Reconoce haber insultado o dicho mentiras de algún compañero de clase.

Estamos, en definitiva, ante un chico mal integrado en su familia, mal integrado en la escuela, con problemas de relación con sus compañeros, solitario y solo en muchos momentos, con necesidad de una persona adulta que le pueda escuchar en momentos difíciles y que encuentra en la bebida y las drogas, que consume en grandes cantidades, un evacuatorio a su personal situación de desarraigo. Solamente la figura de un amigo, con quien manifiesta haber mantenido recientemente más de una vez una conversación «sincera y profunda sobre temas que son importantes para él», aparece en su perfil como el único rasgo amable y a la postre salvador de un chaval cuya biografía sociológica solo produce lastima y preocupación.

2. Una chica inteligente salida de madre

Chica de 16 años embebida de sí misma, segura y afirmativa, se pone el mundo cotidiano y próximo por montera y no piensa sino en divertirse, pasárselo bien, sin otra consideración del orden que sea. No habla nunca con sus padres, de quienes piensa que no les importa nada, padres que, afirma, nunca están en casa, aunque ella tampoco, añade, de tal suerte que, al preguntarle de qué habla o no habla con sus padres, responde, en letras góticas y mayúsculas, «¡que no hablo, cojones!». Aunque considera que, en numerosas ocasiones, sus padres no han entendido algunos comportamientos suyos, confiesa sin embargo que en ningún momento de su vida ha echado en falta a su padre o a su madre. Un rasgo definitorio y definitivo de la relación que mantiene con sus padres lo encontramos en la respuesta que nos da a la cuestión de saber si estima que en algún momento ha sido injusta con ellos: «Nunca», responde, y añade: «Yo siempre llevo la razón».

Esta afirmación rotunda de llevar siempre la razón, de no depender de otros, de ser siempre ella la que domina las situaciones, la encontramos en otra serie de comportamientos en ámbitos bien distintos. Es ella la que, tras reunir el dinero del grupo,

va a procurarse bebida para el botellón. A la cuestión de saber si hay maltrato en su centro y si ella pudiera ser objeto de él, se enrabieta y contesta así: «¡Vamos, no me jodas! A mí me tienen respeto desde que le di una paliza a una y la mandé al ginecólogo con un hematoma en el coño». También en el ámbito escolar señala que ha insultado muy frecuentemente a sus profesores, pero que nunca les ha agredido físicamente, aunque añade de su puño y letra que «lo espera ansiosamente». Rara vez hemos encontrado en nuestros trabajos tal rotundidad –y con esta edad, recuérdese que tiene 16 años– en sus relaciones familiares, con los profesores y con los amigos.

Pasa manifiestamente de la escuela y de la enseñanza, colocándose en posiciones extremas. Así afirma no estar en «nada» satisfecha con sus profesores y en «nada» interesada por las materias de estudio, a la par que «muy» satisfecha en sus relaciones con los compañeros. Su inteligencia natural, evidente en la forma de contestar el cuestionario, y su al menos aparente alta autoestima le permite posicionarse en personal valoración de su rendimiento escolar en el medio. Se queja fuertemente de haber sido a menudo injustamente calificada por sus profesores, y de que no le hayan atendido suficientemente, hasta el punto, ya lo hemos dicho, de que manifiesta haberlos insultado repetidas veces. También confiesa haber dicho mentiras o insultado a sus propios compañeros y haberlos dejado incluso llorando. Sin embargo señala que en ningún caso ha sentido rabia porque hubiera sido dejada de lado por sus compañeros, o haber llorado menospreciada por ellos, tener miedo de un compañero, circunstancias que se le antojan imposibles de suceder.

No se piense, sin embargo, que esta chica es una alocada, que bebe sin ton ni son, que toma drogas a todas horas y está enzarzada en mil y una disputas. Consume alcohol y porros, ciertamente, pero no vive para ello ni está tan enganchada como el caso anterior. «Yo me lo paso bien cuando cojo el puntito», dice, para añadir inmediatamente que «estar borracha no es divertido para mí. Además, una vez tuve una mala experiencia y prefiero controlarme. Lo mío es charlar, fumarme mis porros (pero nada más), así me entra el rollo filosófico, bailar, hacer graffitis y ligar con los tíos». Ese control no le impide reconocer que en varias ocasiones ha incitado a alguien a tomar alcohol y drogas cuando ya no quería, así como a seguir la juerga pese a que manifestaba deseos de irse a casa. Señala haber tenido muchas experiencias sexuales completas. Al menos alardea de ello: «A veces competimos a ver quién gana».

No parece que estemos ante una experiencia vital de maltrato, ni familiar ni escolar, sino de afirmación adolescente de «estar ahí», en su grupo de amigas, como líder o al menos como dominadora. Desinhibida, consume alcohol y porros, pero con control; instalada en el presente no ve más allá de su vida cotidiana en torno a la fiesta, disfrutándola a tope, pero sin caer en la borrachera o en las drogas de efecto rápido y

fuerte (las llamadas drogas duras). Preguntada por las profesiones que más le agradaría ejercer en el futuro, tras rechazar explícitamente quince de las dieciocho propuestas, señala estas tres como sus preferidas: actriz de cine o teatro, deportista de elite y periodista de radio, televisión, etc. Tras rechazar la eventualidad de ser profesora o profesional de ciencias humanas y sociales, como psicóloga, socióloga, psiquiatra, trabajadora social, etc., añade: «¿Estamos locos? Tragarme los problemas de los demás».

Obviamente no se dice una persona religiosa. La religión es algo que le produce, explícitamente, rechazo. Se posiciona como atea y no creyente, y escribe, aparte, como en un diálogo ficticio: «¡Me cago en Dios! Pero, si Dios no existe... Pues entonces me cago en tu puta madre».

Yo, yo, yo. Ella y solo ella es el centro de todo. Es la adolescencia en estado puro de una chica a todas luces inteligente y, aparentemente al menos, muy segura de sí misma. De ahí también que deteste la autoridad de los mayores, sean padres o profesores, y que en sus relaciones con las compañeras (más que con los chicos, sospecho, que los ve sobre todo como objetos sexuales) necesite manifestar siempre su ascendiente sobre ellas. Ser y aparecer siendo la jefa.

Esta chica me recuerda muy claramente el caso de una chica que tuve en clase en Bélgica, durante un curso académico en que ejercí de profesor de Secundaria en un centro religioso (como el de esta alumna) mientras terminaba mis estudios en la universidad. Era una chica grandota, aparentemente líder, o al menos voceras, de la clase, y que se pavoneaba ante sus compañeros de serlo. Hasta que en una encuesta interna se demostró que era más temida que querida, solicitada y jaleada como proa para abordar los conflictos y pequeñas disputas con los profesores, así como portaestandarte de las demandas hacia la dirección, que era mucho más estricta y lejana que la actual dirección en un centro docente hoy en España. La chavala se desplomó al saberlo y necesitó tratamiento psicológico posterior. Al cabo de los años me la encontré vendiendo cervezas en un café de la gare, llena de hombres y humo... dominando la situación. Me atendió muy amablemente y me dijo que estaba feliz, que abandonó pronto los estudios, que no se había casado ni pensaba hacerlo.

3. Abriéndose a la vida con alguna experiencia infantil difícil

Estamos ante un chaval de apenas 15 años, de un centro público de una localidad semirural del centro de España y un tanto alejada de capitales de provincia. «No suelo beber, pero el verano pasado en fiestas me emborraché tres veces, y eso que era mi primera vez. Me ha servido para saber que el alcohol es una mierda y que no voy a beber

más. Fue en la calle, bebimos en las peñas, no me lo pasé mal». A pesar de que dice que no volverá a beber, añade más adelante en el cuestionario que se lo pasa bien cuando se limita al «puntito» y no como sus compañeros, que «beben como cosacos hasta emborracharse». Sostiene que el alcohol mata neuronas haciéndote un subnormal, pero que es la forma de escapar de la mierda y de los problemas que tienes con la familia, en tu pueblo, y de «otros» problemas. Concluye este tema con que «el alcohol desinhibe mientras estás borracho, y que para personas cortadas es maravilloso», pero que luego «te deja tirado». No ha tomado porros ni otra droga, aunque reconoce que circula mucha y que es fácil conseguirla.

No ha mantenido relaciones sexuales completas (se masturba frecuentemente) y piensa del sexo que es un mundo por descubrir y que es maravilloso que dos adolescentes quieran tener relaciones sexuales siempre que se utilice condón, los dos esté de acuerdo y el chico no dé un gatillazo. Mantiene muy buenas relaciones con sus padres, con quienes habla de todo, también de sexo, pero no de alguna «experiencia», que no especifica directamente.

No usa móvil y no tiene Internet en casa, luego no chatea en absoluto, aunque reconoce que le gustaría tener ADSL para divertirse, buscar nuevos amigos, ligar y hablar, y conversar sin miedo de lo que le pasa y que no quiere decirlo a nadie que le conozca y pueda malinterpretarlo.

Este chaval tiene algo dentro que le resulta difícil exteriorizar. De ahí que lo traiga aquí, aunque la información que ofrece es muy limitada. No parece apuntar a cuestiones de maltrato entre iguales en la escuela, sino a algo anterior en el tiempo, muy probablemente en la infancia o primera adolescencia, algo ciertamente de carácter sexual, pues refiere haber sido objeto de reiterados tocamientos con violencia. ¿Es quizá por eso que, proyectándose en su futuro, entre un sinfín de opciones posibles, apunte también, de su puño y letra, que se ve como «actor de porno» y que preguntado por las personas que no quisiera tener como compañeros en clase encontramos, también escrito de su puño y letra, la mención de «prostitutos, pedófilos»? Es muy probable que estemos ante un chico que ha sido objeto de alguna vejación sexual, que no lo ha comunicado a nadie y que intenta, el solo, organizar su vida remontando alguna experiencia, más o menos traumática, que le persigue.

Más que probablemente proviene de una familia de «izquierdas», pues cita a Bush y Aznar entre las personas que rechaza, y entre las pocas profesiones que explícitamente señala que no desea ejercer en el futuro están las de director de un gran banco o caja de ahorros, las de cura, imán o rabino y militar de carrera. Se declara ateo, no creyente, y entiende que la religión es cosa de otra generación, de personas mayores.

No destaca en nada en su rendimiento escolar, que se sitúa en la media. Llama la

atención que, preguntado por la relación que mantiene con sus amigos, deja la respuesta en blanco, lo que me hace pensar que tiene algunos problemas en ese sentido. En definitiva, parece que estamos ante un chaval, de apenas 15 años, que ha pasado por alguna experiencia dolorosa de tipo sexual, imposible de precisar con el material de que dispongo, pero que, de alguna manera, le ha marcado en su crecimiento y en las relaciones con los amigos.

4. Encerrado en su cuarto sabe ya lo que quiere ser de mayor

Es una figura de chico del que me gustaría tener más información de primera mano. Porque refleja un modelo emergente de joven, modelo que está muy ligado a las nuevas tecnologías. El caso del que parto para este retrato es el de un barcelonés de 18 años que nunca ha hecho botellón o cosa por el estilo en su vida. No bebe nada, ni dentro ni fuera de casa. Confiesa que no le gusta salir a beber, charlar o simplemente a estar en la calle con los amigos. «Me divierto sin salir ni beber», escribe literalmente este chaval. Preguntado por las virtudes y desventajas del botellón frente a otras formas de diversión, viene a decir que, además de caro (prefiere gastar el dinero en otras cosas), se ensucia la calle, se arma follón, no se deja dormir a los vecinos y remacha: «Me gusta más quedarme en casa».

No solamente no bebe, tampoco fuma, menos aún toma drogas, de las que sabe que hay en el colegio, aunque «nunca me he puesto a buscarlas, porque no quiero saber nada de eso». ¿Estamos ante un chaval triste, aburrido, insatisfecho de la vida? Nada hace pensarlo con la información que en este caso y otros, escasísimos pero similares, he cotejado. En efecto, se dice satisfecho de las relaciones con sus compañeros, e incluso afirma tener una amiga con la que se explaya... pero por Internet. De hecho frecuenta mucho el chat, pero, por lo que da a entender, exclusivamente con sus compañeros y amigos del colegio, lo que me hace pensar que más que de chat es de Messenger de lo que cabría hablar, aunque puedan ser ambas cosas. De hecho, cosa relativamente rara, no oculta su auténtica personalidad en ningún momento, y de hecho nunca ha quedado, mediante el chat, con alguien que no conozca, y afirma que «nunca lo haría».

Más allá del tiempo que está junto a sus compañeros en clase, con quienes manifiesta tener una relación excelente, así como con sus profesores, este joven se comunica virtualmente. Epistolarmente, hubiéramos dicho hace décadas, refiriéndonos a los hombres solitarios, de los que hablaban poco pero mantenían una fecunda correspondencia, lo que no quiere decir que todos los que frecuentaran la comunicación epistolar fueran personas aisladas, como manifiesta serlo este chaval cuyo arquetipo ahora presento.

Aislado hasta el punto de que confiesa haber tenido un móvil y que lo abandonó, pues le parece algo superfluo, con lo que «se gasta dinero de una manera tonta, a no ser que sea una urgencia». Ahora se comunica mediante Internet y directamente en clase con sus amigos y compañeros. Manifiesta masturbarse y que no ha tenido relaciones sexuales completas con otra persona. Concluye que su vida sexual «podría mejorarse». En este orden de cosas manifiesta estar de acuerdo con las relaciones sexuales a condición de que «los dos se quieran y tomen precauciones», pero no parece que sea su caso.

Este carácter aislado le hace ser reticente ante muchos colectivos, pues no quisiera tener como compañeros de clase a los neonazis, etarras, skinheads, musulmanes radicales, punkies y okupas, como sucede con no pocos jóvenes de su edad, pero este joven añade a la lista también a los drogadictos y a los que se dan a la bebida.

Escolar sin problemas, nadie se ha metido con él, tampoco él dice haberse metido con nadie, nunca ha tenido la impresión de haber sido injustamente calificado por sus profesores ni que le hayan desatendido cuando lo necesitaba. Él tampoco ha insultado, menos aún agredido, a un profesor, con los que, ya lo he dicho más arriba, dice llevarse muy bien. Reconoce que en su centro docente hay alguna persona a quien poder acudir por ejemplo ante problemas de maltrato escolar u otros de índole personal, pero que él no ha tenido necesidad de ello.

También señala que nunca se ha sentido vejado, dejado de lado o agredido por un compañero, y que él tampoco ha zarandeado, física o psicológicamente, a un compañero. Con sus padres manifiesta tener buenas relaciones, aunque algo mejores con su madre, con los que habla de todo (excepto de sus «experiencias íntimas»). Sabe que se preocupan de él, de ahí que señale no haberse encontrado nunca sin la ayuda de su padre o de su madre cuando lo necesitó, ni haberse sentido incomprendido en ocasión alguna por ellos.

En materia religiosa se considera indiferente. Pare él la dimensión religiosa es cosa de mayores, de otros tiempos. No así la dimensión política, pues entre las tres profesiones posibles para su futuro señala la de político, además de la de director de un gran banco o caja de ahorros y la de empresario. Por el contrario rechaza explícitamente como posible profesión para su futuro la de militar, sacerdote, rabino o imán, así como las de miembro activo de una ONG o profesor.

Parece claro, en definitiva, que estamos ante un chaval que con sus 18 años sabe lo quiere: integrarse plenamente en la sociedad... en los puestos de elite. Beber, fumar, tomar drogas le parece una pérdida de tiempo... y de dinero. Muy integrado en su centro escolar, con excelentes relaciones con sus padres y profesores, relativamente satisfecho con las que mantiene con sus compañeros (aunque no tanto de su vida sexual), no manifiesta interés alguno por salir de juerga y se relaciona básicamente con sus

compañeros y amigos, fuera del recinto escolar, a través de Internet. Estamos manifiestamente ante un nuevo tipo de joven encerrado en su cuarto, donde tendrá toda suerte de artilugios electrónicos, manteniendo relaciones y comunicaciones más virtuales que reales, que apenas sale a alternar con sus amigos. Viviendo, quizá, en una zona algo alejada del centro de Barcelona, con comunicaciones complicadas a partir de cierta hora, sus padres podrían acomodarse muy bien con un chico que saca buenas notas, no bebe, no fuma, no toma drogas y nunca llega tarde a casa, sencillamente porque las tardes las pasa en casa.

5. Un chaval de la kale borroka, hoy etarra detenido

Nada hacía pensar en su familia que Gorka –así le llamaré– cayera en las redes de las organizaciones juveniles de ETA: Jarrai, Haika, ahora Segi. Su padre, ingeniero en una gran empresa de Bilbao; su madre, enfermera, Gorka creció en un ambiente de un nacionalismo light, burgués y acomodado. Hasta que se hizo amigo de Mikel, que era hijo de un etarra condenado a una pila de años de cárcel. Mikel (otro nombre ficticio, por supuesto, aunque la historia, en sus grandes líneas, es real, bien que transformada para hacer irreconocibles a los personajes) lleva en su sangre el «ideal» etarra. Para Mikel, su padre es un vasco que defiende la libertad de Euskadi contra la opresión de los Estados español y francés, y su violencia, que le ha llevado a asesinar a más de una persona, no es sino la respuesta, lamentable, sí, pero respuesta a la violencia original y básica que ejercen el Estado español y francés contra Euskadi. Sus visitas mensuales a su padre a la cárcel, en autobuses cargados de personas en la misma condición, han hecho de él un etarra convencido y militante. Uno de sus logros es haberse llevado a la organización a Gorka.

Gorka es un chaval normal, inteligente, bien integrado en la escuela, donde en la ESO llegó incluso a despuntar. Gorka tiene éxito entre las chicas. Guapo, atlético, alegre, hizo soñar a más de una quinceañera. Hasta que un día, tras el «adoctrinamiento» en una acampada de Semana Santa que lleva organizando varios años Jarrai, Haika y Segi (de hecho fue en la de Cambó, en el País Vasco francés, del año 2000 donde fue captado) acompañó a Mikel a quemar un cajero automático en las Siete Calles, la parte vieja bilbaína. Salió por piernas y a punto estuvo de que le pillara la Ertzaintza. Realizada la primera ekintza (acción terrorista en su lenguaje), el resto fue como una bola de nieve cayendo por una pendiente: una bola de nieve que va haciéndose cada vez mayor, más espesa, más imparable, más difícil de afrontar también. Así, para Gorka, un estudiante bien insertado en los estudios, estos dejaron de interesarle y comenzó a enfrentarse a sus profesores, y al poco tiempo liderar huelgas y paros. Las chicas pasaron a un segundo

plano, pues tampoco abundaban en los ámbitos de diversión que frecuentaba, muy ideologizados y masculinizados.

Sus padres constataban que no iba tan bien en los estudios, que llegaba tarde a casa, no pocas veces con más de una copa de más, que se había hecho huraño, poco comunicativo, que había dejado las clases de informática tras el horario normal de clases, de ser un chaval que, sin ser particularmente religioso, frecuentaba los ámbitos parroquiales en convivencias y acampadas, salía en casa con tópicos y exabruptos contra todo lo que oliera a cura o religión. Sus padres pensaron al principio que el chaval estaba derivando hacia un desmadre de fines de semana con mucho alcohol. Cuando descubrieron lo que realmente estaba sucediendo era ya demasiado tarde y no pudieron o no supieron tomar la única medida capaz de detener el descenso a los infiernos de su hijo: sacarlo fuera de su ambiente y enviarle lejos, muy lejos, fuera del País Vasco y, si fuera preciso, también de España.

Pero Gorka nunca dejó del todo a sus amigos de siempre. Cabría decir, en rigor, que llevada una doble vida: con sus viejos amigos, su vida habitual (aunque estos olieron a la primera dónde andaba), y con los nuevos amigos, en la kale borroka, el inicio en Jarrai y al final ETA. Es muy importante esta doble vida, estas vidas paralelas. Más que dejar sus amigos de siempre, con quienes mantiene relación epistolar, aun después de haber sido detenido y que pueden ser su tabla de salvación para una reinserción posible (no tiene delitos de sangre, ni siquiera en tentativa), es como si viviera dos mundos, aunque al final el mundo etarra acabe siendo el primordial. Esto último sucede cuando piensa que puede ser objeto de un arresto (porque le hayan fichado en una ekintza) o porque ETA le llama a formar parte de sus filas y lo saca de su entorno natural. Es lo que sucedió con Gorka. Cuando sus amigos de siempre constataron que ya no le veían, comprendieron que ya se había ido.

Detenido, afortunadamente antes de cometer ningún delito grave, escribe a sus amigos una carta donde, tras confesar que es muy consciente de que no están de acuerdo con sus planteamientos y sus acciones (las ekintzas), les manifiesta que, desde la cárcel, se acuerda de ellos, que se alegra que el Athletic se haya salvado y más aún que los giputxis tengan a la Real en segunda. Les pide que no le olviden, que él tampoco se olvida de ellos. Pero no hay ningún signo de arrepentimiento, nada que haga pensar en un cambio de forma de pensar. Se siente un gudari (soldado vasco) y está orgulloso de ello. Echa en falta, sí, los vinos y las juergas con sus amigos, pero cree que ha hecho lo que tenía que hacer y que está en la cárcel, sencillamente, porque la policía no es tonta.

6. Chica inquieta, abierta, madurando con fuerza

Tiene 16 años esta chica tinerfeña, estudiante en un centro público que relata cómo una mala experiencia con el alcohol le cambió, no voy decir su vida, pues era aún muy joven para ello, pero sí su itinerario y trayectoria de adolescente. A nuestra demanda de que nos relate alguna experiencia de su consumo de alcohol, esta chica responde así: «La última vez fue en XXX, hicimos botellón y compramos las bebidas en un “24 horas”. Yo suelo beber súper-poco, pero hacía tiempo que no salía y quería pasármelo bien, y bebí más de la cuenta. Me reí un montón y de pronto me vi tirada en un banco con los amigos alrededor. Me había cogido una borrachera enorme. Estuve dos horas sin moverme, vomitando, llorando... La bebida me había sentado mal y terminé en el hospital acompañada de mis padres, con una gran intoxicación etílica».

Más adelante señala cómo sus padres le trataron muy bien y «más que regañarme me hicieron ver que no iba por buen camino. Que una cosa es beber algo y otra pasarse como me había pasado». Añade que «con el miedo que me entró, la vergüenza que pasé y la forma como actuaron mis padres» ya no he vuelto a beber más que muy de vez en cuando, y cada vez poco», aunque reconoce que controlar la bebida no siempre es fácil, pues desinhibe y, estando en cuadrilla, no quieres aparecer como una persona rara. En alguna ocasión se ha fumado un porro, pero nada más. Ahora no toma drogas, aunque constata que la droga circula sin problemas en su centro docente y en todas partes donde hay jóvenes.

Esta chica señala que, habiendo tenido un inicio de adolescencia muy difícil, también en las relaciones con sus padres, ahora sin embargo estas relaciones son mucho mejores. «Tengo una buena relación con mis padres, y últimamente, después de la borrachera, confío más en ellos y ellos en mí. Me comprenden y me dejan un montón de libertad, pues ahora se fían de mí». Estamos ante un ejemplo muy claro de cómo pasar de una experiencia muy negativa a mejorar las relaciones con sus padres, gracias a la inteligencia y saber hacer de estos últimos. Nunca se hablará suficientemente de la importancia de la gestión, por parte de los padres, de los momentos difíciles, como la experiencia de borrachera de esta chica. Concedo mucha importancia a su expresión «ahora se fían de mí». Creo que es uno de los mayores éxitos de unos padres lograr que una chica que ha tenido desde muy temprana edad algunas experiencias negativas con el alcohol y dificultades de relacionarse con su padres, señale a los 16 años que ahora esas relaciones son positivas y que hay confianza mutua entre padres e hija.

Chavala que ya ha mantenido relaciones sexuales completas, pero no quiere hacerlo con cualquiera. «Ahora no tengo pareja, y ya no lo hago», lo que significa que antes ya había mantenido relaciones sexuales completas. Esta chica sostiene, como lo hacen más adolescentes de los que se piensa, que autocontrolarse y no hacer el amor siempre que apetece (por ejemplo solo cuando son una pareja estable que se quieren mucho) también

es un valor.

Se dice católica poco practicante, no manifiesta mayor confianza hacia la Iglesia católica, pero para ella la cuestión religiosa es importante. Mirando al futuro se ve como profesora, como miembro de una ONG y, en general, en los ámbitos de las ciencias humanas. Bien situada en los estudios, aprecia a los profesores, así como a los compañeros, está muy bien integrada en su entorno escolar en particular y en la sociedad en general.

Usa el móvil, pero lo controla (parte se lo paga ella de lo que le dan sus padres, parte lo completa su madre), usa frecuentemente Internet, pero nunca ha quedado con un desconocido, aunque, antes de la experiencia del coma etílico, «había tonteado sin decir quién era con chicos mayores».

He aquí un ejemplo que, sin llegar al episodio del coma etílico de esta chica, podemos generalizar a muchas chicas (y también chicos) adolescentes de la geografía española actual. Un inicio de adolescencia complicado que la aguda e inteligente intervención de los padres en un episodio concreto puede remediar. En este caso ejemplificado en la experiencia del coma etílico, pero hay otras situaciones como una manifestación de violencia en la escuela o en la calle con intervención de un maestro o de un policía o, sin llegar a eso, más sencillamente (y a veces más complicadamente), un encerrarse del adolescente sin querer decir nada de nada (pero siempre responde a algo), malos modos, descenso en las calificaciones escolares, etc. Manifestaciones de enrocamiento, displicencia en las relaciones con los padres, no colaboración en absoluto en las tareas domésticas, son manifestaciones de muchos preadolescentes que, en realidad, son gritos silenciosos de ayuda, indicadores de que andan «desnortados», en busca de referentes en el aprendizaje de la vida, que no otra cosa es la adolescencia, que, como es sabido y lo repito constantemente, en nuestra sociedad empieza antes y termina más tarde. En estos momentos (que pueden ser años), los adolescentes agradecen la presencia de sus padres en los momentos difíciles. Y, en algunos casos, como en la chica que aquí nos ocupa, lo dicen expresamente.

7. Hija de un amenazado por ETA

Todo comenzó con unos portazos a las seis y media de la mañana. Su habitación daba a la puerta de entrada. Pero ella no se levantó. Escuchó cómo unos hombres hablaban, en voz baja, con sus padres. También reconoció la voz de su hermano, tres años mayor que ella. Pero a ella no le llamaron. Era demasiado pequeña, le dijeron después. Ya no consiguió conciliar el sueño. Presintió que algo grave o desagradable sucedía, pero no lo supo hasta que volvió a casa al día siguiente, por la noche, tras su jornada escolar. Su

padre, simpatizante notorio del Partido Popular, llevaba todo el día en casa sin salir, cosa rara, y le vio apesadumbrado. No debía salir de casa ese día. La policía tenía información de que iba a cometerse un atentado en la zona donde él trabajaba (de hecho hubo un atentado mortal al día siguiente), y la policía le había pedido que no se moviera de su domicilio. Entonces le dijeron lo que pasaba. Se abrazó a su padre y lloró desconsoladamente. Después supo que su padre llevaba ya algún tiempo tomando precauciones en sus desplazamientos, pero en casa nada le habían dicho de forma clara, hasta esa noche.

Sara, así la llamaré, con 11 años de edad, iba a darse cuenta de que era la hija de un amenazado por ETA y que la vida se le iba a complicar mucho. Máxime cuando la policía decidió poner escolta a su padre, que debió de salir en varios papeles de ETA. No podían ir, en familia, a ningún lado sin la «sombra» pegada al cuerpo. Las conversaciones en el coche eran mínimas, pues el escolta de su padre estaba dentro del vehículo. La intimidación había desaparecido. La vida familiar se vio muy alterada y tuvieron que hacerse a la nueva situación. Le impresionaba particularmente que su padre tuviera que llamar por el móvil al escolta antes de salir de casa. Además, su padre ya no le esperaba a la salida de la escuela, como lo hacía antes con cierta frecuencia.

Sara no había dicho nada a nadie. Menos aún en su escuela, donde los profesores, que sabían quién era su padre, eran muy discretos. Pero un día una de sus mejores amigas le dijo que a su padre siempre le veía en la calle acompañado por alguien. Le preguntó directamente si era un escolta. Sara, de forma repentina e irrefrenable, comenzó a llorar a borbotones, llamando la atención de las demás compañeras, que al final acabaron sabiendo lo que pasaba.

El acoso a su padre iba a más. Aparecieron pintadas, más de una y dos veces en la puerta de su casa, con insultos y amenazas graves a su padre. Un día por la mañana, al salir de casa para ir a la escuela, vio unas pintadas en las que aparecía el nombre de su padre en una diana. No pudo aguantarlo y se volvió a casa. Sus padres, con un pretexto, llamaron a la escuela diciendo que no podría ir esa mañana. Fueron necesarios muchos cariños, muchas explicaciones y, algunos días después, que alguien la acompañara para que volviera a la escuela. Para Sara, la situación se hizo muy complicada. Tanto en casa como entre las amigas, aunque afortunadamente mucho menos entre ellas, la situación de ser la hija de un amenazado se le hacía cada día más irrespirable.

Por lo demás llevaba una vida «normal». Muy alegre, no le faltaron novietes, hizo piña con sus amigas, con las que llevaba estudiando desde Primaria. Salía todos los fines de semana de juerga, se divertía hasta las tantas y su único temor era encontrarse al llegar al portal de su domicilio con una pintada. Sus amigas la acompañaban siempre. Y, si andaba con un chico, le pedía que la acompañara hasta el portal. Lo que sin dificultad

siempre conseguía.

Así pasaron varios años hasta que, con solo 15 años, sus padres decidieron que fuera a estudiar al extranjero el equivalente a primero de bachiller en un programa de intercambio... aunque ningún escolar vino a casa de sus padres. Esta experiencia la marcó para toda su vida. Ciertamente vivió un año, si no feliz, sí tranquilo. Tuvo la gran suerte de caer en una excelente familia en su lugar de acogida. Pero aunque Euskadi estaba lejos, ella tenía siempre presente la situación de su padre.

Al volver a casa y tener que decidirse por una carrera, manifestó su deseo de hacerlo en otro sitio. Dudaba entre Barcelona y Salamanca. De hecho visitó con sus padres ambas ciudades y los programas de las Facultades de la carrera que quería estudiar. Llegó incluso a apuntarse a una residencia en Barcelona. Pero a la hora de formalizar la matrícula decidió quedarse en Euskadi. Se lo dijo así a su padre: «No puedo andar toda la vida escapándome». Esta vez fue el padre quien rompió a llorar.

Sara está ahora terminando brillantemente sus estudios.

2

PRESENTE Y FUTURO DE LA FAMILIA ESPAÑOLA

Introducción

Todos los estudios sobre los adolescentes y jóvenes son formales: la familia es central para ellos. Tanto si les interrogamos sobre sus prioridades vitales como por los agentes de socialización, los espacios donde dicen encontrar más apoyo para orientarse en la vida, la familia es señalada en primer lugar. Por otra parte es unánimemente sabido y reconocido que, en estos últimos tiempos en España, la familia está siendo objeto de una profunda y radical transformación. En estas páginas nos proponemos analizar la evolución de la familia española en las dos o tres últimas décadas y, a la par que reflexionamos sobre algunos de los datos mayores, sugerir algunas de las claves que nos parecen centrales para entender qué dirección o direcciones pueda adoptar la familia en el futuro próximo.

Dos partes bien diferenciadas ofrecemos en estas apretadas páginas. En primer lugar, de forma sucinta y con muy escasas tablas numéricas, pasaremos revista a determinados rasgos mayores de la evolución y situación actual de la familia en España (con algunas contextualizaciones europeas), con la pretensión de ofrecer una visión de ocho rasgos de esta familia y sus aledaños. Lo haremos, salvo que indiquemos lo contrario, sobre la base de datos oficiales, bien del Instituto Nacional de Estadística, bien de los organismos oficiales de la Unión Europea, Eurostat o los servicios estadísticos del Consejo de Europa.

Estos serán los ocho puntos abordados. Pasemos revista a la evolución de los hogares de la familia nuclear al auge de las monoparentales y de las personas que viven solas a la prevalencia de los matrimonios entre personas del mismo sexo, así como a la evolución entre el número de matrimonios civiles y canónicos. Otro punto se referirá al estado civil de los contrayentes en el momento de acceder al matrimonio, si solteros o divorciados o separados, así como al aumento de los divorcios.

Nos detendremos también en la evolución en la edad de acceso al matrimonio y a la maternidad, lo que nos llevará a analizar la importancia que está adquiriendo la cohabitación de los jóvenes antes de formalizar el matrimonio como una de las características mayores en la actualidad.

Por último, mirando al futuro, no podemos soslayar la realidad del descenso de la natalidad en España, y lo haremos comparando con lo que ha sucedido estos últimos veinticinco años con otros países europeos. Ahí, pensamos, encontraremos algunos de los factores centrales que expliquen la realidad actual. Finalmente, en esta primera parte de este capítulo, nos referiremos a la grave cuestión de aumento de niños que nacen fuera del matrimonio.

En la segunda parte, y a partir de lo analizado en la primera, trataremos de encontrar claves interpretativas de la situación actual de la familia en España, y presentaremos una prospectiva de futuro a la par que una propuesta de un nuevo contrato entre la familia y la sociedad si queremos preservar, actualizado para los tiempos actuales, lo esencial y básico de lo mejor del modelo histórico de familia entre nosotros.

I. UNA VISIÓN SUCINTA DE LA RECIENTE EVOLUCIÓN DE LOS NÚCLEOS FAMILIARES Y FENÓMENOS ADYACENTES EN ESPAÑA

Como acabamos de indicar, ocho serán las cuestiones que abordemos en este primer apartado. Veamos, en primer lugar, cómo están evolucionando los modelos de núcleos familiares en España.

1. Modelos de uniones matrimoniales

La composición de los hogares españoles, según se desprende del Informe del Instituto Nacional de Estadística dado a conocer en junio del año 2004, nos muestra que, aunque todavía el modelo nuclear tradicional de familia (padre, madre, con o sin hijos) sigue siendo el mayoritario en la sociedad española, aunque emergen con fuerza otros tipos de hogares.

Cerca de dos de cada tres de lo que, muy correctamente a nuestro juicio, denomina el INE hogares españoles ² están conformados por parejas tradicionales, con o sin hijos. Las nuevas modalidades de hogares existentes el año 2001 (recuérdese, por ejemplo, que la ley de matrimonios entre personas del mismo sexo aún no había sido aprobada ³) conformarían el 16% de los hogares españoles, quedando el resto, el 20,3% para los hogares unipersonales, personas que viven solas.

² Aunque más adelante ofreceremos nuestra propia concepción de lo que, sociológicamente hablando, creo que hay denominar como familia, limitémonos aquí a la distinción que ofrece el INE entre hogar, «como un conjunto de personas (una o varias) que residen habitualmente en la misma vivienda familiar», y familia, «como grupo de personas (dos o más) que forman parte de un hogar y están vinculadas con lazos de parentesco, ya sean de sangre o políticos, independientemente de su grado». En fin, añaden un tercer concepto de núcleo familiar, como «un concepto alternativo de familia, restringido a los vínculos de parentesco más estrechos: pareja sin hijos, pareja con hijos, madre con hijos, padre con hijos (los hijos deben ser solteros, no emparejados y no tener, a su vez, algún hijo con esas características, porque, en caso contrario, podrían formar núcleo propio)».

³ Pero en el Boletín del INE de junio de 2004 referencian 10.474 parejas homosexuales (6.996 de hombres y 3.478 de mujeres) para toda España, sobre la base de una encuesta de salud y hábitos sexuales realizada poco antes por el INE en colaboración con el Ministerio de Sanidad y Consumo.

Asimismo, el INE, en su Boletín de junio del mismo año 2004 ofrece unos datos extremadamente importantes sobre la evolución de los hogares entre los años 1991 y 2001. Se basa, obviamente, en el último censo disponible, el del año 2001, y lo compara con los datos que nos ofrece el de diez años antes. Son, pues, datos que, vistos ya casi al final de la primera década del siglo xxi, pueden parecer ya antiguos, pero, completados con otros que ofrecemos, con datos más próximos, hasta del año 2006, nos permiten atisbar la realidad de los hogares con una perspectiva que en algunos casos llegará a los veinticinco años.

Asimismo la utilización de varias fuentes europeas nos permitirá situar la realidad española con relación a la europea. En algún caso también nos detendremos en informaciones autonómicas, sea por su proximidad en el tiempo, sea porque nos ofrecen una información relevante que en ese nivel hemos obtenido.

En primer lugar hay que decir que la aparición de nuevas modalidades de hogares ha hecho que el número absoluto de estos lógicamente aumente. Casi un 20%. Hay más hogares porque hay más modalidades de hogares. Particularmente aumentan los hogares unipersonales. Cada vez más gente vive sola. Los hogares unipersonales, en la década 1991-2001, habían aumentado un 81,9%, especialmente (aunque no exclusivamente) en las franjas extremas de edad: los jóvenes y las personas de más de 65 años. Dato este extremadamente importante, corroborado por estudios posteriores, españoles y europeos.

Asimismo aumentan las parejas sin hijos y descienden las que tienen tres o más hijos, lo que muestra también el descenso de la natalidad, cuestión que también abordaremos más adelante. En fin, aparecen por primera vez en las estadísticas del INE las familias reconstituidas y las parejas de hecho, que, aunque reducidas en número, aumentan en un 155% entre 1991 y 2001.

La evolución de las modalidades de hogares en España en la década 1991-2001 cabe

resumirse diciendo que son cada vez más los hogares y más diversos, con una acentuación de personas que viven solas (hogares unipersonales) en detrimento de parejas, y de parejas tradicionales, pues ya aparecen con fuerza las parejas de hecho, las familias reconstituidas y los adultos con hijos a cargo (donde hay que integrar los viudos y viudas, así como los padres y, sobre todo, madres solteras con uno o más hijos). Evidentemente, esta diversidad de hogares y el aumento de hogares unipersonales conlleva que descienda el número medio de personas por hogar.

Traemos aquí la evolución de los núcleos familiares en Euskadi, pues nos ofrece una visión de veinticinco años, la última de 2006, con datos estimados por los demógrafos del oficial Eustat vasco ⁴. Aunque Euskadi, en comparación con la media española, destaca al alza en la adopción de nuevas modalidades de hogares familiares, sin embargo los datos son perfectamente validables al conjunto español a la hora de analizar la evolución de los tipos de hogares.

⁴ Las diferentes denominaciones de los hogares que utilizan en Eustat responden a los siguientes criterios. Unipersonal: carece de núcleo familiar y solo consta de una persona. Compuesta: carece de núcleo familiar y consta de dos o más personas emparentadas o no. Núcleo sin hijos/as: núcleo familiar formado por un matrimonio sin hijos/as solteros/as. Núcleo con hijos/as: núcleo familiar formado por un matrimonio con hijos/as solteros/as. Monoparental: núcleo familiar formado por un padre solo o una madre sola con hijos/as solteros/as. Ampliada: núcleo familiar de cualquier tipo en el que conviven una o varias personas emparentadas. Polinucleares: convivencia de dos o más núcleos familiares.

En efecto, lo que acabamos de señalar para el conjunto español entre 1991 y 2001 se confirma en el caso de Euskadi con datos que van desde 1981 hasta los estimados en el año 2006. Básicamente cabe decir lo siguiente: constante aumento de personas que viven solas (casi tres veces más en 2006 que en 1975), aumento de parejas sin hijos, continuado descenso de las que tienen hijos (el modelo tradicional de núcleo familiar con hijos, que era claramente mayoritario el año 1981 con el 63% de núcleos familiares, se queda en un 42% veinticinco años después) y, por último, pero no por ello menos importante, fuerte progresión de unidades monoparentales. En esta última modalidad siempre son más las madres con hijos o hijos a cargo que los padres, pero, si nos fijamos en la evolución comparativa, el aumento de monoparentalidades masculinas es notoriamente superior al aumento de monoparentalidades femeninas, que parece haberse estancado ya desde el año 1996 e incluso apuntando un ligero descenso. Dato a seguir. Señalemos, para ser completos, que las familias compuestas se mantienen en un discreto 3% y las polinucleares tienden a descender.

El aumento de personas que viven solas merece un breve comentario aparte. No es un fenómeno solamente español. Incluso en España esta realidad presenta una prevalencia

estadística inferior a la de la mayoría de países europeos. Así en Suecia, en datos estimados por el Consejo de Europa para 2005, cuatro de cada diez mujeres de 50 años viven solas, en Noruega, tres, y cerca de tres también en Finlandia y Francia, y claramente más de dos en Austria, Dinamarca, Suiza, Alemania, Países Bajos y Gran Bretaña. Estas proporciones eran notoriamente inferiores en generaciones anteriores.

España, situándose el año 2005 con un 16% de mujeres de 50 años que viven solas (algo menos que Bélgica, Irlanda e Italia y algo más que Polonia, países de mayoría católica) ⁵, nos abre el interrogante de saber si dentro de una generación, o menos, se situará en los niveles de los países nórdicos y de tradición protestante (con la excepción de Francia, pero aquí muy probablemente el sistema de ayuda a la familia explique muchas cosas), o más bien el modelo latino de matriz católica, mayoritario en el Sur de Europa mantendrá sus actuales diferencias. En otras palabras, ¿estamos ante un fenómeno de temporalidad hacia el modelo nórdico o las matrices católico-mediterráneas, aun con acomodaciones, mantendrán su diferencial en el futuro? He aquí, a nuestro juicio, una cuestión clave mirando al futuro de la familia.

⁵ Entresacamos estos datos, cuya fuente es el Consejo de Europa, del artículo de F. PRIOUX, «Vivre en couple, se marier: contrastes européens», publicado en *Population et Société* 422 (abril 2006).

2. Matrimonios entre personas del mismo sexo

La inmensa mayoría de los matrimonios el año 2006 lo fue entre personas de diferente sexo. Solamente el 2,1% lo fue entre personas del mismo sexo, 1,4% entre hombres y 0,7% entre mujeres. Un año antes, en 2005, siempre sobre la base de datos del INE, las cifras (a contabilizar después del 3 de julio, fecha en la que entró en vigor la ley que permitió el matrimonio entre personas del mismo sexo) eran las siguientes: 1.269 matrimonios entre personas del mismo sexo (el 0,61% del total), 914 entre varones y 355 entre mujeres. Habrá que ver las cifras de años posteriores, pero en cualquier caso estamos ante un fenómeno cuya importancia simbólica es innegable, aunque, en su significación estadística, está sobrevalorado.

3. Matrimonios de divorciados y aumento de divorcios

Si bien lo habitual es que, en la inmensa mayoría de matrimonios –nueve de cada diez–, los contrayentes sean solteros, en las estadísticas del INE ya encontramos, el año 2006, que entre el 9% (entre las esposas) y el 10% (entre los esposos) se casen tras haber experimentado al menos un divorcio o separación matrimonial previos.

Estos mismos datos son superiores en Europa, donde los divorcios y los matrimonios de personas divorciadas empezaron mucho antes que en España. En la Europa de los 25 podemos señalar que cerca de uno de cada dos matrimonios se rompe. Los datos varían entre unos países y otros, aunque hay una gran mayoría de países que se sitúa alrededor del 50% de matrimonios que acaban en ruptura. En las excepciones al alza encontramos, sorprendentemente, a Bélgica (país de gran tradición católica), con más de siete de cada diez matrimonios fallidos, la República Checa, Estonia, Hungría y Alemania, y, a la baja, Irlanda e Italia (pero, al menos en Italia, rige un sistema de separaciones y divorcios similar a España hasta el año 2005) y, aunque en menor medida, Polonia. Estos países, Irlanda, Italia y Polonia, donde la tasa de divorcios es netamente inferior a la de la media europea, son países con dominancia católica, pero la evolución en los tres países (aunque no tanto en Irlanda) nos indica que en breves años se van a situar en cifras similares a las que ahora ya tienen otros países que también tienen una fuerte tradición católica como Francia y España. De hecho, el divorcio adquiere una presencia prácticamente similar en toda Europa. Por ejemplo, en países tan dispares como España, Suecia, Dinamarca, Francia, Finlandia y Reino Unido apenas había diferencias en sus tasas de divorcios el año 2005.

Ahora bien, hay que remarcar que las encuestas de valores europeos en su aplicación en España, en todas las edades, muestran cómo la familia es plebiscitada como aquello que, con la salud, es lo más importante en la vida. Pero, entiéndase bien, no se trata de la institución familiar como tal, sino la familia exitosa, la familia que funciona bien, la familia donde haya armonía y cariño. De ahí que, incluso en el caso de personas cuyo primer matrimonio haya fracasado, en una proporción elevada vuelven a casarse. Más los hombres que las mujeres, podemos afirmar atendiendo a datos europeos.

Las encuestas europeas de valores vienen mostrando esta unanimidad, cada vez mayor y más elevada, a la hora de justificar el divorcio desde hace varias décadas. Así, en la última encuesta europea en su aplicación en España, el divorcio aparece, entre 21 comportamientos considerados, como el que en mayor grado es admitido en la población adulta española de más de 18 años⁶.

⁶ Consúltense la tabla 1,9 en la p. 38 del estudio de A. ORIZO / J. ELZO (DIRS.) / M. AYERBE / J. CORRAL / J. DÍEZ NICOLÁS / J. GONZÁLEZ-ANLEO / P. GONZÁLEZ BLASCO / M. L. SETIÉN / SIERRA / M. SILVESTRE / C. VALDIVIA, España 2000, entre el localismo y la globalidad. La Encuesta Europea de Valores en su tercera aplicación, 1981-1999. Madrid, Universidad de Deusto – SM, 2000. Si se desea contextualizar el dato español entre 81 países de todo mundo, así como la evolución de la justificación del divorcio entre 1990 y 2000, puede consultarse la tabla F 121 en R. INGLEHART / M. BASÁÑEZ / J. DÍEZ- MEDRANO / L. HALMAN / R. LUIJKX (eds.), *Human Beliefs and Values: a cross-cultural sourcebook based on the 1999-2002 values surveys*. México, Siglo XXI, 2004.

Otro dato clave que hay que reseñar es que los matrimonios son cada día más efímeros y duran menos tiempo. Y las uniones de hecho, fuera de la institución matrimonial, son todavía más frágiles, particularmente en los primeros años de cohabitación. Asimismo, las parejas cuyo matrimonio ha estado precedido de un período de cohabitación presentan tasas de ruptura superiores a las de las parejas que se han casado directamente. El «divorcio express» implantado en España hace un par de años, aunque con objetivos distintos, no ha hecho sino acrecentar este fenómeno. Pero la cuestión de fondo es otra: la dificultad de adoptar compromisos duraderos en el tiempo en un contexto en el que felicidad equivale a placer sin capacidad para integrar el dolor, los fracasos parciales y los vaivenes de la vida cotidiana en un proyecto sostenido de vida.

4. Matrimonios civiles y canónicos

Aquí y allí hemos tenido ocasión de leer últimamente que, en determinadas zonas de España, los matrimonios civiles superan en número a los canónicos o religiosos. Teniendo en cuenta que todavía la presencia católica es claramente mayoritaria en España, esto supone que son los matrimonios religiosos católicos los que descienden en número. Los datos del INE sobre la evolución de los matrimonios civiles en España no dejan lugar a dudas. En quince años, los que separan los años 1991 de 2005, el número de matrimonios civiles en España prácticamente se ha doblado, pasando del 21% al 39%.

Pero las cifras están diferentemente repartidas por la geografía española. Limitándonos a las cifras extremas, Ceuta y Melilla, Canarias y Baleares, presentando las tres singularidades demográficas evidentes por la fuerte presencia de inmigrantes (de origen geográfico y condición social y religiosa diferentes), son las regiones con las tasas de divorcios más elevadas. Pero en el mismo nivel nos encontramos Cataluña, que, si bien también tiene mucha emigración (argumento no válido, sin embargo, en la Comunidad Valenciana, y menos aún en Murcia y Andalucía), su importante tasa de divorcios se explica probablemente por su ya histórica secularización. En el extremo opuesto, con las más bajas tasas de divorcios encontramos Extremadura, Andalucía y Castilla-La Mancha, las tres gobernadas desde hace décadas por el Partido Socialista, lo que obliga a pensar que la correlación entre la significación religiosa de los partidos que gobiernan y el seguimiento de los preceptos de la Iglesia católica es, como poco, escasa en los habitantes ⁷.

⁷ Hemos reflexionado sobre este tema en «Religión y religiosidad», en S. DEL CAMPO / J. F. TEZANOS (eds.), España siglo XXI. I. La sociedad. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 435-470.

El aumento de la tasa de divorcios, su legitimación por la mayoría de ciudadanos españoles, unido el hecho de que no pocos divorciados vuelvan a casarse (y todo hace pensar que las cifras de divorciados que se vuelven a casar irá en aumento), plantea no pocos problemas a la Iglesia católica. Uno de ellos, y no el menor, será el de la admisión a la plena comunión en la celebración eucarística a los divorciados que se han vuelto a casar.

5. Edad de acceso al matrimonio y de la primera maternidad

En primer lugar hay que constatar que en España, como en otros países europeos, las personas se casan cada vez más tarde. En treinta años, desde 1975 a 2006, la edad de acceso al matrimonio se ha retrasado más de seis años, de 24 años y medio a cerca de los 31, en el caso de las mujeres, y de 27,4 a 33,8 años, luego más de seis años más tarde, en el caso de los hombres.

Ahora bien, mientras que la edad media de acceso al matrimonio se había retrasado en seis años, la de la maternidad solamente en dos, con lo que llegamos a un dato realmente novedoso y particularmente significativo: el año 2006, en las mujeres, apenas hay diferencia entre la edad de acceso al matrimonio y la edad de maternidad. Si el año 1975 las mujeres accedían a la maternidad por término medio más de cuatro años después de haberse casado, en 2006 no hay prácticamente diferencia entre la edad media de tener el primer hijo y la edad de casarse. Cabe incluso hipotetizar que, en muchos casos, la decisión de casarse ha estado motivada, si no impulsada, por la cercanía del nacimiento de un hijo.

La explicación, aunque parcial ya muy significativa, la tenemos en el dato de los estudios más recientes de la Fundación Santa María sobre los jóvenes (del año 2005)⁸, como veremos en el siguiente apartado, donde podemos constatar que alrededor de uno de cada dos jóvenes (entre 15 y 24 años) se proyectan en el futuro cohabitando antes de formalizar el matrimonio. Este itinerario es cada vez más frecuente. Los jóvenes, formando pareja, deciden cohabitar antes de formalizar el matrimonio. En muchos casos esta formalización, como matrimonio civil o religioso, viene impulsado por la cercanía del nacimiento de un hijo, hasta el punto de que, en las mujeres, la diferencia entre la edad media de formalizar el matrimonio y la edad del primer hijo es ya el año 2006 prácticamente nula.

⁸ Cf. el capítulo de P. González Blasco en P. GONZÁLEZ BLASCO (dir.) / J. GONZÁLEZ-ANLEO / J. ELZO / J. M. GONZÁLEZ-ANLEO SÁNCHEZ / J. A. LÓPEZ RUIZ / M. VALLS IPARRAGUIRRE, Jóvenes españoles 2005. Madrid, Fundación Santa María – SM, 2006.

6. La cohabitación antes del matrimonio

Este dato nos parece que es de una gran importancia en comparación con lo que sucedía en la sociedad española hace apenas dos décadas, y muestra una evolución que tiene los ribetes de una revolución, pues muestra una nueva forma de experimentar y mantener relaciones sexuales en la juventud claramente anteriores al matrimonio (lo que ciertamente viene de muy lejos), pero no por ello desligadas de él (de ahí la novedad), particularmente cuando el hijo asoma en la pareja. Los jóvenes en gran medida conviven juntos, son parejas de hecho, la mayoría sin formalismo alguno, muchos de ellos pensando en una relación estable que, en su día, quizá se concrete en el matrimonio. Rigurosamente hablando, creo que cabe decir que se trata de una auténtica experiencia prematrimonial en muchos casos.

Cuadro 1
Formas de convivencia preferidas para el futuro
por los jóvenes españoles
(en porcentajes).

Modalidades	Porcentajes
Ya está casado no habiendo convivido antes con la pareja	2
Piensa casarse conviviendo antes con la pareja	43
Piensa casarse sin convivir antes con la pareja	10
Duda si se casará	15
Duda si vivirá con su pareja sin casarse	2
Vivirá con su pareja sin casarse	14
Piensa permanecer soltero	1
No sabe / No contesta	11
Total	100

Fuente: *Jóvenes españoles 2005*. Elaboración: P. González Blasco.

En el estudio *Jóvenes españoles 2005*, de la Fundación Santa María, Pedro González Blasco constata que, mirando al futuro, «la forma mayoritariamente (57%) elegida por los jóvenes es casarse, sea civil o eclesiásticamente. Vivir finalmente en pareja sin

casarse es una elección minoritaria (14%) y prácticamente a nadie le atrae permanecer siempre soltero (1%). Estas pautas e incluso los porcentajes son bastante similares a los que se han detectado en otros estudios recientes [...]. Los jóvenes que dudan sobre la forma de convivencia que elegirán lo hacen dudando sobre todo en casarse o no, un significativo porcentaje (15%), lo que parece indicar que en muchos casos la convivencia en pareja solo es una forma transitoria de unión y que el dilema más importante está en casarse o no en el futuro. Los jóvenes que hoy tienen en mente vivir en pareja finalmente sin casarse son relativamente pocos también, cerca de un 14%. Si unimos los que dudan en casarse o vivir en pareja con el 11% de jóvenes que no saben o no contestan llegamos a que casi la cuarta parte (27%) de ellos están indecisos sobre su forma prioritaria de convivencia futura».

«Actualmente –continúa González Blasco– está casado un pequeño porcentaje de jóvenes (4%), probablemente predominando las chicas, entre los 15 y 24 años que hemos investigado, pero lo que resulta más significativo es que la mitad de estos jóvenes casados (2%) han convivido con su pareja antes de casarse, la otra mitad no lo hizo así. Esta pauta de convivencia en común previamente al matrimonio, ya detectada en otros trabajos [cita el autor el estudio de G. Meil entre los estudiantes de la Universidad Autónoma de Madrid ⁹] parece, pues, que se va consolidando entre los jóvenes. Esa misma es la opción claramente mayoritaria (43%) entre los jóvenes consultados que se encuentran solteros, pero que piensan casarse en el futuro, frente a una minoría (10%) que también piensa casarse finalmente, pero sin ese ensayo previo de convivencia con la pareja» ¹⁰.

⁹ G. MEIL, «La pareja en los proyectos vitales de las nuevas generaciones: deseos y realidades», en Revista de Estudios de Juventud. INJUVE 67 (diciembre 2004).

¹⁰ Jóvenes españoles 2005, o. c., pp. 316ss.

La larga cita merecía la pena, pues nos muestra la realidad (deseada en todo caso) de la forma de acceso al matrimonio de las nuevas generaciones, siendo la opción mayoritaria la cohabitación antes del matrimonio. Las explicaciones de estos hechos son múltiples y no pocas veces ligados a la tardía emancipación familiar. Señalemos aquí rápidamente algunos factores. El aumento del precio de la vivienda, ciertamente, aspecto en el que hay unanimidad en los analistas, la precariedad en el empleo, otro aspecto en el que hay, si no unanimidad, al menos un acuerdo muy extendido, y un tercer aspecto que se suele señalar con notoria menor frecuencia: las expectativas de nivel de vida de los

jóvenes de hoy (y de los adultos, no se olvide, pero de jóvenes escribo) son cada día más elevadas. Si alguna vez fue cierto aquello de «contigo pan y cebolla», hoy en todo caso sería «contigo viajes y buena vida». En nuestra opinión, a las innegables dificultades objetivas para la emancipación de la familia de origen y la constitución de un nuevo núcleo familiar (carestía de la vivienda y precariedad y volatilidad del empleo) hay que añadir datos más subjetivos ligados a las expectativas de nivel de vida, a la promoción social de los miembros de la pareja, promoción considerada en sí misma y como necesidad para aliviar el pago de las hipotecas para la compra del piso. Sin olvidar el proyecto de futuro con el que se inicia una vida de cohabitación, tema central y también muy olvidado.

Pero junto a cuestiones de carácter subjetivo hay otro aspecto del problema que es preciso señalar, pues contextualiza en la realidad española la tardía emancipación de los jóvenes. En un Congreso sobre Familia y Ciudadanía en Madrid, organizado por la FAD en noviembre de 2007, compartí una mesa redonda con una colega española, Sandra Gaviria, que trabaja en la universidad francesa de Le Havre. Comparando los hábitos de los jóvenes españoles y franceses, afirmaba refiriéndose a los españoles que «sus progenitores aceptan esta situación [de no emancipación del hogar hasta edades tardías] e incluso la viven con orgullo. Si un hijo se marcha pronto lo viven como una decepción o como si hubiesen hecho algo mal. Los que trabajan y conviven con sus padres no se consideran ni son considerados como adolescentes tardíos o como adultos inmaduros. El trabajo es una condición necesaria pero no suficiente para irse, ya que desean marcharse en buenas condiciones económicas, tener ahorros e incluso, en algunos casos, haber empezado ya a pagar una hipoteca para comprar un piso. No existe la idea de que un individuo que se asume económicamente es más autónomo de su familia y que tiene menos obligaciones hacia ella».

La cita toca un aspecto clave, como es la histórica tradición familista (la importancia de la familia como institución) de algunas sociedades mediterráneas –España, Portugal e Italia–, donde el proceso de individualización se ha operado más tarde o no se ha operado en algunos aspectos. Nuestros alumnos de Erasmus, cuando salen al norte de Europa, y no digamos a Estados Unidos, vuelven a casa sorprendidos de que sus coetáneos estudiantes se las tienen que arreglar fuera de casa desde los 20 años con escasas ayudas familiares, lo que, es sabido, no es el caso de los jóvenes españoles.

Según datos de nuestras investigaciones en el estudio Jóvenes españoles 2005, de SM, el 87% de los jóvenes españoles de 15 a 24 vive con sus padres, el 66% lo hace gracias al apoyo económico de sus padres, y preguntados por las razones que influirían en el abandono del hogar familiar, estas son las cuatro principalmente argüidas. En primer lugar conseguir un trabajo. Así lo señala el 52% de los jóvenes españoles. Cifra

más que llamativa cuando sabemos que el mercado de trabajo (otra cosa es la calidad y seguridad del mismo) está mejor que nunca en las últimas décadas, donde hay menos jóvenes que nunca y con una situación económica favorable. Es manifiesto que en lo que piensan los jóvenes no es en el problema del paro, en la falta de trabajo (falta mano de obra en varios sectores, que debe ser cubierto por emigrantes), sino en qué vayan a trabajar, cuánto vayan a cobrar al mes y qué seguridad tienen de no verse en la calle a las primeras de cambio... con la mensualidad de la hipoteca de la vivienda sobre su cabeza. En otras palabras, el problema del trabajo en los jóvenes se ha desplazado de la existencia de trabajo a su precariedad y volatilidad. Nada que ver con la situación a comienzos de la década de 1990, cuando se triplicaba la tasa de desempleo de la media europea.

Señalemos, para ser completos, que los motivos que daban los jóvenes españoles en el citado trabajo de SM de 2005 como factores favorecedores de la emancipación familiar, en segundo lugar señalaban conseguir una vivienda adecuada (46% de los jóvenes españoles lo mencionan), terminar los estudios (25% lo aducen) y, por último, vivir con pareja (casados o no), señalado por el 36% de jóvenes.

Otro estudio, realizado este por el Instituto Valenciano de Investigaciones Económicas (IVIE), Los jóvenes y el mercado de trabajo en la España urbana ¹¹, dirigido por el profesor José María Peiró sobre 2.056 jóvenes de 16 a 30 años de lo que denominan la España urbana, jóvenes aleatoriamente seleccionados en 17 municipios españoles de 50.000 habitantes o más, muestra también las razones aducidas por estos jóvenes para no irse de sus casas a la misma edad que lo hacen la mayoría de los europeos, y no digamos los americanos.

¹¹ El estudio puede solicitarse en publicaciones@ivie.es.

Preguntados los jóvenes de la España urbana las razones por las que siguen viviendo bajo el techo familiar, el 6% aduce la carestía de los alquileres, a lo que hay que sumar el 28% que apunta a la carestía de la vivienda. Otro 21% señala que su trabajo no es estable, y un 5% dice que esperan a casarse para abandonar el hogar paterno. Pero el 40% restante se inscribe en esta significativa respuesta: «Mis padres quieren que me quede y a mí también me conviene». Los padres, que tienen sus hijos cada vez más tarde, y muchos solamente uno, cuando llega la hora de su emancipación, son renuentes a quedarse solos. Por otro lado, y en parte por las condiciones objetivas arriba mentadas, los hijos ven difícil mantener el nivel de vida que tienen en sus casas, nivel de vida que no saben cuándo van a alcanzar, máxime si se «empufan» en un crédito por 25 años para pagar su piso. Además, como nos muestran los datos arriba señalados, cerca de uno de

cada dos matrimonios se va a romper, y más aún con el «divorcio express» (no se trata de buscar «culpables», como a veces se ha dicho, sino de instaurar un poco de responsabilidad en la toma de decisiones tan importantes como crear una familia para compartir un proyecto común de vida), la tentación de prolongar la vida en la familia de origen sigue siendo muy elevada.

En fin, los adultos deben pensar, como indica el profesor Peiró en el trabajo valenciano, que «la inseguridad laboral está más en la cabeza de los padres que en la de los hijos». En realidad el trabajo es menos preocupante para los jóvenes hasta que deciden emanciparse, pues todavía hoy la mayoría de los jóvenes está en situación de stand by, instalados en el nicho familiar en el que han alcanzado un pacto no escrito de buena coexistencia con sus padres. Es lo que muestran de forma constante los estudios de juventud en España.

7. La evolución de la natalidad

Es ya un dato sabido y manido que en España se ha producido durante estos últimos treinta años un más que notable descenso de la natalidad que, con la prolongación de la esperanza de vida, está dando como resultado global un progresivo envejecimiento de la población española. En el conjunto de España había 18,76 nacimientos por 1.000 habitantes el año 1975, y esa cifra el año 2006 se sitúa en 10,96. El descenso ha sido continuado llegando al punto más bajo el año 1998 (cuando comienza la gran entrada de emigrantes en España), para después ir, lenta pero claramente, aumentando hasta situarnos el año 2006 en cifras similares a las de 1990. Tres comentarios breves:

- el descenso de natalidad en general es muy fuerte, llegando en su punto más bajo a la mitad del existente menos de un cuarto de siglo antes;
- a partir de ese momento (1998) se produce un ligero aumento de la natalidad que coincide, en gran medida, con la llegada de emigrantes a España;
- sin embargo, este repunte, aunque mayoritariamente atribuible a la mayor tasa de natalidad de los emigrantes, también se produce entre los autóctonos españoles, según sabemos de análisis más finos de los que tenemos conocimiento de alguna Comunidad Autónoma. Por ejemplo Euskadi, comunidad que mejor conozco pues en ella resido.

Quizá pueda ayudarnos algo estudiar qué ha sucedido en Europa en estos mismos años o similares. Es lo que ofrecemos en el cuadro 2. Lo primero que hay que resaltar es que el descenso de la tasa de natalidad entre los años 1975 y 2004 es un fenómeno

generalizado en toda Europa. Aunque hay que añadir, a renglón seguido, que este descenso es mucho más acentuado en unos países que en otros, hasta el punto de que determinados países (y España está entre ellos) se encontraban el año 1975 en la parte superior de la tabla por presentar una tasa elevada de natalidad, y treinta años después se encuentran en la zona media-baja. España, con una tasa de natalidad de 19,8 niños por 1.000 habitantes el año 1975, superaba claramente las tasas de países como Reino Unido, Dinamarca, Francia, Suecia, Bélgica. Holanda y Finlandia. El año 2004 estos países superan la tasa de natalidad de España, que se sitúa en 10,6, con un descenso de 8,2 puntos porcentuales respecto a su tasa del año 1975. El cambio es espectacular.

Cuadro 2

Evolución de la tasa bruta de natalidad (nacidos por cada 1000 habitantes) en algunos países de la Unión Europea de 25 países, ordenados en sentido decreciente de la tasa para el año 2004.

	1975	2004	2004 – 1975
EU-25	14,4	10,5	- 3,9
Irlanda	21,1	15,2	- 5,9
Francia	14,1	12,7	- 1,4
Reino Unido	12,4	12,0	- 0,4
Dinamarca	14,2	12,0	- 2,2
Holanda	13,0	11,9	- 1,1
Suecia	12,6	11,2	- 1,4
Bélgica	12,2	11,1	- 1,1
Finlandia	13,9	11,0	- 2,9
España	18,8	10,6	- 8,2
Portugal	19,8	10,4	- 9,4
Italia	14,9	9,7	- 5,2
Austria	12,4	9,7	- 2,7
Polonia	19,0	9,3	- 9,7
Alemania	9,9	8,6	- 1,3

Fuente: Eurostat. Elaboración: Javier Elzo.

Si dirigimos la vista al cuadro con cifras ordenadas en sentido decreciente de la tasa de natalidad para el año 2004 en los diferentes países retenidos (de una información de Eurostat con los 25 países de la unión Europea de ese año), observamos que los países de la parte superior de la tabla (con la excepción de Irlanda y Francia), son países de mayoría protestante. Los de la parte baja de la tabla lo son de mayoría católica, con la excepción de Alemania. Asimismo son los países de mayoría católica, con la excepción de Francia y Austria, donde se produce el mayor descenso de la tasa de natalidad. Véanse los datos de Polonia, Portugal, España, Irlanda e Italia. Asimismo son los países de mayoría protestante donde menor es ese descenso, con lo que llegamos a la paradójica situación de que, en los Estados de mayoría católica, las tasas de natalidad sufren un fuerte recorte y se sitúan incluso por debajo de las de los Estados de mayoría protestante. (No hay que olvidar que la religión católica tiene una concepción «fuerte» de matrimonio, que es considerado como un sacramento y es indisoluble, a diferencia de la tradición protestante.) Aquí también vemos cómo aflora esta cuestión que exige un análisis que retomaremos más adelante. Detengámonos antes en otro asunto.

8. Los niños nacidos fuera del matrimonio

He aquí una cuestión que actualmente presenta una relevancia estadística insospechada hace menos de dos décadas. Relevancia más que estadística. Relevancia social y sociológica. El aumento de niños nacidos fuera del matrimonio en España es también, literalmente hablando, espectacular. De poco más de 2 de cada 100 niños nacidos de una madre no casada el año 1975 hemos pasado a más de 28 el año 2006. Y los estudios comparativos hacen pensar que esta proporción va a ir en aumento. Según el informe del Instituto de Política Familiar Evolución de la familia en Europa, 2007 (que puede consultarse en Internet entrando con este título), constatamos que, en la Unión Europea de los 27 países, uno de cada tres niños nace fuera del matrimonio, aunque estas cifras varían considerablemente de unos países a otros. Y en Francia, según datos de enero de 2008, luego referidos a 2007, esta cifra era del 50,5%.

La explicación primera y fundamental de este fenómeno viene de la evolución del reconocimiento legal de los hijos nacidos fuera del matrimonio, en particular la supresión de su discriminación legal. Disposiciones bienvenidas, sin duda alguna, pues protegen al más débil: el niño. También hay que resaltar la cada día más tenue diferenciación legal entre el matrimonio y las uniones legales de hecho. Pero a esto hay que añadir dos hechos clave y que están en la base y origen de no pocos de los movimientos habidos en la evolución de las uniones matrimoniales. Nos referimos, en primer lugar, al desarrollo de la contracepción, haciendo que la mujer sea capaz de

disociar, cuando lo desee, la relación sexual de la procreación, ya desde los años sesenta del siglo pasado. En segundo lugar hay que mencionar la progresiva inserción laboral de la mujer fuera del hogar. Estos dos datos, de relevancia histórica en el devenir de las sociedades, y que aquí solamente mentamos por razones de espacio y por su ya obviedad, conforman dos dimensiones objetivas clave para entender la evolución de la institución familiar en el mundo occidental. A estos dos añadimos nosotros la individualización y secularización de este mundo occidental, vivido con ritmos distintos en unos países y otros. En España de forma muy acelerada, demasiado acelerada a nuestro juicio para una asimilación correcta, en las cuatro últimas décadas.

Volviendo a la cuestión de los niños nacidos fuera del matrimonio, hay que añadir que, según los demógrafos, aunque la mayoría de estos niños han nacido en uniones de hecho, hay una proporción importante que nacen en familias monoparentales que, en la mayoría de casos, son «monomarentales», hijos de madres que viven solas. Se entiende que la dificultad de la situación haga, según señala en sus conclusiones un estudioso del tema, Francisco Muñoz-Pérez, que sean «niños que, sin padecer discriminaciones legales precisas, son víctimas de condiciones de existencia desfavorables, de las que la mortinatalidad (nacidos muertos) constituye un índice incontestable»¹². Esto nos debe llevar a indagar sobre el acceso al matrimonio y las diversas modalidades de los núcleos familiares que se están adoptando en estas últimas décadas. Pensando prioritariamente en el bien más frágil: el niño.

¹² F. MUÑOZ-PÉREZ, «Les naissances hors mariages en France et en Espagne depuis les années 1960», y bibliografía adjunta. Texto consultado en Internet (con el mismo título en Google) en febrero de 2008.

II. ¿A DÓNDE VA LA FAMILIA ESPAÑOLA DEL FUTURO

Vamos a abordar en este punto algunas cuestiones centrales que nos parece que pueden ayudar a entender la evolución de la familia moderna y apuntar lo que, a nuestro juicio, supondrá la cuestión básica que dirimirá el sentido que vaya a adoptar en el futuro.

1. La importancia del proyecto vital ante el matrimonio

Pensando en el acceso mayoritario de los jóvenes al matrimonio caben, en los extremos, dos planteamientos que resumiríamos así: se trata de dos personas que se buscan buscando el propio interés o de dos personas que se buscan buscando el interés de ambos. En el primer caso estaríamos ante dos individuos que en realidad, conscientes de

ser seres sociales, buscan en el otro la respuesta a su propia y particular necesidad de sociabilidad, y en tanto el otro se lo ofrezca mantendrán la relación de pareja. Cada individuo, en la pareja, tiene como proyecto vital el desarrollo de su persona individual. Esto va mucho más allá del individualismo como actitud y de la individualización social como categoría sociológica, y, propiamente hablando, cabe hablar de egotismo a dos. Es evidente que esta pareja tiene escasas posibilidades, no diré de perpetuarse, sino incluso de mantenerse como tal pareja un tiempo prolongado. Obviamente, en este modelo el hijo solamente puede venir como consecuencia de un «despiste» y, si tal cosa sucediera, normalmente no llegará a nacer. Suelo citar con frecuencia en este contexto a Gilles Lipovetsky, a quien yo mismo presenté en la conferencia que pronunció en el Congreso de Madrid del año 2003, La familia en la sociedad del siglo xxi, cuando definió a la familia con estas palabras: «La familia posmoderna es la familia en la que los individuos construyen y vuelven a construir libremente, durante todo el tiempo que les dé la gana y como les dé la gana. No se respeta la familia como familia, no se respeta la familia como institución, pero se respeta la familia como instrumento de complemento psicológico de las personas. [...] Es como una prótesis individualista. La familia es ahora una institución dentro de la cual los derechos y los deseos subjetivos son más fuertes que las obligaciones colectivas»¹³. Este modelo de familia –que yo prefiero llamar pareja– existe, qué duda cabe, pero no es el único, ni el, estadísticamente hablando, más numeroso entre nosotros, ni tampoco el más deseado por hombres y mujeres jóvenes en edad de emancipación de la familia de origen y con deseos de conformar, sea una familia propia, sea una pareja estable.

¹³ Cf. «La familia ante el reto de la tercera mujer: amor y trabajo», en el libro de ponencias del Congreso La familia en la sociedad del siglo XXI. Madrid, Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, 2003, p. 83.

En efecto, siguiendo la reflexión en un nivel de pareja hay que señalar que es muy distinto el caso de dos personas que deciden convivir para hacer una vida conjunta, tener un proyecto compartido de vida, aun manteniendo espacios y ámbitos de privacidad y de gran discreción, no necesariamente compartidos. Conforman una pareja que, como tal pareja, se sitúa en la vida, que la quieren vivir como proyecto compartido. Es lo que se llama una pareja estable, que la diferencia del matrimonio porque no han querido adquirir el compromiso social de aparecer como tal, sea de forma canónica, esto es, el matrimonio religioso, sea de forma civil. Conforman parejas de hecho, con o sin reconocimiento legal. No voy a entrar aquí en la cada día más tenue diferencia entre las parejas de hecho, legalmente reconocidas, y los matrimonios civiles, cuando las parejas de hecho reivindican derechos, de sucesión por ejemplo, porque sociológicamente,

aunque no jurídicamente, estamos ante una realidad prácticamente idéntica: dos personas que establecen un proyecto de vida en común en la que el otro es algo más que un soporte para mí, como veíamos en el modelo anterior. El otro y yo, como pareja, queremos construir un modo de vida, un estilo de vida y hasta un proyecto de vida. En este modelo, el hijo, aunque no conforme la prioridad de la unión, que se sitúa en el proyecto de vida compartido, es posible y puede aparecer en el horizonte vital de la pareja, una vez asentada y que, como se decía antes, propiamente sería fruto del amor y de una decisión consciente y madurada. Es un hijo querido, propio o ajeno, biológico o adoptado, natural o consecuencia de una fertilización in vitro, inseminación artificial, etc., pero no un hijo sobrevenido. La mujer no «se ha quedado embarazada» y ha dado a luz un niño. El hijo es la consecuencia de una decisión libre y querida de sus padres. Entonces esta pareja, propiamente hablando, se hace familia. De ahí mi concepto sociológico de familia.

Personalmente, cada día me inclino más a reservar el concepto de familia a una unión intergeneracional (de dos o más generaciones) en la que la generación adulta asume la responsabilidad de educar al miembro o miembros de la generación menor con los que convive de forma estable y duradera.

El proceso arriba descrito no era el itinerario más habitual, el más tradicional para que, propiamente hablando, se hablara de familia, pues lo habitual ha sido hasta ayer mismo que solamente tras el acto público del matrimonio la pareja pensara en los hijos. Pero en las dos últimas décadas el modelo descrito empieza a tener una seria consistencia estadística y, en determinados medios sociales, es ya claramente mayoritario.

Suelo indicar al llegar a este punto que hay una corriente en la sociología francesa de la familia que insiste en la importancia de la familia, tal y como la he definido más arriba, señalando que en los cambios radicales que estamos observando en las relaciones familiares, y en las modalidades de esas relaciones, en contra de lo que imaginamos a primera vista, parece irse afirmando la búsqueda de la intimidad, de la familia nuclear de padres e hijos, aun sin olvidar, bien al contrario, la historia familiar. Es lo que encontramos, por ejemplo, en una investigación francesa sobre la base de un trabajo de campo en tres generaciones, algo así como el estudio de la FAD que se presentó en su Congreso sobre la Familia del año 2003, de dos generaciones, padres e hijos, solamente que ampliado ¹⁴. Ya en la introducción, en la investigación francesa se afirma con fuerza que «en este comienzo del siglo xxi, los vínculos familiares a veces son incluso inventados y contruados como “lugares de memoria” que sirven para celebrar una identidad colectiva reconstruida» (p. 13) sobre la base de «neotransmisiones» con motivo de encuentros, ayudas financieras, sostén esporádico de los hijos o de los padres

ya mayores... En proporciones muy importantes se constata «el repliegue sobre el hogar, la centralidad de la vida domestica. El desarrollo del matrimonio de elección, en el que los dos cónyuges se han escogido libremente [...], y el amor por los hijos actúan conjuntamente. Y añaden, citando a Shorter, “el cimientto afectivo de la familia moderna engloba más que el marido y la esposa: mantiene también a sus hijos en el interior de esta unidad sentimental”»¹⁵.

¹⁴ Para el caso español me refiero, obviamente, al estudio *Hijos y padres: comunicación y conflictos*, o. c. La investigación francesa es de C. MATTIAS-DONFUT / N. LAPIERRE / M. SEGALLEN, *Le nouvel esprit de famille*. París, Odile Jacob, 2002,

¹⁵ *Nouvel esprit de famille*, o. c., p. 15. La cita está tomada de E. SHORTER, *Naissance de la famille moderne*. París, Seuil, 1977, p. 279.

Creo que cabe decir que esta realidad francesa es, estadísticamente hablando, aún más fuerte en España, pese a que ideológicamente todavía estemos en el proceso de ida, que no de vuelta, como los franceses. Así, el 84% de los españoles (aunque solamente el 77% entre los que tienen entre 18 y 24 años) afirmaba el año 1999 que «el niño necesita un hogar con un padre y una madre para crecer felizmente». A lo que hay que añadir, sin embargo, que solamente el 41% de las mujeres (y el 27% en las personas –no tengo el dato segmentado por sexos– que tienen edades comprendidas entre los 18 y los 14 años) piensa que «una mujer necesita hijos para realizarse»¹⁶.

¹⁶ En A. ORIZO / J. ELZO (dirs.), *España 2000, entre el localismo y la globalidad*, o. c., pp. 122ss.

En definitiva, según nuestro planteamiento, lo esencial y la especificidad de la familia estaría en el compromiso y la consiguiente responsabilidad personal y social de conducir a la edad adulta, eso es educar a los menores de edad, que obviamente necesitan el soporte material, afectivo y nómico de las personas adultas hasta su emancipación. Lo secundario es la modalidad formal de la pareja adulta. Con secundario no queremos decir que sea intrascendente, sino justamente lo que hemos dicho, secundario.

Secundario nos parece, en efecto, aunque no intrascendente –lo repito–, que tengan unos padres de sexo diferente o del mismo sexo (y soy consciente del rechazo que esta afirmación provoca en mucha gente, incluso que me es muy próxima), que tengan dos padres o uno, que sean hijos biológicos de sus padres o que sus padres los acojan sin ser ellos mismos los padres biológicos, que los hijos hayan nacido mediante el recurso a la

inseminación artificial u otras formas de reproducción que aún no podemos prever, aunque si vislumbrar.

En el momento actual se necesita urgentemente otra mirada hacia la familia donde se ponga el acento en la seriedad del compromiso de dos personas que deciden llevar adelante un proyecto en común, con vocación de perennidad, proyecto en el que se embarcan tras meditación y no simplemente como respuesta irreflexiva a un estado de atracción y con el pensamiento de que el matrimonio dure lo que durará la atracción entre ambos. Así, el matrimonio sería como un coche: de elección, a veces por catálogo o simplemente por «me gusta» sin más, luego de usar y tirar cuando ya no me guste, pues «se me fue la ilusión del primer momento». ¡Qué otra cosa pensar de tanto matrimonio que no dura más de un año!

Me parece, añado como inciso, que estimo muy importante comenzar a reflexionar en una perpetuación de la especie humana en la que se dé una disociación mucho más marcada que en la actualidad entre la relación sexual y la reproducción de la especie. La ciencia biotecnológica no ha hecho sino empezar y, no nos engañemos, en este punto no cabe poner fronteras a la investigación.

2. Dos ejes de fondo: individualización y secularización en la sociedad actual¹⁷

¹⁷ Este punto, en una redacción muy similar a la presente, ya lo publiqué en mi anterior libro en PPC, *Los jóvenes y la felicidad*, pero vuelvo a traerlo a estas páginas, con algunas acomodaciones, pues lo considero central para entender la evolución actual de la familia en España, sin obligar al lector a dirigirse a otra publicación.

Más allá de diferencias formales entre las familias, creo que cabe resaltar dos ejes, y solapados, que las atraviesan, las sustentan y que en gran medida determinan la eclosión de las nuevas familias en el horizonte occidental de matriz cristiana. Las familias no pueden sustraerse a la realidad social en la que se insertan. Vengo insistiendo en que hoy vivimos un período de mutación histórica. Un período que abarca, en su momento álgido, el último cuarto del siglo pasado, equiparable a otros escasos períodos de la historia que solemos significar, por simplificación, con acontecimientos concretos: la Revolución rusa en los inicios de nuestro siglo, la Revolución industrial a mediados del siglo xix, la Revolución francesa en los finales del xviii, la invención de la imprenta, el descubrimiento de América y la Reforma de Lutero a caballo entre los siglos xv y xvi y todo el Renacimiento.

La mutación histórica en la que nos encontramos se basa, cual trípode inestable, en tres dimensiones: la globalización, la revolución tecnológica y el nuevo papel de la mujer. Esto da lugar a una evolución de los valores que, siguiendo un esquema de José

Luis Pinillos, he intentado describir en una visión diacrónica como el del paso de los valores modernos a los posmodernos, y en una visión diacrónica como la instauración de unos valores en los que prima la búsqueda del bienestar desde el paradigma de la individualización ¹⁸. Personalmente sostengo que, para entender y analizar las nuevas familias, debemos situarlas en este contexto, demasiado sumariamente señalado, lo concedo, del que cabe subrayar tres dimensiones básicas: el fenómeno de la individualización (a caballo con la secularización, fenómenos difíciles de separar) como característica mayor de nuestro sistema de valores y, conjuntamente con ello, la inserción social de la mujer, que prácticamente ha abandonado en las clases dirigentes su estatus mayor de «ama de casa», y ello sin olvidar su capacidad para autorregular la reproducción. Estamos ante vectores centrales y determinantes de la nueva sociedad, luego de las nuevas familias. Quiero añadir, aunque no sea más que para dejar constancia de la nueva situación que se irá creando en España en las próximas décadas, la conformación de matrimonios interétnicos e interreligiosos como consecuencia del auge de la inmigración, como fenómeno añadido a tener en cuenta¹⁹.

¹⁸ Cf., por ejemplo, J. ELZO, «Para una sociología del estudio de los valores», en *La sociedad: teoría e investigación empírica. Libro homenaje a José Jiménez Blanco*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2002, pp. 819-840. Más recientemente en nuestro libro *Los jóvenes y la felicidad*. Madrid, PPC, 2006, pp. 21ss. Bastantes de las reflexiones que aquí presento siguen el hijo conductor de esas páginas, aunque con notables acomodaciones y añadidos.

¹⁹ He reflexionado sobre este punto en «Familia y religión: ¿libertad religiosa o confrontación?», en D. BOROBIO (coord.), *Familia e interculturalidad*. Salamanca, Universidad Pontificia, 2003, pp. 401-431.

El fenómeno de la individualización ha sido subrayado con fuerza como uno de los elementos mayores de nuestra sociedad. Jan Kerkhofs, en el Forum Deusto, con motivo de la presentación del estudio *España 2000*, entre el localismo y la globalidad, realizado desde la Universidad de Deusto, señalaba que a lo largo de toda Europa y a través de «nuestras encuestas [del European Values Study] de 1981, 1990 y 1999-2000, se revelan unas tendencias de las que participan casi todos los países. Nombraré en primer lugar, dice Kerkhofs, la individualización progresiva y a continuación lo que se denomina, con razón o si ella, como la secularización, cada día más generalizada» ²⁰. El profesor Jan Kherkofs, en la propia conferencia, con apoyatura del banco de datos del EVS, ofrece varios ejemplos de las consecuencias para las familias europeas de los fenómenos de individualización y secularización. Así señala que «mientras el año 1981, el 29% de los franceses consideraba el matrimonio como una “institución pasada de moda”, esta cifra

sube al 36% el año 1999, mientras que para los irlandeses las cifras son del 12% y el 23%, respectivamente». En España, esta cifra para 1999 era del 16%, siendo la media europea de 32 países del 19%. Añade Kerkhofs que, «en lo que concierne a la homosexualidad, sobre una escala de diez puntos, el punto “uno” indicando que el comportamiento propuesto no se justifica nunca y el punto “diez” que siempre, el año 1981 los franceses se situaban en el punto 3.1 y el año 1999 en el punto 5.2; para Irlanda esas cifras son, respectivamente, 2.7 y 4.4. Para los Países Bajos, donde se ha introducido recientemente el matrimonio de homosexuales y de lesbianas, estas cifras han subido de 5.6 a 7.8, las más elevadas de toda Europa. Y estos tres países –concluye Kerkhofs– tienen una larga tradición cristiana, y en Irlanda y en los Países Bajos una historia moral estricta»²¹.

²⁰ J. KERKHOFS, «Tendances rélevées par les enquêtes de l'European Values Study et perspectives d'avenir», en Forum Deusto. I. Movimientos de personas e ideas y multiculturalidad. Bilbao, Universidad de Deusto, 2003, p. 266.

²¹ J. KERKHOFS, o. c., pp. 267-268.

En España, añadimos nosotros, esas cifras han variado de 2,8 el año 1981 a 5,5 el año 1999, que solamente es superada, ese último año, en justificación de la homosexualidad en Europa por Alemania (5,7), Luxemburgo (5,9), Dinamarca (6,6), Suecia (7,7) y, por supuesto, los Países Bajos, como acabamos de ver. La media de 32 países europeos que conforman el survey del EVS de 1999-2000 es de 4,30. Puesto que escribo desde el País Vasco, completaré las cifras diciendo que en la Comunidad Autónoma Vasca la cifra en la encuesta de 1999 sube a 6,8, solamente superada por Suecia y los Países Bajos. Concluyo, como Kerkhofs, diciendo que España y el País Vasco también «tienen una larga tradición cristiana y [...] una historia moral estricta».

Obviamente, el fenómeno de la individualización aplicada a la familia ha sido objeto de atención y estudio fuera del marco de las Encuestas de Valores. Parece obligado referirse a Ulrich Beck y a Elisabeth Beck-Gernsheim, pues conforman la línea central de su análisis. Ya en su libro de 1990, traducido al español ocho años después con el título de *El normal caos del amor*. Las nuevas formas de la relación amorosa, tras señalar en la introducción que «los matrimonios que se mantienen se han hecho posibles porque la elección de la pareja ya no está sujeta a influencias y poderes ajenos [...] puesto que corresponden al ideal del amor romántico», afirman con fuerza en sus conclusiones que «la individualización produce el ideal del matrimonio por amor»²². En el cuerpo del libro desarrollan estas tesis. «¿No se está creando quizá [...] una utopía de pequeño

formato, más allá [subrayan ellos] de las grandes tradiciones de sentido, una utopía no tradicional (no codificable, no institucionalizable, no obligada a legitimarse) adaptada a la base de la existencia individualizada, una existencia que al mismo tiempo pretende superar?» (p. 234). Y se preguntan inmediatamente después dónde habían de encontrar «un sentido poscristiano e intramoderno [subrayan ellos]» a esta nueva realidad para responder que «este sentido es el amor». De ahí que titulen el capítulo como «la religión terrenal del amor», amor que «constituye el modelo de sentido para los mundos de la vida individualizados, para la arquitectura de su vida... Para el amor destradicionalizado, todo se presenta en forma de “yo”: la verdad, el derecho, la moral, la salvación, el más allá y la autenticidad [subrayan los autores]. Este amor moderno tiene su fundamento en sí mismo, por tanto en los individuos que lo viven» (p. 236).

²² Barcelona, Paidós, 1998. Las citas provienen de las pp. 13 y 263, respectivamente.

En otras palabras, no hay norma externa a la pareja. La norma la establece cada pareja, cuando no cada individuo en la pareja. Son o pretenden ser autónomos, esto es, creadores de sus propias normas. Esta es la fuerza y la debilidad del matrimonio moderno y la causa del vértigo y de sus múltiples incertidumbres.

No otra cosa es lo que llevamos años diciendo cuando nos referimos al modo de socialización de los jóvenes y adolescentes de la llamada posmodernidad, en el ámbito occidental, que se realiza básicamente desde la experimentación grupal (compartir y ensayar conductas y valores) con otros adolescentes y jóvenes y no tanto desde la reproducción, aun crítica, de lo transmitido por otras instancias históricas de socialización como la familia, la escuela, las Iglesias, los partidos políticos e incluso los medios de comunicación social. Perspectiva que, con Internet, adquiere aún una fuerza mayor, aunque también es cierto que «la red» permite crear redes de afinidad, idiosincrasia o creencias similares. Desde esta perspectiva sitúo yo la calificación de «individualista» que se atribuye al joven de hoy, sin dar necesariamente (ni sobre todo únicamente) a esta apelación la connotación de egoísmo o autismo social, sino más bien la pretensión de autoconstrucción del ser joven. Claro que el reto es gigantesco y, aunque la mayoría transita sin mayores sobresaltos por el largo período de la adolescencia, particularmente entre nosotros, bajo la modalidad del «tardojoven», como yo les llamo, y «adultescente» Eduardo Verdú, bien cobijados en el nicho familiar, pocos son los que salgan a la intemperie y se adentren en la creación de su propia familia pertrechados con algo más que el deseo de acertar en la elección.

Porque, y esto todos los sociólogos y estudiosos de la familia al fin acaban admitiendo, la familia no ha muerto, como predijera al inicio de la década de los setenta

David Cooper ²³. Al contrario, es un plebiscitado objeto de deseo. Las encuestas son formales y repetitivas hasta la saciedad. Preguntados los ciudadanos por las cosas que consideran importantes en la vida, entre la familia, el trabajo, el tiempo libre, los amigos, la política y la religión, encuesta tras encuesta la familia aparece en primerísima posición²⁴. La proporción de jóvenes que se proyectan en el futuro viviendo solos es escasísima. Otra cosa diferente es que cada día haya más adultos que vivan solos, como hemos visto más arriba, pero, hay que decirlo con fuerza, eso no supone la muerte de la familia, sino que, al menos en parte, es consecuencia de las dificultades inherentes al modelo romántico, electivo, de la familia actual. Que aumente el número de divorcios no es sino la cara invertida de este modelo de familia electiva, supremo objeto de deseo en el que tantas esperanzas se ponen.

²³ D. COOPER, *La muerte de la familia*. Barcelona, Ariel, 1976 (ed. original: *The Death of the Family*. Harmondsworth, Pelican Press, 1971; también en Nueva York, Vintage Books).

²⁴ En España, cf. por ejemplo el capítulo 1 de A. ORIZO / J. ELZO (dirs.) / M. AYERBE / J. CORRAL / J. DÍEZ NICOLÁS / J. GONZÁLEZ-ANLEO / P. GONZÁLEZ BLASCO / M. L. SETIÉN / L. SIERRA / M. SILVESTRE / C. VALDIVIA, *España 2000, entre el localismo y la globalidad. La Encuesta Europea de Valores en su tercera aplicación, 1981-1999*. Madrid, Universidad de Deusto – SM, 2000.

Digamos de pasada que la legitimación del matrimonio homosexual no es sino la consecuencia del matrimonio electivo, romántico, depositario y concreción singular de determinadas personas. De nuevo Ulrich y Elizabeth Beck dicen en algún momento que «el amor homosexual no es sino la concreción en determinadas personas de la divinización del amor». Lo que no empece para que añadamos que es también una conquista social bienvenida, más allá de la discusión sobre si deba considerarse matrimonio o no. En este punto, mi posición concuerda con la del Consejo de Estado, que sostuvo lo contrario de lo que al final se aprobó en el Parlamento español.

Estos autores han continuado con su reflexión en un reciente libro que lleva el significativo título de *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas* ²⁵. El libro dedica un lugar más que destacado a la problemática familiar, pues dos terceras partes de sus 350 páginas se refieren a lo que denominan, ya en el encabezamiento del capítulo 6, «Hacia la familia posfamiliar: de la comunidad de necesidades a las afinidades electivas». No es difícil adivinar el contenido del capítulo, y no nos ocuparemos aquí de ello. Pero, además de la importancia concedida al nuevo estatus de la mujer, hay un aspecto del trabajo de los Beck que quiero resaltar: los hijos ocupan en toda su reflexión un segundo lugar. No digo que no

los tengan en cuenta. El capítulo 12 se titula «Hijos de la libertad», pero se refiere, entre otras cosas, a los nuevos valores de los que han nacido tras la caída del muro de Berlín. Pero si uno se fija en el índice analítico que se incluye al final de la publicación, es particularmente llamativo que no aparezcan los términos «padre», «madre» e «hijo», sino los de «hombre» (2 veces) «mujer» (26 veces) y «niños» (10 veces).

²⁵ Editado de nuevo en Barcelona, Paidós, 2003. El original alemán es de 2001.

3. ¿Qué hacemos con los hijos?

El niño es el gran olvidado de la sociedad del bienestar. Hay leyes de dependencia para toda suerte de colectivos, lo que está muy bien, por supuesto, pero cuando del niño se trata solamente se piensa en guarderías... o que se las arreglen sus padres (sus madres, más bien). ¿Se han fijado ustedes que en los grandes programas de televisión de éxito los niños no aparecen? El ejemplo más paradigmático, cuando escribo estas líneas –junio de 2008–, nos lo da el exitoso programa televisivo «Escenas de matrimonio». En la de las personas mayores no hay ni siquiera nietos. En la de la pareja de adultos no hay niño que valga, así como en la pareja más joven, salvo que salga en las puyas de la pareja para tirarse los trastos a la cabeza para solaz de los televidentes. No creo haber visto un solo niño en ese programa, con el título que lleva, habiéndolo visionado varias veces.

Pero los hijos –¿o habrá que decir niños en adelante?– existen. Están ahí. Cada vez menos, como es bien sabido, pues estamos muy lejos de asegurar la reproducción, con lo que, más allá de consideraciones ideológicas o de identidad nacional, el horizonte de nuestra sociedad, con la actual tasa de natalidad de los autóctonos, es muy simple: el mestizaje en un par de generaciones. Ulrich Beck, en la más que interesante entrevista que cierra el último libro, dice que «por supuesto están sus hijos, mis hijos, nuestros hijos. Pero también la paternidad, el núcleo de la vida familiar [ahora subrayo yo] está empezando a desintegrarse en las condiciones del divorcio» (p. 342). En efecto, los hijos, como ya señalara hace años Salustiano del Campo refiriéndose a la proliferación de divorcios en la sociedad americana, pueden encontrarse ante la disyuntiva de no saber con qué abuelos quedarse en los casos en los que sus padres se hayan casado en segundas nupcias, por ejemplo.

Hijos y abuelos conforman dos aspectos de la familia que, en la insistencia por la individualización y la pareja, corren el riesgo de quedarse en la penumbra. Sin embargo sabemos que la mayor parte de las mujeres desean tener hijos, y sabemos también que la familia extensa no ha desaparecido tan fácil y prontamente como a veces se da a entender. De hecho, en los momentos difíciles (económicos, por ejemplo) es a la familia

extensa a la que se recurre en primer lugar en la mayor parte de los casos. En la sociedad española actual, mientras la responsabilidad de cuidar y educar a los hijos recaiga básicamente en las madres, en tanto que los padres, de facto, dedican a esa labor un tiempo y un empeño infinitamente menores, y mientras las políticas sociales de ayuda a la familia sean las que son, las mujeres se enfrentan a una situación casi imposible de compaginar: el cuidado de sus hijos con su inserción social y, no digamos, promoción social.

De nuevo en la Encuesta Europea de Valores, ahora Nicolas Herpin, en el número especial de Futuribles de verano de 2002, dedicado a los valores de los europeos, insiste en su análisis de la familia en lo que denomina la cada día mayor presencia de los valores del individualismo ²⁶, particularmente cuando analiza las actitudes que hay que potenciar en los hijos en el seno de las familias. Pero cuando analiza en detalle la cuestión de los factores que ayudan al «éxito» del matrimonio se constata algo que va más allá del individualismo y que yo llamaría la demanda de autonomía compartida en la pareja, y me atrevo a añadir, después del estudio Hijos y padres: comunicación y conflictos ²⁷, que también hay una demanda de autonomía compartida entre padres e hijos. La situación social de individualización, con el auge consiguiente de actitudes de individuación, no conlleva necesariamente una demanda de aislacionismo, bien al contrario conduce a un deseo de complementación sin fusión, de compartir en la diversidad y en el respeto a la unicidad, a una exigencia de fidelidad mutua también. ²⁸ Sí, el valor en alza no es el aislamiento, sino la unión en el respeto a la unicidad de cada uno. Que no se logre dependerá de mil factores, pero es seguro que la respuesta que inicialmente se dé al porqué, al objeto finalista de la conformación de la pareja, y más aún de la familia, será determinante.

²⁶ No entro aquí en la discusión y diferenciación del proceso sociológico de individualización de las actitudes individualistas. Baste señalar que, en la sociedad actual, ambas se complementan y apoyan mutuamente. Para Herpin, cf. Futuribles 277 (julio-agosto 2002), pp. 41-61. Toda la revista es excelente y permite tener una idea cabal, con mucho aparato estadístico, de la evolución de los valores de los europeos en los veinte últimos años del siglo XX.

²⁷ De nuevo E. MEGÍAS (dir.), Hijos y padres: comunicación y conflictos, o. c.

²⁸ A. Orizo analizó esta cuestión en el I Congreso sobre La familia en la sociedad del siglo XXI, o. c., p. 122.

4. Un nuevo contrato social para la familia

Las autoras de la investigación trigeneracional francesa que he citado páginas arriba terminan prácticamente su libro con esta reflexión: «El aumento del número de personas mayores, conjugado con el de la creciente autonomía de las mujeres [y su deseo de tener hijos, añadido yo], hace prever que hará falta un compromiso mayor por parte del Estado hacia ellas»²⁹. Se preguntan las tres autoras como conclusión, que comparto plenamente, si la familia moderna no va a provocar un nuevo contrato social. Necesitamos, en efecto, un nuevo contrato social que coloque a la familia en el lugar querido por la inmensa mayoría de los ciudadanos españoles: en primera fila de sus prioridades, de sus objetivos vitales, el bien tan anhelado y tan frágil.

²⁹ C. ATTIAS-DONFUT / N. LAPIERRE / M. SEGALEN, *Le nouvel esprit de famille*, o. c., p. 278. Cf. también M. GODET / E. SULLEROT, «La famille, une affaire publique», en *La Documentation Française*, París (2005).

Porque no estamos, como se dice a veces, en el fin de la familia por la emancipación de la mujer, pues la mujer desea tener hijos y educarlos ella misma, eso sí, en corresponsabilidad con su marido y sin que vaya en detrimento de su promoción profesional y social. No veo tampoco ventaja alguna en trasladar la educación de los hijos al Estado y que no sean los padres quienes la asuman. Sin embargo, el Estado debe respetar exquisitamente la dimensión nómica de la familia y su composición formal. El reto del futuro de las familias en nuestro entorno está en conciliar la educación de los hijos (el bien supremo de nuestra sociedad) con la aún incipiente inserción social de la mujer y la aún más incipiente corresponsabilidad familiar del padre. Hay un modelo que me resulta particularmente grato, al que vengo denominando de «autonomía familiar» compartida entre los padres (biológicos o no) y firmemente sostenida por la sociedad a través del Estado, central y autonómico. Es la conjunción de la nuclearidad del modelo familista mediterráneo y católico (la primacía y valoración de la familia como institución), familia no endogámica y abierta a la sociedad, con la protección social de los países europeos que, habiendo redescubierto el valor de la familia y la familia como valor a preservar, están ya «de vuelta» de una mirada sospechosa a la institucional familiar como algo arcaico y que debe ser superado, en los tiempos actuales, por la promoción individual de las personas. Pero no hay que olvidar que, aun siendo una la institución familiar, no hay un solo modelo de familia. Aunque a algunos les chirría la expresión, «no hay familia, sino familias». Es una cuestión abierta, pues hay y habrá otros modelos familiares. Pero el debate es anterior al de los modelos familiares, exige responder a la cuestión clave de saber si priorizamos la pareja (y en ellas cada individuo) o la familia como institución.

Se habla mucho de la crisis de la familia. Pero si hay crisis es crisis de éxito, de exigencia. La familia es la institución social, junto a la Iglesia, que más tiempo perdura entre nosotros, la más antigua. Porque somos seres sociables y queremos compartir nuestra vida con otra persona. No queremos vivir solos. Queremos vivir con otra persona. Y queremos vivir felices con otra persona. Muchos queremos además que nuestro amor no solo perdure, sino que se traslade a nuestros hijos. Lo que sucede es que, en una sociedad que cada día es más agresiva, donde la solidaridad se ha institucionalizado, luego burocratizado, pedimos más y más a la familia, a la que queremos gratuita y no competitiva. De ahí su éxito, de ahí su fragilidad. De ahí que muchas veces no logremos lo que nos hemos propuesto. El amor se marchita, se rompe y lo que se pensó como un espacio de cariño y ternura se convierte en flor mustia, cuando no en corona de espinas. La separación se hace inevitable. Se ponen tantas esperanzas en la familia que no podemos soportar que nos hayamos equivocado. La familia se rompe a nuestro pesar, hasta con alivio, cuando la situación se hace insoportable.

Pero esta situación no supone en absoluto la muerte de la familia. La familia puede morir cuando se agote en la pareja. La cosa será inevitable cuando, de forma mayoritaria –pues siempre habrá circunstancias y casos particulares–, la pareja no se constituya como un proyecto de vida en común, abierta a la educación de hijos, propios o adoptados, sino como una mera unión de dos personas que deciden vivir juntas, a veces sin convivir, y ello mientras el otro o la otra me ayude a seguir viviendo. En el fondo, «mi» pareja solo me interesa en función de que me sirva a «mí». Es una pareja instrumental. No una familia.

En realidad, lo que sucede en demasiados casos es que en nuestra sociedad ha desterrado el dolor, el sufrimiento, la contrariedad, la dificultad de sobrellevar las dificultades y vencerlas. Hay una equiparación de hecho entre felicidad y placer. En el caso del matrimonio, es la vía directa al fracaso y a la infelicidad. La felicidad supone saber integrar en la vida el dolor, la insatisfacción, los fallos, las esperanzas no satisfechas y cubiertas o no directa e inmediatamente satisfechas. No se trata, por supuesto, de la búsqueda del dolor y del sacrificio como tales. Menos aún de sostener que, para ser feliz, hay que pasar necesariamente por el dolor y el sacrificio, como una especie de peaje obligatorio. Es otra cosa. Se trata de saber, de entrada, que hay que aprender a integrar el dolor, las dificultades y hasta las decepciones en la vida cotidiana y, mediante un proyecto de vida compartido, superar dolores, malos momentos, dificultades, etc. Supone, sobre todo, reconocer que el bien más frágil es el hijo y que su educación, en los primeros diez años, pasa prioritariamente por la labor de sus padres. De ahí también nuestra distancia crítica con el «divorcio express». No pensamos que haya que buscar culpables cuando manifiestamente un matrimonio se ha roto, y es

preciso dar una salida humana a los padres y a los hijos. Pensamos que hay que educar en la tolerancia, en la capacidad de superar las desavenencias, integrar el dolor (sin dolorismos masoquistas) y no dejar caer algo tan serio como un matrimonio a las primeras de cambio y sin haber intentado poner remedio, razonablemente, a situaciones difíciles.

Nos enfrentamos a una decisión de fondo. Si priorizamos el éxito y la promoción individual sobre la educación amorosa y personalizada de los hijos (que serán, en ese supuesto, meramente niños), Lipovetsky, Beck y toda la sociología familiar individualista tendrán razón: la familia –en realidad la pareja– será una prótesis individualista como complemento psicológico de cada miembro de la pareja, que, como toda prótesis, será desechada cuando sea inservible. Si priorizamos la educación de los hijos será preciso que no dejemos a los padres solos en la asunción de semejante responsabilidad. Menos aún culpabilicemos a las madres pidiéndoles sin más que vuelvan a casa. Se impone una acción de toda la sociedad a través de los poderes públicos que se haga corresponsable de la educación de los hijos, sin menoscabo de la autonomía nómica de los padres, insisto, y de la legítima promoción social de los padres, padre y madre. Pero eso no solamente en los discursos, sino en la práctica, esto es, en los presupuestos que se aprueben en los parlamentos correspondientes y en la legislación laboral pertinente.

Ahí está el dilema y el futuro de la familia, tal y como yo lo veo. En definitiva, el futuro de la familia depende de los valores que prioricemos en el futuro, un futuro que, hace años ya, es presente.

3

EL MIEDO EN LOS ESCOLARES

En las paredes de los pasillos de un centenario colegio religioso concertado de Vitoria cuelgan orlas de alumnos y profesores con esta dedicatoria: «Los alumnos de la promoción de [pongamos 1950] a sus dignos profesores». Varios años después, avanzada la década de los setenta, en la inscripción ha caído lo de «dignos» y se limita a decir: «Los alumnos de tal promoción a sus profesores». En la década de los noventa, la inscripción dice simplemente: «Alumnos y profesores de tal promoción». Cuando voy a dar un curso a los docentes de uno u otro sitio, mitad en broma mitad en serio suelo decirles que falta una inscripción para completar la evolución que diga así: «Los profesores de la promoción de 2008 a sus dignos alumnos». Apenas caricaturizo. Los que ya hemos pasado los 60 años de edad tenemos la memoria histórica del miedo al profesor, al maestro, como antes se le llamaba, antes de convertirse en «enseñante», cuando no en «trabajador de la enseñanza», últimamente reconvertido a veces en «educador». Recordamos la mano extendida para recibir el castigo con la regla, el cachete demasiado habitual, ponerse de rodillas contra la pared, etc. Personalmente he vivido poco esas situaciones, pero ciertamente estaban en el ambiente.

Por fortuna, estos modos educativos prácticamente han desaparecido de nuestras escuelas. Hoy nos encontramos con alumnos que ya no tienen miedo de sus profesores, sino de sus propios compañeros. Lo relevante, en lo que a violencia y agresiones se trata dentro de los centros docentes, es lo que se denomina como bullying, traducido habitualmente por maltrato o abuso entre iguales, donde unos escolares agreden de forma reiterada, psicológica y físicamente, a otros, estableciendo una relación de maltratadores/maltratados. Algunos escolares lo llevan muy mal y tienen miedo de ir al colegio. No estamos hablando de peleas en el patio del colegio, riñas y trifulcas entre chavales, estamos hablando de escolares que se sienten vejados, insultados, menospreciados, dejados de lado y, si se terciara, aunque no parece ser lo más relevante, agredidos físicamente por algunos de sus compañeros. También algunos profesores son objeto de agresiones por parte de los alumnos, como es bien sabido.

Hay que añadir también que la inmensa mayoría de los escolares están bien integrados en sus centros, en sus casas, y mantienen buenas relaciones con sus profesores (los puntúan con un notable alto), sí, como con sus compañeros. Diciendo esto no queremos minimizar la gravedad de lo arriba referido. Queremos contextualizarlo. En la escuela hay chavales –y chavalas, cuidado con el género– que están mal, que lo están pasando mal. Probablemente es una de las hipótesis más frecuentemente contrastadas; tienen un problema de integración que nace en sus propias familias y en la enseñanza primaria, incide en sus relaciones con sus amigos (tiene menos amigos y a veces, como él, también desarraigados, con lo que se multiplica el efecto de distanciamiento y separación de la normalidad estadística), generando unos estilos de vida (absentismo escolar, consumos abusivos de alcohol y drogas) que, si no se remedian pronto, pueden tener efectos negativos en su vida y en la de su microsociedad, familia, escuela y compañeros.

El papel de los profesores (y de los padres) es crucial. No es tarea fácil, y es sabido que hay más de un profesor quemado. Los que estamos en la enseñanza lo sabemos bien. No faltan tampoco los que rechazan al adolescente. Algunos no soportan más y, si pueden, lo dejan. No es esa la mejor situación para un buen trabajo educativo, ciertamente. Pero ¿es que no hemos pasado, imperceptiblemente, de una imagen reverente ante el profesor, llegando a justificar sus malos tratos («la letra, con sangre entra») a otra en la que el profesor a veces llega a tener miedo de su alumno... o del padre (o más habitualmente la madre) de su alumno?

Pero en estas páginas vamos a centrarnos en la situación del escolar maltratado por otros compañeros (y esporádicamente fuera de la escuela también), dejando aparcado el grave problema de las ofensas al profesorado en particular y las relaciones que mantienen profesores y alumnos en general, cuestión que requiere tratamiento propio.

1. La voz de los escolares

No hay duda alguna de que el maltrato escolar es una realidad muy extendida en la escuela española. Hay chavales y chavalas que pasan miedo en la escuela. Miedo de sus compañeros. Miedo al tener conocimiento, por el lógico traslado en los medios de comunicación, de episodios graves, muy graves, sucedidos estos últimos años en la geografía española que, por su reiteración y por la forma como se presentan, han generado un «ruido mediático» que a todas luces ha influido en la percepción que tienen los escolares de lo que pasa o puede pasar en su centro escolar.

En los cuestionarios que enviamos a varios centros de España, y que he referenciado en la introducción de este trabajo, les preguntábamos directamente a los escolares:

«¿Crees que en tu centro escolar hay situaciones en las que algunos alumnos son maltratados frecuentemente por otros compañeros, alumnos de quienes se ríen continuamente, los dejan como apartados de los demás, les insultan, les dan cachetes o pequeños puñetazos u otras cosas parecidas?».

Ya he dicho en la introducción del libro que esta encuesta no es cuantitativa, sino cualitativa, pero, así y todo, puedo decir que la mayoría de las respuestas de los escolares en los cuestionarios refieren que esta situación se da con mucha frecuencia. Hay que añadir, sin embargo que también entre ellos hay apreciaciones diferentes acerca de la frecuencia y gravedad del maltrato escolar, así como sobre su traslado a los medios de comunicación. Particularmente, si exageran o no cuando los publican. Así, mientras un chico de 16 años de un instituto rural dice que «sí, que hechos así suelen pasar, aunque se exagera mucho» y otra chica de otro centro público dice que «en su clase no hay nada de eso», es más común encontrar apreciaciones bien diversas. He aquí algunos ejemplos:

- Sí, siempre hay unos cuantos pobres marginados (chico de 16 años de un centro público de Santiago).
- Pasa en mi clase con una chica que no habla mucho, que tiene gustos un poco diferentes a los de la mayoría y que no se sabe defender muy bien. Se ríen mucho de ella y hablan mal de ella (chica de Madrid de 16 años de un centro público).
- Les pasa a los pardillos. Los medios no exageran nada, yo creo que es peor. Hay gente que no sé ni cómo sigue viniendo al colegio (chica de 16 años de un centro religioso de Granada).
- Les pasa a muchos y no se exagera en absoluto. Siempre hay unos que dan y otros que reciben. Debe de ser biológico (chico de 16 años de un centro público de Madrid).

Algunos escolares refieren incluso situaciones personales que ellos mismo han padecido. Esta chica de 16 años de un centro tinerfeño lo dice con estas palabras: «Sí, hay gente que es muy cruel. Yo eso lo viví hace unos años. Me lo hicieron pasar muy mal, por eso no me gusta ver que se lo hagan a otras personas». También esta chica madrileña de 18 años señala que «yo pasé hace unos años por una situación de esas y se pasa muy mal». En fin, también este chaval vasco de 16 años de un centro concertado, que señala que «estas cosas pasan mucho y los medios de comunicación se quedan cortos, ya que solo sacan los muertos. Yo ya no lo vivo, pero lo he vivido en cursos menores y se pasa muy mal».

Como se ve, las experiencias brevemente reseñadas en las líneas anteriores nos indican que en toda la geografía española el maltrato escolar existe, que los chavales y

chavalas que lo padecen lo pasan muy mal y que este maltrato se da prioritariamente en la enseñanza primaria. Son varios los casos de escolares que señalan que «antes sí, antes lo padecí, pero ya no». Este joven tinerfeño de 17 años nos muestra uno de estos episodios de maltrato escolar, de los que cabe decir que no es de los peores. Dice que «en el Instituto los compañeros de bachiller le dicen a un pibe de 2º de ESO que haga “el pino” y lo hace. Entonces se ríen de él y le tiran céntimos. A él parece que le gusta y les hace caso».

Esta idea del bufón aparece en algún otro caso, incluso con la propia denominación de bufón. Puede ser, para el maltratado, una forma de sortear la que le cae encima. Haga lo que haga, más que probablemente. Intenta congraciarse con sus matones para que el castigo no sea mayor.

Pero este no es el caso peor. Precisamente por ser públicamente notorio. El caso más grave es el de quien lo padece en silencio, porque el maltrato tiene más de psicológico que de castigo físico (mofarse de él con gestos cuando sale a la pizarra, rechazarle en conversaciones u obligarle a que le haga este o aquel encargo, etc.), originando en el escolar una auténtica situación de desprecio y miedo. «He llorado por sentirme abandonada por mis compañeros. Nadie se daba cuenta de que un chico me hacía la vida imposible. Tenía miedo de venir al “cole”. Fue en Primaria», relata esta chica de un centro concertado que ahora tiene ya 17 años.

Ciertamente, las cosas son más frecuentes en Primaria que en Secundaria, y analizando las cosas con detenimiento, como lo hicimos en una encuesta catalana del curso 2005-2006³⁰, constatamos que son los cambios de ciclo los momentos en los que la situación corre el riesgo de producirse con mayor frecuencia, como veremos más adelante.

³⁰ El texto original, en catalán, lleva por título Enquesta de convivència escolar i seguretat a Catalunya: curs 2005-2006. Fue un encargo del Parlamento de Cataluña (y de hecho allí lo presentamos personalmente el 20 de junio de 2007) a las Consejerías de Interior y Educación. En el informe trabajamos un equipo de dieciocho personas. Se puede consultar en la web de la Generalidad (www.gencat.net) con el titular arriba indicado, en catalán y en castellano. Es un informe extenso, de 346 páginas, pero hay un resumen mucho más breve en la misma dirección, en los dos idiomas referidos. Hay otro estudio catalán en el que también participamos: Joventut i seguretat a Catalunya: els comportaments problemàtics dels joves escolaritzats. Enquesta als joves escolaritzats de 12 a 18 anys. Curs 2000-2001 (por encargo dels Departament d'Ensenyament i Departament d'Interior. Generalitat de Catalunya) (incluye cuestionario). Noviembre de 2001. En el País Vasco, en J. ELZO (dir.) / N. GARCÍA / M. T. LAESPADA / ZULUETA, Drogas y escuela. VI. Evolución del consumo de drogas en escolares donostiarras (1981-2002). San Sebastián, Escuela Universitaria de Trabajo Social, 2003 (incluye cuestionarios en castellano y euskera). Hay otra investigación realizada por un equipo similar que llevará por título Drogas y escuela. VII, con trabajo de campo el año 2006, que está en prensa.

2. De qué hablamos cuando hablamos del maltrato escolar.

Las guerras de cifras

Es difícil dar una cifra definitiva, y sobre todo única, del número de episodios y del número de escolares que han sido objeto de maltrato escolar. Básicamente porque no hay acuerdo en lo que deba entenderse por maltrato escolar. Incluso entre los investigadores. Sin embargo, en algunos aspectos clave, como la definición operativa del bullying, parece que ya hemos llegado a un acuerdo de mínimos, siguiendo al primer investigador europeo en este tema, Dan Olweus, de considerar bullying a las acciones negativas experimentadas (maltratos padecidos) por parte de otros compañeros de forma reiterada, esto es, al menos una vez a la semana. La divergencia mayor estriba, una vez determinada la edad de los escolares a la que hacemos referencia, en distinguir la característica y gravedad de la acción padecida y, a nuestro juicio, completado por la lectura subjetiva que hacen los maltratados de la gravedad de lo padecido. Por eso hay tantas divergencias cuando leemos en la prensa el nivel del maltrato en la escuela que, según lo que estemos midiendo, puede pasar del 2% al 40%. Sencillamente estamos hablando de cosas distintas.

Es evidente que no estamos hablando de lo mismo cuando preguntamos a los escolares cosas tan diversas como estas que transcribo a continuación, recogidas del último estudio en el que participé sobre la convivencia en los centros escolares de Cataluña. Les preguntamos a los escolares entre aproximadamente 8 y 18 años, durante el curso escolar 2005-2006, si ellos han padecido en su centro alguna de estas situaciones: si «se han burlado de él o le han insultado», si «le han dejado de lado o le han ignorado», si «le han robado o dañado cosas suyas», si «le han dado golpes, empujones o patadas», si «le han amenazado para obligarle a hacer cosas que él no quería hacer».

El informe propiciado por el Defensor del Pueblo español de 2006 ³¹ distingue diferentes tipos de agresión (exclusión social, agresión verbal, agresión física indirecta y agresión física directa, amenazas y acoso sexual) con sus conductas específicas concretas para cada tipo de agresión. Citemos algunas a título de ejemplo. Así contemplan conductas como «ignorar», «no dejar participar», «insultar», «poner mote ofensivo», «romper cosas de la víctima», «pegar», «amenazar solo para meter miedo», «acosar sexualmente con actos y comentarios», etc.

³¹ Violencia escolar: el maltrato entre iguales en la Educación Secundaria Obligatoria (1999-2006), en la web del Defensor del Pueblo español.

Si extendemos las agresiones que los escolares han podido padecer dentro de la escuela a las que hayan sufrido fuera de ella, entonces el abanico de cuestiones se abre de forma importante desde cosas que les han robado, amenazas con armas y sin armas, sin olvidar las agresiones de carácter sexual. Así, en este último supuesto, en el estudio catalán al que me refería más arriba distinguimos desde «comentarios molestos o insultos de carácter sexual» que ha podido padecer el escolar hasta «violarte; forzarte a una relación sexual que no deseabas», sea dentro o fuera de la escuela, insisto. Personalmente sostengo que hay que estudiar la violencia escolar, la violencia que padece y, no lo olvidemos, también la que el escolar puede ejercer, en su vida completa, en su conjunto vital, esto es, no solamente hay que estudiar el comportamiento del escolar cuando está en el colegio, sino también en su tiempo de ocio y cuando está en su familia. Muchas veces hay correlación entre la violencia padecida dentro y fuera de la escuela, aunque no siempre. La casuística es infinita. Veamos dos ejemplos.

Una situación muy grave sin lugar a dudas es la del chaval que ya sufre maltrato en su propia casa, a la que se añade la que pueda sufrir (o ejercer como compensación de la que padece en su familia) en el colegio, que hace que se puede unir con otros chavales con un historial parecido al suyo formando así un grupo que, más o menos rápidamente, se sitúa en los márgenes de la sociedad convencional y corre el grave riesgo de derivar hacia comportamientos más graves con el paso de los años: consumos compulsivos de alcohol y drogas, reyertas, desapego de los estudios, malas calificaciones, problemas graves de indisciplina que pueden acabar con el gran fracaso escolar de dejar los estudios antes de tiempo o con una formación manifiestamente insuficiente para afrontar la vida adulta. Este perfil, muy rápidamente esbozado en estas líneas, es, con diferencia, el más preocupante de todos.

Pero también es sabido que en algún momento de su formación escolar hay chavales que «solamente» sufren en el entorno escolar, y más concretamente en una escuela determinada, de tal suerte que, bien detectado el problema y a tiempo, una actuación que incluso puede llevar a que sus padres saquen al hijo de un centro y lo lleven a otro, el problema desaparece. Esta situación se genera dentro de la dinámica propia de un grupo concreto, incluso de una clase, un aula escolar concreta. Un escolar (chico o chica) no acaba de encajar en el grupo por diversas razones. Una pelea con el «gallito» del grupo de la que sale derrotado, un defecto físico o psíquico objeto de chanzas mal resueltas en los primeros momentos, alguna actuación desafortunada, sea en un deporte, sea un día de clase en la pizarra, etc., puede desencadenar un proceso de segregación del escolar del grupo que el matón o matones del aula (si los hay, que no hay matones en todas las aulas) aprovechan par ensañarse con él. Normalmente, una rápida detección de la situación permite superarla sin mayores problemas. Pero a veces, como decíamos arriba,

se precisa un cambio de centro escolar (más fácil en grandes núcleos urbanos que en pequeñas localidades, y en padres con recursos económicos, ciertamente) resuelve el asunto.

Sea la que sea la causa, el miedo existe. Hay muchos chavales y chavalas que tienen miedo de ir a la escuela. Este miedo va en aumento en los últimos años. No necesariamente porque se haya incrementado la violencia en las aulas. Si se consultan los (escasos) estudios existentes, donde, con metodologías comparables, se estudia la evolución de la proporción de comportamiento violentos en escolares estos últimos años, los datos indican que los niveles de violencia no han aumentado en número, aunque se mantienen y en ocasiones se incrementan los más graves, aunque el concepto de «grave» exige tratamiento propio, al que me referiré más abajo. Hay bastantes datos que avalan esta idea básica que vengo repitiendo estos últimos años. La violencia escolar, en particular, y la violencia juvenil, más en general, no está en aumento, pero sí los episodios más graves, los más sangrantes, que además, por la lógica de lo noticiable, tienen su reflejo en los medios de comunicación, creando así lo que cabe denominar un «constructo social» de la violencia escolar.

Para ilustrar de qué niveles de maltrato estamos hablando, veamos algunos datos del último estudio de nivel español existente y en el catalán que nosotros hemos trabajado. Cuando se comparan los datos del estudio realizado por encargo del Defensor del Pueblo español del año 2000 con el similar estudio de 2005-2006, según sus autores, leemos en las conclusiones que «se encuentra una disminución de la incidencia de ciertas modalidades de maltrato por abuso de poder. En particular, los tipos de maltrato cuya incidencia desciende de modo significativo son los “insultos” (de 39,1% al 27,1%) y los “motes ofensivos” (del 37,7% al 26,7%), la conducta de “ignorar” (del 15,1% al 10,5%) y de “esconder cosas de otros” (del 22% al 16%), así como las “amenazas para meter miedo” (del 9,8% al 6,4%) y el “acoso sexual” (del 2% al 0,9%). Se mantiene en niveles similares la agresión verbal indirecta o “maledicencia”, la exclusión social activa o “no dejar participar”, las formas de agresión física directa (pegar) como indirecta (los robos y destrozos de propiedades) y las formas más graves de “amenazas”» (p. 238). Nosotros, tanto en el estudio catalán como en el vasco, llegamos a las mismas conclusiones. Más aún. Si nos referimos a datos policiales y judiciales, las conclusiones son las mismas³².

³² En nuestro libro *Los jóvenes y la felicidad*. Madrid, PPC, 2006, trasladamos en su segundo capítulo bastantes datos, con tendencias que se confirman en años posteriores. Consúltense directamente la web del Ministerio del Interior y la del Ministerio de Justicia para fechas posteriores a nuestro libro.

Si nos centramos ahora en el informe catalán ya referenciado, los resultados indican

que un 16% del alumnado catalán, durante el curso 2005-2006, siente bastante o mucho miedo a ser maltratado. La cifra es notable, aunque claramente superior en la enseñanza primaria. Es evidente, en efecto, que la sensación de miedo varía con la edad y con el sexo, pues las chicas tienen más miedo en general que los chicos. El estudio detallado del fenómeno muestra también la oscilación del miedo asociado al final de la educación primaria y al inicio de la secundaria, sobre todo en el caso de las chicas. Después el bajón de la sensación de miedo será continuo, aunque entre las chicas se mantiene una minoría notable, ligeramente superior al 9%, que expresa sensación de miedo en la escuela más allá de los 17 años (2,3% en el caso de los chicos).

Estas cifras nos interpelan por su contundencia y se tienen que tener en cuenta desde diversos puntos de vista. En primer lugar, hay que insistir en los problemas de transición entre la educación primaria y la secundaria. En el primer curso de la ESO, luego en el paso de la Primaria a la Secundaria, cuando los escolares tienen entre los 11 y los 12 años de edad, se producen significativos incrementos de miedo en los escolares: del 70% entre las chicas y del 30% entre los chicos. Esto hace pensar que la acogida en la ESO es mejorable.

Pero, más allá de esta reflexión organizativa, los datos señalan en una dirección elemental y particularmente refractaria a los tratamientos rápidos o superficiales. El miedo está nítidamente correlacionado con la edad, casi diríamos que parece correlacionada con la fuerza física: son las chicas y el alumnado de menor edad relativa –queremos decir edad relativa por referida al ciclo escolar en el que se encuentran– los que tienen más miedo, simplemente porque se sienten más débiles. Perciben con realismo que las víctimas son seleccionadas entre los que tienen dificultades para defenderse, y la primera dificultad (no es la única, pero sí la primera) es generalmente física, la más elemental.

Además, la protección que les ofrece la organización escolar no modifica esta vivencia básica: los que se encuentran en situación de debilidad son los que tienen más probabilidades de ser sometidos a injusticias, y en especial a acciones negativas continuadas que demasiado a menudo han pasado inadvertidas o han estado trivializadas. Cuando finalmente se produce una intervención de la escuela, sus efectos no siempre resultan reparadores para la víctima. En casos extremos pueden comportarle incluso dificultades adicionales, sobre todo en casos mal diagnosticados, en los cuales pueden equiparar las acciones negativas sistemáticas que sufre la víctima con sus respuestas emocionales, generando situaciones de falsa ecuanimidad que contribuyen a vejar a la víctima, a intensificar su aislamiento y a erosionar su autoestima. Tienen miedo a ser visto como «quejicas», débiles, apocados, lo que les hace cerrarse aún más.

3. ¿Exageran los medios de comunicación?

Repitámoslo. El nivel ordinario de maltrato escolar, según los datos que poseemos, ha descendido, pero no así los episodios más violentos y sangrantes, que como poco se mantienen en niveles similares, si es que incluso no han aumentado en algunos supuestos. Queremos añadir inmediatamente que al decir «nivel ordinario» no queremos en absoluto trivializar la realidad. Sabemos fehacientemente, ya desde el curso 2000-2001, que determinadas manifestaciones de acoso que pueden parecer más graves (una agresión física como un puñetazo, por ejemplo) pueden ser percibidas y sentidas como menos dolorosas y graves por un escolar que el desprecio, la burla o el ninguneo por parte de sus compañeros. Esta es la violencia escolar oculta y, pensamos que en los últimos años, en parte también ocultada por los maltratadores. En realidad, lo que sale a los medios de comunicación social son, casi exclusivamente, los hechos más sangrientos, más llamativos, los episodios de violencia física.

Así, sobre la base de datos innegables y muy graves, su reflejo en los medios de comunicación, muchas veces excesivo y, digámoslo sin ambages, a veces morboso y buscando la venta de ejemplares o el aumento en los índices de audiencia, provoca la lógica alarma social, muchos padres y asociaciones de padres reclamando de la Administración medidas eficaces, la clase política, acuciada por unos y otros, echa mano del arsenal legislativo (¿cuántas veces se ha modificado la Ley del menor desde el inicio de esta década?) pensando ilusamente que los hábitos sociales se cambian con decretos legales y ya está ahí el «constructo social»: tenemos una juventud violenta y violentada. Dentro y fuera de la escuela, lo que es falso de toda falsedad. He aquí algunos ejemplos recogidos de la prensa.

- En cinco años los delitos cometidos por menores en nuestro país se han triplicado. Más de la mitad de los agresores, el 57%, son extranjeros (17 de septiembre de 2005).
- Un 60% de aumento de delincuencia juvenil desde 1992, dicen las estadísticas (17 de noviembre de 2007).
- Los casos de delincuencia han aumentado un 42% en la última década (18 de noviembre de 2007).
- Las noticias sobre violencia y pandillismo juvenil abren los informativos u ocupan las primeras páginas de los periódicos [...] Es un fenómeno creciente [...] La radicalidad de esta violencia es una de las consecuencias negativas de la inmigración masiva que está conociendo nuestro país (18 de noviembre de 2007).

Estos datos son exageraciones, cuando no falsedades. Además, no se indica la fuente

de forma contrastable, lo que impide toda capacidad de verificar lo afirmado. Ahora bien, dicho lo anterior, sin embargo no queremos que se entienda que sostenemos una especie de ocultación de la realidad. Tampoco una presentación aséptica de las manifestaciones y episodios más graves de la violencia en los jóvenes. El suicidio de Jokin en Hondarribia (recuérdese: el chaval de un centro escolar que, acosado por sus compañeros, no pudo más y se tiró desde lo alto de una muralla, con consecuencia de muerte) fue un desencadenante de una toma de conciencia que permitió que salieran a la luz pública situaciones reales de maltrato en la escuela. Pese a que diversos investigadores ya llevábamos años denunciando. El Defensor del Pueblo ya había publicado el primer informe sobre el maltrato en la escuela. Rosario Ortega llevaba ya años liderando estudios en Sevilla, María José Aguado en Madrid, y podría continuar la lista. Nosotros mismos ya habíamos estudiado el fenómeno en Euskadi y en Cataluña. Una vez presentados los resultados, podíamos encontrar una o dos páginas al día siguiente en los medios de comunicación, algún artículo o comentario la semana siguiente, y todo volvía al silencio, salvo congresos, conferencias, etc. Hizo falta el suicidio de Jokin y el interés de algunos medios de comunicación para que saltara la alarma y el tema fuera objeto de preocupación general. Luego los medios de comunicación social, pese al carácter excesivamente alarmista en pocos casos, también tienen una dimensión altamente positiva en esta cuestión, que es de justicia señalar.

Hay un indicador indirecto del miedo existente en los centros docentes. En la constatación empírica de que, para los escolares, aumenta la sensación de que no hay disciplina, cuando es más que probable que la disciplina en los centros sea hoy mayor que hace diez o veinte años. De hecho, a tenor de los estudios que hemos analizado, la proporción de escolares de Secundaria que consideran que hay menos disciplina de la que a su juicio debiera haber ha aumentado de manera sustancial a lo largo de esta década. Más de un tercio está reclamando más disciplina en la escuela, cuando no llega al cuarto los que entienden que la que hay es excesiva, el resto, algo más del 40%, estima que hay la disciplina que, siempre a su juicio, debiera haber. La asimetría es evidente. Hay más escolares que estiman que hay un déficit de disciplina que un exceso. Lo que no deja de ser llamativo, máxime cuando estamos hablando, en este punto, exclusivamente de escolares de Secundaria, que son los que más protegidos están, aunque no sea más que por la edad y corpulencia física. No tengo el dato evolutivo, en el tiempo, de los alumnos de Primaria, pero estoy seguro de que las cifras serán todavía más contundentes hacia una mayor demanda de disciplina que en la enseñanza secundaria.

En definitiva, es claro que se esté produciendo un incremento de la sensación de inseguridad entre el alumnado que probablemente responda a una amalgama de

problemáticas que no se limitan a los maltratos, sino también al efecto que determinados episodios graves producen en los medios de comunicación social. Dicho esto, no es posible obviar la realidad de los maltratos, que parecen ocupar un lugar de importancia estratégica entre los hechos que vulneran las normas de convivencia en la escuela. Y ahora no nos referimos únicamente al reproche ético y normativo que merecen los maltratos, sino también a la capacidad de nuclear una reacción amplia y enérgica a favor de la convivencia con efectos positivos en todos los ámbitos, incluso en los ámbitos disciplinarios y docentes. Volveremos a este punto al final de estas páginas.

4. ¿Son más violentos o son más violentados los inmigrantes

en el aula escolar? La importancia del origen geográfico

Algunos ejemplos recogidos de los medios de comunicación en el apartado anterior indican que en muchas personas existe la percepción de que los inmigrantes son más violentos, maltratan más que los autóctonos a sus compañeros en clase, en el aula escolar. La realidad es bien distinta, como nos muestra, a título de ejemplo, la investigación catalana ya referida.

En cifras globales, el 18,8% de los nacidos en Cataluña son objeto de acciones negativas una vez a la semana o más, y la cifra equivalente para los nacidos fuera de Cataluña es del 23,4%: 4,6 puntos por encima. Hay que añadir que, más allá del origen geográfico de los escolares, aquí también se producen diferencias muy sustanciales entre la enseñanza primaria y secundaria que reflejan la disminución del problema con la edad en el conjunto poblacional, autóctonos comprendidos, aunque entre los emigrantes puede haber problemas añadidos.

Los datos obtenidos muestran una concentración del problema entre el alumnado de menos edad en educación primaria, y sugieren cierta relación con las dificultades de comunicación lingüística. En términos generales, los que provienen de ámbitos sociolingüísticos más alejados registran más problemas de convivencia, especialmente si las dificultades de comunicación van acompañadas de distancias de orden cultural o social. El problema afecta especialmente a los chicos y las chicas de origen africano.

El alumnado de origen extranjero, sobre todo los más pequeños, es objeto de más acciones negativas (victimación objetiva) y tiene más dificultades para relacionarse con los compañeros a la par que, analizados los datos con detenimiento, añadimos que la gravedad que asigna a los malos tratados padecidos (victimación subjetiva) está 1,2 puntos por encima del que se registra para los nacidos en Cataluña. Luego a la mayor victimación objetiva padecida hay que añadir que es también mayor la subjetiva.

Pero quizá lo esencial que hay que decir está en otro sitio. La evolución por etapas formativas nos permite situar el problema en perspectiva. El alumnado de origen extranjero afectado por acciones negativas intencionadas, valoradas como particularmente graves por ellos mismos, permite apreciar la concentración del problema en la educación primaria, que es también mayor que la que padecen los alumnos autóctonos, pero en la evolución posterior, una vez lleguen a la secundaria, observamos que se sitúa en unos niveles relativos iguales o inferiores al del alumnado autóctono.

La conclusión es evidente. Los alumnos de origen extranjero tienen más problemas de maltrato escolar que los autóctonos en la enseñanza primaria. El problema es tanto mayor cuanto mayor sea la distancia social, cultural y lingüística. Pero aquellos alumnos extranjeros que siguen en el sistema escolar, al llegar al final de la secundaria, están tanto o más integrados que los propios alumnos autóctonos. La siguiente cuestión es la de saber qué colectivo del alumnado de origen extranjero ha transitado por todo el proceso educativo y cuál el que ha salido de él antes de llegar al buen puerto del final de la enseñanza secundaria. En efecto, sabiendo que los problemas de maltrato escolar, siendo siempre superiores en toda categoría de alumnos, autóctonos y emigrantes, en la etapa primaria lo son aún en mayor grado entre los emigrantes, y que esta correlación interna, sin embargo, desaparece e incluso cambia de sentido en la secundaria, es inevitable preguntarse qué factores concurren para esta inversión de correlaciones en la enseñanza primaria y en la secundaria. Cuestión que, entre otras razones por la baja submuestra de emigrantes, no hemos podido estudiar todavía, pero que nos parece capital para el futuro de la integración de los emigrantes en nuestra sociedad. Máxime sabiendo que la cifra de emigrantes irá en aumento en los próximos años.

5. Las necesidades de ayuda de los escolares maltratados

La existencia de chicos y chicas que son objeto de acciones negativas intencionadas plantea de inmediato la necesidad de saber si necesitan ayuda. La respuesta es obviamente afirmativa. Unas pocas cifras para saber de cuántos estamos hablando. Casi el 19% de los alumnos que han sido objeto de maltrato reiterado (insisto en que solamente me refiero aquí a escolares que padecen maltrato reiterado, no un episodio ocasional) manifiesta necesitar «bastante o mucha ayuda». Estamos hablando del 4,5% del total de escolares de Primaria y Secundaria. Por otra parte, más del 33% de alumnos maltratados confiesa necesitar «un poco de ayuda». Ahora nos referimos al 8% de todos los escolares. No son cifras insignificantes, como se ve, aunque ya un solo caso exigiría ayuda. En cifras redondas, uno de cada tres escolares que ha padecido maltrato reiterado por su compañeros pide «un poco de ayuda», y uno de cada cinco «bastante o mucha

ayuda». Trasladando estos datos a la totalidad de la población escolar estamos hablando de un 4,5% que necesita «bastante o mucha ayuda», y un 8% necesita «un poco de ayuda». Insisto, cifras importantes.

Sabiendo que las acciones negativas continuadas disminuyen claramente con la edad, no sorprende que los alumnos que necesitan ayuda también disminuyan con la edad. Es fácil entender que, en materia de ayuda, la intervención del profesorado y de los padres es, literalmente hablando, capital, sobre todo teniendo en cuenta que la definición misma de maltrato presupone un desequilibrio de fuerzas y un aislamiento relativo de las víctimas que obligan a desconfiar de la eficacia de las estrategias de autodefensa o de autorregulación del grupo de escolares. En este sentido, en la encuesta catalana se preguntaba literalmente a los afectados: «tú qué has hecho cuando otros alumnos te han tratado mal?», y, como se puede observar por sus respuestas, informar al profesorado o a los progenitores constituye la estrategia de preferencia (lo ha dicho a los profesores el 37,6% de los afectados; lo ha dicho al padre o a la madre el 37,9%, no necesariamente los mismos). Y se trata de una estrategia acertada de acuerdo con lo que sabemos sobre el maltrato entre iguales.

Precisamente por eso se tiene que destacar también que estas mismas cifras pueden ser interpretadas en negativo, señalando que segmentos muy importantes de los afectados no informan a los adultos del problema. Hay muchos que se callan. Y eso nos permite afirmar (al menos sospechar) que el profesorado o los padres no siempre están al corriente de los problemas de convivencia que afectan a los menores. El grado de desconocimiento de los problemas, por parte de los adultos, nos parece superior a lo que habitualmente se reconoce.

Es difícil imaginar unos padres o unos profesionales de la educación que permanezcan pasivos ante un caso de acciones negativas intencionadas y continuadas contra chicos o chicas que se encuentren en una situación de debilidad relativa. En principio, la pasividad o las intervenciones desacertadas de los adultos son consecuencia del desconocimiento o de una diagnosis equivocada de los hechos. Y la cuestión es particularmente relevante, porque en las edades en que el problema es más frecuente, en los más pequeños, los adultos tienen recursos para intervenir con eficacia. Incluso durante la adolescencia, cuando la frecuencia de los hechos disminuye, pero la gravedad de los casos subsistentes puede aumentar, una intervención del centro o de los padres es generalmente resolutive.

En este sentido se tiene que reconocer que el bullying no ha estado siempre entre los problemas prioritarios de la educación, quizá porque el proceso de escolarización generalizada y la reforma de la enseñanza ponían en primer plano los problemas de dotación material o humana, así como los niveles de instrucción alcanzados o por

alcanzar. Incluso los problemas de maltrato entre iguales, que comportan sobre todo formas de microvictimización, eran a menudo confundidos con problemas de interrupción o tratados como asuntos de escasa relevancia. Cosas de chavales, se decía no pocas veces. Parece que se hayan percibido los hechos sin diagnosticar el problema o, más exactamente, sin diferenciar los diversos problemas existentes, con los efectos que eso supone sobre la eficacia de los tratamientos.

Teniendo en cuenta la existencia de divergencias y solapamientos entre los niveles de conocimiento de los progenitores y del profesorado, la casuística es muy variada. En nuestra investigación catalana proponemos diferenciar cinco segmentos formando una escala a partir de los escolares afectados que afirman que tanto los padres como los profesores lo saben todo hasta los que dicen que ni los padres ni los profesores saben nada. Un sexto segmento incluye un considerable 9,3% de los afectados que no contestan alguna de estas dos preguntas.

El conocimiento completo, muy alto o alto del problema (las dos partes –sea los padres, sea los profesores– lo saben todo, o una parte lo sabe todo y la otra algunas cosas) no llega al 25% de los afectados. Adicionalmente, en un 27% de los casos se registran unos niveles de conocimiento que podríamos etiquetar de medios o intermedios (las dos partes saben algunas cosas...). Y el resto, es decir, más del 41% de los escolares afectados, indica que los adultos de su entorno tienen un conocimiento bajo, muy bajo o nulo de las acciones negativas que le afectan. No se trata de un asunto menor, ya que la disminución de las acciones negativas continuadas en la escuela requiere típicamente la intervención de los adultos, y eso presupone unos niveles de información seguramente superiores a los que estamos registrando. En este sentido observamos un serio problema que hay que resolver, a saber, el de la ocultación del maltrato por los propios escolares que lo sufren. De ahí que podamos añadir que mientras una parte de los maltratos se sufran en silencio, las mejoras de la convivencia, aun reales, como muestra la disminución de casos de maltrato que hemos indicado más arriba, no se realizan, sin embargo, con la celeridad y reconocimiento necesarios en demasiados casos.

6. El problema de la ocultación

Comencemos indicando de entrada que unos niveles de ocultación de la magnitud señalada no pueden ser producto exclusivamente de los rasgos de personalidad de algunos afectados ni de la existencia de relaciones insatisfactorias entre determinados chicos o chicas y los adultos, sean estos sus padres o sus profesores. Ciertamente hemos podido comprobar en diferentes estudios que la existencia de relaciones insatisfactorias, particularmente de los escolares con los progenitores, constituye un factor de riesgo

adicional, pero no explica unos volúmenes de ocultación tan elevados. También es cierto que hay correlación entre maltrato padecido y deficientes relaciones entre profesores y alumnos, pero también aquí este dato no es suficiente para explicar los niveles de ocultación. Hay escolares que manifiestan tener buenas relaciones con sus padres y con sus profesores, ser objeto de maltrato reiterado y, sin embargo, no dar cuenta de él a sus padres o a sus profesores. En otras palabras, los condicionantes caracteriales o familiares tienen un peso incuestionable, pero los datos obtenidos no nos autorizan a explicar la ocultación solamente a partir de las circunstancias personales y familiares de los afectados.

Hay una explicación de carácter psicológico que solo podemos dejar que aflore. El problema de la ocultación parecería reflejar la existencia de tendencias primarias, estigmatizantes (y estigmatizadoras para quien las padezca), consistentes en abusar de personas que se encuentran en una situación de debilidad aparente, sobre todo cuando por algún motivo resultan molestas o se hacen ver demasiado. Según esto, parecería que el alumnado que intenta ocultar las acciones negativas que le afectan, en realidad intenta ocultar la sensación de debilidad y evitar un incremento de la exclusión relacional, una erosión de la autoestima, quizá incluso puede temer pura y simplemente la incompreensión de los adultos y las represalias de los maltratadores. Este argumento, aunque de orden psicológico —que por tanto escapa a nuestras competencias profesionales— nos parece, sin embargo, de gran peso, pues a un problema de presión externa, el maltrato padecido por sus compañeros, se añade el ahondamiento del sufrimiento por incapacidad interna de externalizarlo. Quizá, incluso, nutriendo en el interior un sentimiento de culpa, obviamente inexistente.

Este es un ejemplo paradigmático de lo que supone un grito silencioso y autosilenciado de un adolescente. Es evidente que la sociedad adulta debe tener las antenas puestas para detectar estos gritos silenciosos de los adolescentes, propiciando que puedan expresarse, incluso en el anonimato.

Ciertamente, no podemos no mentar y dejar de lado alguna explicación sobre la base de la ecuación personal del maltratador, así como en virtud de la personalidad determinada del agredido, cuestión en la que no entramos y que dejamos a la ciencia psicológica, aunque no debe obviarse, por supuesto. Pero debemos abordar la argumentación sociológica del problema, más allá de la psicológica (y genética, biológica, etc.), la que sitúa al escolar maltratado en su entorno vital, próximo y menos próximo. Queremos decir, al escolar en la sociedad en la que crece.

Pero señalemos, antes de abordar este punto más en extenso en el siguiente apartado, que tanto el ocultamiento como la disminución del maltrato escolar entre iguales pueden ser consecuencia de un mismo fenómeno: la mayor toma en consideración por parte de

todos los estamentos escolares, las escuelas, y en ellas sus profesores, dirección y padres de alumnos, así como por todo el sistema escolar, queremos decir, la administración educativa, que han propiciado una mayor alerta en el centro escolar ante este fenómeno. Así, los escolares se han sentido más vigilados y también más concienciados. Los profesores y la dirección de los centros más preocupados ante un fenómeno que a veces han podido entender como «cosas de críos», y la propia administración educativa, con la organización de encuentros, jornadas, etc., y la elaboración de materiales de discernimiento ha ayudado a paliar la magnitud del acoso escolar entre compañeros.

La presencia del tema en los medios de comunicación en general, así como en las revistas especializadas del campo educativo, indudablemente han ayudado a la toma en consideración del fenómeno del maltrato escolar, hasta el punto de que aquí y allá hemos escuchado cierto hastío en algunos profesores ante la acumulación de información o, más aún, la demanda de información de lo que sucedía en sus propios centros. Una consecuencia la hemos visto en nuestros propios estudios ante la acumulación de demandas de investigación escolar, que conlleva que muchos centros estén ya saturados de encuestas e investigaciones. Pero, aun reconociendo esta realidad, nos parece sin embargo que cabe concluir diciendo que el esfuerzo ha valido la pena y hoy estamos en este punto algo mejor que hace algo menos de una década, que es de cuando tenemos los primeros datos científicamente contrastados. Esta mejora habría sido imposible sin la colaboración del profesorado, de gran parte del profesorado, en una labor callada y no suficientemente valorada, es lo menos que cabe decir.

7. Hacia una explicación sociológica

Hemos abordado esta cuestión en numerosos trabajos. Por ejemplo en nuestro libro sobre los jóvenes y la felicidad, y no vamos a reproducir aquí las reflexiones que allí vertimos³³. Nos limitamos a resumir algunas que nos parecen particularmente pertinentes y añadir otras que hemos ido forjando en lecturas e investigaciones realizadas estos dos últimos años. Pero voy a comenzar con unas experiencias acerca de uno de los juegos que practicaba en mi infancia y primera adolescencia.

³³ Cf. J. ELZO, *Los jóvenes y la felicidad*. Madrid, PPC, 2006, pp. 73-78.

a) Cómo negociábamos la violencia los adolescentes de nuestra generación

Un juego, decía. Los que hemos pasado tiempo ha de los sesenta años recordamos

nuestros juegos infantiles. En las navidades de 2007 nos juntamos en un almuerzo diecisiete de los poco más de veinte amigos que conformábamos la cuadrilla en Beasain en la infancia y primera adolescencia. Saqué a colación en un corrillo nuestras peleas de críos. Tenía delante al jefe de nuestra pandilla, a quien no había visto desde hacía cuarenta años o más. Rememoramos dónde teníamos la guarida escondida, dónde robábamos maderas para hacer las espadas, de qué árboles cogíamos ramas para disimular la guarida y a qué casero le birlábamos utensilios (una azada, recuerdo) para trabajar la tierra, etc. Organizábamos guerras. Guardias contra ladrones, cuando estábamos solos nosotros, los de nuestra cuadrilla, aunque preferíamos pelearnos contra los de la plaza del pueblo (nosotros éramos los de la estación) o contra los del barrio de la Portería. El campo de batalla lo conformaba el pueblo entero, aunque nos gustaba particularmente la zona de la iglesia, ya entonces un tanto a las afueras del Beasain moderno. Además aprovechábamos para cogerle algunas manzanas al párroco como justa represalia por los bastonazos con los que nos obsequiaba cuando hablábamos más de la cuenta en la catequesis.

Uno de la cuadrilla, en la comida, contó un sucedido. Uno de los componentes de la cuadrilla era más que renuente a participar en esas peleas y se quedaba solo cuando íbamos a nuestra «guerras» particulares. En cierta ocasión, su padre (uno de los pocos con formación universitaria entonces) le espetó con vigor: «¡Haz el favor de ir a jugar con tus amigos y no te quedes en casa, en las faldas de tu madre!». A regañadientes vino con nosotros, pero con tan mala fortuna que en las primeras escaramuzas una piedra, quizá algo mayor que las que usábamos habitualmente, le golpeó en la frente y salió un hilillo de sangre. Ahí se acabó la «guerra». Inmediatamente nos dirigimos a casa del médico, que era el padre de otro, pero de lacuadrilla «enemiga», quien tras ponerle una especie de tirita nos dijo que podíamos continuar con la guerra... con más cuidado.

En realidad, la guerra se acababa cuando se terminada el tiempo de asueto o cuando se capturaba al jefe de la cuadrilla «enemiga». Ese jefe era sometido en alguna ocasión a una cierta forma de «tortura», dicho sea muy entrecomillado. Sentado el jefe vencedor sobre la tripa del jefe vencido, le conminada a confiarnos algún secreto; hasta que lo confiaba, algún rasponazo asomaba por su cuerpo, aun sabiendo todos que mentía. A continuación las dos cuadrillas nos dirigíamos conjuntamente al centro del pueblo en alegre camaradería, comentando las incidencias de la pelea, los moratones de este, la carrera de aquel para librarse de ser apresado, la espantada del tercero, más bien miedoso... No pocas veces terminábamos, entremezclados algunos componentes de las dos cuadrillas de la «guerra», bebiendo vino peleón bendecido con gaseosa o, más habitualmente, con agua de seltz.

Yo no creo que los adolescentes de hoy tengan más prácticas violentas que las de

nuestra generación. La diferencia está en otro sitio. La violencia estaba integrada en nuestra vida de adolescentes. Era normal que en la rivalidad entre Beasain y Villafranca de Oria –hoy Ordizia– cuando jugaban al fútbol nuestros equipos, era nuestro derby particular, fuéramos al campo de fútbol con piedrecitas en los bolsillos para tirárselas a los jugadores, por ejemplo al tirar un córner, y no digamos al portero. Yo mismo portero en juveniles, recuerdo vivamente las que tuve que soportar en el viejo campo de Ordizia y las mofas de las chavalas, porque entonces era como la radiografía de un silbido de lo delgado que estaba. Sí, ya sabíamos que la violencia no era buena, pero la teníamos como domesticada. Nos dejaba explayarnos en nuestra agresividad de preadolescentes, pero, y este punto es clave, sabíamos que todo era un juego y que ese juego tenía unas reglas, unos límites no escritos pero infranqueables. En el fondo teníamos unos referentes de los que no tengo duda alguna en señalar que la vieja Acción Católica de entonces tenía mucho que ver, sin olvidar la autoridad, no solamente el poder, de nuestros padres en concreto y de la gente adulta en general. La tribu que educa, que suele evocar con tanta razón Marina, era realidad en Beasain. Los adultos sabían cómo jugábamos, que no lo hacíamos a hurtadillas y si alguno se sobrepasaba en clase con un compañero, el maestro no se andaba con contemplaciones y lo paraba. Una sola vez recibí un sopapo de mi maestro y razón tuvo en dármele. Ninguna secuela me ha quedado de ello. Quizá agradecimiento.

b) Tres teorías sociológicas clásicas de la desviación social

A la hora de explicar las causas o circunstancias que explican la emergencia y persistencia de manifestaciones de violencia juvenil en general y escolar en particular, cabe traer a colación tres ámbitos teóricos que, sostenemos, son más acumulativos y diferenciadores de situaciones concretas que, propiamente hablando, excluyentes. Nos referimos a la teoría del control, la teoría del aprendizaje y la teoría de la tensión. La teoría del control viene a decir que los individuos que escapan a las normas convencionales de la sociedad tienen una integración social deficitaria, un déficit de control social que incluso puede ser un rechazo de integración social, provocando actos violentos. Es el caso de los chavales y chavalas que han crecido sin nadie que sea capaz de orientarles, sin ponerles límites. Los que han crecido «como han querido». Recuérdese la afirmación de Platón, creo que en el libro de las Leyes: «Cuando los padres se acostumbran a dejar hacer a sus hijos; cuando los hijos ya no toman en cuenta lo que aquellos dicen; cuando los maestros tiemblan ante sus alumnos y prefieren adularlos; cuando, finalmente, los jóvenes desprecian las leyes, porque ya no admiten por encima de ellos la autoridad de nada ni de nadie, es el principio de la tiranía y el fin

de la pedagogía».

Sutherland acuñó en la década de los años treinta del siglo xx la teoría del aprendizaje diferencial, últimamente desarrollada por otros autores. La idea central viene a decir que la conducta desviada o delincencial no es tanto consecuencia de una ausencia de control social cuanto de procesos de imitación y reproducción adquiridos en ámbitos delincuenciales del orden que sean. Así, por ejemplo, los que ha nacido y crecido en la cultura del robo, robar les parecerá la cosa más natural del mundo. En otro orden de cosas pensamos también que la teoría del aprendizaje diferencial es pertinente para explicar, al menos parcialmente, tanto la kale borroka como el terrorismo islámico. Los tres casos que hemos ofrecido como ejemplos del aprendizaje diferencial nos permiten mostrar al mismo tiempo la pertinencia de la teoría y su insuficiencia, pues, a todas luces, no se puede meter en el mismo saco las bandas de ladrones, las mafias, la kale borroka y el terrorismo islámico, aunque se pueda explicar su paso al acto por la inmersión de sus componentes en una subcultura de la delincuencia o de la violencia.

La teoría de la tensión no es tampoco de ahora. Tiene sus orígenes en un famoso trabajo del sociólogo americano Robert K. Merton escrito en 1938. La tesis central de Merton viene a decir que la delincuencia es el fruto de la tensión que se produce cuando hay una «disociación entre las aspiraciones culturalmente prescritas (en una sociedad concreta) y las vías socialmente estructuradas para realizar esas aspiraciones». En otras palabras podríamos decir que se trata de la disociación que se da entre los objetivos propugnados en una sociedad, a los que deben aspirar los ciudadanos, y los procedimientos que esa misma sociedad considera legítimos para alcanzarlos. Merton escribió pensando en la sociedad americana de su época, pero su argumentación tiene rabiosa actualidad en nuestra sociedad. Hoy en día, en la sociedad española, gran parte de los conflictos provienen precisamente de la disociación entre los objetivos socialmente prescritos para ser feliz, para tener presencia socialmente valorada (tal marca, tal coche, tal viaje, etc.), y la dificultad para procurarse rápidamente, por vías legales, los recursos para alcanzarlos, y ello, en muchos casos, independientemente de la clase social de pertenencia.

Pero además han surgido otras fuentes de tensión que tienen mucho que ver, en última instancia, con los valores dominantes de nuestra sociedad. Así la tensión que se produce cuando el disfrute del gozo deseado es imposible de alcanzar o simplemente es diferido en el tiempo, y no digamos si requiere un esfuerzo prolongado. Es exactamente lo que sucede en no pocos casos en la juventud actual. Cuando afirmamos que nuestros jóvenes, en una gran proporción, aunque obviamente con acentos distintos, son inmediatistas y presentistas, es exactamente esto lo que queremos decir.

Estos planteamientos, bien conocidos en lo que antaño se llamaba la sociología de la

conducta desviada, requieren a nuestro juicio dos complementos. Uno en razón del propio actor social y de la lectura que él hace de su comportamiento violento. En efecto, no se puede obviar cuál es la razón, motivación o legitimación que el propio escolar, agente activo de la violencia, se da a sí mismo y presenta ante los demás, de forma más o menos tematizada (y aquí el papel del analista social es imprescindible para desentrañarlo), sea para justificar o para explicar su comportamiento violento. Desde este punto de vista llevamos años ofreciendo una tipología de modalidades de violencia que sería demasiado extenso reproducir aquí. (Puede consultarse nuestro libro sobre los jóvenes y la felicidad.)

Pero asimismo es preciso analizar con cierto detalle cuál es el contexto social en el que crece este escolar. A este segundo aspecto vamos a dedicar algunas páginas a continuación.

c) ¿Valen todos los valores? El imperio del «nahi dut»

Se ha insistido, con razón, en la incapacidad para asumir el límite como consecuencia de una ideología dominante en España que ha privilegiado ciertos valores sobre otros. Quiero decir que se ha hecho hincapié, felizmente, en los valores inherentes a los derechos de la persona, pero se ha olvidado, desgraciadamente, que esos valores no son traducibles en la práctica si no llevan el correlato de determinados deberes.

Así, un rechazo a toda jerarquización de valores bajo el sacrosanto principio de que cada cual puede decir y pensar lo que quiera, con tal de hacerlo sin violencia (y no siempre) y sin dar cuenta alguna del porqué de su razonamiento. Es lo que he denominado muchas veces con la expresión en euskera de la «lógica del nahi dut», la lógica de hacer lo que apetece sin más explicación, arrinconando la «lógica del behar dut», la lógica del deber hacer, la lógica de la solidaridad. Es el imperio del individuo, pretendidamente libre y autónomo, frente al ciudadano, sumatorio de la persona libre en su individualidad a la par que solidaria con el otro. Arrinconando, además, el concepto de persona, que va más allá y es anterior al de ciudadanía.

En España hemos pasado muy rápidamente de una moral religiosa, que en su peor vertiente basaba la salvación en el sufrimiento (y aún quedan secuelas preocupantes), a una moral centrada en el bienestar, en el disfrute del momento presente, a lo que Paul Valadier ha denominado la moral libertaria, con un corto período de tiempo, el del tardofranquismo y la primera década de la Transición, en el que se apostó por una moral de la salvación a través del cambio político, el cambio de estructuras políticas, pensando ilusa y trágicamente que así se cambiaba la sociedad. Baste recordar los setenta y dos años de dictadura soviética y la bobaliconería de gran parte de la intelligentsia europea y

los doce del nacionalsocialismo alemán, con apoyo de no pocos intelectuales de su país.

Un adolescente que hoy se abra al mundo se encontrará con una legitimación religiosa muy minoritaria (a la par que fragmentada) y ausente en la inmensa mayoría de los medios de comunicación que a él le interesan. Verá que el referente político más noble, la preocupación por la cosa pública, está escamoteada por la maquinaria de los partidos políticos y los medios de comunicación afines, cuyo objetivo es ganar las próximas elecciones. Este adolescente verá, por el contrario, una sociedad consumerista, en medio de una parafernalia de objetos cuya adquisición es objeto de incitación constante. Es sabido el poder de las marcas y su enorme atractivo entre los jóvenes. No se olvide que el dinero aparece como el icono que, según los propios jóvenes, mejor les representa como jóvenes que son.

Todo esto hace que los jóvenes españoles de hoy estén centrados en lo próximo, en lo actual, en lo cercano, en lo cotidiano, etc. Así, frente al «gran discurso», a la explicación global de las cosas (que apenas les llega), se quedan en el «pequeño relato», la concreción del día a día, la respuesta a sus cuestiones habituales. Sin embargo (insisto mucho en ello y lo repito ahora aquí), las grandes preguntas, aun no explicitadas, no formuladas temáticamente, están ahí, en lo más profundo y en la periferia de ellos mismos: quién soy yo, de dónde vengo, a dónde voy, qué sentido tiene mi vida, por qué hacer el bien y no el mal, por qué he de ocuparme del otro y no centrarme en mí mismo, si el mundo se acaba aquí, si hay un más allá... Y no encuentran quien les dé, no diré respuestas, sino más básica y fundamentalmente elementos para aproximarse a esas grandes cuestiones con la fuerza de la razón y la determinación de la voluntad. De ahí la fragilidad intelectual y emocional en no pocos jóvenes y el riesgo de que puedan ser presa de sus propios sentimientos, indecisiones y, de forma particular, sin capacidad de asumir sus propias frustraciones. En definitiva, el vacío en el que se mueven hace difícil la gestión de la violencia, especialmente en aquellos adolescentes con menos recursos en la vida, sean estos recursos familiares, escolares y de habilidades personales para la convivencia escolar y social.

d) El síndrome de Gary Cooper: en casa «solo ante el peligro»

Un aspecto importante es, evidentemente, el de la evolución de la familia española y sus consecuencias en las relaciones de los escolares con sus padres. En este libro dedico muchas páginas a esta cuestión, pero, por coherencia con el discurso que estoy desarrollando aquí y para no obligar al lector a dar saltos de una página a otra, debo añadir unas pocas líneas en relación con la familia. Es sabido que la familia en España vive un proceso de cambio vertiginoso, una de cuyas notas es que nos encontramos ante

muchos hijos que son hijos únicos en el seno de un hogar en el que la madre ha salido de casa sin que el padre haya entrado. Al menos en la misma proporción en que ha salido la madre, con lo que el «nido vacío» es una realidad suficientemente contrastada.

Ante nuestros ojos estamos viendo surgir nuevos modelos de núcleo familiar (matrimonios tradicionales con o sin hijos, reconstituidos de varias experiencias anteriores de los progenitores, monoparentales que en realidad debieran denominarse monomarentales, polinucleares de convivencia de dos o más núcleos familiares, etc.) que sin embargo siguen manteniendo la estructura básica del modelo nuclear, padre, madre e hijos, un solo hijo en la mayoría de los casos, lo repetimos. Personalmente vengo sosteniendo que lo esencial no está tanto en el modelo formal de familia cuanto en la atención que se presta a la educación de los hijos. En la familia está, en buena parte, la clave explicativa de no pocos problemas de actualidad, aunque me temo que no la solución, al menos a corto plazo.

En el tema que aquí nos ocupa hay acuerdo entre los investigadores que sitúan en la crisis de la institución familiar en las familias que se buscan, en la reordenación de los roles paterno y materno, uno de los factores centrales de algunas modalidades de violencia juvenil. Según un estudio del año 2002, en el que nosotros participamos y que nos parece extremadamente revelador, hay un 15% de familias en España con un clima de agresividad que puede llegar a derivar en violencia física. Y luego hay otro tipo de convivencia familiar que, si bien no propicia la violencia, tampoco prepara a los jóvenes contra la modalidad de violencia que hemos definido como «violencia gratuita». Es la que puede surgir en el seno de lo que hemos denominado «familia nominal»: aquella en la que los padres han dimitido de la tarea de educar. No es un fenómeno aislado: estamos hablando de más del 40% de las familias españolas en este supuesto³⁴.

³⁴ Cf. el capítulo tipológico de Hijos y padres: comunicación y conflictos, o. c. Más recientemente, J. ELZO, «Tipología y socialización de las familias españolas», en *Arbor* 702, tomo CLXXVIII: «La familia en el XXV aniversario de la Constitución Española», S. DEL CAMPO (ed.) (junio 2004), pp. 205-229, donde concreto y avanzo algunas reflexiones más sobre el texto anterior. También mi texto «Padres e hijos. Valores de ida y vuelta». Conferencia de clausura en la Jornada Los hijos raros, celebrada en Madrid el día 3 de noviembre de 2004. Libro de Ponencias. Madrid, FAD, 2005, pp. 117-142. Más allá de estudios empíricos, es de justicia reseñar el trabajo, profesional e investigador, de Javier Urra desde su vertiente de la psicología clínica y su enorme conocimiento de la realidad de los menores. Su publicación *Escuela práctica para padres*. Madrid, La Esfera de los Libros, 1994, es un compendio de su saber. Nos decía cuando lo publicó que «se había vaciado» en ese libro. Pero ya cabe saludar una nueva obra suya: *El pequeño dictador*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2006.

Pero, lo decimos inmediatamente, no todo es imputable a la familia, ni mucho menos. Necesitamos dar un paso más y adentrarnos, si no en el nudo gordiano del problema, sí en una de sus notas centrales: la propia lectura que la sociedad adulta hace de la

violencia y por ende la que reciben los niños y los adolescentes. Dicho en una frase: socialmente hablando, la violencia está mal vista, es condenada, rechazada, pero al mismo tiempo está omnipresente en la sociedad del espectáculo, particularmente en los medios de comunicación social. Este punto requiere reflexión.

e) La doble moral social ante la violencia

Todas las manifestaciones de violencia son claramente rechazadas en la opinión pública, quedando los que, aun sin justificarlas, no las condenan con contundencia verbal, marcados como débiles cuando no sospechosos de connivencia oculta. Ciertamente, las modalidades de violencia que con mayor fuerza y presencia mediática son proscritas en nuestra sociedad son la violencia terrorista y la violencia de género o doméstica... al menos en su dimensión verbalizada y publicada, insistimos. Bien está, evidentemente, esta toma de conciencia, pero habría que preguntarse cuándo y en qué circunstancia el rechazo a estas modalidades de violencia han adquirido la fuerza que, afortunadamente, parece han adquirido estos últimos tiempos. No es este el lugar para ello, pero sí queremos dejar la cuestión formulada.

Otra modalidad de violencia ha ocupado también bastante espacio en los medios de comunicación. Precisamente la violencia transmitida en esos mismos medios y su incidencia en los comportamientos de los adolescentes. Como he escrito repetidas veces, hay mucha investigación sobre las correlaciones entre violencia en los medios y violencia real, sin llegar a ninguna conclusión clara, a poco que se profundice en el tema. Ahora algunos estudiosos³⁵ empiezan a apuntar a que el catastrofismo de los «telediarios», la repetición constante de los hechos más terribles y el paso inmediato de esas trágicas noticias a otras más ligeras es lo que ha dado lugar a lo que se denomina como la trivialización de la violencia.

³⁵ Se leerá con sumo provecho el dossier elaborado por M. DAGNEAU, «Médias et violence. L'état du débat», en La Documentation Française 886 (marzo 2003).

Hay otras manifestaciones de violencia que son también objeto de rechazo social, pero no creo equivocarme si añado inmediatamente que lo son de forma menor, o al menos no con la contundencia y persistencia de las dos anteriormente mentadas. Pienso en las violencias de carácter racista o xenófobo, sea contra emigrantes o contra personas de otra raza. Pienso también en la violencia contra los detenidos, particularmente los de signo político, con tortura incluida, como denuncia incansablemente Amnistía Internacional entre el casi silencio total. Pienso en las violencias verbales de

determinados medios de comunicación social. Pienso en las zonas ocultas de la violencia intrafamiliar, de padres a hijos y viceversa, sin olvidar la que padecen los abuelos. En este capítulo de las violencias de segundo nivel, las violencias que no han tenido mucha relevancia social, hay que situar la violencia escolar prácticamente hasta el suicidio de Jokin en Hondarribia.

Conjuntamente con este hecho hay otro que debe ser tenido en cuenta y puesto en relación. Me refiero al espacio desmesurado que los hechos más dramáticos, máxime si son truculentos, han adquirido en los medios de comunicación. Me basta citar, como botón de muestra, el caso de Maddie la niña de la familia británica de los McCann, que ha dado, literalmente hablando, la vuelta al mundo y seguía estando entre las primeras noticias casi un año después de su desaparición. Aquí nos introducimos en la otra cara de la moneda que señalábamos más arriba cuando afirmábamos que la violencia, aun estando mal vista, condenada y rechazada, es omnipresente en la sociedad del espectáculo en los medios de comunicación social.

¿Acaso no es cierto que cada día estos sucesos ocupan más y más espacio en los medios de comunicación escritos, radiados y televisados, así como en Internet? Los noticieros de radio y televisión se centran cada vez más en irritantes disputas de los políticos (primero señalado por el locutor y, a continuación, con los cortes de voz más fuertes y llamativos de los grabados a los protagonistas políticos) y en crónica de sucesos (especie de ElCaso posmoderno), a cual más desgraciado, con todo lujo de detalles posibles. Cada vez es más frecuente encontrarnos en los telediarios y en los escasos programas que escapan al mundo del navajeo entre famosos, las crónicas rosas y los deportes (con el fútbol a la cabeza), algo que vaya más allá de anecdotarios de hechos violentos o de catástrofes naturales. Pues bien, a esto se enfrenta un escolar si ve o escucha un noticiero e infinidad de programas de la televisión convencional. Es la presencia continuada de violencia trivializada con la moralina de su rechazo para procurarse buena conciencia. Lo cual los adolescentes captan antes y mejor que los adultos.

f) La imposible tarea de los adolescentes

En este ámbito de condena a la par que trivialización de la violencia crecen nuestros adolescentes. Los jóvenes, con la fuerza de la edad, se enfrentan a un discurso políticamente correcto de condena de la violencia y una práctica de exhibición de toda suerte de violencia imaginable. Estos adolescentes se encuentran en un fuego cruzado donde los valores latentes chocan entre sí frontalmente: no hay que ser violento, pero esta violencia está omnipresente en la sociedad del espectáculo y puede, legítimamente,

servir como «entretenimiento». Yo puedo divertirme, visionar y estremecerme ante mil y una manifestaciones de violencia, pero no debo, bajo ninguna de sus manifestaciones, dar libre curso a mi fogosidad, a mi agresión, dirían los psicólogos, que debo canalizar por otros derroteros, por ejemplo haciendo deporte.

Pero esto es pedir demasiado a ciertos adolescentes en los que concurren determinadas circunstancias. En algunos casos porque se sienten desplazados ya desde su familia, desplazamiento que puede continuar en su colegio o centro por las razones que sean, y no digamos si, dándose en la misma persona las dos circunstancias, se alía con otros adolescentes que viven la misma historia vital. En otros escolares porque sencillamente han crecido solos o casi solos y, aunque una nota positiva de la generación emergente es su capacidad para desenvolverse en la vida, no todos tienen los arrestos suficientes para ello. Una mala experiencia en la escuela, un defecto físico, cierta irritabilidad (o hiperactividad no bien diagnosticada, luego peor tratada, fenómeno del que solo recientemente empezamos a tener conciencia) pueden originar desajustes comportamentales que les lleve, en este universo de violencias exhibidas como espectáculo a la par que verbalmente condenadas, a la práctica del maltrato, eso sí, cada día de forma más oculta. Ya hemos dicho más arriba que han descendido los niveles de maltrato, siendo una de las causas de ello que realmente se ha tomado el asunto en serio y que hay ya muchas medidas para paliarlo. Pero no es menos cierto que el ocultamiento de ciertas prácticas (básicamente el menosprecio psicológico) siguen en proporciones excesivas, sin olvidar hechos concretos de particular saña y gravedad.

Un ejemplo de esto último lo tenemos en las acciones particularmente violentas, como agresiones a profesores que además han sido grabadas en vídeo, a veces para ser exhibidas entre compañeros, cuando no colgadas en Internet. Estos hechos, extremos ciertamente, puntuales pero desgraciadamente más frecuentes de lo que quisiéramos, nos ilustran sobremanera acerca de la intencionalidad de esta forma de violencia. Es la búsqueda de notoriedad en la sociedad del espectáculo, del famoseo («te vi en la tele»), el telón de fondo en el que hay que situar estos comportamientos. No hay vergüenza alguna por agredir a un profesor, a una chica indefensa, a un pordiosero que malduerme en el atrio de una iglesia, en un cajero automático... Bien al contrario, maltratarlo forma parte de un juego –no hay que olvidar la dimensión lúdica de la violencia–, y su grabación y difusión posterior, un trofeo para exhibir.

8. Cerrando estas páginas

La educación que no educa y que se limita a instruir, y a lo que parece tampoco demasiado bien. Necesitamos pasar de la mera transmisión de conocimientos, siempre

necesarios, por supuesto, a la formación, a la educación de personas autónomas y responsables. Nunca la educación, el aprendizaje, más precisamente, son tan importantes como en un momento en el que habiendo perdido peso los grandes referentes, la socialización del joven se hace cada vez más al modo individual y experiencial en el grupo, «solipsismo grupal e imitativo, pretendidamente autónomo» lo vengo definiendo, siendo el último referente de lo bueno y de lo malo, de lo correcto e incorrecto, de lo esencial y secundario, el propio joven. Misión imposible para muchos adolescentes y jóvenes. Nunca se dirá suficientemente que «todo pasa por la educación». Pero no caigamos nosotros también en el latiguillo de delegar e imputar a la educación la resolución de conflictos que son sociales y antecedentes al sistema educativo.

Pensamos que hoy más que nunca debemos poner el acento en dimensiones como el uso del tiempo libre, introduciendo también Internet y los chats en los análisis, la capacidad educadora de unos y otros modelos familiares, el mundo asociativo de unos jóvenes y otros, el peso de los diferentes agentes de socialización, el papel fundamental del grupo de pares y la relación del joven escolarizado con su centro docente y, por encima de todo, insisto mucho en ello, su proyecto vital, tematizado o no, latente o manifiesto, pero siempre presente. Así como no hay gente sin valores, tampoco hay nadie sin proyecto de vida. La cuestión de cuáles sean los valores que priman en la sociedad es cuestión central y, a la postre, explicativa de no pocos de los comportamientos de nuestros adolescentes.

Centrándonos en nuestro tema, no podemos no decir que, a pesar de los esfuerzos de todos y la letra de las normas, subsisten todavía unos valores que hacen prevalecer la fuerza por encima de la justicia, el dominio por encima de la ética. Y el asunto no es nada trivial, porque la pervivencia de estos valores constituye la base en que arraiga el «matonismo» con los iguales, pero también los comportamientos disruptivos o las provocaciones contra el profesorado. Y asegurar el cumplimiento de los derechos y de los deberes entre iguales pone las bases para cumplirlo en todos los ámbitos de la convivencia escolar. La actuación precoz contra todas las formas de violencia escolar empieza defendiendo a los más débiles, es decir, las víctimas de maltratos, con la colaboración de sus padres y corregir el «matonismo» lo antes posible, es decir, desde la educación primaria.

Obviamente, esto requiere mejorar la comunicación con el alumnado, especialmente con los afectados por acciones negativas intencionadas, creando una atmósfera o unas condiciones donde puedan expresarse. Más aún, estimulando la expresión de conflictos que demasiado a menudo se sufren en silencio. Escuchar con respeto, con paciencia y con modestia, aceptando que no lo sabemos todo y que nuestra propia valoración de los hechos, incluso cuando los hemos presenciado, puede ser errónea. Diciendo esto no

afirmamos que el afectado siempre tenga razón, pero sí queremos destacar que el profesorado y los padres pueden equivocarse, que unos hechos aparentemente conocidos pueden tener más importancia subjetiva de la que parecía a los adultos, que pueden formar parte de una serie oculta o tener connotaciones que no se perciben inmediatamente. Volvemos, como puede comprobarse, al tema de la ocultación.

En este sentido tenemos que advertir explícitamente contra la creencia de que los adultos quizá desconocen algún incidente trivial, pero que están al corriente de los hechos más importantes: de acuerdo con los afectados, esta pretensión es excesiva. Los datos de nuestras encuestas establecen, ciertamente, que los hechos más importantes para las víctimas tienden a ser más conocidos por los adultos. Pero el porcentaje de casos de una importancia subjetiva elevada para el escolar y al mismo tiempo desconocidos o poco conocidos por los adultos es notable.

No tendríamos que presuponer, pues, que solo se desconocen los asuntos menores: también quedan ocultas experiencias de victimización que los afectados consideran importantes. Según nuestros datos, casi la mitad de los casos «poco conocidos» son importantes para las víctimas, y más de una tercera parte de los casos «muy poco» o «nada conocidos» también.

Pero la ocultación no es el único problema, también tenemos que tratar adecuadamente los casos de maltrato que se puedan detectar y, en la medida de lo posible, intentar que los implicados entiendan las medidas adoptadas y las consideren adecuadas. De hecho hay motivos para sospechar que también aquí hay una considerable tarea pendiente, pues una parte de los escolares afectados que sí han informado de las acciones negativas que los afectan se queda con la sensación de que nadie les ayuda, sea por no tomar en consideración su relato, sea por no considerarlo suficiente grave, sea por la razón que sea.

En resumidas cuentas, cuando los hechos son desconocidos, la falta de ayuda es bastante más elevada, casi el doble que en el resto de casos. Y, no obstante, hay que destacar la existencia de segmentos minoritarios que se sienten desprotegidos a pesar de haber informado a los adultos de todo o de algunas cosas. Estamos hablando, lo recordamos, de aproximadamente uno de cada cinco escolares que atribuyen a los adultos (padres o profesores) unos niveles de conocimiento altos, muy altos o completos del maltrato que padecen.

Los datos de nuestras encuestas no permiten evaluar hasta qué punto la opinión de estos alumnos que creen que nadie les ayuda está justificada. Hay motivos para sospechar que no lo está siempre, pero, en cualquier caso, sus respuestas describen un estado de ánimo que la comunidad escolar no puede perder de vista. Una parte considerable de los afectados sienten que nadie los ayuda incluso después de haber

informado de los hechos de una manera que ellos consideraran suficiente.

Como llevo diciendo hace tiempo, al final todo se conjuga. Es la conjunción de la trivialización de la violencia con el hecho de que los jóvenes crecen solos, sin que nadie les proponga, y si fuera preciso imponga, límites, balizas de comportamiento, en un clima festivo en el que el alcohol y las drogas forman parte de un hábito para demasiados jóvenes, lo que conlleva a la presencia de la violencia, especialmente la que hemos denominado «violencia gratuita», pues no parece tener, no diré justificación, sino explicación alguna.

4

EL BOTELLÓN COMO PARADIGMA DEL OCIO JUVENIL

Las elevadas tasas de consumo de alcohol en edades adolescentes han suscitado toda clase de estudios epidemiológicos y de investigación social al respecto. Son ya abundantes las investigaciones que establecen y cuantifican la población menor de edad implicada en comportamientos de consumo de alcohol, y la literatura científica ha ido elaborando análisis más o menos certeros sobre las causas, razones explicativas, factores de riesgo y de protección, variables asociadas al consumo, el perfil de los consumidores versus los no consumidores, etc.

En este capítulo apenas vamos a dar cifras. Las imprescindibles para situar la problemática del alcohol en la sociedad española en relación con la europea y, en ella, los consumos de los adolescentes. Esto nos ocupará la primera parte de este capítulo. A continuación daremos la palabra a los propios adolescentes y analizaremos lo que nos dicen de sus hábitos de consumo, de la valoración que hacen de él, especialmente del botellón, de las opciones, si las hay, que sugieren. También nos introduciremos, aunque brevemente, en la temática de las drogas. Hemos pensado, en efecto, que en las edades en las que trabajamos, aun sin olvidar la realidad del consumo de drogas (de ahí que no las olvidemos), sin embargo la cuestión se centra mucho más en los consumos abusivos de alcohol. Cerraremos el capítulo con unas reflexiones acerca de lo que los datos y los comentarios de los escolares nos ofrecen con unas sugerencias de actuación futuras.

1. Contextualizando el consumo de alcohol: los hábitos adultos

Consideramos necesaria la presentación de algunas premisas básicas para entender la problemática del consumo de alcohol en la población adolescente española, para lo que debemos entender en qué sociedad están viviendo.

En primer lugar, no hay que olvidar que las actitudes y comportamientos de los adolescentes responden a una confluencia de factores de muy diverso origen y peso

desconocido, con lo que básicamente solemos aproximarnos a ellos y a su realidad en lenguaje de probabilidades más que de certezas o seguridades.

En segundo lugar, todo intento de explicación de cualquier comportamiento de consumo de alcohol por parte de la población adolescente obliga a exponer algunos aspectos contextualizadores que sitúan el fenómeno en el lugar y dimensión adecuados. No podría comprenderse el consumo de alcohol de los adolescentes en un entorno en el que el alcohol no tuviese el peso y significación cultural que tiene en los países occidentales en general y en España en particular. Consecuentemente, cabe señalar que muchas de las pautas de consumo de alcohol no son consustanciales a la población juvenil. Son, más bien, aprendidas de sus adultos y adaptadas al universo juvenil.

En tercer lugar, medir el consumo de alcohol probablemente sea de las cuestiones más complejas de cuantificar. Es más sencillo medir la ingesta de cualquier otra sustancia, que se mide en unidades concretas (diez cigarrillos, dos pastillas, una raya de coca...), que el alcohol, que en la mayoría de los casos se presenta como un continuo a lo largo del día o de las ocasiones de consumo con productos diversos como vino, cerveza, destilados, combinaciones, etc. Especialmente difícil se hace entre la adolescencia, cuyas pautas de consumo compartido de alcohol (el botellón, por ejemplo) impiden su cuantificación real. En muchos casos, la población adolescente puede saber cuánto dinero se ha gastado en una tarde-noche, pero no siempre es capaz de identificar la cantidad de alcohol ingerido.

Por otra parte, es difícil comprender los consumos de alcohol adolescentes si no se conocen algunas de las características de la adolescencia actual. Los adolescentes de este inicio del siglo xxi nacieron en una sociedad plenamente integrada en la Europa comunitaria, en un país que despegaba y cerraba definitivamente su pasado reciente, con medios materiales y tecnológicos inimaginables pocas décadas antes. Son hijos de la abundancia y de la sociedad de consumo, porque incluso sus propios padres lo fueron. Han pasado su reciente infancia con videoconsolas, ordenadores e Internet a su disposición. No es baladí el uso de Internet, que permite a esta nueva adolescencia saltarse las fronteras espacio-temporales con una naturalidad abrumadora. Han integrado la telefonía móvil con la sencillez propia de lo que se conoce desde la infancia. Los centros comerciales se han convertido en sus espacios naturales, luego el disfrute pasa también por el consumo. Son miembros de una generación escasa en cuanto a número de miembros, porque sus padres y madres decidieron tener pocos hijos, uno o a lo máximo dos, con lo que muchos son hijos únicos, lo que conforma en ellos una cosmovisión muy particular de cuanto acontece a su alrededor, especialmente porque existe la tendencia de proteger todo aquello que es escaso.

Pero no olvidemos la influencia crucial de quienes les socializan, especialmente de

sus padres y madres. Éstos vivieron muy de lejos la Transición. Quizá los más tardíos, los de más edad, vivieron los últimos años de la Transición y el final de la dictadura, pero en su mayoría fueron jóvenes y les tocaba incorporarse al mundo laboral cuando crecían las tasas de paro de forma ininterrumpida y la crisis económica se agudizaba. Ello les obligó a reengancharse a cursos formativos, másters, y a admitir trabajos de baja cualificación y menor retribución. Ello conformó una generación con escaso interés en luchas y defensas ideológicas, saturados como estaban de las defensas ideológicas de sus generaciones precedentes.

Así, los padres y madres de la generación adolescente actual inauguraron el uso y disfrute del ocio de fin de semana concentrado entre el viernes y el domingo. Vivieron con naturalidad la diferenciación etaria de los espacios y tiempos, con lo que aceptaron con normalidad los espacios de uso exclusivo juvenil. Las calles de los años ochenta se llenaron de jóvenes y adolescentes con ganas de diversión y espacios propios sin control adulto. Inauguraban el uso y disfrute del fin de semana como espacio propio e indiscutible de la juventud. Son quienes instauraron las nuevas pautas de consumo de alcohol, a principios de los ochenta, desconocidas hasta entonces; el consumo de alcohol festivo, el uso abusivo de alcohol como diversión y el modo de relación instrumentado por el alcohol, y todo ello en un marco en el que el consumo de alcohol entre la población adulta comenzaba a decaer. Aquellos adolescentes son los padres y madres de los actuales, por lo que el comportamiento de sus hijos no les es ajeno.

En definitiva, el incremento en el consumo de alcohol por parte de la población adolescente no ha surgido por generación espontánea, sino que hunde sus raíces en el entramado cultural y social actual, en los procesos de socialización que viven los adolescentes, pero también en el proceso que vivieron sus padres y profesores, encargados en primera instancia de su educación, en el papel otorgado a los elementos vitales de los adolescentes, en el lugar que han sido ubicados en el alineamiento social... pero, no lo olvidemos, las actuales pautas de consumo de alcohol entre la población adolescente tienen ya una larga historia que pasa de treinta años. Ahora, en marzo del año 2008, hasta en el Principado de Mónaco se celebra la «movida» de comienzos de los ochenta. Nuestros actuales adolescentes son los hijos de los jóvenes de aquella movida.

a) La situación en Europa

Tal y como afirma la OMS (2005), el consumo de alcohol es una costumbre profundamente arraigada en muchas sociedades del mundo. Este organismo cifra en 2.000 millones de personas las que lo beben en gran parte del mundo. En los últimos años, los cambios en la producción del alcohol ha facilitado el acceso a él a muchas más

personas, alterando incluso los hábitos de consumo en todo el planeta. Se produce la paradoja de que, en los países industrializados –grandes consumidores históricos de alcohol–, este ha ido reduciéndose o estabilizándose en los últimos años, en especial entre la población adulta, aunque no así entre la población juvenil. Por contra, en algunos países del mundo en el que el uso de alcohol no era una costumbre tan extendida, su uso ha ido creciendo de forma ininterrumpida de tal forma que las pautas de consumo se han aproximado a las que mantenían los países con tradición alcohólica y sus jóvenes comienzan a adquirir el consumo de estos países. La OMS considera que este comportamiento bien puede deberse a una mayor disponibilidad de la sustancia; a las agresivas campañas de comercialización y promoción de las bebidas, dirigidas hacia la gente joven, pero también a la debilidad de las relaciones de autoridad que se mantiene con la población juvenil actual. Es decir, quizá razones que nos afectan a todos los países del mundo en mayor o menor grado en un mundo globalizado.

A pesar de que la medida del consumo de alcohol para todos los países del mundo se presenta bastante compleja, la Organización Mundial de la Salud y el organismo independiente World Drink Trends ofrecen el consumo per cápita de alcohol en cada país. Gran parte de los informes sobre el alcohol que se desarrollan utilizan ambas fuentes de información.

En la tabla 1 se presentan los datos recogidos por la OMS para Europa. Europa se presenta como una de las regiones mundiales más consumidoras de alcohol y España ocupa la posición undécima, con una tasa más reducida que la de los más consumidores (Luxemburgo y la República Checa), pero la más elevada de los países del arco mediterráneo y que han mantenido mayores similitudes en sus pautas de consumo de alcohol. Portugal, Italia e incluso Francia –aunque esta última con muy poca diferencia– quedan por debajo de la tasa de consumo española.

**Tabla 1: Consumo de alcohol per cápita en Europa.
Ordenados de mayor a menor consumo.**

País	Año	Litros per capita	País	Año	Litros per capita
Luxemburgo	2003	14,61	Italia	2003	7,61
República Checa	2003	13,67	Serbia y Montenegro	2002	6,8
Estonia	2004	13,4	Polonia	2003	6,68
Hungría	2003	11,6	Rumanía	2002	6,21
Irlanda	2001	11,36	Suecia	2003	5,62
Croacia	2002	10,95	Islandia	2003	5,47
Alemania	2003	10,71	Malta	2003	5,36
Austria	2003	10,51	Azerbaiyán	2002	5,09
Lituania	2003	10,2	Bulgaria	2003	5,04
República de Moldavia	2002	10	Bielorrusia	2002	4,85
España	2003	9,99	Noruega	2003	4,82
Francia	2003	9,95	Ucrania	2002	3,97
Eslovenia	2003	9,94	Kirguistán	2001	3,61
Bosnia y Herzegovina	2002	9,92	Kazajstán	2002	2,55
Dinamarca	2003	9,84	Albania	2002	1,95
Eslovaquia	2003	9,48	Macedonia	2002	1,85
Suiza	2003	9,41	Georgia	2002	1,71
Portugal	2003	9,38	Israel	2002	1,61
Finlandia	2003	9,3	Turquía	2002	1,04
Reino Unido e Irlanda del Norte	2003	9,29	Armenia	2002	1,01
Chipre	2003	9,04	Uzbekistán	2002	0,96
Bélgica	2003	8,93	Turkmenistán	2002	0,73

Rusia	2003	8,87	Tayikistán	2002	0,29
Letonia	2003	8,36	Andorra		
Holanda	2003	7,79	Monaco		
Grecia	2003	7,68	San Marino		

Fuente: OMS Europa, 2006, publicado en su página web:
<http://data.euro.who.int/alcohol/Default.aspx?TabID=4936> en enero de 2006.

Europa, como crisol de culturas, tiene muchos modos de beber y pautas culturales completamente distintas de unos lugares a otros (básicamente el norte y el sur de Europa), pero sus tasas de consumo de alcohol se sitúan entre las más elevadas del mundo. De hecho, los países más consumidores de alcohol del mundo se hallan ubicados justamente en Europa. Es cierto también que los modos de beber entre los países mediterráneos –más asociado al uso gastronómico de la bebida– y los del norte de Europa, con mayor implicación de bebidas destiladas y mayor tradición en el uso lúdico de la bebida, siguen manteniéndose, pero se está produciendo un progresivo acercamiento entre los usos y costumbres en diversos ámbitos culturales que también afecta al alcohol y comienzan a trasvasarse costumbres y modos de beber de unos países a otros. En ello, la población juvenil es especialmente permeable y ya cabe decir que, en parte al menos, el modo de beber adolescente (y también adulto joven) en España está adquiriendo pautas de consumo nórdicas.

b) La situación en España

La evolución de las tasas de consumo de alcohol en España señala que, a partir de los años cincuenta del siglo pasado, el consumo de alcohol comenzó a crecer de forma ininterrumpida hasta 1975, año en el que se da el máximo histórico. El despegue de la economía española, que facilitó un mayor poder adquisitivo y mejores condiciones de vida, así como la mayor producción vitivinícola, están entre las razones de esta extensión del consumo de alcohol. Sin embargo, a pesar de existir también importantes sectores de población afectados por el alcoholismo, el alcohol solo era un problema sanitario para aquellos que les afectaba directamente. De hecho no existían sistemas específicos de tratamiento, salvo en algunas entidades privadas, que sí comenzaban a intervenir.

A partir de 1975 se observa una disminución del consumo de alcohol en la población adulta. El análisis de la evolución del tipo de bebida consumida explica esta disminución. Así, el consumo de alcohol en forma de vino ha disminuido desde 1961, quedándose en 2001 en la mitad de lo que se consumía en 1962; el alcohol en forma de licor también disminuye, aunque no tanto, y aumenta el consumo de cerveza. Sin embargo, el incremento del consumo de alcohol en forma de cerveza no contrarresta la disminución de vino. Es decir, se ha sustituido el vino por la cerveza, luego el alcohol consumido total ha disminuido, a pesar de que el mercado global del alcohol no se haya visto resentido.

Estos cambios en los consumos responden a los cambios sociales que acontecieron durante los años de la transición política española y los primeros años de la democracia. Básicamente diríamos que la inauguración oficial del fin de semana, al establecer la semana laboral en 40 horas de trabajo semanal y dejando como tiempo de descanso los fines de semana, inició una actividad económica vinculada al ocio y al tiempo libre muy asociada a las relaciones sociales y a las vivencia de la calle como conquista social, como contraste frente a los años de férreo control del espacio público. Además, la mayor complejidad de las tareas laborales y la creciente tecnificación alejaban el consumo de alcohol de los días de labor, ya que el control de máquinas cada vez de mayor precisión impedían conciliarlo con el consumo de alcohol, especialmente entre la población que se incorporaba por primera vez al mercado de trabajo, que veinticinco o treinta años más tarde son quienes se encuentran en las edades adultas más avanzadas, con lo que estos nuevos hábitos se han ido adquiriendo por las sucesivas generaciones sin dificultad.

Por ello, las tasas de consumo de alcohol a partir de 1975 comenzaron a descender de forma notable hasta alcanzar el mínimo registrado en España (2003). Luego la transformación en las pautas de consumo de alcohol, con una concentración de este en el fin de semana, procede de principios de los años ochenta, liderado por quienes eran jóvenes entonces y hoy en día se sitúan en las capas sociales responsables de la educación de la población adolescente actual. Quienes iniciaron los nuevos modos de beber son los adolescentes y jóvenes de entonces que ahora son padres, madres y educadores, pero también –no lo olvidemos– los responsables de la política social, de la comunicación y el marketing, de la producción económica, del control normativo y legislativo, de la sanidad, de la cultura...

Los datos sobre el consumo de alcohol en la población general en los últimos años nos permite decir que en España ha ido descendiendo la cantidad de alcohol ingerida para el conjunto poblacional, no así la costumbre de beber alcohol, que se mantiene inalterable. Es decir, la proporción de personas bebedoras de alcohol apenas se ha modificado en los últimos años, y se bebe con la misma frecuencia, pero se bebe menos

cantidad de alcohol. Es muy posible que si este consumo pudiera estudiarse en cuanto a la calidad de lo que se bebe, podríamos ver que el descenso en la cuantía de alcohol ingerida ha sido directamente proporcional a su calidad, es decir, se bebe menos, pero se bebe de mayor calidad.

Sin embargo, las pautas de consumo de alcohol han ido alterándose paulatinamente en los últimos años. No es un juego adolescente el consumo de alcohol mantenido durante los fines de semana tras una semana de abstinencia. Muy lejos de ello, son pautas de consumo que la población española ha ido adquiriendo en los últimos años y que se han trasladado a la población adolescente. Asistimos a una redistribución del consumo donde la pauta mediterránea de consumo va siendo desplazada o complementada por la pauta nórdica. Al haber alejado el consumo de alcohol de la ingesta diaria, también han cambiado los riesgos asociados al alcohol, y así han descendido las afecciones crónicas asociadas al consumo exagerado y cotidiano de alcohol, pero han aumentado las situaciones de riesgo agudo, como son los accidentes de tráfico y las intoxicaciones agudas por consumo abusivo y compulsivo en un período breve de tiempo, durante los fines de semana y períodos festivos.

2. El consumo de alcohol en los adolescentes españoles

Dos puntos abordaremos en este apartado. En un primer momento presentaremos unos datos de los niveles de consumo en los adolescentes españoles a tenor de diferentes estudios recientes. También contextualizaremos lo que nuestros adolescentes consumen con los datos que nos ofrece un estudio europeo de los consumos de los adolescentes de otros países. Con objeto de analizar la evolución en el tiempo de los consumos de los adolescentes, presentaremos algunos datos de un estudio muy limitado en el espacio, pues se refiere solamente a la ciudad de San Sebastián, pero que tiene la particularidad de ser el estudio que, en el tiempo, abarca un período mayor de todos los realizados en España: desde 1981 a 2006.

a) Lo que consumen

Con los usos del alcohol por parte de la población española que hemos presentado, no es de extrañar que esta sustancia tenga una alta penetración entre la población adolescente. El alcohol también está dentro de los hábitos familiares. Entre ocho y nueve de cada diez menores adolescentes asegura que en su casa se consumen bebidas alcohólicas, con lo que desde muy pequeños la población adolescente percibe el consumo de alcohol como algo absolutamente normal, con gran significación simbólica en la diversión familiar y la

celebración.

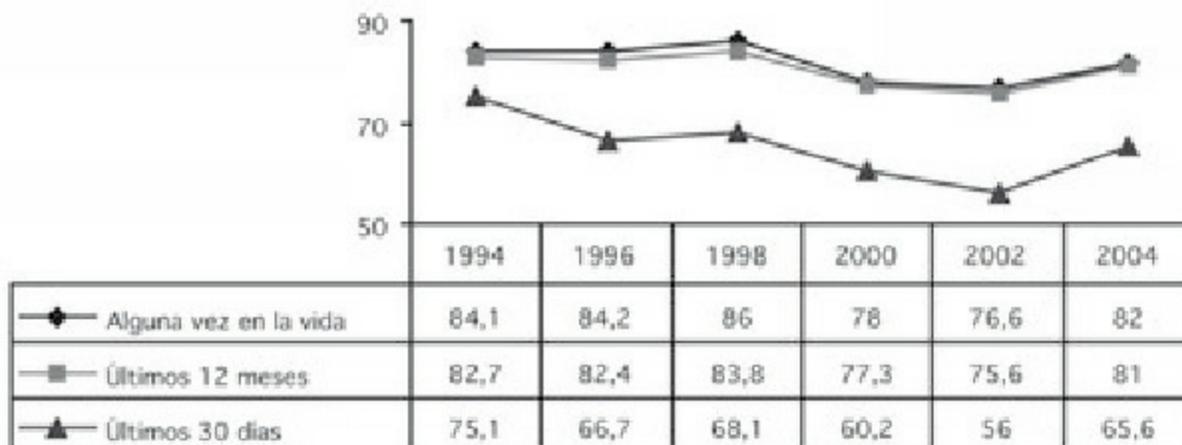
Su uso apenas se diferencia del que realiza la población adulta española en general, incluso teniendo en cuenta que este consumo está prohibido para la inmensa mayoría de esta población adolescente por ser menores de edad. La prohibición en el acceso a la bebida no impide que los menores accedan libremente a ella, de tal manera que para el 65% de los adolescentes su consumo es habitual. Esto no puede producirse si no existe una cobertura o una permisividad por parte de quienes suministran el alcohol a los menores: hosteleros, tenderos, etc., pero también por parte de quienes tienen la misión directa de educarles, padres (especialmente) y profesores. También la sociedad en general ha reinterpretado el discurso en torno al consumo de alcohol adolescente como un mal menor que pasará con el tiempo, y la normalidad con la que se vive este consumo de alcohol durante muchos años solo se ha visto alterada más por cuestiones de orden público (lo que molesta el uso del espacio público por parte de una población extremadamente ruidosa) que por el consumo de una sustancia de forma compulsiva como modo de diversión.

No podemos dejar de señalar con fuerza que hay una doble moral ante el consumo de alcohol en los menores. La población adulta, con la Administración al frente, está sosteniendo que debe prohibirse el consumo de alcohol a menores (aun a sabiendas de que dos de cada tres lo consumen de forma habitual, en cantidades muy distintas entre unos y otros menores, ciertamente) a la par que en la vida cotidiana, fuera de recintos oficiales y de discursos públicos, se tolera este comportamiento, pensando que siempre ha sido así y que de lo que se trata es de que no vaya a mayores.

El alcohol es una sustancia de acceso fácil y sin restricciones. La mayoría confiesa acceder a él con facilidad, especialmente entre aquellos que ya hacen uso de la sustancia, aunque existan impedimentos legales para su acceso. Diríamos que para ellos es una sustancia legal y de acceso extendido y popular. El 93,8% de los escolares españoles cree que el acceso al alcohol es fácil o muy fácil.

En el gráfico 1 se presenta la distribución porcentual de la prevalencia del consumo de alcohol entre la población escolar que tiene entre 14 y 18 años. Son los datos de la Encuesta Estatal sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias (ESTUDES). Esta alta penetración en el uso del alcohol se produce sin variaciones significativas desde hace más de diez años, ya que el descenso que parece manifestarse en el año 2002 no solo se recupera en 2004, sino que eleva las tasas de consumo.

Gráfico 1: Prevalencia del consumo de alcohol en población escolar española (ESTUDES) (14-18 años). En %.



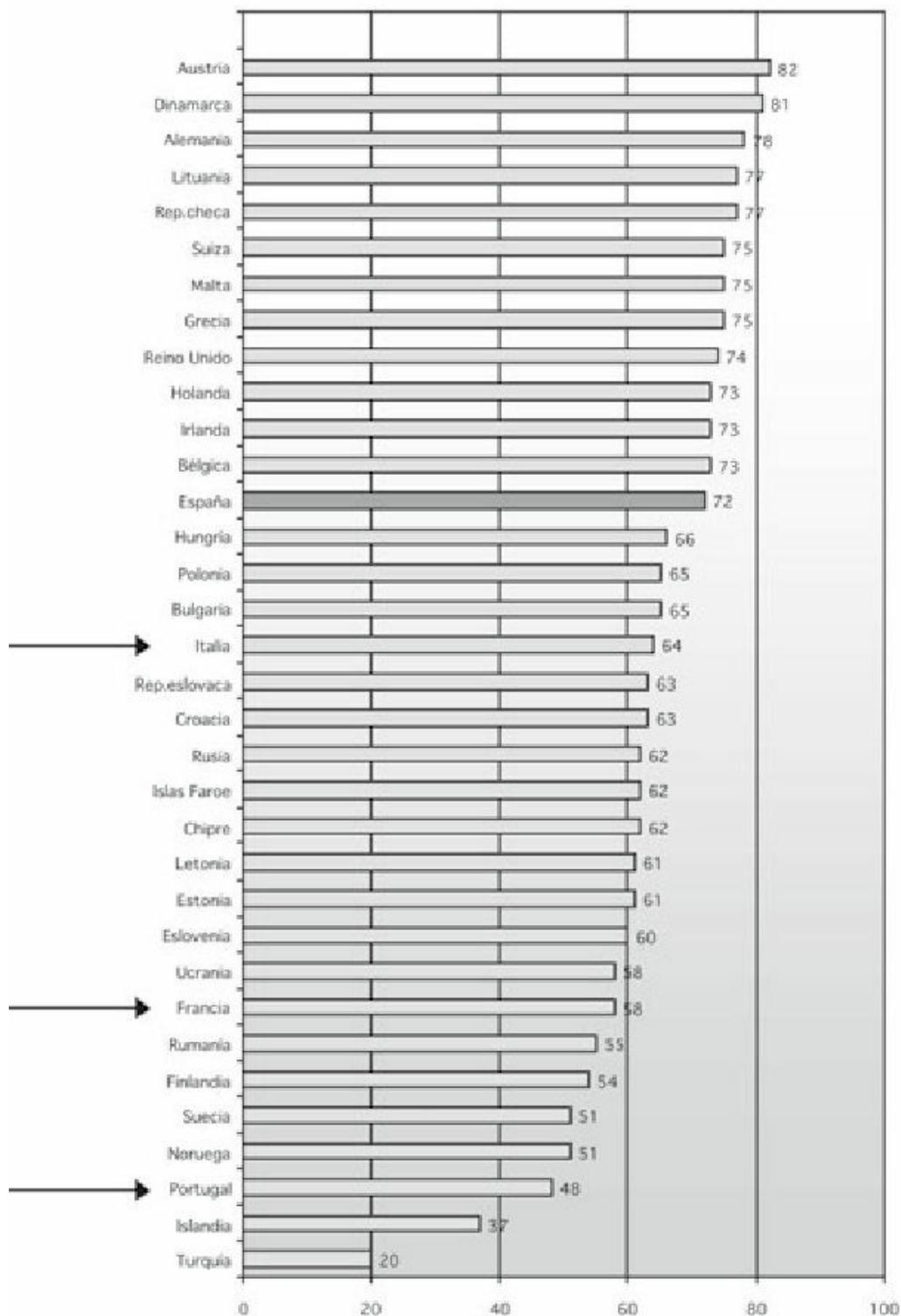
Fuente: DGPNSD

Respecto a la comparación con Europa (gráfico 2), se toman los datos de la encuesta europea ESPAD, realizada en 35 países de Europa con el mismo instrumento de medida y el mismo procedimiento de muestreo. Si se toman los datos del PNSD para España³⁶, esta se sitúa entre los países con las tasas de prevalencia más elevadas de consumo durante el último mes, si bien en el puesto 14; luego hay trece países con mayores prevalencias que España, Sin embargo, ha de llamarse la atención sobre los países con los que España parece tener un consumo más similar (Bélgica, Irlanda, Holanda, Reino Unido) y más alejado de los países más próximos geográfica y culturalmente (Italia, Francia y Portugal).

³⁶ España no participa en este estudio.

No obstante, la encuesta ESPAD permite obtener algunas conclusiones que queremos trasladar aquí. Así, y corroborando lo que algunos estudios europeos de juventud vienen afirmando desde hace años, las costumbres y hábitos de los jóvenes son cada vez menos idiosincrásicos y más homogéneos, independientemente del país en el que se resida. La creciente incorporación de menores al consumo de alcohol, utilizado como hábito de diversión, la popularización del abuso puntual y compulsivo (la borrachera), la aparición de nuevas formas de consumo y la incorporación masiva de las chicas son características comunes para un buen puñado de países europeos en mayor medida que en la realidad española.

Gráfico 2: Distribución de la incidencia de consumo de alcohol en los últimos 30 días, escolares de 16 años. Europa, encuesta ESPAD y ESTUDES del PNSD. En %.



Fuente: ESPAD, 2003.

b) Cómo han cambiado los hábitos de consumo en los adolescentes en veinticinco años

Aunque suene a petulancia, la verdad es que la serie temporal más amplia que existe en España sobre el consumo de alcohol entre adolescentes de la misma edad, del mismo universo, la hemos realizado nosotros en la ciudad de San Sebastián, donde residimos. Aunque todas las ciudades tienen su singularidad, lo cierto es que cada día es mayor la homogeneidad, y habida cuenta de que es la única investigación que aborda la evolución del consumo de alcohol entre adolescentes escolares entre los 12 y los 18 años (con algunos pocos de más edad), la traemos aquí, pues ejemplifica la evolución habida desde al año 1981, fecha de la primera investigación, hasta el año 2006, cuando se llevó a cabo el séptimo estudio ³⁷.

³⁷ El último estudio, que llevará el título de Drogas y escuela VII, aún no ha sido publicado. Lo será por el Gobierno Vasco. Está co-dirigido por M. T. Laespada y por mí mismo. A continuación presentamos la referencia completa del estudio anterior. J. ELZO (dir.) / N. GARCÍA / M T. LAESPADA / M. ZULUETA, Drogas y Escuela. VI. Evolución del consumo de drogas en escolares donostiarras (1981-2002). San Sebastián, Escuela Universitaria de Trabajo Social, 2003 (incluye cuestionarios en castellano y euskera).

El valor fundamental de la serie radica precisamente en la continuidad y el mantenimiento de la medición del consumo de alcohol y otras sustancias de forma casi idéntica desde 1981 y a lo largo de estos veinticinco años. Ello nos permite realizar una tabla evolutiva del consumo de alcohol (y de otras sustancias) con la fiabilidad requerida.

Esta serie se inició cuando la actual generación (año 2006), que actualmente contará con un edad entre 39 y 43 años, se encontraba en el sistema escolar, es decir, la encuesta actual se ha realizado tomando como muestra a los hijos e hijas de aquella primera población adolescente que respondió a esta encuesta en 1981. Es muy necesario resaltar este hecho porque la población adolescente de 2006 la conforma la descendencia de las primeras generaciones que utilizaron el tiempo libre y de ocio de forma diferente a como se venía utilizando, fue la primera generación que introdujo el alcohol en la forma de uso actual.

Tabla 2: Consumo de alcohol en la población escolar de San Sebastián mayor de 14 años, perteneciente a ESO, ESPO y FP, 1981-2006. En %.

	Gr. alcohol puro	1981	1985	1987	1991	1996	2002	2006
DIAS LABORABLES								
Abstemio	0	57,8	80,8	82,1	90,4	85,1	91,6	78,8
Casi abstemio	<24gr.	34,4	16,5	16,3	8,4	9,6	5,4	11,9
Poco bebedor	25-64 gr.					2,6	1,6	2,1
Bebedor excesivo	65-120 gr.	1,5	0,9	1,1	0,8	2,1	0,4	1,9
Bebedores de riesgo	> 120 gr.	0,2	0,3	0,5	0,4	0,7	0,3	1,0
Bebe sin indicar cantidad***		6,5	-	-	-	-	0,7	4,2
FIN DE SEMANA								
Abstemio	0	41,1	33,4	36,2	35,2	33,3	25,6	23,4
Casi abstemio	< 24gr.	42,7	46,1	45,5	40,9	15,4	9,2	11,7
Poco bebedor	25-64 gr.					17,0	22,1	22,1
Bebedor excesivo	65-120 gr.	6,2	12,3	11,4	14,3	15,9	19,6	16,8
Bebedores de riesgo**	> 120 gr.	2,2	4,6	6,9	9,6	18,4	16,5	24,5
Bebe sin indicar cantidad***		7,8	-	-	-		6,6	1,5
n		2781	2668	2668	2479	429	1763	562

* Los estudios de 1981, 1985, 1987, 1991 y 2002 se realizaron únicamente en San Sebastián. Los estudios de 1995 y 2006 se realizaron para toda la Comunidad Autónoma Vasca. A su vez, los estudios desde 1981 hasta 1991 se realizaron en población mayor de 14 años, sin embargo en 1996 la muestra se amplió para el alumnado de 12 y 13 años. Para poder efectuar la comparabilidad se ha tomado la muestra correspondiente a San Sebastián en el caso de los estudios de 1996 y 2006. Asimismo, en los años 1996, 2002 y 2006 se ha eliminado de la muestra a los escolares de edad inferior a los 14 años.

** Anteriormente denominados «sospechosos alcohólicos».

*** Son los estudiantes que señalan beber en distintas preguntas del cuestionario, pero que no responden a la pregunta que mide la graduación alcohólica, con lo que no puede saberse qué cantidad de alcohol ingieren.

Si se analizan de forma evolutiva los datos que se presentan en la tabla 2, puede observarse que la proporción de escolares que consumían alcohol en días laborales venía descendiendo desde 1981 hasta 2002. Sin embargo, en 2006, y por primera vez en veinticinco años, asciende esta proporción. La tendencia descendente parece cambiar de signo y el consumo de alcohol se incorpora a los días de labor. Es muy posible que el

efecto obedezca al efecto de los jueves universitarios, evento que comienza a ampliarse tímidamente a edades escolares, especialmente entre adolescentes de más edad.

El incremento más importante de 2006 se produce en los consumos moderados (el 11,9% bebe muy poco en días laborales). No obstante, aunque no de manera significativa, también se constata el incremento en las zonas de consumo abusivo.

El consumo de fin de semana de la población adolescente muestra algunos cambios significativos en esta última encuesta. Por primera vez no desciende significativamente la proporción de escolares abstemios; en la población abstemia mayor de 14 años representaba un 25,6% y en la actualidad es el 23,4%. ¿Quizá se alcanzó ya al inicio del siglo el tope máximo de adolescentes que se incorporan al uso de alcohol? Algunos estudios posteriores parecen avalar esta hipótesis ³⁸.

³⁸ El más reciente es el que presentamos en marzo de 2008, sobre la base de escolares de la ciudad de Vitoria. En comparación con otro similar del año 2004 se observaba un descenso en el consumo de alcohol. Es un estudio dirigido por María Teresa Laespada y realizado por el Instituto Deusto de Drogodependencias, por encargo del Ayuntamiento de Vitoria.

Sin embargo, también se detecta un incremento en la cuantía de alcohol ingerido, con lo que se observa un ascenso en la categoría denominada «bebedores de riesgo». Es decir, de nuevo vuelven a incrementarse los consumos abusivos de alcohol. En el período desde 1981 a 2006, esta categoría ha crecido casi de forma permanente.

El consumo moderado de alcohol es el que parece permanecer más estable. Se mantuvo en niveles similares hasta 1991, año en el que descendió, y desde entonces se ha mantenido casi inamovible hasta la actualidad. Alrededor de una tercera parte de la población adolescente mantiene un uso del alcohol moderado.

La mayor dificultad que nos encontramos actualmente a la hora de medir el consumo de alcohol es el hecho de que la población juvenil actual bebe alcohol de modo compartido, y eso hace difícil que tenga una conciencia clara de la cantidad de alcohol ingerida de forma individual. Saben cuánto dinero se han gastado o cuántos litros han consumido en el grupo, pero en ocasiones no saben la cuantía de alcohol ingerida, como hemos indicado más arriba. Por esta razón se les pregunta por el número de amigos y amigas con quienes comparte la bebida, en el caso de hacerlo, y se divide la cantidad entre este grupo para la realización de un cálculo aproximado.

3. La voz de los adolescentes

Como hemos indicado en la introducción, nos detenemos ahora a profundizar y analizar

cómo reflexionan los propios adolescentes su práctica en el uso del alcohol en general y más en particular del botellón. También dedicaremos algunos párrafos a sus experiencias con las drogas ilegales.

a) Cómo se lo montan

Les hemos pedido que nos cuenten con sus propias palabras cómo se lo montan cuando hacen botellón con sus amigos, «qué hicisteis, en qué lugar, si fue en la calle, en algún local, dónde comprasteis la bebida, quién la compró, cómo os lo pasasteis, charlando, bebiendo, etc.». Aunque hay situaciones diferentes, sin embargo algunas modalidades se repiten constantemente con escasas variantes. Aquí trasladamos algunas de las más frecuentes y reiteradas por los adolescentes. Esta chica de 16 años de un centro concertado de San Sebastián lo cuenta así: «Compra uno que sea mayor los litros en el supermercado. O si no le pedimos a alguien conocido que los compre. Nos juntamos todos con los litros y comenzamos a beber. Normalmente donde lo hacen los demás: puerto, playas o cualquier otro sitio. Hasta que se acabe o pillamos la borrachera, bebemos y luego nos vamos de juerga».

Este modelo de comportamiento es muy habitual. Como no está permitido vender alcohol a menores (aunque hay sitios y sitios, en unos es muy difícil obtener, en otros lo contrario), piden a alguien de más edad que lo haga por ellos. En este grupo beben hasta que no queda más o hasta que «pillan la borrachera», y después se van de juerga, generalmente a una discoteca. Beben en plan botellón, porque es más barato que en las discotecas y luego van a bailar a las discotecas, reservando un poco de dinero para una consumición al menos.

Este chico de 16 años de un centro público de Santiago de Compostela nos relata, con todo lujo de detalles, con una caligrafía de cuando se hacía caligrafía, lo que hay que hacer para organizar un buen botellón, como si diera una conferencia:

«Pasos para montar un botellón con tus amigos:

- 1) Se compran los hielos ese mismo día por la tarde en cualquier súper o gasolinera y se guardan en casa de uno de tus amigos. Los hielos por la noche son muchísimo más caros. También se cogen las coca-colas, fantas, etc.
- 2) A la noche se va a por las bebidas alcohólicas a un XXX debido a que somos menores y no nos venden en los súper.
- 3) Se junta el grupo de amigos en un punto alejado de donde se va a hacer el botellón y se hacen números para pagar todo lo comprado.
- 4) Se va al lugar del botellón, se busca el mejor sitio o, por defecto, el trozo de hierba

que quede libre, y a disfrutar. Nos lo pasamos siempre bien».

Primero los negocios, hacer las cuentas de los gastos que ha ocasionado la compra de los diferentes productos y después la búsqueda de un buen sitio para beber. En Santiago, como en la mayor parte de las ciudades y localidades medias, hay unos espacios determinados para hacer el botellón, sin que falten los denominados «botellódromos», particularmente en el sur y levante español, donde intentan que se concentren los adolescentes para que no molesten a los vecinos. Es lo que hacen los adolescentes de Santiago en la Alameda, aunque a veces esta concentración les plantea problemas a los menores, como señala este chaval de apenas 17 años cuando relata que «el problema del botellón ahora es que aparecieron los “malotes” y gitanos, que se dedicaron a dar el palo y montar bronca. Tendríamos que plantarles cara, que no puedan entrar vacíos y salir con 100 euros en el bolsillo, e irse de duros».

Este ejemplo es un caso entre otros de la correlación entre violencia y alcohol. En este caso para aprovecharse de la nocturnidad y apiñamiento de adolescentes para quedarse con su dinero. En otros casos, como consecuencia de la ingesta. Es sabido que hay manifestaciones de violencia juvenil asociadas al abuso del alcohol, aunque en España estas cifras sean menores a las que encontramos en otros países como Gran Bretaña. Los estudiosos europeos del consumo abusivo de alcohol por los menores, adolescentes y jóvenes no dejan de sorprenderse de que, habida cuenta de la práctica tardía de ese consumo en la población española, no haya más violencia asociada al consumo del botellón. Pero, más allá de comparaciones con otros países, lo que hay que significar es que los que más beben son más violentos en su vida cotidiana que los que no lo hacen o beben con moderación. Y no estamos pensando en la conducción de vehículos, sino en su vida diaria, en la escuela, en casa, entre los amigos, en su tiempo de ocio, etc.

No todos los consumos se hacen en los parques y avenidas. También se utilizan las dársenas de los puertos de recreo, como en el Puerto de la Cruz en Canarias, por ejemplo. Yo los veo desde la casa de un familiar en San Sebastián las noches de los fines de semana. También los viajes de escolares son un punto muy habitual para los consumos abusivos de alcohol. Incluso, en no pocos casos, pueden ser incluso iniciáticos. Iniciáticos para la primera borrachera, para el primer porro y para la primera experiencia sexual completa.

Tampoco podemos ni debemos obviar la frecuencia con la que se organiza el botellón en el propio domicilio familiar o en el garaje, así como en una lonja de algún componente del grupo. Valga este botón de muestra de este chaval de 16 años de un centro público de una zona rural de Castilla-La Mancha: «Comparamos litros de cerveza

(lo más barato) y nos emborrachamos y fumamos marihuana. Fue en casa de un chaval cuyos padres estaban fuera y le tuvimos que acostar. Al principio lo pasamos bien hasta que se puso muy mal por beber mucho, y yo, que no bebo casi nunca, le tuve que cuidar y me preocupé mucho por cómo estaba de mal. Después nosotros hicimos “dedo” para volver a casa». Podríamos transcribir circunstancias similares cambiando el hogar de uno de los adolescentes por el garaje o lonja familiar.

Este último sucedido nos muestra varias cosas importantes. En primer lugar sitúa la problemática del consumo en el hogar familiar o lugares asimilables. Hay que comenzar diciendo que la prohibición de beber alcohol en lugares públicos tiene la gran virtualidad de dejar descansar al vecindario, lo que, sin la menor de las vacilaciones, vengo años sosteniendo que es lo menos que cabe hacer. Entre el derecho de unas personas (jóvenes o adultas, poco importa aquí) a la ruidosa diversión nocturna y el de otras al descanso nocturno, no hay –o no debiera haber– duda alguna. Sin embargo se ha transigido demasiado, demasiados años, hasta el punto de que, en la actualidad, adolescentes y mayores estiman normal que haya personas (muchas veces de edad avanzada y sin recursos para irse a otro sitio) que no pueden dormir las noches de los fines de semana porque tienen la desgracia de habitar al lado de un sitio de juerga nocturna.

Pero la mera prohibición de esta práctica tiene unos efectos no previstos, uno de los cuales es el que el botellón se traslada al hogar familiar o a determinados ámbitos privados. A veces pienso que es como una vuelta al guateque de los años sesenta, solo que con drogas y, aun a falta de estudios para contrastar con rigor, con menos límites en el consumo de productos y sin la periodicidad de los «guateques posmodernos» de hoy en día, que en determinadas edades son semanales.

Otro aspecto que requiere mucha reflexión es el referido a la denominada política de reducción del daño. Por ejemplo, la reflexión de esta granadina de 16 años debe hacer pensar. A la pregunta sobre qué es lo que hacen después del botellón, responde así: «Pues hacemos pirula y hasta las 9 no llegamos a casa. Hacemos, como todo el mundo, botellón hasta las 3 o las 4, y después pasan los autobuses de las discotecas y vamos para allá».

b) Las chicas cada día más

No queremos magnificar el dato, pero tampoco ocultarlo. Cada día las chicas consumen más. En el estudio de Vitoria arriba referenciado nos hemos encontrado con un dato preocupante que confirma lo que, de forma no tan clara y con dudas, ya habíamos detectado: las chicas, que llevaban años fumando más que los chicos, ya les han «pillado» con el alcohol, y beben incluso más que ellos. Digo que es preocupante

porque, según los médicos, las consecuencias de los consumos abusivos de alcohol para la salud son aún más perjudiciales en las mujeres que en los hombres. Los dos ejemplos que transcribo a continuación, los dos de chicas de 16 años, una del centro de España, otra del sur, nos muestran sin duda alguna todo el alcohol que algunas, demasiadas, son capaces de beber.

- «Estuvimos en el campo. Teníamos Martini blanco, limón, Bacardí, naranja, vino y coca-cola. También había gente fumando. Lo compramos entre todos, cada uno donde quiso. Bebimos hasta morirnos».
- «Fue con mis amiguillas fumetas. Compramos Negrita, Malibú, JB, Martini, Pampero y refrescos. Lo pagamos entre todos, pero fui yo a comprar a los chinos. Me lo pasé de puta madre».

Ahora que en la nueva legislatura recién inaugurada la Dirección de Juventud ha pasado al Ministerio de Igualdad, ya tiene un nuevo tema de estudio. Hay igualdades que más vale que no se hubieran producido.

c) El día siguiente: la valoración del abuso del alcohol por los escolares

Digámoslo de entrada, sin ambages y con rotundidad. Para la gran mayoría de adolescentes, la experiencia de la noche de juerga es positiva. Con y sin alcohol, pero, ya lo sabemos, el alcohol es moneda corriente entre los adolescentes sin que su prohibición legal suponga, prácticamente, freno alguno, más allá de algunos incordios para procurarse el alcohol, que fácilmente subsanan.

Preguntados directamente que valoren su experiencia, qué aspectos positivos y qué aspectos negativos tiene para ellos el consumo de alcohol en la forma en que lo hacen muchos adolescentes, por ejemplo con el botellón, podemos resumir sus valoraciones, con sus mismas palabras, de esta forma:

- Negativo: que tienes que aguantar a los que se han pasado y que beber engorda. Positivo: que te lo pasas de puta madre con el puntito (una chica de Granada de 17 años).
- Está claro que no es bueno, pero creo que es mejor que en los bares, pues, dinero aparte, estás con tus amigos en plan tranquilidad y no tienes que gritar para que te oigan. Creo que el botellón está bien, aunque tener que hacerlo medio escondidos no es muy apetecible. Entiendo que podemos molestar a la gente, pero también pienso que en los bares no se puede hablar. Yo pondría un lugar especial para ello, ya que todo no es emborracharse (una chica de San Sebastián de 17 años).

- Positivo: nos relacionamos, ahorramos, no nos controlan. Negativo: el sitio donde lo haces molesta a los vecinos (un chaval de 16 años de Santiago).
- Positivo: que sale más barato y puedes hablar con los amigos, sin música tan alta. Negativo: los lugares quedan asquerosos y sueles controlar menos lo bebido (una chica madrileña de 18 años).
- Lo positivo es que es más barato. Lo negativo es la suciedad que dejas y que cada vez beben más los más jovencillos (una chica de Vitoria de 16 años).
- Negativo: la resaca del día después y que no te acuerdas de algunas cosas que hiciste (otra chica, también de 16 años, de una localidad pequeña de Castilla-La Mancha).
- Yo me lo paso bien habiendo bebido o no. Aunque hay que reconocer que la bebida te hace perder la vergüenza y luego haces tonterías de las que te ríes tú sola. (Es una chica de origen peruano y muy bien integrada. También ha fumado porros, pero dice que pasa de otras drogas, que las conoce de origen. Añade, un tanto sorprendida, lo fácil que es conseguirlas en España.)
- No necesito beber para pasármelo bien. Si en alguna ocasión bebo es porque me apetece tomarme algo, una copa o un vaso en una fiesta o un día que salgo con amigos. Lo normal es que no beba (un chico de 17 años de Barcelona).

Podría multiplicar los ejemplos. Como se puede observar, aparecen algunas constantes que vale la pena resaltar. Por ejemplo, en el aspecto positivo, la constatación de que el botellón es más barato, luego se ahorra dinero, y que no están vigilados como en las discotecas. También la posibilidad que les ofrece de poder conversar con sus compañeros, lo que no es posible en las discotecas por el volumen sonoro de los altavoces, cuestión a la que volveremos inmediatamente. Alguna persona señala –y no es caso único en absoluto– que al alcohol desinhibe, se coge el «puntito», se pierde la vergüenza, etc. Todos los adultos que han bebido algo en su vida corroborarán esto.

Si nos detenemos ahora en los aspectos negativos que encuentran los adolescentes en el consumo de alcohol, no podemos negar su clarividencia. A veces beben demasiado, lo reconocen y tienen resaca al día siguiente. Son también conscientes del ruido y molestias que originan en el vecindario, de ahí que algunos soliciten un espacio para ellos. Sin controles. También son conscientes de la suciedad que dejan en los lugares donde beben. Algún adolescente se queja de que el alcohol engorda y no pocos, incluso con 16 años, manifiestan su estupor de que los jovencitos y jovencitas beban... Esto último es una constante en los estudios de alcoholismo juvenil y, ya he señalado más arriba, que llevo en ello desde el año 1981. Siempre los adolescentes de 15 y 16 años (y no digamos los que han pasado la veintena) se asombran quejosos de cómo vienen los «nuevos»

chavales: salidos de madre, bebiendo en edades tempranas «como cosacos»... olvidándose de lo que ellos ya bebían con sus años.

Como se ve, los adolescentes tienen una visión ambivalente tras sus experiencias en el consumo de alcohol. Encuentran aspectos positivos en su consumo (están entre ellos, solos, conversan), pero también negativos (algunos se pasan, dejan el espacio donde beben muy sucio, molestan a los vecinos y al día siguiente la resaca puede ser dura). Esto hace que algunos tomen sus precauciones y que reflexionen sobre el botellón como forma de beber, sobre si se bebe más o menos que en las discotecas, si saben y pueden controlarse, etc. Sobre estas cuestiones también les interrogamos. En el apartado siguiente trasladaremos algunas de las respuestas que obtuvimos.

d) ¿Saben controlarse con el alcohol?

La cuestión básica que queremos indagar es la de saber si los adolescentes, cuando salen juntos a beber, lo hacen hasta que ya no pueden más porque están borrachos (o porque se han quedado sin dinero) o si son capaces de controlarse y dejar de beber antes de perder el control. Obviamente hay muchas respuestas. Sabemos que muchos jóvenes beben mucho, muchísimo, hasta emborracharse. Ya hemos dado cifras más arriba. Pero sabemos también que la mayoría de los que beben no llegan a tanto, ni mucho menos. La ciencia médica dice que el alcohol es muy malo en períodos de crecimiento, especialmente en las chicas. La ley prohíbe la venta de bebidas alcohólicas a los menores de edad, pero la realidad nos dice que la gran mayoría ya han bebido antes de los 18 años, y es desde esa realidad desde la que escribimos. Para decir que, afortunadamente, la mayoría no se emborracha, y que muchos, además de tener clara conciencia de los riesgos del consumo de alcohol, quieren –y no pocos consiguen– controlar su ingesta. A veces por razones en las que vale la pena profundizar. Daremos la palabra a los propios adolescentes, empezando por los que señalan que saben controlarse.

- Dejo de beber cuando cojo el puntito (un chaval de un centro público de la Comunidad de Madrid de 17 años).
- Me lo paso bien o mal según con los amigos o compañeros que esté. Es verdad que según más bebas te parece que lo pasas mejor, pero no siempre es así... Alguna que otra vez me he pasado y luego estás mal (una chica de San Sebastián de un centro concertado de 16 años).
- Normalmente, cuando cojo el puntito dejo de beber, quitando algún caso. El dinero no es problema, porque con el botellón es más barato (la misma chica de arriba).
- Creo que el alcohol no es necesario para pasártelo bien. No sé cuál es la sensación

de estar borracha, aunque supongo que no es la mejor (una escolar de un centro público de Madrid de 16 años).

- Yo bebo según lo que me apetezca y siempre controlo cuándo tengo que parar, porque si me emborrachara no podría hablar con mis amigos, que es para lo que salgo (un chico de 16 años del mismo centro que la chica anterior).
- Yo, cuando hago botellón, no me gusta beber demasiado para poder hablar bien entre nosotros (un chico tinerfeño de 17 años).
- Hay que beber lo justo. Porque si alguno del grupo bebe demasiado, tienes que estar pendiente de que no le pase nada (una chica de Santiago de 16 años).
- Yo creo que el botellón se realiza porque la bebida es más barata y porque en la discoteca no puedes comunicarte cómodamente con tus amigos debido al volumen de la música (un chaval de 16 años, también de Santiago, de un centro público).
- Después del botellón solemos ir a charlar o a jugar al fútbolín o a los dardos, pero no solemos beber más (un chico de un centro público de Madrid).

Como puede apreciarse, no es difícil encontrar adolescentes de todas las partes de España y de todo tipo de centro que beben «con control», expresión que sé que no gusta a los que entienden que, en esas edades, no deben beber alcohol. Pero me reitero en lo que escribo líneas arriba: debo escribir desde la realidad, desde el «ser» de las cosas. Dicho esto, me parece importante reseñar algunas de las razones aducidas para este autocontrol del consumo de alcohol por parte de los adolescentes.

«Coger el puntito» es una expresión que hace años hizo fortuna en la literatura juvenil española y que aún hoy sigue vigente. Beber para «coger el puntito» equivale a beber para entonarse en el mundo adulto, para ponerse a tono con el ambiente, para no parecer un muermo, en una boda, por ejemplo, o en una celebración familiar de amigos. Ciertamente este «puntito» en los adolescentes o este «ponerse a tono» en los adultos tiene niveles bien distintos que aquí no podemos medir (en la primera parte de este capítulo ofrecemos cifras para el interesado), pues estamos trabajando con datos cualitativos. Pero ya sabemos que en algunos casos se trata de un par de tragos, en otros bastante más que dos tragos (la noche es larga), sin olvidar a aquellos para los que el «puntito» raya con la borrachera light, esa borrachera que entre los adultos tiene denominaciones diversas como «estaba más que achispado», «le pilló el carrito del helado», «tenía una trompa simpática», «estaba tocado de ala y andaba balanceándose», etc.

Pero, más allá del «puntito», hay otras razones aducidas por los adolescentes para no beber sin límite, en las que hay que detenerse. «Si me emborrachara no podría hablar con los amigos, que es para lo que salgo», nos decía una chaval madrileño de 16 años. Hace

años, en una entrevista, respondí a una pregunta que el botellón podía fomentar la comunicación. Mi afirmación levantó algún revuelo en ciertos ámbitos, pero hoy me reafirmo en lo mismo, y estos pocos testimonios que aquí traslado (de los muchos de que dispongo) lo prueba en boca de los propios adolescentes. El botellón –que obviamente no quiero magnificar– responde a la carestía de las consumiciones en las discotecas, al control que sienten en locales cerrados, ciertamente. Pero también a la necesidad de comunicación entre los adolescentes. Digámoslo una y mil veces: lo que básicamente buscan los chavales y chavalas cuando se reúnen y se juntan las noches de los fines de semana es estar juntos, estar entre ellos, hablando de sus cosas, sin controles, en un espacio propio. Su espacio. En un primer momento, el alcohol no es lo esencial, y para la gran mayoría no lo será nunca, aunque beban, y a veces –demasiadas veces– beban mucho.

Nótese también cómo ofrecen otras motivaciones para la moderación en el consumo. «Algunos se pasan y luego hay que llevarlos a casa». Este argumento, junto al que viene a decir que «los que beben demasiado nos estropean la noche», está teniendo unas consecuencias importantes. En algunos casos (no somos capaces de cuantificarlo) se está produciendo una selección de compañeros para juntarse de fiesta. Como un «reservado el derecho de admisión» de determinados clubes de adultos. Y el criterio de selección es que no se pasen con la bebida. No por razones éticas o médicas, sino, más prosaicamente, porque les amargan la noche.

Otra razón aducida para el control de la ingesta de alcohol se puede resumir en esta frase: «No es seguro que bebiendo más te lo vayas a pasar mejor». Esta forma de pensar, desgraciadamente minoritaria, nos parece de una importancia capital. En nuestro libro sobre los jóvenes y la felicidad, sobre la base de una serie de estudios sobre consumos de alcohol y drogas en adolescentes, mostré, sin lugar a dudas, que los que más beben son los que, según ellos mismos, peor se lo pasan. Es una apreciación de los propios escolares cuando se plantea la cuestión de forma indirecta, porque directamente formulada –¿crees que bebiendo más se lo pasa uno mejor?– la respuesta sería positiva. Tal es la idea dominante que asocia consumo de alcohol con fiesta, diversión, etc., que, si no hay reflexión, el estereotipo puede con la realidad. Y la realidad dice que la diversión y la fiesta son más gratificantes, bien cuando no se bebe o cuando se bebe con moderación. Lo repito: esta no es una opinión del investigador, sino una conclusión empírica a tenor de los datos de los propios adolescentes y jóvenes.

Hemos visto las motivaciones que dan los escolares para controlar su ingesta. Pero no cabe generalizar esta actitud. Otros señalan que beben sin parar o bien buscan estrategias para que la ingesta de alcohol, que ya se da por supuesto que será muy grande o excesiva, les produzca el menor daño posible. Abajo trasladamos algunas opiniones y

actitudes de los adolescentes al respecto.

- Se bebe mucho más y sin control porque, con lo que cuesta una sola copa en un pub normal, te pones hasta arriba en un botellón (una chica madrileña de 17 años de un centro público).
- Se bebe más. Mis amigos y yo hacemos botellón para emborracharnos. Para hablar ya tenemos el resto de los días, aunque también hablamos en los botellones (una chica de 17 años de una zona rural de Castilla-La Mancha).
- Con el botellón se consigue más alcohol, más botellas, pero muchas veces sobran y se tienen que tirar. (Es un chico de 18 años de un centro privado de Barcelona que no hace botellón salvo cuando va al pueblo de su madre, durante el verano, que lo hacen en la calle.)
- Después del botellón normalmente vamos de bar en bar, pero no solo a beber, sino a bailar... Pero a casa, justo después del botellón, nunca (una chica de San Sebastián de 16 años de un centro privado).

Los tres ejemplos que arriba transcribo nos muestra el otro lado de la moneda: al ser el botellón más barato se consume más, incluso puede llegar a sobrar, como en el caso del escolar catalán, aunque el botellón, muy poco frecuente en Cataluña, lo practica cuando va de vacaciones al pueblo de su madre. Nótese también cómo el botellón puede tener como límite, literalmente, llegar a emborracharse.

- Bebo cuando me apetece. No suelo beber toda la noche en el botellón. El botellón es para comenzar la noche. Después por los pubs vas pagando las copas. Lo mejor es llevar algún fruto seco o algo que llevarte a la boca en la mitad de la noche, porque eso te ayuda a que tu cuerpo asimile mejor el alcohol y poder divertirte con tus amigos sin sentir molestias (un chico de Santiago de 16 años de un centro público).
- Suelo gastar más porque saco dinero hasta de debajo de las piedras. Pero procuro comer bastante antes de salir para que me haga menos efecto (otro chico, también de 16 años, de un lugar rural del centro de España y de un centro público).

He aquí dos casos de estrategias de precauciones para que los efectos del consumo de alcohol sean menores. En ambos casos se trata de ingerir algo de comida, sea antes de comenzar a beber, sea durante el consumo. Nótese también cómo, en algunos casos, el botellón no es sino el primer paso para seguir disfrutando la noche. La razón económica es evidente en este chaval de 16 años: después va de pubs «pagando las copas». Nada hace pensar que las copas se las pague un amigo de más edad. En realidad, en muchos sitios (no puedo precisar más), los menores de edad no tienen dificultad alguna en que

les sirvan consumición alcohólica, aunque sea evidente que están más que pasados de alcohol. Muchos alumnos míos me han comentado este supuesto en Bilbao y San Sebastián como un hecho habitual en determinados bares y pubs, aunque no afortunadamente en todos, pues entre los responsables y trabajadores de hostelería también encontramos personal responsable que se niega a servir a quienes manifiestamente han bebido ya demasiado. Actitud que habría que fomentar con rigor y en diálogo con las asociaciones de hostelería. Hay que añadir que también estos últimos años el control de acceso, concretamente a discotecas, se hace ya más difícil a los menores de edad, por no decir imposible, pues hay controles de edad en la entrada.

e) ¿Hay alternativa al botellón?

En un momento del cuestionario planteamos a los escolares cuál podría ser, a su juicio, una buena alternativa al botellón. Así estaba formulada la pregunta: «Si no hicieras botellón (litros), ¿qué te gustaría hacer en el tiempo libre? Cuéntalo con detalle».

Las respuestas que nos dieron son de una simplicidad apabullante... y preocupante. En la inmensa mayoría de los casos, o bien no hay respuesta, o bien la respuesta es que no hay alternativa al botellón. E incluso las que ofrecen como alternativa, salvo en algún caso aislado, se ve claramente que no es una alternativa apetecible. He aquí una selección de las respuestas recibidas.

- Ir a tomar una tapa o un café. Ir al cine o tomar un helado sentada en un parque a tomar el sol o algo así, pero eso son actividades para el día, pues por la noche, antes de ir de marcha a una discoteca, lo suyo es hacer botellón (chica granadina de 17 años).
- El botellón se hace por la noche, luego la alternativa sería dormir, ver la tele o andar con el ordenador (chaval de 16 años de Santiago).
- No hay alternativa al botellón (otro chaval de Santiago, también de 16 años).
- No me imagino una fiesta sin botellón (chica vitoriana de 16 años).
- Pasear con los amigos, ir al cine, de tiendas, ir a comer fuera... Y, si no, quedarme en casa con mi novio o chatear en Internet (chica de 17 años de Madrid).
- Irme de fiesta a algún sitio, aunque sin alcohol es menos divertido, por ejemplo ir a una discoteca light (chica de una localidad de Castilla-La Mancha de 17 años).
- No lo sé. Es que no hago nada más (chico de la misma localidad que la chica anterior).
- Ir de tocatas con mi grupo de música XXX (chico tinerfeño de 17 años que no bebe ni toma drogas y participa en un grupo de música en festivales, bares, pubs, etc.).

- Si no bebo, fumo o consumo algo que me apetezca (chica de una población de la Comunidad de Madrid de 17 años, gran bebedora, que fuma porros y en más de una ocasión cocaína).

Como decíamos más arriba, la omnipresencia del botellón en (casi) todos los puntos de España es tal que la mayoría de los escolares no ven otra alternativa. La división del tiempo cronológico entre el tiempo de estudio y el tiempo de fiesta, entendiendo el primero como un tiempo de sobriedad en los consumos y el de fiesta asociado al consumo en la gran mayoría, hacen que no resulte ni siquiera plausible para una gran mayoría de escolares otra alternativa que no sea la de juntarse las noches de los fines de semana, en su espacio propio, ellos solos, y consumir alcohol. Ciertamente en cantidades muy variables, según los grupos y las personas, lo hemos dicho mil y una veces, pero el estereotipo reinante (y los estereotipos tienen la vida larga) es que la fiesta esté asociada al alcohol. «No hay alternativa al botellón», «no me imagino una fiesta sin botellón», «no lo sé, es que no hago nada más», son tres, entre otros muchos ejemplos que podría presentar, que vienen a decir lo mismo: la inevitabilidad del botellón en estas edades de salida de la infancia y entrada en la adolescencia sin haber dado el paso a la primera juventud.

Este otro chaval, puesto en la tesitura de tener que decir qué haría si no hubiera botellón, dice que «el botellón se hace por la noche, luego la alternativa sería dormir, ver la tele o andar con el ordenador». No se le pasa por la cabeza que pueda estar con los amigos sin beber alcohol. No todos piensan así, ya lo sabemos, pero, una vez más, es la idea dominante la que aquí traslado. Es tan así que esta chica granadina propone como alternativa al botellón «ir a tomar una tapa o un café. Ir al cine o tomar un helado sentada en un parque a tomar el sol o algo así», claro que se da cuenta de que esa no es alternativa, pues añade a renglón seguido que «eso son actividades para el día, pues por la noche, antes de ir de marcha a una discoteca, lo suyo es hacer botellón». Sí, «lo suyo es hacer botellón». Más claro no se puede decir.

Esta chica castellano-manchega apunta a la solución de las discotecas sin alcohol cuando a la cuestión de la alternativa al botellón responde esto: «Irme de fiesta a algún sitio, aunque sin alcohol es menos divertido, por ejemplo ir a una discoteca light». Es una alternativa (entre otras) que lleva en marcha muchos años y que ha dado resultados no tan buenos como se esperaba en un comienzo, es lo menos que se puede decir. Nosotros les preguntamos si suelen ir a los espacios de ocio nocturno que organizan los ayuntamientos y qué opinión les merecen. He aquí algunas respuestas que nos han dado los escolares en nuestra encuesta. (Hemos omitido esta vez el lugar de donde proceden las respuestas, pues, como se verá, hay escolares que nos dan respuestas negativas y

otros, los menos, positivas, y no queremos aquí estigmatizar los esfuerzos de unos ayuntamientos y otros, máxime al albur de algunas respuestas que en ningún caso cabe decir que tengan representatividad estadística.)

- No he ido nunca. Hay poca información. Yo casi no sé lo que son. Debiera haber más información (una chica de 17 años).
- No los conozco. ¿Hay en XXX? (un chico de 16 años).
- No, porque suelen ser aburridos (otro chico de 17 años que consume mucho alcohol pero nada de drogas).
- No he oído hablar de esos espacios, pero seguro que son una chorrada (chico de 17 años, poco consumidor).
- He ido alguna vez. No están mal, pero para estar con mis amigos prefiero ir a otros sitios (chico de 16 años ferviente defensor del botellón para conversar con sus amigos).
- No, no sé dónde están y me pillan lejos, y si estuvieran bien iría más gente, ¿no? (chica de 16 años).
- Si lo organiza el ayuntamiento seguro que es una mierda. ¡Que pollas voy ir yo ahí! ¡Ni que fuéramos tontos! (chica de 16 años).
- Sí, pero para pasar el rato. Hay algunos que se lo montan bastante bien haciendo algunas actividades y acude mucha gente (chica de 16 años).
- Sí, voy a algunos, no están mal (chico de 17 años que no bebe nunca).
- He ido y están bastante bien (chico de 18 años). Este chico solamente hace botellón en vacaciones y bebe en fiestas concretas con moderación.

No pensamos que les respuestas exijan mayores comentarios. Pero, estudiado el perfil de lo que han contestado unos y otros (en el cuestionario preguntamos sobre sus hábitos de consumo, relaciones familiares, escolares, algunos valores, etc.), cabe decir que, en líneas generales, un consumo muy grande de alcohol (y drogas) cabe asociarse a un rechazo de los centros alternativos de ocio nocturno. Por el contrario son los que no beben o beben con moderación (fuera de esos lugares, claro está) los que en más alto grado valoran positivamente estos lugares. En otras palabras, acuden básicamente los que menos beben o no beben nada, y los que van a «colocarse» no acuden.

La valoración que cabe hacer de esta realidad, a la postre, es positiva. Ciertamente no consigue que los grandes bebedores dejen de beber, pero ayuda a los que quieren controlar su bebida. Al menos durante algunas horas, pues la experiencia dice (yo mismo he sido testigo de alguna de ellas) que hay jóvenes abstemios hasta las 2 de la madrugada y que después empiezan a beber. Pero, aun en este supuesto, eso que tienen ganado, y

más aún, no habiéndoselo pasado mal hasta esa hora, tienen la experiencia personal de que es posible disfrutar sin beber.

f) Los consumos de drogas

Además del alcohol están las drogas, el porro (cannabis o marihuana), pastillas, éxtasis, cocaína, etc. También les preguntamos a nuestros escolares si las consumen, solas o con alcohol, qué drogas toman, si es fácil o difícil conseguirlas, cómo se lo pasan, sus experiencias con las drogas... Abajo trasladamos algunas de las respuestas que obtuvimos. Empezamos por la dificultad de obtenerlas. Las respuestas hablan por sí mismas:

- No tomo drogas, pero bastantes amigos míos las toman. Hoy en día es tan fácil: comprar pastillas es como comprarte un chupa-chups. Las consigues en discotecas, en sitios grandes, o en focos de reunión de gente haciendo botellón, o simplemente te la pasan amigos a los que ves a diario o los fines de semana (una chica granadina de 17 años).
- Conseguirlo es fácil casi siempre, sobre todo los porros, que todo el mundo fuma o ha fumado alguna vez o conoce a alguien que lo hace. Las otras drogas nunca las he probado, aunque imagino que no me sería muy difícil conseguir; el típico amigo macarra que tiene todo el mundo... Pero no me gusta la gente que consume drogas. Yo solo la probé una vez y tiene su gracia, pero me parece que te puede llegar a destrozar la vida (otra chica de 16 años de la que me ocupó en otro capítulo como un caso paradigmático y que tiene 16 años).
- He tomado alcohol y drogas (porros sobre todo) y se consiguen fácilmente, y más si tienes contactos que consuman a menudo, como yo. He visto muchas cosas. Se podría decir que soy demasiado precoz, porque he vivido mucho la noche. He visto desde gente en coma, gente metiéndose una raya, un tío tomándose pastillas, preparándose un porro, o ver cómo un secreta se lleva a un camello a leches de un local (todo esto lo cuenta un chaval de 16 años del norte de España).
- Nunca he probado las drogas ni pienso probarlas, aunque sí sé que es fácil conseguirlas, porque a mí me han querido vender en sitios céntricos (una chica madrileña de 16 años).

Podría llenar páginas de este libro con testimonios similares. Las drogas están al alcance de cualquiera, y ese cualquiera es un chaval o una chavala de 16, 17 o menos años. Normalmente las consiguen en los lugares de recreo, donde ellos se juntan, en los

bares, en las discotecas, etc. Quiero añadir que habitualmente no hay droga en el interior de los centros docentes. He escrito «habitualmente», pero las excepciones son relativamente frecuentes. Es una cuestión que les hemos planteado directamente y las tres respuestas que añado aquí abajo reflejan bien las diferentes situaciones, aunque las dos primeras, y por diferencia, reflejan las respuestas más frecuentes.

- Haberlos, haylos en todos los sitios, aunque no sea dentro del recinto, fuera del cole, en cualquier parque en los alrededores siempre hay un “colgao” imbécil por allí (chica de 17 años del sur de España).
- Está mal visto que la gente beba o consuma drogas durante el horario de clase, incluso por gente de nuestra edad, sobre todo por las chicas. Además no se trafica con droga en la escuela (chico de 17 años del norte).
- Sí que hay drogas en mi instituto. Doy fe, y hay muchísimos alumnos que consumen dentro del centro. Se pasa droga blanda, pero, a principios de mes, los niños con “pagas” bien (niños con dinero) pueden llegar a solicitar alguna de las duras y realizan la entrega en el centro (chico de 16 años, también del norte de España).

Pero, volviendo a las respuestas que más arriba hemos transcrito, llama la atención la rotundidad con la que se señala la presencia de la droga, y no solamente el cannabis (porro, marihuana, etc., aunque distintas, de la misma familia), sino también productos más fuertes y de efecto más rápido y peligroso. Mis alumnos me lo han contado mil y una veces ofreciéndose a traérmela, añadiendo con sorna que «para que sepa de lo que escribo». Digámoslo claramente: el sistema prohibicionista ha fracasado estrepitosamente. La venta de droga está prohibida en España, pero no el consumo privado. Lo que es, llevamos décadas diciéndolo, una incongruencia total, pues a lo que lleva es al mercado negro. No queremos abrir aquí, entre líneas, el debate de la legalización de la marihuana (mi posición es que traería todavía más problemas de los que resolvería), pero sí señalar con fuerza que el tema de las drogas no está básicamente en el ámbito judicial, sino en el social, como explicamos en otra parte de este capítulo. Hace muchos años, desde finales de los años ochenta, en nuestra tercera investigación de la serie Drogas y escuela (el año 1987 exactamente), estamos diciendo que el cannabis es una droga legal de hecho, aunque no de derecho. Como legal de hecho es el consumo de alcohol en los menores de 18 años, pese a la prohibición legal de su venta a quienes tengan menos de esa edad. Y todos los policías, nacionales, autonómicos y municipales, no lograrán parar su consumo.

Llama también la atención la precocidad de las experiencias que algunos escolares, apenas adolescentes, han conocido, y en algunos casos vivido. Ciertamente, el caso del

chaval de 16 años cuyo testimonio traslado más arriba, y que piensa que «es demasiado precoz» por lo mucho que ya ha visto, no es generalizable, pero indica que hay adolescentes que muy pronto han visto mucho. No podemos decir cuántos, pero sí que los que más han visto son los que más han andado a altas horas en determinados sitios y más han consumido. Hay una correlación directa (obvia, por otra parte) entre consumo abusivo y fuertes experiencias a temprana edad.

Pero, más allá de la facilidad de conseguir los productos, hemos querido saber cómo valoraban sus experiencias con las drogas. Evidentemente las respuestas las hemos obtenido de los que consumen drogas o las han consumido. Lo decimos para que se tenga en cuenta que hay otros adolescentes que no las consumen, quienes normalmente se saltan estas preguntas en los cuestionarios. He aquí algunos ejemplos de lo que nos han contado los escolares.

- A mí me gustan los porros porque relajan y te vuelves rollo filosófico. Los llevo fumando desde los 15 años y no me ha pasado nada. Por mucho que digan, no son malos. Es superfácil conseguir drogas, aunque sé de muchos que fuman orégano. También tengo muchos amigos que se meten coca, manguis, pastillas, etc. Pero yo solamente porros (chica de 16 años).
- Yo fumaba porros de vez en cuando, los tomaba junto con el alcohol, pero no frecuentemente. Es muy fácil pillarlo. Si los fumas con moderación no creo que te hagan daño, pero si te pasas puede costarte la vida. Si no tienes autocontrol te puedes volver dependiente de los porros y querer cada vez más y más (otra chica castellano-manchea de 16 años).
- Yo he fumado porros y estaba bastante enganchado. Los tomaba mezclado con alcohol. Es muy fácil conseguirlo, te los pasas bien y echas unas risas muy serias (un chaval madrileño de 17 años).
- Tomo marihuana, cannabis y alcohol, nada más, y me lo paso genial hasta que ya no puedo más (otro chico, vasco esta vez, de 16 años).
- No he probado las drogas. Solo los porros, y no me gustó. Es fácil conseguir todo lo que quieras (una chica catalana de 17 años).
- Sinceramente, cuando consumo cocaína me lo paso tan bien que no tengo palabras para definirlo. Con los porros, según: puedo reírme un montón o quedarme apalancada. Las pastillas no me gustan (una chica tinerfeña de 17 años).

Hay algo que muchas veces los adultos olvidan: los chavales –y los mayores– toman alcohol y drogas porque su consumo les produce placer. Es verdad también, algún caso de los arriba referenciados lo muestra, que al principio, cuando se prueba por primera

vez un producto, ya sea el tabaco, el alcohol o una droga legal, puede producir una sensación desagradable. Muchos padres han visto esta reacción en sus casas si han invitado a tomar un sorbo de una copa de cava a un hijo, por ejemplo en Navidades, en edades muy tempranas. Lo mismo sucede (o puede suceder) con el primer porro. Muy frecuentemente esta primera experiencia puede ser la última en no pocos adolescentes, en la mayoría, a decir verdad. Es lo que denominamos como consumo experiencial o experimental. Se fuma un porro, dos, tres... para saber de qué va, y muchas veces ahí se quedan los consumos definitivamente.

Pero no siempre es así. Por la presión del grupo, por no aparecer como alguien diferente, por estar a tono o porque muy pronto se encuentra placer en el producto, pues se aprende, como todo, a saber consumirlo, puede instalarse la rutina. Una rutina placentera. Es lo que nos muestran algunas de las respuestas que arriba hemos transcrito. «A mí me gustan los porros porque relajan y te vuelves rollo filosófico», escribe una chica; «tomo marihuana, cannabis y alcohol, nada más, y me lo paso genial», este chico. Más claro y rotundo aún esta chavala de Tenerife, que dice que «cuando consumo cocaína me lo paso tan bien que no tengo palabras para definirlo». Y apenas tiene 17 años, pero ya ha probado otras cosas, pues dice que las pastillas no le gustan y que con los porros depende, hay días que muy bien y otros que no tanto. Manifiestamente, la dimensión del placer no debe olvidarse ni obviarse. Cabe, sin embargo, razonar sobre el control del producto y sobre sus consecuencias, siempre que se diga la verdad.

Hace muchos años que, cuando me preguntan sobre cuál sería una buena arma de prevención, respondo que una de ellas y muy importante consiste en decir la verdad. Esta chica que lleva fumando porros desde los 15 años (ahora tiene 16), dice que «no me ha pasado nada. Por mucho que digan, no son malos». Esta otra chica, también de 16 años, dice que «si los fumas con moderación no creo que te hagan daño, pero si te pasas puede costarte la vida. Si no tienes autocontrol te puedes volver dependiente de los porros y querer cada vez más y más». Yo no soy quién para decir hasta dónde tienen razón o no, tampoco sé el mensaje concreto que han recibido, pero a todas luces estas dos chicas necesitan alguna información que les diga que fumarse un porro no es igual que tomarse un caramelo, al mismo tiempo que necesitar oír, hablando de los efectos del porro, que por fumarse uno, dos o unos pocos porros no se les va a poner el pelo blanco ni van a perder la memoria o se van a enganchar a las drogas duras. Sencillamente porque, sin ir más allá de su propia experiencia vital, ya están en condiciones de decir que nada de eso es cierto.

La exageración es muy mala consejera. Hay que decir la verdad. Las drogas tienen efectos negativos, sin duda alguna. Suponen una alteración de nuestro organismo que puede ser grave, según los productos, las personas, las condiciones del consumo, la

calidad y cantidad del producto consumido y un largo etcétera. De ahí a decir que probar unos porros o fumarlos esporádicamente va a conllevar unos efectos desastrosos hay un paso que se da demasiado frecuentemente con consecuencia nefastas para una prevención exitosa.

Asimismo hay que ser muy claros ante los efectos terapéuticos de determinadas drogas. Ciertamente hay productos que tienen efectos positivos en el organismo. La morfina, por ejemplo. También el cannabis. Hay estudios que lo han probado. Recientemente en Cataluña. De ahí a concluir que una persona, más aún un adolescente, pueda fumarse un porro «por razones terapéuticas», no sé si denominarlo chiste, burla o, cosa peor, incitación al consumo. Solamente bajo prescripción facultativa deben tomarse estos productos.

4. Reflexiones para cerrar el capítulo

La juventud, a principios de los años ochenta, se hizo propietaria del uso del alcohol como símbolo de identidad juvenil y modo de diversión. Abrazó algunas costumbres de sus mayores y las adaptó y transformó hasta no parecerse en nada al modo de beber de sus adultos. Los nuevos modos de beber juvenil, junto a una evidente ocupación del espacio público y de los nuevos espacios de ocio juveniles, despertaron los mecanismos de alerta social, siempre más tardíos, tanto que, cuando comenzó a hablarse del consumo de alcohol juvenil, el fenómeno, en vez de hallarse en la vanguardia, era una popularización casi masiva entre el colectivo juvenil.

Es muy posible que el fenómeno del que venimos hablando en estas páginas deba ser asumido como una consecuencia directa de nuestro elevado nivel de bienestar. No es casual que el incremento en el uso de las sustancias, sean legales o ilegales, se haya ido produciendo en sintonía con nuestro avance económico y mejoría en las condiciones de vida de la población española. Por un lado, porque las tasas de consumo de alcohol no son, ni mucho menos, las más elevadas que se han registrado en España. Ha habido épocas cuyas tasas de consumo indicaban la existencia de un importante núcleo poblacional consumiendo mucho alcohol, ya que entonces a las mujeres les estaba socialmente vetado el consumo.

Cualquier fenómeno social, por importante que sea, se magnifica aún más cuando la población afectada es joven. Si, además, el fenómeno del que hablamos se trata de un comportamiento de riesgo y/o es un comportamiento muy distinto del que se produce en la sociedad adulta, entonces también surgen actitudes de rechazo y desaprobación generalizada.

Es necesario entender que las razones por las que los adolescentes actuales beben se

encuentran lejos de situarse más allá de su mundo proxémico. Beben porque lo dice el grupo de amigos o porque es lo que hay que hacer. Más bien se debe a que es una imposición del modelo cultural dominante que trasciende el de los adolescentes y o el de cualquier colectivo concreto y se traslada al intangible cultural, porque beber es divertirse, y hemos entronizado la diversión y el placer como la meta misma de la vida. Atrás quedaron los años en los que la esperanza de encontrar un mundo mejor en el más allá constituía el motor principal de las acciones humanas. Como se ve, estamos de lleno en plena cuestión de valores.

Beber forma parte de la diversión, y así nos hemos empeñado en socializarles. ¿Acaso no se brinda con alcohol en los mejores acontecimientos de la vida de las personas? La población adolescente es heredera de las pautas culturales de sus mayores, que les han socializado en ellas, incluso también en el uso de la noche, de la mitificación del espacio nocturno, solo que lo hacen eruptivamente, en esencia como es la adolescencia y la juventud.

El alcohol ingiere en el tiempo de ocio, en definitiva, en los espacios de gestión autónoma de la población adolescente y juvenil. También les hemos transmitido que en los estudios (la escuela) y la familia, las normas podrán negociarse, pero son las que se establecen desde la población adulta, mientras que el tiempo de ocio, de las relaciones horizontales, ellos y ellas deberán establecer sus propias normas de funcionamiento que permitan la diferenciación social. Y esta diferenciación social es la que buscan los jóvenes al hacer una distribución distinta del huso horario que el que rige desde el mundo adulto. No obstante, y también aquí hay que decirlo, tampoco es novedoso ni de nuevo cuño la utilización del horario nocturno por parte de la población juvenil. En épocas pretéritas, y no tanto, la noche se reservaba para unos pocos, aquellos que podían permitirse el lujo de disfrutarla, lo que indicaba un cierto estatus, porque al día siguiente no tenían la obligación de madrugar.

Dicho todo esto, resulta más fácil comprender el trinomio jóvenes, alcohol y noche. El uso de la noche y del alcohol son elementos integradores para la población joven, son elementos que se han configurado esenciales para el paso por la etapa juvenil. En la medida en que se asuma esta cuestión, con cierta seguridad seremos capaces de asumir que no van a existir normativas o imposiciones que puedan ayudar a desligar estos tres elementos.

Sin embargo, esto no invalida tres verdades fundamentales: 1) por cuestiones básicas de convivencia social deben respetarse los ciclos de descanso nocturno y de medidas higiénicas de las calles; 2) existen riesgos asociados al consumo abusivo de alcohol por parte de la población joven que deben disminuirse al máximo, y 3) no puede tolerarse que la población adolescente acceda al alcohol de forma masiva, es más, la limitación al

acceso del consumo de alcohol por parte de los menores debería ser una cuestión a la que dedicar esfuerzos institucionales en los próximos años.

Respecto al primer aspecto, tras la constatación de que el consumo excesivo, público y nocturno de alcohol es causa de graves daños, individuales y sociales, para el bebedor y para el resto de la sociedad, e inmediatos para el hábitat en el que se bebe, habría que potenciar el principio ético de que hay modos irresponsables de beber que son intolerables en una sociedad que pretende potenciar la tolerancia y respeto a los demás. O, mejor, habría que darle la vuelta diciendo que así como hay, por poner un ejemplo sencillo y reiterado, modos responsables de conducir, los hay también de beber. Más aún. Así como hay fumadores pasivos, hay también bebedores pasivos. Llevo años contestando que, en nuestra sociedad, se privilegia el derecho de unas personas a divertirse ruidosamente las noches de los fines de semana en detrimento del derecho de otras al descanso nocturno. Todos sabemos que se consiente el jolgorio nocturno (cuando no se defiende con uñas y dientes) impidiendo el descanso, semana sí y semana también, a quienes tienen la desgracia de vivir en determinados sitios. Sin los medios para irse a vivir a otro lugar, con el agravante de que, en muchos casos, se trata de personas mayores. Aquí también la labor de la familia y de la escuela son capitales. Pero, sin el apoyo decidido de las instituciones públicas, ese esfuerzo es baldío.

Respecto al segundo punto, es necesario comenzar a dar la vuelta a algunos programas preventivos. Es cierto que la población juvenil (en este caso pensamos en los mayores de edad) debe manejar información mucho más certera y veraz de lo que supone el consumo de alcohol, de los límites y de la cantidad que ingiere, así como el modo de reducir algunos riesgos asociados al consumo, de tal forma que se proteja de sus consecuencias, sean estas las que sean.

Dediquemos algunas líneas más al tercer aspecto, al que consideramos importante, dada la temática de este capítulo. No hace tantos años que, a consecuencia de la nueva valoración de los riesgos asociados al consumo de alcohol, se inició la retirada de la familia en la «educación en el consumo de alcohol». Esto significaba que los padres y madres de entonces asumieron con cierta facilidad que el alcohol no debía ser suministrado a menores por el daño que producía a su salud. En consecuencia, en la familia, la educación ante el alcohol se ha reducido al «no», a decir a los adolescentes que cuando tengan 18 años podrán beber, con lo que convertimos esa edad en un fetiche. Con 18 años ya se puede conducir (aunque los chicos hasta los 25 años penalizados por su género), se es penalmente mayor (aunque en algunos supuestos ya se es mayor con 16 años y algunos quisieran rebajar más la edad penal) y se puede votar, aquí sí, ni con un día menos y sin distinción de sexo. Añádase a ello que con 18 años se puede comprar y consumir legalmente alcohol.

Hace una o dos generaciones, y en bastantes hogares españoles, existía la tradición de ofrecer vino con agua en las comidas a los niños o un vino dulce en momentos de enfermedad. (Y fuera de las comidas. Personalmente recuerdo haber acompañado a mi abuelo cuando iba de vinos. Me daban un poco de clarete con gaseosa o con agua de seltz.) Sin embargo, las consecuencias de una medida de protección a la salud inicial también han producido que la población adolescente no reciba ningún tipo de educación sobre el uso del alcohol. Así, todas las instituciones socializadoras oficiales se han retirado de la educación en el buen uso del alcohol y el único mensaje que se transmite es que no beberán hasta ser mayores de edad, algo absolutamente irreal a tenor de los resultados de nuestras investigaciones.

Luego el adolescente se enfrenta a una paradoja curiosa. Desde su infancia aprende que el alcohol es un elemento con significación festiva y de celebración. El alcohol reúne a su alrededor no pocos acontecimientos familiares, pero a los menores se les veta el uso de alcohol, no pueden beber en sus hogares, ni tan siquiera de forma gastronómica, luego no aprenden a usar el alcohol. Nadie les ofrece las mínimas instrucciones sobre cómo beber y cómo degustar el alcohol. Sin embargo, adquirida la edad de las pequeñas libertades y salidas con amigos y amigas, la población adolescente se encuentra que en el mundo de los iguales el alcohol es un vehículo conductor, también de fiesta y diversión, de hacerse mayor, de mostrar su autonomía y también de experimentar con sus riesgos y sus límites. Entonces solo los amigos y su propia experimentación le enseñan los «secretos» de los brebajes, los remedios y pócimas para superar una mala borrachera.

Es difícil negar la evidencia. La inmensa mayoría de la población adolescente accede a su mayoría de edad habiéndose iniciado en el consumo de alcohol en diversos grados de ingesta, pero mucho nos tememos que con los conocimientos adquiridos por la experimentación y el intercambio entre colegas, por lo tanto con enormes desconocimientos de la sustancia que manejan. Con esto no afirmamos que dado que sabemos que consumen vamos a facilitarlos, ni mucho menos. Creemos que no podemos renunciar a evitar el consumo en edades tempranas y que un retraso en la edad de inicio es un factor de protección para los consumos abusivos, pero también creemos que no puede olvidarse hacer una apuesta seria por una educación sobre el uso del alcohol, quizá recuperando el papel de las familias y el buen uso del beber gastronómico.

El botellón no puede ser entendido como un modo barato de beber alcohol, porque tiene sus propios procesos. No es solo eso. Cuando hemos analizado el dinero que destinan al consumo de alcohol, quienes disponen de más dinero, más dinero destinan al consumo de alcohol, y esto ocurre en todas las edades. Si el alcohol únicamente fuera una alternativa a beber barato, esta relación no estaría tan clara.

«Ir de litros» es una forma de beber que permite acceder al alcohol de forma más barata y con menor control adulto sobre los menores de edad, pero no es su única explicación. No podemos olvidar que es una escenificación pública de la vida juvenil. El botellón tiene una funcionalidad festiva innegable, pero también socializadora. Es la búsqueda de contacto y compenetración con los iguales, alejados del control adulto. Esta escenificación en espacio abierto permite la interacción de muchos iguales a la vez. Es el lugar y tiempo en el que se mezclan o pueden mezclarse ideologías, clases sociales, es decir, adolescentes y jóvenes de lugares y ascendencia distinta. A pesar de la mayor repercusión social del botellón, su práctica no se ha elevado sustancialmente entre la población juvenil en los últimos años.

En una sociedad en la que la población adolescente se rodea de seguridades y escasos lugares donde experimentar los límites, el alcohol se ha convertido en un elemento central en sus espacios de ocio y diversión. El juego que se establece para el dominio y control o descontrol en el uso de la sustancia forma parte de los ritos de pertenencia de la población adolescente.

Por ello precisamente pensamos en la necesidad de elevar los mensajes preventivos desde la perspectiva positiva; quizá sea el momento de combinar una buena información de riesgo del consumo de bebidas y de sus efectos con mensajes positivos sobre el no uso del alcohol o las ventajas del uso moderado. En nuestro trabajo sobre los jóvenes y la felicidad, ya lo hemos dicho en el cuerpo de este capítulo, mostramos con suficiente aparato estadístico que los jóvenes que más bebían y los que más droga consumían eran, según valoraciones de ellos mismos, los menos felices de todos. No hablamos de moralina de adultos, sino de constataciones empíricas de lo que los propios adolescentes dicen. Pero se habla poco de esto, prefiriéndose razonamientos catastrofistas que los chavales entienden como exageraciones de adultos que solo piensan en «amargarles la fiesta». Es lo que una vez me dijo un alumno cuando le comenté que iba a un congreso sobre alcoholismo juvenil: «Ah, claro, a ver como nos jodéis los fines de semana con más controles, más polis. Hasta con polis buenos en las “disco” que nos digan que beber es malo y chorradas así. ¿Por qué no nos dejáis en paz?». Costará años cambiar esta percepción en muchos jóvenes. Pero por ahí deben ir las cosas. Prevención positiva y valoración ética de los comportamientos. A esto sí que son sensibles.

5

CUANDO LA SEXUALIDAD OCUPA LA ESCENA

No parece necesario insistir mucho en el papel que ocupa la sexualidad en la vida de los adolescentes. No diremos que sea la cuestión que más les preocupa, pues bien por delante están la familia y sus amigos, por señalar solamente sus dos prioridades, pero no se puede ni se debe minusvalorar el impacto que en la adolescencia conlleva lo que algunos denominan la eclosión de la sexualidad como uno de los signos distintivos, si no el signo mayor, del paso de la infancia a la adolescencia.

Vamos a dedicar este capítulo a abordar este tema. Lo haremos en cuatro apartados. En primer lugar, de forma breve, aunque suficientemente completa, presentaremos la realidad de las prácticas sexuales de los adolescentes. En un segundo momento, en el apartado que a nuestro juicio es el central de este capítulo, daremos la palabra a los propios adolescentes. Sobre la base de las respuestas que nos dieron en una encuesta abierta que pasamos a 272 escolares españoles podremos leer lo que nos escribieron de sus prácticas sexuales, de la valoración que les merecen, de su forma de entender la sexualidad, de sus alegrías y desengaños... En un tercer momento nos detendremos en una cuestión raramente tratada en la literatura sobre este tema: la forma en que las revistas que leen las adolescentes, pues en gran medida a ellas van dirigidas, tratan la sexualidad. En el cuarto apartado reflexionaremos sobre dos cuestiones: la forma en que la sexualidad es presentada en la sociedad, haciendo de ella un fenómeno meramente privado, aunque con legitimación pública, y en el tema del preservativo como icono juvenil por excelencia, dando paso así a un último apartado de reflexiones finales de todo lo tratado.

1. Algunas cifras de las prácticas sexuales de los adolescentes

No es tan fácil como pudiera parecer determinar la frecuencia de las relaciones sexuales entre adolescentes. En nuestro trabajo sobre el silencio de los adolescentes mostramos cómo era este tema de la sexualidad precisamente el que en menor grado comentaban

con sus padres. Obvio, se dirá, y en gran parte con razón, pero tampoco es tema que los adolescentes aborden con otros adultos, quedándose, la inmensa mayoría de las veces, en conversaciones entre amigos y más aún en el silencio no compartido de las experiencias muy personales e íntimas. De ahí que, en las encuestas de opinión, se estén adoptando algunas precauciones a la hora de dar cifras. Concretamente, en la última investigación de Injuve, de las publicadas cuando escribimos estas líneas, se inicia el capítulo señalando que alrededor de uno de cada tres adolescentes se niega a contestar a preguntas sobre sexualidad. Cuando la entrevista es oral y con un entrevistador adulto, me permito añadir, pero se obtienen más respuestas cuando se trabaja con un cuestionario de autorrellenado (como nuestras encuestas para esta publicación) o con una entrevista con un encuestador bien entrenado de similar edad o ligeramente superior a la de los entrevistados (como en nuestro trabajo sobre el silencio de los adolescentes ³⁹). Por otra parte, y analizando con detalle algunas encuestas, no parece que varíen mucho los resultados según nos den las respuestas, contando solamente con los que han contestado o con el conjunto poblacional ⁴⁰.

³⁹ La referencia al Informe de Injuve es esta: J. AGUINAGA ET AL., Informe 2004. Juventud en España. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2005, pp. 386ss.

⁴⁰ En la tabla 3,91 del estudio de Injuve, p. 389, la edad media de inicio a las relaciones sexuales el año 2004 para la población juvenil de 15 a 29 años de edad, calculando la cifra sobre la base de los que han contestado a las cuestiones sobre sexualidad, es de 17,6 años. El año 2002, sobre la base esta vez del conjunto poblacional juvenil (la misma franja de edad también de Injuve, esta vez con el CIS), la cifra era de 17,7 años.

Pero no quiero que este capítulo se vea inundado de cifras. Solamente referencio el trabajo de Injuve en la nota anterior y otro estudio más reciente ⁴¹. Ambos pueden consultarse en Internet y, si se desea más información, solicitarlos en la dirección que se proporciona en la web.

⁴¹ Me refiero a la 2ª Encuesta Schering de 2005 sobre Sexualidad y anticoncepción en la juventud española, llevada a cabo por el Equipo Dafne.

De todas maneras, y pese a lo arriba señalado, podemos decir que de la lectura de los resultados que obtenemos de los diferentes estudios (y comparados además con los que nos ofrece el estudio de Injuve de otras investigaciones anteriores), llegamos a unas cifras suficientemente seguras y concordantes. Veamos rápidamente algunos datos para situar y orientar al lector en qué cifras se está moviendo la realidad de algunas prácticas

sexuales de nuestros adolescentes.

a) Edad de inicio a las relaciones sexuales

- Injuve 2004: 15,3 años (entre los adolescentes de 2004 que tienen entre 15 y 17 años de edad, y que han querido responder al cuestionario).
- Schering 2005: 15,9 años (entre los adolescentes de 2005 que tienen entre 15 y 19 años).

Apenas hay diferencias en los dos estudios, pues en el estudio de Injuve se trata de escolares entre los 15 y los 17 años, mientras que en el de Schering el colectivo de encuestados sube hasta los 19 años, y sabemos, por varios estudios, que la edad de inicio es descendiente en el tiempo. Esto es, cada vez los adolescentes tienen relaciones sexuales con menos edad. Nótese que al decir que entre los adolescentes la edad media de inicio a las relaciones sexuales completas es de 15,3 años en el estudio de Injuve y de 15,9 en el de Schering, estamos diciendo que hay muchos adolescentes que han tenido su primera relación sexual con notoria menor edad.

b) Porcentajes de adolescentes y jóvenes que ya han mantenido, al menos alguna vez, relaciones sexuales completas, con penetración

- Injuve 2004: 28,3% (en adolescentes en edades comprendidas entre 15 y 17 años).
- Injuve 2004: 75,3% (en adolescentes y jóvenes en edades comprendidas entre 18 y 20 años).
- Schering 2005: 54,3% (en adolescentes en edades comprendidas entre los 15 y 19 años).

Ofrecemos tres cifras sobre la proporción de adolescentes que manifiestan haber tenido, al menos una vez, una relación sexual completa con penetración. Lo hacemos aun conscientes del esfuerzo de atención que solicitamos del lector, pues estamos ante colectivos de edades diferentes en los tres casos. Además ofrecemos información de dos investigaciones distintas para asegurar más los datos. Hay que retener, si se prefiere, solamente estas dos cifras: cerca del 30% de adolescentes entre los 15 y los 17 años de edad ya ha mantenido al menos una experiencia sexual completa. Esta cifra sube al 75% entre los que tienen entre los 18 y los 20 años⁴². Como se ve, la práctica de las relaciones sexuales completas, al menos alguna vez, es algo muy generalizado en los adolescentes.

⁴² En el estudio de Injuve, que trabaja con una franja de edad entre 15 y 29 años, podemos leer (tabla 3,90, p. 389) que el 96,0% de jóvenes que tenía en el momento de suministrar la encuesta entre 25 y 29 años de edad, había mantenido relaciones sexuales completas. Solamente el 1,2% manifestaba no haberlas tenido, quedando el resto repartido entre los que decían haberlas tenido, pero incompletas (1,2%) o bien no responden (1,5%). Parece evidente que la virginidad es rara avis en la juventud actual.

c) Frecuencia de las prácticas sexuales completas

El 89% de los chicos y el 92% de las chicas, en edades comprendidas entre los 15 y los 24 años, ha mantenido relaciones sexuales en los últimos doce meses. Estas frecuencias descienden al 81% en el caso de los chicos y al 86% en el de las chicas cuando de relaciones sexuales con penetración se trata.

La frecuencia de las relaciones sexuales al mes, en los últimos doce meses (con o sin penetración), presenta las siguientes cifras, distinguiendo edad y sexo (cf. tabla 1).

Tabla 1. Número medio de relaciones sexuales al mes, durante los últimos doce meses, de adolescentes y jóvenes españoles.

	Todos (15-24 años)	15-19 años	20-24 años
Chicos	8,4 veces al mes	7,0 veces al mes	9,2 veces al mes
Chicas	9,1 veces al mes	7,9 veces al mes	9,8 veces al mes

Fuente: Informe Schering 2005. Base: han mantenido relaciones sexuales

Dos notas mayores. En contra de una idea extendida, las chicas, a tenor de los datos de la Encuesta Schering 2005, mantienen más relaciones sexuales que los chicos. Tanto si se trata de relaciones sexuales con penetración como sin ella.

En segundo lugar, si bien con la edad aumenta la frecuencia de las relaciones sexuales, no hay una gran diferencia entre quienes tienen menos de 19 años y los mayores de esa edad. En los adolescentes de 15 a 19 años, la cifra de una media de 7,0 relaciones sexuales al mes, en los chicos, y de 7,9 en las chicas, nos habla de un frecuencia superior a la semanal, lo que indica que estamos hablando de relaciones sexuales que no se circunscriben al ámbito del ocio del fin de semana.

Pero lo esencial que hay que decir es que las relaciones sexuales entre adolescentes no conforman hechos aislados, sino prácticas habituales y frecuentes. Habida cuenta de

que las cifras que ofrecemos reflejan valores medios, es más que presumible pensar que las frecuencias de unos y otros sean muy grandes.

d) Tiempo que mantienen la misma pareja sexual

Nos preguntamos ahora por el tiempo que mantienen la misma pareja sexual. Nos limitamos en la tabla 2, dado el objeto de este trabajo y para no cargar la tabla con demasiadas cifras, a los adolescentes de 15 a 19 años, aunque distinguimos si se trata de chicos o chicas

Tabla 2. Tiempo que mantienen la misma pareja sexual.

	Chicos (15-19 años)	Chicas (15-19 años)
Más de 6 meses	30,6%	51,6%
4-6 meses	14,0%	16,5%
2-4 meses	24,2%	14,2%
1 mes	31,2%	16,2%

Fuente: *Informe Schering 2005*. Base: han mantenido relaciones sexuales.

Los datos son sumamente reveladores de que las chicas mantienen en notorio mayor grado que los chicos la misma pareja sexual. Parece claro que, en la relación sexual (que practican en mayor grado que los chicos, como acabamos de ver), buscan sin embargo algo más que la relación esporádica o de fortuna.

Estos datos se corroboran en la franja superior de edad, 20 a 24 años, pues, en esas edades, el 75,7% de las chicas mantiene su pareja sexual durante seis meses o más, cifra que en los chicos es del 51,2%. Nótese también que, tanto en los chicos como en las chicas, al avanzar en edad, la persistencia de la misma pareja sexual aumenta notablemente. Parece claro, aquí también, que con la edad las relaciones circunstanciales disminuyen, aumentando, por el contrario, las mantenidas con la misma persona.

e) Precauciones adoptadas y riesgos asumidos en las relaciones sexuales

En los adolescentes de 15 a 19 años hay una proporción, que ronda el 50%, que no utiliza anticonceptivo alguno en sus relaciones sexuales. Concretamente, según datos de

la encuesta Schering 2005, en el caso de los chicos el 53,7% refiere que ha utilizado algún método anticonceptivo, mientras que entre las chicas las cifras desciende al 49,9%. Tanto en el caso de los chicos como en el de las chicas se señala el preservativo, casi unánimemente, como el anticonceptivo más utilizado, pues solamente el 8% de las chicas refiere la píldora, siendo señalados los demás métodos en proporciones que apenas sobrepasan, en conjunto, el 2%.

Es interesante apuntar cuáles son las razones aducidas para no utilizar anticonceptivos en las relaciones sexuales. Dado el peso que tiene el preservativo en esas relaciones, en la encuesta Schering con la que estamos trabajando se preguntaba concretamente cuáles eran los motivos para su no uso. Es lo que reflejamos en la tabla 3 en datos referidos al conjunto poblacional de la encuesta, jóvenes de 15 a 24 años.

Tabla 3. Motivos aducidos para el no uso del preservativo en las relaciones sexuales (15 a 24 años).

Motivos para no usar preservativo	Chicos	Chicas
Lo imprevisto de la relación	64,8	73,0
Estado de euforia (alcohol...)	29,5	18,0
Uso de otro método	16,8	8,8
No quiso la pareja	7,2	5,3
Otros	4,8	4,7
NS / NC	6,2	4,5

Fuente: *Informe Schering 2005*. Base: han mantenido relaciones sexuales.

Lo imprevisto de la relación y el estado de euforia (consumo de alcohol, por ejemplo) son las dos razones aducidas, de forma abrumadoramente mayoritaria, para explicar que no hayan usado el preservativo en sus relaciones sexuales, seguido, pero ya en proporciones menores, por el uso de otros métodos anticonceptivos.

f) Relaciones sexuales completas según posición religiosa manifestada (datos de Injuve 2004 en jóvenes españoles con edades comprendidas entre los 15 y los 29 años)

El estudio de Injuve nos ofrece estas cifras sobre los porcentajes de jóvenes españoles (15 a 29 años) que manifiestan haber mantenido relaciones sexuales, según su propia adscripción religiosa:

- Católicos practicantes (68,3%)
- Católicos no practicantes (81,5%)
- Creyentes de otra religión (73,9%)
- No creyentes (81,4%)
- Indiferentes (82,0%)
- Ateos (88,8%)
- Agnósticos (90,6%)

Anotemos dos ideas mayores que, en realidad, están concatenadas. En primer lugar, parece claro que los jóvenes católicos y que son practicantes son quienes menos prácticas sexuales han mantenido. Esta afirmación, y será la segunda idea que reseñar, se mantiene, pero no con la nitidez que vemos en las cifras arriba presentadas, si tenemos en cuenta que los católicos practicantes descienden algo con la edad y los no creyentes y agnósticos suben con la edad. Como sabemos que las prácticas sexuales completas aumentan también con la edad, con la información que nos suministra el estudio de Injuve no podemos determinar en qué grado el aumento de las prácticas sexuales completas son imputables a la edad o a la religiosidad de los escolares. Ahora bien, realizada esta neutralización de variables en otros trabajos, podemos afirmar que ambas variables, edad y posicionamiento religioso, se complementan, ambas en el mismo sentidos arriba expuesto: a más edad, más experiencias sexuales, y los católicos practicantes son quienes menos prácticas tienen.

De todos modos, y a la postre, creo que aquí está lo esencial, se mire como se mire, y teniendo en cuenta las precauciones metodológicas que he señalado, hay que decir que la diferencia, según la religiosidad de los jóvenes, en cuanto a sus prácticas sexuales son pequeñas. Ciertamente, la proporción de católicos practicantes que manifiestan haber tenido prácticas sexuales completas es algo menor, pero la inmensa mayoría también las han tenido.

2. La voz de los adolescentes

Demos la palabra a los propios adolescentes, en atención a las respuestas que hemos obtenido en la encuesta que hemos realizado para este trabajo, aunque aquí y allá utilizaremos también algunas referencias que obtuvimos hace ocho años y que sirvieron para nuestro trabajo sobre el silencio de los adolescentes. Pero, salvo que lo digamos

expresamente, trabajamos con los datos de la reciente encuesta.

Vamos a dividir la presentación de los puntos de vista de los adolescentes respecto de la sexualidad en tres apartados. En primer lugar transcribiremos lo que nos dicen de sus experiencias sexuales, así como la valoración que de ellas hacen. En segundo lugar analizaremos las respuestas que nos han dado a una cuestión concreta formulada por nosotros, en la que les presentamos dos formas de entender las relaciones sexuales y su posicionamiento al respecto. En tercer lugar les pediremos una reflexión de la vida sexual que, según ellos, viven y practican los adolescentes de su edad, que acotaremos a la valoración que les merece a algunos la corta edad de las prácticas sexuales en adolescentes.

a) Las experiencias sexuales de los adolescentes

Ya hemos ofrecido más arriba datos acerca de la frecuencia de las experiencias sexuales de los adolescentes sobre la base de un trabajo de campo representativo de toda la sociedad española. Aquí, basándonos en datos cualitativos sobre testimonios concretos de adolescentes, vamos a poner sobre el tapete la descripción que ellos hacen de cómo han sido y cómo son sus relaciones, cuando tales relaciones existen, y ya sabemos que, en la gran mayoría de casos, incluso a estas edades, estas relaciones ya se han dado. Pero con valoraciones distintas, a veces con sabores amargos, otros muy gratos, sin que falten los agrídulces. Antes de darles la palabra, he aquí concretamente el enunciado de la cuestión tal y como lo planteamos en nuestro último trabajo: «¿Has tenido relaciones sexuales completas con otra persona? ¿Practicas el autoerotismo, masturbación? ¿Dirías que estás satisfecho con tu vida sexual?».

La inmensa mayoría respondió a la pregunta. Este dato ya es indicador de la normalidad con la que nuestros adolescentes (no se olvide que trabajamos con chicos y chicas escolares de 16 a 18 años) viven las relaciones sexuales y todo lo referente al ámbito de la sexualidad, y que lo cuentan en un proceso de obtención de datos que asegura rigurosamente el anonimato. A continuación reproducimos una lista de algunas respuestas que hemos seleccionado buscando, insistimos en ello, no la frecuencia estadística (muchas se repiten), sino la dispersión y variedad de respuestas.

- Sí he tenido sexo completo con otra persona. Satisfecha, satisfecha, no sé, más que nada porque ha sido una sola vez y era la primera vez para los dos, por lo que fuimos un poco torpes. Pero me he dado cuenta de que quizá sea aún un poco inmadura para tenerlas. Lo hablé con la otra persona, que es mayor que yo, y lo entendió, así que no hay problemas. Tiempo al tiempo (una granadina de 17 años de un centro religioso).

- No he tenido relaciones sexuales con otra persona, ni completas, ni un ratito, ni na de na. Sí que practico la masturbación, no veo que haya nada malo en eso, prefiero hacerlo yo solita a que me toque nadie hasta que no esté preparada (otra granadina del mismo centro, de 16 años).
- Sí he tenido relaciones sexuales completas con otra persona, pero hace tiempo que no las he vuelto a tener. La masturbación la practico entre una y tres veces al día. No estoy satisfecho con mi vida sexual (un chico gallego de 17 años de un centro público).
- No es que no haya podido. Es que espero a alguien (aunque suene un poco idílico) al que de verdad quiera. A mí eso de que las «niñas» de 13 años tengan novio de 18 años y hayan perdido la virginidad me parece increíble. No sé, las de 16 o incluso las de 15... pero a los 13 años eres aún una niña. No eres consciente de muchos valores y experiencias que son necesarios en muchos casos. Además hay mucho pensamiento de «hoy salgo y me enrolló con diez tías». A mí eso no me gusta (otro chico gallego de 17 años de un centro público). Chaval que dice estar en búsqueda de lo religioso (así se define sin posicionarse en la escala, para quien la religión es importante en la vida, piensa mucho, por ejemplo, a la hora de decidir quiénes podrían ser sus compañeros pone muchos condicionantes, y entre las profesiones de futuro señala la de teólogo, médico, filósofo, pianista y profesor, y desecha las de cantante, juez, modelo profesional y político, con el añadido de «tal y como está hoy la política»).
- Sí, he tenido relaciones sexuales completas con otras chicas, con varias. Es lo normal entre nosotros. Me gustaría tener todavía más (chico tinerfeño de 17 años).
- A nivel de tíos no soy muy buena. Ligan más mis amigas, que son muy guapas. No tengo prisa en perder la virginidad, simplemente pasará cuando tenga que pasar. Las relaciones sexuales son totalmente normales y están a la orden del día. Cada vez se pierden más prejuicios a nivel de sexo (chica de 17 años vitoriana).
- Todavía no he tenido ninguna relación sexual. Todo llegará a su tiempo (chica madrileña de 19 años de un centro público, que no fuma, apenas bebe alcohol, aunque hace botellón, menos aún se droga, buena estudiante, con excelentes relaciones familiares).
- Entre mis amigas y yo nos hemos follado a media ciudad. A veces competimos por ver quién es la más guarra. Follar es bueno y natural (es una chica de 16 años de un centro religioso en quien me baso en el capítulo primero de este libro para presentar un retrato de adolescente).
- Todavía no he tenido relaciones sexuales completas. Prefiero ser una chica respetada y no una «cualquiera». Eso lo valora mucho la gente. Además, estoy

satisfecha con mi vida sexual (chica de 15 años de un centro público).

- No he tenido relaciones completas y el autoerotismo no lo practico. Tenemos juegos eróticos en la pareja, pero sin relaciones sexuales completas. De momento prefiero seguir siendo virgen. No tengo prisa, mi novio me entiende y respeta (chica catalana de un centro privado de 18 años). Más adelante añadirá que la cuestión de las relaciones sexuales son «algo serio» y que «si me apetece mucho y estamos preparados para ese tipo de relaciones, lo haré sin ningún tipo de duda». Y añade: «Estoy en contra de que los jóvenes empiecen a tener esas relaciones a los 12, 13 o 14 años... los chicos, para relaciones serias buscan chicas “limpias” (vírgenes), y nunca respetarán a una chica que antes ha tenido a otras chicos... Para ellos eso significaría algo así como chica de prostitución. Pero en todo caso cada uno va por su camino». (Es una chica que se declara atea, no creyente, a quien la cuestión religiosa no le interesa, con relaciones correctas en la escuela (y rendimiento escolar superior al promedio), tiene unas relaciones escasas, pero no malas, con sus padres: «Quiero tener una cierta distancia con ellos»; es un ejemplo de nueva joven (pues esta ya lo es habiendo dejado atrás la adolescencia) con ideas afirmadas y autonomizándose con firmeza de sus padres, sin mayores desgarros, pero sí abundantes incomprensiones, como refiere. La pareja es algo muy importante para ella, y es ya, como poco, el centro afectivo de su vida.)

Como se puede comprobar, más allá de los datos cuantitativos que hemos presentado al inicio de este capítulo, el mero enunciado de las experiencias sexuales muestra su riqueza y variedad. La escala es muy amplia. Desde la chica de 16 años que dice y asume con desparpajo desafiante que hace competición con las amigas para ver quien es la «más guarra» al muchacho de 17 años que asume con toda normalidad que ha mantenido relaciones sexuales con diferentes chicas y que desea tener más, pasando por los chicos que dicen que no las tienen «aunque hubieran podido», con una gama de planteamientos intermedios, «las he tenido, pero ya no las tengo», «tenemos juegos eróticos en la pareja, pero sin relaciones sexuales completas»... Es la riqueza de los trabajos cualitativos cuando se da la voz a los propios adolescentes. Quisiera resaltar varios aspectos.

En primer lugar, porque es un aspecto que rara vez aparece en los medios de comunicación, el valor que para no pocos adolescentes presenta, no diría la virginidad (aunque en algún caso también), sino la contención sexual, la búsqueda de un contexto determinado (de cariño, cercanía, confianza en la pareja, etc.) para llevar a cabo la relación sexual completa. Este dato sociológico muestra, con evidencia, que no cabe identificar en la adolescencia sexualidad con mero placer. Es algo mucho más rico que

todo eso, como iremos viendo a lo largo de las próximas páginas. En el acto sexual no se busca solamente, y en algunos caso ni siquiera primordialmente, la búsqueda del placer, sino la comunión, la fusión corporal, íntima y profunda con el ser querido, en tanto que querido, no meramente como objeto de placer sexual. Sin que esto suponga, por supuesto, un rechazo del placer desde una perspectiva dolorista y sacrificial de la relación sexual, como aparece en cierta tradición cristiana que ha mirado el placer como desorden de los sentidos, más aún, de la razón, planteamiento que no resulta ni siquiera pensable en la juventud actual. Las relaciones sexuales son algo serio, como dice una chica, y todo llegará cuando tenga que llegar, una vez que nos conozcamos mejor, que hablemos más, etc., parafraseo yo. Es más, hay ejemplos de adolescentes que ya han tenido relaciones sexuales completas, que no están muy satisfechos con ellas, por impericia, sí, por hacerlo a veces en espacios inhóspitos, como a hurtadillas, también, pero no faltan los que así piensan porque entienden que aún son muy jóvenes para ello.

Esto nos lleva a una segunda consideración importante. No se olvide que trabajamos con chicas y chicos que, en su inmensa mayoría, tienen entre 16 y 18 años de edad. Pues bien, nótese cómo se oponen a que los chicos (y más aún las chicas, volveremos a esto después) tengan relaciones sexuales a los 13 o 14 años, esto es, adolescentes a los que llevan solamente tres o cuatro años. Este fenómeno en el que los adolescentes de 16 a 18 años manifiestan su preocupación y su rechazo a que los de 13 y 14 años mantengan relaciones sexuales completas merece atención y profundización. También nos encontramos con un fenómeno similar cuando se analizan las actitudes que mantienen ante los consumos de alcohol y cannabis de los chicos y chicas a los que aventajan en edad en apenas dos o tres años. Pero ¡si son unos críos!, ¡cómo les pueden dar de beber en los bares!, suelen decir.

Decíamos arriba que hay que abordar la cuestión del género al analizar las valoraciones que hacen los adolescentes de sus comportamientos sexuales. Ya nos hemos referido al chaval gallego de 17 años que critica que las «niñas de 13 años tengan novio de 18». Pero aún más fuerte, por decirlo de alguna manera, es lo que nos refiere esta chica catalana al afirmar que «estoy en contra de que los jóvenes empiecen a tener esas relaciones a los 12, 13 o 14 años... los chicos para relaciones serias buscan chicas “limpias” (vírgenes) y nunca respetará a una chica que antes ha tenido a otras chicos... Para ellos eso significaría algo así como chica de prostitución». Hay más ejemplos en este sentido y que tienen varias lecturas complementarias, por ejemplo la cuestión de la virginidad. Pero aquí solamente queremos subrayar que en ninguna caso hemos encontrado reflexión similar sobre la persona promiscua fuera un chico. Esto es, se asume en no pocos jóvenes (particularmente en las chicas) que los chicos buscan «chicas limpias», pero no he encontrado texto alguno que diga que los chicas busquen «chicos

limpios». En lo más profundo del inconsciente sigue presente que la virginidad, de darse, es cuestión de la mujer. E insisto, este planteamiento se formula no pocas veces, si no la mayoría, en boca de mujeres, de adolescentes chicas en este caso. Aunque aquí y allí encontramos expresiones similares en boca de chicos. Así, este chico de 16 años de una zona rural del centro de España que dice con rotundidad que «hay mucha guarra». No hemos encontrado expresión similar alguna referida a los chicos. Es el peso de una cultura varias veces milenaria la que asoma aquí.

Además, la belleza es cosa de mujeres. Si no se es bella, ligar es más complicado. También lo será en el caso de los chicos, pero –de nuevo el inconsciente cultural– no aparece reflejado en los textos de nuestros adolescentes. Traemos aquí como botón de muestra lo que refiere esta chica vitoriana de 17 años: «A nivel de tíos no soy muy buena. Ligan más mis amigas, que son muy guapas».

Antes de pasar al punto siguiente, una referencia a la masturbación, de cuya práctica, en chicos y chicas, hemos trasladado algunos ejemplos más arriba. Volveremos a este punto más adelante, pero queremos señalar aquí este testimonio de una granadina de 16 años cuando, tras afirmar que no ha tenido relaciones con otra persona «ni completas, ni un ratito, ni na de na», continúa diciendo que «sí que practico la masturbación, no veo que haya nada malo en eso, prefiero hacerlo yo solita a que me toque nadie hasta que no esté preparada». De nuevo un planteamiento plenamente femenino. Un chico no se plantea la masturbación para que «no le toque nadie, hasta que esté preparado». Es otra relación con el cuerpo, el propio cuerpo, lo que se vislumbra a través de estas afirmaciones que va más allá de la cuestión del placer y de la norma.

b) Dos posiciones de fondo ante las relaciones sexuales

En el estudio Jóvenes españoles 99 planteamos una cuestión directa y específica en este tema de la sexualidad. Planteamos a los jóvenes que se posicionaran ante una disyuntiva. A) «Los jóvenes pueden hacer el amor siempre que les apetezca a ambos», y B) «Autocontrolarse y no hacer el amor siempre que apetezca es también un valor». Añadimos también la posibilidad dubitativa de «según los casos», así como la consabida fórmula de los que no contestan. Aunque los datos son un tanto antiguos, los reproducimos en la tabla 4, pues nadie más ha formulado la cuestión en estos términos.

Tabla 4. Dos actitudes ante las prácticas sexuales.

	Todos	15-17 años	18-20	21-24	Hombre	Mujer
Hacer el amor siempre que apetezca	57,3	53,0	60,3	58,3	61,4	53,0
Autocontrolarse también es un valor	21,1	23,3	19,6	20,4	19,2	23,0
Depende	16,5	16,2	16,4	16,9	15,0	18,1
No Contesta	5,0	7,3	3,5	4,2	4,1	5,8
N =	3853	1188	1162	1503	1966	1887

Fuente: *Jóvenes españoles 99*. SM, p. 237.

Una mayoría, casi seis de cada diez jóvenes, están de acuerdo en que dos jóvenes «pueden hacer el amor siempre que les apetezca a ambos», mientras que autocontrolarse y no hacer el amor siempre que apetezca solo lo apoyan uno de cada cinco jóvenes (21%). La privatización de los temas sexuales se refleja aquí, así como las pautas de permisividad. Comparado con los datos del estudio anterior (1994), parece claro que los jóvenes van siendo, en estos temas de moral considerados como más privados, mucho más permisivos, quedando no solo tras los jóvenes de otros países europeos, sino por delante de ellos en los niveles de aceptación de diversos aspectos relacionados con esta sexualidad. Como hemos dicho más arriba, no disponemos de datos más recientes y, a tenor de otros estudios, nos atrevemos a emitir la hipótesis de que la canalización de las relaciones sexuales sigue en aumento.

De acuerdo con el estudio de 1999 se muestran algo más partidarios de la opción A) «Pueden hacer el amor siempre que les apetezca a ambos», los jóvenes:

- de izquierdas,
- católicos no practicantes y, sobre todo, los indiferentes, agnósticos y ateos,
- los chicos,
- quienes tienen edades entre los 18 y 20 años,
- de la Comunidad Valenciana, Extremadura y, sobre todo, el País Vasco,
- los que ya están trabajando,

De acuerdo con la opción B) «Autocontrolarse y no hacer el amor siempre que apetece también es un valor», se muestran los jóvenes:

- católicos practicantes,

- de derechas y centro-derecha, pero también los de centro-izquierda,
- chicas,
- bachilleres.

Pedro González Blasco, analizando estos datos, hace notar que, aunque los católicos practicantes son los que más aceptan la opción restrictiva B), sin embargo esto lo hacen solo el 36% de ellos, cifra idéntica a la de los que aceptan la moral libertaria, en expresión de Paul Valadier, mientras que el 20% se muestra relativista («según los casos»), a los que hay que añadir el 9% que dice «no tener opinión». Esto pone de manifiesto que incluso entre los católicos practicantes prevalecen las posturas contrarias a las directrices de la Iglesia, y que, en este tema, la separación jóvenes-fieles-institución parece ser bastante grande, concluye Pedro González Blasco.

Nosotros, en la investigación cualitativa que realizamos para el presente trabajo, mantuvimos la misma cuestión, pero precisamos la opción B) con un ejemplo, de tal suerte que la cuestión quedó en el cuestionario de esta forma

Pregunta del cuestionario de 2006

Respecto a las relaciones sexuales entre los jóvenes se oyen dos posiciones:

- A) Algunos piensan que dos jóvenes pueden hacer el amor siempre que les apetezca a ambos.
- B) Otros piensan que autocontrolarse y no hacer el amor siempre que apetece (por ejemplo solo cuando son una pareja estable que se quieren mucho) también es un valor.

Tú ¿con qué que posición está más de acuerdo?

con la A

con la B

con otra, dilo

Como hemos repetido, este cuestionario es cualitativo y aunque disponemos de un número elevado de respuestas (272 exactamente), al no tener representatividad estadística y sociológica suficiente, no damos los porcentajes de escolares que se han posicionado en las dos opciones propuestas. Pero sí podemos decir que encontramos más escolares en la opción B) (hacer el amor por ejemplo solamente cuando son una pareja estable que se quieren mucho) en nuestra encuesta de 2006 que en la que la Fundación Santa María realizó el año 1999. La explicación la vemos sin duda en la concreción del ejemplo propuesto en la opción B).

Dicho esto, vayamos ya a las respuestas que nos han dado los escolares. Las distinguiremos, para facilitar su lectura y agrupar las motivaciones aducidas en cada caso, en dos apartados: quienes se posicionan por la relación sexual casual y quienes defienden su limitación al contexto del amor en la pareja. Insistimos en el hecho de que haya más o menos casos en una u otra opción no tiene valor estadístico.

A) La opción por la relación sexual casual. He aquí algunas de las razones aducidas por los escolares que sostienen que dos jóvenes pueden hacer el amor siempre que les apetezca a ambos

- Opino que lo puedes hacer con quien quieras (si él/ella quiere) cuando quieras (si él/ella quiere) (escolar de Santiago de 18 años).
- Estoy de acuerdo con que dos jóvenes pueden hacer el amor siempre que les apetezca a ambos, siempre que ambos tomen precauciones (chico de Madrid de 16 años).
- Cada uno puede hacer con su cuerpo lo que desea y si tiene pareja u otra persona que quiere realizar ese acto con él, pues no encuentro ningún inconveniente, siempre que sepan lo que hacen y que lo quieran los dos, con precaución: «Póntelo, pónselo» (Chica de Santiago de 16 años).
- Yo pienso que todos somos libres y si nos apetece hacerlo con una persona poniendo todas las precauciones necesarias, lo veo lo más normal del mundo (chica de Madrid de 17 años).
- Lo veo muy normal siempre y cuando uses precauciones, aunque la mitad de las veces no se usa porque no lo tienes y no quieres pasar de follar (chica de Tenerife de 17 años).
- Me gustaría follar como un loco, ir a conciertos y tocar por ahí con mi guitarra en un grupo musical (chico de Tenerife de 17 años).

La conclusión de estos pocos ejemplos que he presentado es relativamente simple y no exige mayores comentarios. Podría resumirse así: «Yo puedo hacer con mi cuerpo lo que me plazca. Soy una persona libre. Somos libres. Eso sí, hace falta que la pareja esté de acuerdo y que tomemos precauciones para que la chica no se quede embarazada». Y punto final. Esta es la idea dominante. Basta comprobar que es así leyendo las revistas dedicadas a los adolescentes y la forma en que presentan la cuestión del sexo entre ellos. Volveré a este tema un poco más adelante.

B) La opción por la relación sexual en el ámbito del amor de la pareja. Esta opción está menos extendida que la anterior, pero aun sin poder probarlo con datos rigurosos, pienso que en aumento en los últimos tiempos. Apuntaría como hipótesis que la

visibilidad de determinadas formas de relaciones sexuales y sus consecuencias no deseadas están llevando a no pocos adolescentes de ambos sexos a plantearse otra forma de relaciones sexuales que lleven el marchamo de la intimidad, cariño y seguridad. Las expresiones de los adolescentes que referimos a continuación son una buena muestra de ello.

- Mi opinión ante esto es muy firme, ya que es muy importante no acostarte con el primero que pase y cuando pase, ya que luego los chicos valoran mucho si una chica se ha acostado con muchos o no. Pienso que todo tiene su momento, y lo más importante es acostarte con la persona que quieres de verdad y con la que ves que tiene futuro. Además, cuando me vaya a casar no quiero tener que decir a mi marido: sí, yo me he acostado con cincuenta hombres antes que contigo (una granadina de un centro religioso de 16. Es de las escasísimas que se dice católica practicante y para quien la religión es algo muy importante en la vida, pero manifiestamente no se ve con vocación religiosa, que rechaza, sino como empresaria, directora de un gran banco, jueza, política o profesional de las ciencias sociales, y se posiciona como excelente en la valoración escolar, muy crítica con los profesores a la par que muy interesada por las materias de estudio).
- Si son pareja y llevan un tiempo saliendo, me parece bien (con protección), siempre que los dos estén seguros de lo que hacen, y no acostarse con uno que acabas de conocer o con una amiga que no está por ti, como hacen algunos/algunas (muchacho de Santiago de 16 años de un centro público).
- Pienso que muchos adolescentes tienen relaciones sexuales a lo loco, sin ponerle verdadero sentimiento y sin darle el valor que hay que darle a estas cosas (chica madrileña de 16 años de edad estudiante en un centro público).
- Pienso que solo debería haber sexo si existe amor entre la pareja que lo practica, y por supuesto con cuidado y sin prisas. Nunca debe forzar al otro a hacer algo que no quisiera (otra chica madrileña de 17 años, también de un centro público).
- Se hace el amor cuando están preparados, es una cosa muy especial. Nada de tonterías (un chico de 18 años de un centro privado en Barcelona, que señala mantener relaciones sexuales completas con su novia).
- Hacer el amor con tu pareja de siempre y no con la primera que se pone delante (un chico tinerfeño de 17 años de un instituto; católico practicante).
- Una pareja puede hacer el amor cuando les apetezca, pero hacerlo con todos es de «zorras» (una chica del mismo centro que el anterior; indiferente en materia religiosa).
- A mí me va el rollo de tener un chico estable, si no ya eres una «golfa». Lo de

conocer a un tío y tirártelo el mismo día es una mierda (una chica del centro de España de 17 años de un centro público).

Aquí tampoco hacen falta muchas líneas para comentar estas formas de ver las relaciones sexuales por parte de algunos adolescentes españoles. Parafraseando sus expresiones podría resumirse así: «Las relaciones sexuales son cosa seria. No deben tomarse a la ligera y han de realizarse (con las debidas precauciones) con tu pareja y no a la primera ocasión que se te presente». Cabe ahondar en determinadas cuestiones que ya hemos encontrado en otras respuestas. Así, la rotundidad con la que se expresa la chica granadina al afirmar que «cuando me vaya a casar no quiero tener que decir a mi marido: sí, yo me he acostado con cincuenta hombres antes que contigo». De nuevo, en filigrana, asoma la cuestión de la virginidad.

También vuelve a aparecer la diferenciación del juicio según sean las chicas o los chicos quienes se presten a las relaciones sexuales «con quien salga». Así, esta chica de Tenerife afirma que «una pareja puede hacer el amor cuando les apetezca, pero hacerlo con todos es de “zorras”». O esta otra de una zona rural española, que sostiene que hay que mantener relaciones con su chico, si no eres una «golfa».

Pero lo esencial, a nuestro juicio, está en que emerge con fuerza (sin que sepamos decir con qué frecuencia) la idea de que las relaciones sexuales deben realizarse en el ámbito del cariño, de la pareja, si no estable, en el sentido de próxima al matrimonio, sí al menos con cierta continuidad, duración y conocimiento mutuo. Cabe resaltar, como ya mostraran más arriba los datos del estudio de Injuve para la juventud española de 2004, que hay un diferencial en el caso de los posicionamientos religiosos. Encontramos mayor presencias de católicos practicantes en estos planteamientos que los que existen en el conjunto poblacional. Luego la dimensión religiosa tiene algún papel discriminatorio en el tema de la sexualidad. Pero hay que añadir a renglón seguido que no hemos encontrado a nadie que defienda la doctrina oficial de la jerarquía de la Iglesia católica de que las relaciones sexuales deben limitarse al ámbito del matrimonio y con exclusión de métodos anticonceptivos tales como el preservativo, la píldora para impedir los embarazos no deseados, etc. Lo llevamos diciendo años, si no décadas: hay una fosa enorme entre la doctrina oficial de la jerarquía católica (la que se pronuncia sobre este punto) y la práctica y valoración que hacen los adolescentes sobre este tema. Decimos adolescentes porque de ellos escribimos aquí, pero la fosa se extiende a la gran mayoría católicos, eclesiásticos incluidos.

A) y B): planteamientos intermedios entre los dos anteriores. Traemos aquí algunos casos, pocos, que se sitúan en planteamientos intermedios entre los dos arriba mentados. Valgan estas tres muestras.

- Un chaval gallego de 17 años dice que piensa que «en verano estoy de acuerdo con la A) (relaciones sexuales con quien sea) y en invierno con la B) (solamente con su pareja)».
- Esta granadina de 16, tras optar por la propuesta de relación sexual limitada a la pareja, añade sin embargo: «Pero tampoco tiene que ser una pareja estable de casarse... con que lleven su tiempo y se quieran mutuamente, vale».
- En fin, esta madrileña de 17 años opina que «es mejor hacer el amor cuando se tiene pareja, se quiere al otro y se está seguro de que también te quieren. Aunque quizá en una noche “loca” puedes hacerlo porque te apetezca, pero solo una vez, de forma puntual».

El primer caso que hemos trasladado es realmente excepcional en los cuestionarios por lo que supone de doble planteamiento en sus relaciones sexuales: fidelidad a la pareja, sí, pero solamente en invierno. Es mucho más habitual lo que nos refieren los otros ejemplos: lo normal, lo deseable, es tener relaciones con tu pareja, sin que ello suponga necesariamente que piensen en casarse, como señala expresamente la chica granadina. También la madrileña opina que lo normal es la fidelidad a su pareja, aunque una noche «loca» la puede tener cualquiera. Si bien apostilla que una sola vez, «de forma puntual». Estos dos testimonios, recogidos de entre los que mantienen planteamientos ambivalentes, nos muestran sin embargo la importancia de la fidelidad. Llevo años insistiendo en este punto. La fidelidad es un valor en alza entre los jóvenes. Fidelidad a la palabra dada. Fidelidad al compromiso adquirido. También fidelidad a la pareja. La fidelidad va más allá de la norma externa a la propia pareja. De ahí la justificación del divorcio en notoria mayor medida que el hecho de que un hombre o una mujer casados puedan tener una aventura, lo que a primera vista pudiera parecer incongruente. Pero no lo es en la mente de muchos adolescentes y jóvenes. El divorcio (que lo ven así y todo como un drama personal) lo justifican como la constatación de una realidad matrimonial que ha fracasado. Pero el engaño a la pareja, ocultando una relación sexual, incluso casual, la interpretan de entrada como una infidelidad, como un engaño, algo que no es «legal».

c) La cuestión de la edad de inicio en las relaciones sexuales desde la perspectiva de los adolescentes

Recordemos a este chaval gallego de 17 años que nos decía que «a mí eso de que las “niñas” de 13 años tengan novio de 18 años y hayan perdido la virginidad me parece increíble. No sé, las de 16 o incluso las de 15... pero a los 13 años eres aún una niña. No

eres consciente de muchos valores y experiencias que son necesarios en muchos casos. Además, hay mucho pensamiento de “hoy salgo y me enrolló con diez tías”. A mí eso no me gusta», concluía.

Este modo de pensar está muy extendido entre los adolescentes de nuestra encuesta, que al final están entre los 16 y los 18 años de edad. Trasladamos aquí algunas reflexiones que ellos mismo nos han hecho cuando les hemos preguntado que valoren cómo ven las relaciones sexuales entre los adolescentes. Pensamos que complementan muy bien lo que hasta aquí hemos visto ya.

- Pues, sinceramente, las niñas que van chupándolas por ahí y haciendo pajas a diestro y siniestro me parece una falta de dignidad enorme. Creo que se están etiquetando de putas sin motivo. Yo, como ya he dicho antes, lo mejor es hacerlo si llevas un tiempo, si crees que estás preparada y si de verdad quieres a esa persona (en una chica de Granada de 16 años).
- Yo creo que hay una edad para cada cosa y que no se debe empezar con las relaciones sexuales muy pronto (un chico gallego de 17 años que manifiesta haber tenido relaciones sexuales completas y que apuesta por mantenerlas con quien sea).
- Igual que este otro chico madrileño de 16 años, que dice que le parece que es una cosa privada de la cual el adolescente no tiene por qué decir nada y que no debería estar mal vista, siempre y cuando se haga con protección y a la edad debida.
- Otro chico, también madrileño y de 16 años del mismo centro público que el anterior, que sostiene que «hay que tener una edad y una madurez. No hay que tomarlo como una simple entrega carnal. Para mí es algo más, es el punto álgido de una relación de amor y confianza en otra persona, y cuando eres un crío no controlas y te dejas llevar y la puedes “cagar”. Es mejor ser consciente y pilotar».
- Creo que últimamente se empieza a mantener relaciones sexuales a una edad muy temprana y sin protección adecuada la mayoría de veces. Cosa que implica embarazos no deseados y transmisión de enfermedades. A esas edades, los jóvenes no son conscientes de a lo que se exponen cuando mantienen relaciones sexuales, lo tratan como si fuera un juego (una chica catalana de 17 años de un centro privado).
- Hay personas que empiezan demasiado pronto y sin utilizar protección, y luego pasa lo que pasa (una vasca de 18 años de un centro privado).
- A veces pienso que las personas no son conscientes de lo que hacen (una tinerfeña de un centro público de 16 años).

¿Cómo interpretar esto? ¿Habría una barrera no escrita, menos aún tematizada, pero no por ello menos asumida en la adolescencia actual, que cabe cifrar en los 14-15 años,

por debajo de los cuales aún se sería un niño (para las relaciones sexuales, para los hábitos actuales de consumo de alcohol y para experimentar con cannabis) y de ahí en adelante un adolescente que, con precauciones, puede ya entrar en el mundo adulto? Algo de eso hay, sin lugar a dudas. No me refiero tanto al hecho de que el inicio de las relaciones sexuales, en muchos casos, ya están asentadas a los 16 años, y no digamos los consumos de alcohol y cannabis, sino en la percepción y en el «imaginario» de la adolescencia actual de que hasta los 14 o 15 años sigues siendo un niño, aún no te has emancipado suficientemente de tus padres, estás saliendo del cascarón, sin haber comenzado a dar unos pasos relativamente firmes en el «gallinero» de la vida. Así nos encontramos con una franja de edad (de 15 a 18 años) que es como una tierra de nadie, pero que es el territorio por excelencia del mundo adolescente: no pueden conducir un coche, no pueden votar, no se les puede vender alcohol (aunque el 90% ya haya bebido y muchos de ellos de forma más que excesiva), y aunque hay que ser experto en derecho penal de menores y tener mucha paciencia para seguir los constantes cambios legales, estas leyes penales para menores tienden a reducirse en edad. En otras palabras, un chaval o chavala menor de 18 años, en esa franja que he denominado de tierra de nadie, puede ser internado en un centro de reclusión, con penas cada vez más duras (con el beneplácito silente de la mayoría poblacional), a la par que no puede beber en público, menos aún fumar, tampoco puede conducir un coche y no tiene derecho al voto. Pero en vida cotidiana casi todos han bebido y siguen bebiendo, fuman (bastantes menos, afortunadamente) y consumen drogas ilegales (aún menos, excepto el cannabis), y tres de cada cuatro al llegar a los 19 años ya han mantenido relaciones sexuales completas. La disonancia es evidente, que adquiere un relieve particular cuando estos adolescentes de la tierra de nadie miran a los que les siguen en edad como la generación adulta les ve a ellos: todavía unos críos a los que hay prohibir cosas.

Ya sé que al final tenemos tendencia a decir que todo pasa por la educación, pero, a pesar de la perogrullada, lo cierto es que así es. Que unos chavales de 16 a 18 años emitan un juicio, una valoración de los comportamientos de otros chavales a los que les llevan, en muchos casos, dos o tres años de edad, es muestra inequívoca de que admiten la necesidad de que estos últimos no sean dejados de la mano de Dios, que necesitan atención, protección, control, balizas de comportamiento, referentes y, si fuera preciso, reprimendas y castigos. Pero hay más. Que un adolescente de 17 y 18 años piense así de otro de 13 y 14 quiere decir que, aunque él no lo tematice, ni siquiera lo vislumbre, que él mismo puede ser sujeto de ese comportamiento por parte de los adultos. Puede ser objeto de advertencias, controles, reprimendas y medidas disciplinarias. No se olvide, como indicamos en el capítulo sobre el miedo de los adolescentes, que están reclamando más disciplina en sus centros docentes de la que ya existe.

No es cuestión tanto de disciplina de lo que aquí se trata, sino de discernimiento. Virtud ignaciana donde las haya. Discernir qué es lo hay detrás de una relación sexual completa. Que no es un juego de niños y, para muchos adolescentes (que ya se consideran mayores en este tema), algo más serio que una relación de fortuna. Claro que la información que reciben de estos temas parece que podría mejorar sensiblemente. Al menos si nos fijamos en las revistas que leen. A ello dedicamos el siguiente punto.

3. Las revistas que leen los adolescentes: cambios y constantes del año 2000 al 2008

En mi libro *El silencio de los adolescentes*, analizando los agentes de socialización de los adolescentes abordé por primera vez el papel que podrían jugar las revistas que leían. Me interesé, mediante una explotación secundaria de los datos de la Encuesta General de Medios, por las revistas más leídas por los chicos y las chicas de 15 a 19 años, excluyendo las revistas de programación de televisión y los suplementos dominicales de prensa diaria. He seguido consultando la misma fuente los años 2003 y 2005. Tras tres explotaciones no me ha parecido necesario llevar a cabo una cuarta para este libro, aunque también ofreceré algunas ilustraciones del año 2008. En las páginas que siguen presento algunos resultados de estas «catas» de literatura adolescente⁴³. En un primer momento presentaremos un listado de las revistas que con mayor frecuencia leen chicos y chicas. A continuación mostraremos algunos ejemplos de la información sexual que en ellas se puede leer.

⁴³ Cf. *El silencio de los adolescentes*. Madrid, Temas de Hoy, 2000, pp. 182-192. Estas tablas están extraídas de las encuestas que lleva a cabo la EGM (Encuesta General de Medios) cuatro veces al año. Presento las de abril de 2000, diciembre de 2003 y junio de 2005, sobre la base de la media acumulada de los tres últimos estudios realizados. La encuesta mide, de forma detallada, las revistas que leen los españoles, los programas de radio y televisión más seguidos, así como los periódicos que se leen.

a) La dimensión cuantitativa. Qué revistas son más leídas por chicos y chicas

Empecemos por la evolución de las revistas que leen, ellas y ellos, en los años 2000, 2003 y 2005, que puede consultarse en las tablas 5 y 6

Tabla 5. Evolución de las revistas más leídas por los chicos adolescentes entre los 14 y 19 años en España, excluidas las revistas de programación de televisión y los suplementos dominicales de prensa diaria. En orden descendente de las más leídas el año 2005.

Revistas	En porcentajes de chicos que las leen			Afinidad 2005
	2000 abril	2003 diciembre	2005 junio	
<i>Maxi Tunning</i>	-	21,5%	27,3%	42%
<i>Play Manía</i>	-	8,9	13,1	43
<i>Playstation 2</i>	-	14,5	12,9	29
<i>Hobby Consolas</i>	13,7%	10,8	10,5	47
<i>FMH</i>	-	-	9,1	24
<i>Muy Interesante</i>	7,1	6,8	7,1	4
<i>Moto Verde</i>	3,5	6,4	6,1	32
<i>XTR Tunning</i>	-	-	4,8	37
<i>Computer Hoy</i>	-	3,3	4,6	12
<i>El Jueves</i>	3,9	4,3	4,4	9
<i>Quo</i>	8,9	5,7	4,3	5
<i>Marca Motor</i>	-	-	4,2	15
<i>Pronto</i>	6,5	4,9	4,1	2
<i>Computer Hoy Juegos</i>	-	2,6	3,9	36
<i>Nacional Geographic</i>	3,7	3,3	3,8	4
<i>Micromanía</i>	5,7	3,1	3,2	29
<i>Interviú</i>	2,6	2,1	2,8	4
<i>Loka Magazine</i>	-	-	2,7	9
N = Universo	1.555.828	1.482.872	1.402.298	

Fuente: EGM abril de 2000, diciembre de 2003, junio de 2005. Media acumulada, en cada caso, de los tres últimos estudios realizados. Datos de adolescentes varones de edades comprendidas entre los 14 y 19 años, ambas incluidas. Muestra de 2.151 varones el año 2000, de 1.540 el año 2003 y de 1.446 el año 2005.

Tabla 6. Evolución de las revistas más leídas por las chicas adolescentes entre los 14 y 19 años en España, excluidas las revistas de programación de televisión y los suplementos dominicales de prensa diaria. En orden descendente de las más leídas el año 2005.

Nombre de la revista	En porcentajes de chicas que la leen			Afinidad 2005
	2000 abril	2003 diciembre	2005 junio	
<i>Loka Magazine</i>	-	-	21,2%	69%
<i>Bravo por ti</i>	13,4%	21,4%	18,5	55
<i>Super Pop</i>	20,1	23,6	17,5	49
<i>Nuevo Vale</i>	24,7	21,3	14,9	40
<i>Pronto</i>	13,2	12,7	11,5	4
<i>Ragazza</i>	11,9	10,2	8,9	41
<i>Top Music</i>	-	-	7,9	59
<i>Hola</i>	8,1	6,4	6,3	3
<i>Glamour</i>	-	-	6,1	18
<i>Cosmopolitan</i>	4,3	5,4	5,5	9
<i>Muy Interesante</i>	4,7	5,0	5,2	3
<i>Qué me dices</i>	3,1	7,5	5,2	5
<i>You</i>	10,6	8,4	4,9	46
<i>Telenovela</i>	6,1	5,6	4,0	15
<i>Maxi Tunning</i>	-	-	3,6	5
<i>Quo</i>	6,5	4,4	3,4	4
<i>Lecturas</i>	4,1	3,1	3,3	3
<i>Diez Minutos</i>	3,5	3,3	3,1	3
N = Universo	1.474.395	1.409.103	1.331.996	

Fuente: EGM abril de 2000, diciembre de 2003, junio de 2005. Media acumulada, en cada caso, de los tres últimos estudios realizados. Datos de adolescentes mujeres de edades comprendidas entre los 14 y 19 años, ambas incluidas. Muestra de 1.661 mujeres el año 2000, de 1224 el año 2003 y de 1279 el año 2005.

Son dos mundos distintos. Las diferencias son realmente espectaculares, avaladas además por datos tomados con tres años de diferencia y, en cada caso, sobre la base de tres encuestas distintas. No he tenido en cuenta las revistas de programas de televisión así como los suplementos dominicales de la prensa cotidiana de las demás revistas. Esas revistas están en casa para lectura de todos los miembros de la familia y no las compran los adolescentes. Ciertamente, en las listas que presento también hay algunas revistas que pueden estar en casa porque las compran los padres o hermanos mayores, pero, lo comprobará el lector, la mayoría son revistas para adolescentes y que las leen principalmente los adolescentes.

En los datos de 2005 he incluido también el concepto de «afinidad», que expresa que, del total de lectores de la revista en cuestión, cuál es el porcentaje que corresponde, sea a chicos, sea a chicas, en la edad considerada de los 15 a los 19 años. Así, el 69% de lectores de Loka Magazine son chicas entre 15 y 19 años, así como el 55% de lectores de Bravo por ti, el 49% de Súper Pop, etc. Lo mismo en el caso de los chicos, el 42% de los lectores de Maxi Tuning son chicos en edades comprendidas entre los 15 y los 19 años. Como el 47% de lectores de Hobby Consolas o el 43% de Play Manía. De ahí la importancia no solo de saber el porcentaje de jóvenes que leen esta o aquella revista, sino la afinidad de la revista con esos lectores adolescentes. Manifiestamente son revistas para adolescentes. Además, salvo excepciones, la afinidad va a la par con las revistas más leídas. Las revistas que más leen coinciden, por otra parte, con las revistas que en mayor grado están pensadas para ellos, lo cual es obvio. Son revistas pensadas para los adolescentes y básicamente leídas por adolescentes. Es curioso observar que, una vez que dejan de serlo, como he podido comprobar en conversaciones informales con mis alumnos, se asombran de que hayan sido capaces de creer a pie juntillas lo que leían apenas tres o cuatro años antes en esas revistas. Pero reconocen, con una pizca de vergüenza, que en su momento tuvieron gran ascendiente sobre ellos, aunque, como en la mayor parte de los agentes de socialización en los adolescentes, con una capacidad de sostenimiento más bien débil en el tiempo. Veamos ya rápidamente lo que leen los chicos y las chicas. Empecemos por ellos.

La revista que más leen los chicos, excluyendo los suplementos dominicales y las revistas de programación de televisión, es Maxi Tuning, revista reciente dedicada enteramente a coches y la forma de llevar a cabo diferentes arreglos en ellos, individualizándolos de alguna manera. Esta revista es leída por alrededor de 382.500 adolescentes españoles, de 14 a 19 años, lo que representa el 27,3% de los chicos de esa edad, esto es, más de uno de cada cuatro. A continuación, Play Manía (más de 182.000 lectores), Playstation 2 (más de 180.000) y Hobby Consolas (casi 148.500 lectores),

todas dedicadas a juegos electrónicos, sea en el ordenador, sea en pantalla de televisión. Con ligeras variantes, es el mismo ránking que el año 2003. Se ha situado por primera vez en un lugar destacado en el ránking de revistas más leídas por adolescentes una de tintes eróticos, FHM (For Him Magazine, la revista para él), con 127.800 lectores, reciente revista siempre con chicas ricamente desvestidas. Le siguen (indico entre paréntesis los lectores chicos de esa edad) Muy Interesante (100.000), Moto Verde (85.000), XTR Tuning (67.000), Computer Hoy (64.000), El Jueves (62.000), Quo (60.000), Marca Motor (58.000), Pronto (58.000), Computer Hoy Juegos (55.000), National Geographic (53.000), Micromanía (45.000), Entreviú (39.000), Loka Magazine, la nueva revista más leída por las chicas, con 38.500 lectores, PC actual (37.000), Solo Moto Actual (37.000), etc.

Está claro que entre los chicos nos encontramos con muchas revistas de juego, de informática, de vídeo-consolas, así como las de motos y coches, habiéndose aupado en menos de tres años y consolidado en cinco una de ellas, Maxi Tuning, como la revista más leída. Hay que añadir que, en números absolutos, es mayor el número de lectores, aunque lo de leer, visto el contenido de las revistas, hay que tomarlo en sentido laxo.

Se habrá observado que, excepto Quo y Muy Interesante, no hay una sola revista de las denominadas de interés general. La gran mayoría son especializadas y, si hiciéramos el cómputo global estadístico, de forma muy preponderante las exclusivamente dirigidas a su segmento de edad y sexo. Sí, también de sexo, pues apenas encontramos revistas de las que leen preferentemente las chicas.

En efecto, nada que ver con lo que leen ellas. Quizá haya que decir, en primer lugar, que leen más que los chicos. Compruébese, tanto en números absolutos como en porcentajes, que las cifras de las chicas son algo superiores a las de los chicos, con la única excepción de Maxi Tuning, que la leen cerca de 400.000 chicos. Hay que añadir también que las chicas de 2005 leen en menor proporción las mismas revistas que las de años anteriores. Pero más importante es constatar que leen radicalmente otro tipo de revistas, muy distintas a las que leen los chicos. Es lo que puede comprobarse consultando las dos tablas 5 y 6. Hay una revista que se colocado en dos años en el primer lugar de las revistas que leen las chicas de 15 a 19 años, Loka Magazine, con más de 282.000 lectoras. Le siguen Bravo por ti con 246.000 lectoras y Súper Pop con 233.000. A continuación Nuevo Vale (cerca de 200.000 lectoras), Pronto (153.000), Ragazza (119.000), Top Music & Cine (nueva revista con 105.000 lectoras, pero que no aparece en el ránking de lectores masculinos más que con 17.000 lectores), Hola (94.999), Glamour (81.000), Cosmopolitan (73.000), Muy Interesante (70.000), Qué me dices (69.000), You (65.000), Telenovela (53.000), Maxi Tuning (49.000), Quo (46.000), Diez Minutos (42.000), Auna (39.000), Cosas de casa (36.000), etc. Las

revistas que leen las chicas y el ránking de las mismas es prácticamente idéntico al de los años 2000 y 2003, con las diferencias que hemos reseñado. Son las revistas que se dedican a los amoríos juveniles las que se llevan la palma. Después las revistas llamadas del corazón, del famoseo, de la belleza y, aunque en porcentajes menores, pero que solamente ellas las leen, las centradas en la casa y en el hogar. Es llamativo constatar cómo los estereotipos de los gustos de los chicos y de las chicas se confirman plenamente ateniéndonos a sus preferencias en la elección de las revistas que leen. Son dos universos completamente distintos.

Con el análisis de este indicador no queremos probar nada, sino mostrar, con un dato objetivo, una realidad que, me temo, a veces tenemos tendencia a olvidar: que los centros de interés, las preferencias entre los hombres y las mujeres, especialmente cuando se trata de aspectos opcionales, son claramente diferentes. Hay que añadir que esta diferenciación, más allá de elementos biológicos –en los que no me detengo por patente incompetencia–, es una realidad cultural construida tras siglos de diferenciación de estatus y roles que me parece de todo punto evidente, como evidente es que hay que tenerla en cuenta en la realidad actual incluso para ir modificándola, si así se juzga que debe ser. Si las sociedades no se cambian por decreto, los hábitos y valores sociales tampoco.

Traemos aquí como añadido a esta reflexión sobre las revistas que leen los jóvenes españoles este recordatorio que nos hacen los investigadores de un estudio realizado a jóvenes madrileños y su relación con los medios de comunicación social. Dicen así: «Resulta muy significativa la existencia de publicaciones de difusión gratuita, a veces a través de circuitos informales, que cuentan con un significativo número de lectores que, en muchos casos, las llevan a competir con ventaja con algunas publicaciones formales... Los periódicos para estudiantes, de difusión prácticamente exclusiva en las instituciones docentes, tienen un 25% de lectores; las ediciones publicitarias, con soportes muy diversos (folletos, postal free...) son leídos por el 20% de jóvenes. Un 15% sigue las revistas de difusión gratuita de moda y variedades, mientras un 10% sigue las de temática musical. Ya porcentajes menores de adolescentes y jóvenes son lectores de fanzines y cómics»⁴⁴.

⁴⁴ En RODRÍGUEZ/ NAVARRO / MEGÍAS, Jóvenes y medios de comunicación. Madrid, FAD-INJUVE, 2001, pp. 176-177.

b) La dimensión cualitativa. Cómo se presenta la información relacionada con la sexualidad

En estas páginas no puedo llevar a cabo un análisis del contenido exhaustivo de estas revistas. Ya hice un análisis relativamente detallado en mi publicación ya referenciada del silencio de los adolescentes. Me limito a transcribir, para comodidad del lector, algunos párrafos de esa publicación, para cuya actualidad al año actual basta que se asome a un quiosco y compre alguna de las revistas referenciadas. Me limito a las revistas más leídas por las chicas, aunque alguna de ellas (Pronto) también ocupa los primeros lugares en los chicos.

He aquí algunos titulares de artículos o reportajes extraídos de las portadas de revistas más leídas por las chicas, como «reclamos» utilizados para que las adolescentes compren las revistas⁴⁵: «Leo di Caprio: guía íntima para conocerlo a fondo ¡y sus besos más picantes!»; «El despelote de los famosos. Sus fotos más sexys»; «¡A ligar! Consíguelo si no eres una chica 10»; «Especial tíos buenos»; «Famosos ¡al desnudo! Lo + picante, lo + sexy, lo más bestial»; «La fiesta del año: cómo montarla en tu casa (sin dejar huella)».

⁴⁵ No doy la referencia exacta (que puede comprobarse en mi anterior libro citado) pues son revistas imposibles de encontrar en el momento actual y cargaría innecesariamente la redacción de estas páginas.

Ilustrada con fotos de besos de Leo di Caprio leemos esto: «Su primer beso cinematográfico no lo dio, ¡se lo dieron!... En el segundo besa ni más ni menos que a la deseada Sharon Stone... El beso que él y David Thewlis se dieron en Vidas al límite fue tope polémico... Los de Titanic son pura dinamita para los sentidos. Quién pudiera... En El hombre de la máscara de hierro resultan forzados, pero no por ello menos apetecibles. En Celebrity hace algo más que besar... Y nos han asegurado que en The Beach demuestra su madera de besador profesional volviendo loca de pasión a Virginie Ledoyen». En la página de al lado, en titulares, leemos que «durante el rodaje de The Beach una chica logró colarse en su habitación...».

En una revista del año 2004 encontramos un breve en el que uno no sabe distinguir entre la trivialidad, la broma y la ordinariez. «El coche del amor» se titula. El texto dice literalmente esto: «Qué difícil es hacer el amor en un Simca 1000... pero ¡qué cómodo es hacerlo en un VW Golf. O por lo menos así lo demostró el estudio realizado por el portal Autocity.com, que ha analizado los coches más confortables para hacer el amor. En segundo puesto quedó el Peugeot 307, seguido del Audi 3 y del Fiat Stilo. ¡Que punto!».

En otra revista hay un «Súper test» bajo este título: «¿Sabes ponerlos a mil?». Les formulan once preguntas con tres respuestas cada una, y al final, según las

respuestas dadas, distinguen a las chicas en tres categorías que denominan así: «Seductora templada» (11 a 18 puntos), «Seductora espontánea» (19 a 25 puntos) y «Bomba sexual» (26 a 33 puntos). Por si hubiera dudas, cuatro páginas antes puede leerse este texto, sin firma, bajo el título de «Ponlo a mil»: «Planea tu próximo encuentro sexual con un prolegómeno obligatorio: darte un baño de placer con tu chico. Lo mejor sería que hubiera una bañera para disfrutar a fondo el momento. Prepara la atmósfera. Puedes llevar al cuarto de baño el aparato de música y poner allí tus canciones preferidas... Juega con la sensualidad de vuestra piel mojada, enjabonaros mutuamente y dejaros arrastrar por una pasión ¡acuática! Pero ten en cuenta algunos detallitos importantes. Si decidís llegar más lejos, tendrás que tener a mano los preservativos, porque el agua no es ningún método anticonceptivo. Las caricias con jabón pueden resultarle muy excitantes en ciertas partes a tu chico»⁴⁶.

⁴⁶ En el Nuevo Vale de fecha 11 de diciembre de 2004, en la p. 40, todavía la explicitación es mayor bajo el título de «Un baño muy erótico». De ahí a las técnicas de excitación sexual (con sexo seguro, entiéndase preservativo) no hay ni un paso. En realidad el paso está ya dado.

Dos textos más extraídos de otra revista. Se formula una pregunta a tres chicas. ¿Con qué chico no saldrías jamás? Respuesta de «Covadonga», supongo que nombre ficticio: «Con el típico pueblerino, ese tío que lleva camisa de leñador todos los días y la camiseta de la peña del pueblo por debajo. Suelen usar pantalones pesqueros y calcetines blancos con mocasines negros. Un horror».

Este relato es supuestamente de un «caso real» de una revista del año 2000. Cuenta así una chica que dice llamarse Lidia y ser de Avilés: «Este año, en Carnaval, mis amigas y yo nos disfrazamos de indias con las pinturas de guerra y salimos a arrasar. Estábamos bailando en un bar cuando se me acercó un tío vestido de El Zorro. Sin decir una palabra me agarró de la cintura y se puso a bailar conmigo. El tío estaba buenísimo; aunque no le veía bien la cara. Ninguna de mis amigas le conocía. ¡Qué morbo! Al rato me dijo que si salíamos un momento a tomar el aire, y acabamos enrollados. Yo estaba deseando verle la cara; así que, en un momento de descuido, le pegué un tirón al pañuelo y... ¡Era Carlos, el tío más pringado del instituto! El pobre se quedó de piedra y yo me fui sin despedirme. Solo se lo conté a mi mejor amiga y nadie del instituto se enteró. Ahora salgo con un chico de mi clase, pero cada vez que me cruzo con Carlos no puedo evitar acordarme de lo bien que lo pasamos, y pienso en cómo nos iría si hubiera pasado de la gente y me hubiera atrevido a salir con él».

Para tranquilizar mi conciencia, redactando estas líneas el 9 de junio de 2008, me acerqué al quiosco donde tengo costumbre de comprar mis diarios. Pregunté a uno de los vendedores, a quien conozco hace años, que me dijera cuáles eran las revistas que más compran las adolescentes. Me señaló Loka Magazine, Súper Pop, Pronto y Topmusic. (Los chicos siguen comprando revistas de deportes, electrónica, vídeo-juegos, etc.) Me hice con un ejemplar de cada una y las consulté y en casa. Nada nuevo respecto a mi «cata» de años anteriores. Solamente algunas referencia, pocas a decir verdad, a Internet permitirían distinguir una revista de los años 2000 o 2004 de estas cuatro de 2008. Obviamente, los nombres de jovencitos y jovencitas que salen en las revistas son distintos, pero el perfil con el que aparecen es el mismo y los temas de los que se habla son los mismos. He aquí unos pocos ejemplos.

«Te lo adelantábamos en el número pasado: los más guapos de la tele preparan una peli llenita de fiesta, trolas, drogas y escenas calientes. En Mentiras y gordas, los personajes viven la noche a tope y sueltan bolas como camiones para esconder un amor que pone en peligro su amistad, para no reconocer su sexualidad o para que la vida que conocen no cambie. Y en Loka no nos lo quisimos perder» (Loka Magazine 88 [junio 2008], p. 22).

En la misma revista (pp. 50-51), bajo el epígrafe «Se ponen serios: Martín y Yon se mojan», se pasa revista a la opinión de dos chicos sobre temas relacionados con el racismo (no son racistas, claro), aborto (a favor, por supuesto), igualdad (idem), piratería (es un delito, pues hacer discos cuesta mucho), política (con la foto y comentario amable de un líder cuyo nombre no quiero decir para no cortocircuitar al lector de estas líneas) y, por último, el botellón, que lo voy a trasladar aquí en su integridad. «Botellón: me parece de puta madre, porque irse de copas es carísimo y para pillarte una cogorza, como hace mucha gente, pues te tienes que dejar 60 euros. ¡¡Diez mil pesetas!! Si no quieren que se haga botellón, que bajen las copas, que están por las nubes. ¡¡Me estoy quemando!!». Esta página es una muestra de cuál es el sistema de valores que se transmite en estas revistas, más allá incluso del tema de la sexualidad. Mi sugerencia es que los profesores de Religión o de Educación para la Ciudadanía, y en general todos profesores (y padres) que quieran vivir el universo de valores de las adolescentes quinceañeras, debieran leer con atención estas revistas.

Para que no que quede en una sola revista los ejemplos del año 2008, vayan estos dos ejemplos más de otros medios. En el n. 93 de Topmusic se dedican dos páginas (70 y 71) a la técnica del beso, cuyo detalle me ahorro. Pero el mensaje es evidente: «Aprende a besar y, sobre todo, besa mucho». Para que no haya dudas,

así es como terminan su decálogo del beso: «Y lo más importante: practicar, practicar y practicar para dominar el arte de besar».

En fin, para cerrar con un ejemplo de estupidez light, valga la respuesta a este consultorio. Pregunta una chica: «Me gustaría saber con qué color ligar según mi horóscopo. Yo soy Piscis. ¿Y los demás signos?». He aquí la respuesta que le dan: «Pues ahí va: a Piscis le va genial el rojo para ligar. ¡Ya sabes, lúcelo! Cáncer arrasará con el amarillo y Virgo con el verde. Leo atraerá con el negro y Tauro con el azul marino. Capricornio puede triunfar con un rosa pálido y Libra con un fucsia llamativo. Escorpio ligará más si lleva algo plateado y Aries si lleva algo dorado. Géminis será la reina del ligue con un azul clarito, Acuario con el verde más oscuro del mundo y Sagitario con un tono marrón suave... ¡Ahora ya lo sabes, a triunfar con los chicos!» (Súper Pop 789, p. 58).

En definitiva, comprobamos que estamos ante revistas en las que lo menos que cabe decir es que no son, precisamente, un monumento al estímulo intelectual, al buen gusto, a la transmisión de valores formativos, a la información objetiva más allá de la búsqueda del placer seguro... Muchas están llenas de amoríos rastreros, de insinuaciones, cuando no de muestras de relaciones sexuales bajo el solo prisma de la búsqueda del placer instantáneo y el gozo corporal, aspectos en los que obviamente nada hay negativo, pero sí de limitativo de lo que es una relación personal más plena, más completa. Muchas de estas revistas están obsesionadas por los amoríos y relaciones sexuales entre adolescentes, por la búsqueda del «cuerpo cañon», del cuerpo perfecto, sin otro norte (además del pecuniario de los promotores de las revistas) que entretener al adolescente, de forma morbosa, en lo que está resultando para ellos un momento central de su vida: la maravillosa apertura a la sexualidad, al descubrimiento diferente de su cuerpo, a la eclosión de la vida adulta. Afortunadamente, el impacto de estas revistas tiene corta vida, pero lo importante que hay que señalar es que su incidencia coincide con el paso de la niñez a la adolescencia cuando la personalidad se está haciendo.

4. Dos notas para una comprensión de la sexualidad en la España de hoy

En primer lugar queremos ofrecer algunas reflexiones sobre la privatización de la moral sexual de la lectura para, en un segundo momento, detenernos en el preservativo como icono de la juventud española en particular.

a) La privatización de la moral sexual

Ahí reside una de las pautas actuales: todo lo relativo al sexo se privatiza, se considera propio de decisiones personales, sin que pueda interferir norma social alguna. Es una manifestación más de lo que llevamos manifestando desde hace quince años en los estudios de la Fundación Santa María: los agentes clásicos de socialización han perdido fuerza en detrimento de la familia (y solamente el 40% de las familias, como mucho, tienen alguna capacidad educadora, señalábamos en un estudio el año 2002) y sobre todo del grupo de amigos. Además, la socialización la hacen de forma privada, en lo que he dado en llamar individualismo grupal, recogiendo de aquí y de allá lo que estiman que les vale y lo que no, en un ejercicio de autoconstrucción de su universo de valores de una fragilidad espantosa. De hecho, según esa tendencia privatizadora, cualquier institución social (familia, matrimonio, Iglesia, autoridad civil, etc.), aunque pueda opinar sobre los actos sexuales o sus consecuencias, no debe tratar de imponer sus normas: el sexo es un asunto privado, dicen, y cada persona se organiza o inventa su realización. Así, se trata de privatizar cualquier tipo de experiencias amorosas, heterosexuales o no. Las relaciones sexuales plenas se podrán mantener con cualquiera, en casi cualquier lugar.

Junto a ello, privatización y anulación de lo institucional, también se está produciendo un abandono de los rituales, de las formas en el terreno sexual. Se están desencantando hasta los últimos reductos que quedaban en un mundo ya desencantado. Así, se hace sexo de «usar y tirar», sexo «vacío» o sexo «frío». Se buscan modos imaginativos de hacer sexo cuando se están despojando de todo sueño y ensueño las prácticas sexuales. Es un anular los rituales buscando nuevos y cada vez más sofisticados pseudo-rituales.

De un reportaje del diario El País (19 de enero de 2008), firmado por Texeira Constenla, entresaco las siguientes afirmaciones. El sexo «ya no es tabú ni pecado». Cada vez las relaciones sexuales son más precoces, pero «la edad de inicio es quizá el cambio menor. La concepción de la sexualidad tampoco es la misma. Ya no está rodeada de lastre religioso ni de moralina oscurantista. Ahora es lúdica, algo corriente, parte del ocio, un intercambio entre amigos, algo que hay que hacer. Y se asimila, sobre todo, a partir de la publicidad, la televisión, el cine, Internet y la pandilla, lo que ayuda a transmitir mitos erróneos y aviva algunos miedos. Unos nuevos. Otros, como el tamaño de marras, de toda la vida». Y continúa la reportera transcribiendo este testimonio: «La gente está como desesperada por hacerlo antes de los 18, como si fuera un fracaso no hacerlo antes. Incluso se tienen relaciones antes de los 14, se ve normal». El testimonio de Jesús V. J. es doblemente valioso. Tiene 17 años, estudia 2º de Bachillerato y aspira a ser ingeniero de telecomunicaciones. Desde los 15 transmite información

sexual a otros jóvenes tras formarse como mediador en un curso del Instituto Andaluz de la Juventud. «Lo que más piden es información sobre cómo ponerse el preservativo».

Jesús constata tendencias observadas por los expertos. Por ejemplo: el uso de la pornografía. «Está normalizado, ver películas porno es algo típico». Si no hay otro modelo que lo contrarreste, el resultado es la construcción de una sexualidad genitalizada y machista. Y la muerte de la sensualidad y el erotismo.

«No hay ceremonias de seducción, es el aquí te pillo, aquí te mato. El sexo es penetración», suelta tajante la pedagoga argentina Nora Rodríguez, autora del libro ¿Hablas de sexo con tus hijos? (Madrid, Temas de Hoy, 2007). «La influencia de la pornografía es total. Se ve en las posturas contorsionadas, en lo que importa el tamaño del pene, en la degradación del cuerpo de la mujer y en que creen que el sexo es algo rápido e impecable, penetración y genitalidad», detalla.

Hasta aquí las referencias que he retenido del diario El País. Ya sabemos, por nuestra propia investigación, que no todo sexo es genitalidad, pero es evidente que es lo que más aparece en los medios de comunicación, y en todo caso que es la lógica dominante a la hora de hablar de las relaciones sexuales. Pedro González Blasco, en el estudio Jóvenes españoles 99 ya lo había dicho. Resumo a continuación muchas de sus ideas, con algunos añadidos propios.

Las consecuencias de todos esos procesos de extensión, privatización, psicologización y desencantamiento de las relaciones sexuales, y en general de la erotización creciente de la sociedad, se plasman en nuestra sociedad en otra serie de nuevas pautas de vivir la sexualidad:

- Se tiende fácilmente a reducir lo sexual a lo genital o coital.
- A veces se busca una calculada ambigüedad en la diferenciación sexual.
- Se intenta una igualdad total de los diferentes géneros, así como de las relaciones sexuales, tanto homosexuales como heterosexuales.
- Se presentan muchas conductas y cosas no mayoritariamente practicadas como lo normalmente vigente hoy.
- Se dispara lo instintivo, individual y colectivo, y luego se tratan de justificar racionalmente las consecuencias, algunas no deseadas.
- Practicar las relaciones sexuales plenas se plantea como una exigencia normal, dentro o fuera del matrimonio, a cualquier edad.
- Se considera que hay que lograr éxito en lo sexual, como en otros campos:

profesional, intelectual o económico. La sociedad competitiva se prolonga a lo sexual, y el miedo a no tener éxito hace que en algunos casos se falseen las relaciones, incluso las verdaderamente sexuales.

- Se separa amor de fecundidad, fecundidad de sexualidad. Además, con los avances de la ciencia, cada vez hay más niños que van a nacer mediante el recurso a la inseminación artificial u otras formas de reproducción que aún no podemos prever, aunque sí vislumbrar. Añado como inciso que considero muy importante comenzar a reflexionar sobre una perpetuación de la raza humana en la que se dé una disociación mucho más marcada que en la actualidad entre la relación sexual y la reproducción de la especie humana. La ciencia biotecnológica no ha hecho sino empezar y, no nos engañemos, en este punto no veo cómo cabe poner fronteras a la investigación.
- Se busca por algunos una práctica del sexo sin misterio alguno, sin sueño alguno y casi sin otra persona, pues solo se la utiliza. Es el sexo anónimo, al que se ha quitado casi todo significado, para dejarlo en descarga biológica necesaria, como se le ha denominado. El autoerotismo vía Internet puede alcanzar, si no es ya una realidad, la más extendida manifestación de actividad sexual, aunque no solamente en los adolescentes y jóvenes.

En general, los cambios en las actitudes y prácticas sexuales han ido instalando todo lo relacionado con el sexo como mero placer, distracción y elemento de consumo. La sexualidad se está practicando, procurando lograr tres objetivos: 1) que dé placer; 2) que no suponga riesgo alguno de tipo familiar, social, afectivo o de salud; y, 3) cada vez más, dentro de un pragmatismo desencantado (Pedro González Blasco).

b) La sexualidad y el preservativo

Es evidente que las relaciones sexuales conforman una práctica generalizada entre los jóvenes españoles, práctica que la juzgan como «satisfactoria» o «muy satisfactoria» en la gran mayoría de los jóvenes, cuatro de cada cinco. Sin embargo, los jóvenes son conscientes del riesgo que entrañan esas relaciones por muy satisfactorias que sean, especialmente el del embarazo no deseado cuando se produce la relación coital de forma imprevista y en un estado de euforia, por ejemplo por ingesta de alcohol (ya lo hemos señalado en el primer apartado de este capítulo). De ahí la utilización de métodos anticonceptivos de los que el preservativo es el más utilizado, entre otras razones porque es el que de forma más persistente es recomendado por las instancias oficiales, sanitarias entre otras. De ahí la importancia del preservativo como símbolo de la juventud actual. En un estudio que codirigí con Eusebio Megías el año 2006 mostramos cómo el dinero y

el preservativo eran para los propios jóvenes los dos iconos que mejor les reflejaban como tales jóvenes ⁴⁷. De la avergonzada actitud del adolescente que se asomaba a una farmacia para pedir un preservativo a las máquinas expendedoras en los pasillos de los centros docentes, a las vallas publicitarias y anuncios televisivos pidiendo que se los pongan, apenas han pasado veinticinco años. Ciertamente, la epidemia del sida tiene mucho que ver con esta nueva situación, pero el hecho es que, junto a la trivialización del coito, un joven virgen aparece como un «raro» en la sociedad actual, y utilizo un término suave. Cabe incluso decir que, en nuestra sociedad, para la gran mayoría, la virginidad aparece, bien como un contravalor, bien como un valor sospechoso. (No hay que confundir con el celibato, que aunque difícilmente comprendido, no aceptado personalmente ni como exigencia impositiva en las personas de vida consagrada, es, sin embargo, respetado, cuando no admirado como si fuera una heroicidad.)

⁴⁷ E. MEGÍAS / J. ELZO JAVIER (dirs.) / E. RODRÍGUEZ / I. MEGÍAS / J. NAVARRO , Jóvenes, valores, drogas. Madrid, FAD, 2006.

La crudeza deliberada de las campañas publicitarias, algunas pedagogías escolares o la lucha contra el sida han creado un nuevo discurso sexual, omnipresente, obsesivo, clínico, legitimado básicamente por el miedo a la muerte. Así, el preservativo, en lo que tiene de «sexo seguro», es un símbolo juvenil que manifiesta de forma superlativa el juego entre el amor y la muerte, el primario del placer y el secundario del riesgo, más allá de la prohibición de algunos mayores (cada vez menos), la trivialidad de la experiencia epidérmica y el anhelo de la experiencia comunicativa, la seguridad ante las incertidumbres de una relación pasajera, pero también barrera para el amor franco, sin intermediaciones, sin «objetos extraños» a la fusión carnal de dos seres que se entregan totalmente.

En España, de forma llamativa cuando se hace la comparación con otros países europeos, la posibilidad técnica de la disociación entre las relaciones sexuales y la procreación, junto a la implantación cultural del «prohibido prohibir» del mitificado mayo del sesenta y ocho parisino, ha supuesto una auténtica revolución en el universo simbólico y cultural de la sociedad en su conjunto, y de los jóvenes en particular, en un tema central como es el papel de la mujer y de la madre en el proceso reproductivo y en su relación familiar.

El preservativo, al menos tanto como los cambios culturales, ha propiciado una nueva relación de los padres con sus hijos en la dimensión sexual. Junto a padres manifiestamente desbordados ante la nueva situación, a lo que a veces se acompaña un matiz de envidia, no manifestada, por supuesto, recordando la prohibición de su juventud

(aunque cada vez quedan menos, pues no hay que olvidar que la mayoría de los padres de los adolescentes de hoy fueron adolescentes en el momento de la transición española y fueron adalides de la revolución sexual), una gran mayoría optan por ser ellos mismos los que quieren ser los primeros en proporcionar los preservativos a sus hijos, que los aceptan con la sonrisa del que está ya de vuelta de esa experiencia. Es sabido que a los padres les cuesta admitir que sus «niños» han dejado de serlo. Incluso a los padres de la generación de la revolución sexual, muchos de los cuales no dan crédito a lo que ven, o mejor, intuyen, de lo que hacen y piensan sus propios hijos y, sobre todo, hijas.

5. Para terminar, que no concluir

Es a todas luces evidente que vivimos en una sociedad en la que la dimensión sexual se ha trivializado hasta extremos impensables hace un par décadas, sin ir más lejos. Las consecuencias son difíciles de prever con exactitud, pero empezamos a constatar algunas consecuencias, no siempre beneficiosas, ni mucho menos, aunque hay que poner en el activo de la generación actual en este tema menos hipocresía y más franqueza.

Pienso que, en este punto de la sexualidad, la diferenciación mayor no se dará en el futuro entre una sexualidad necesariamente abierta a la procreación y una sexualidad en la que se controle voluntariamente la posible descendencia. Eso ya existe. Es una realidad incuestionable, imparabile y bienvenida. La diferenciación mayor se dará entre una sexualidad que solamente busque el cuerpo del otro, sea físicamente, sea virtualmente, como mercancía necesaria para satisfacer los deseos propios frente a una sexualidad en la que se busque la comunión corporal, la entrega del cuerpo propio y la aceptación del otro, el placer conjunto en el respeto del otro, lo que, de una u otra manera, supone algún tipo de empatía personal que, estoy seguro, todos quisiéramos llamar amor. Amor del que se espera que, en razón de una paternidad responsable, en expresión ya olvidada, nazcan los hijos. El sexo conforma algo esencial de la condición humana. Parece que «sexo» es la palabra más utilizada en los buscadores de Internet.

De todas formas, parece interesante anotar, como lo hace Pedro González Blasco en Jóvenes españoles 99, que en un contexto como el actual, y con un ambiente un tanto erotizado, los jóvenes no priorizan entre las cosas «muy importantes» en su vida «tener una vida sexual satisfactoria». Lo importante, sobre todo, es la familia, el trabajo, la amistad, ganar dinero, incluso el ocio y el tiempo libre. Los jóvenes, pues, relativizan la importancia de la sexualidad y la sitúan en un plano de interés para su vida, ciertamente, pero tras otras varias cosas. González Blasco habla de un «rasgo de madurez de los jóvenes que, aun siendo auténticamente bombardeados por un erotismo-ambiente, incluso por unas presiones sexualizantes y aun pornográficas, sin embargo no caen en

una sobrevaloración de lo sexual. Los jóvenes se forman en la sexualidad y de esa forma se auto-socializan. Parece que han adquirido las pautas hegemónicas brindadas por medios de comunicación y ambiente social circundante de permisividad, pero no han perdido mucho el rumbo de la valoración de la sexualidad, situándola como importante en la vida, pero bajo muchas otras facetas». No podemos sino suscribir plenamente sus palabras.

En efecto, nosotros pensamos que cuanto mayor trivialización social y mediática haya del sexo, otra realidad también incuestionable se irá imponiendo: la búsqueda de la relación sexual que vaya más allá de la epidérmica y momentánea, y que no se agote en la eclosión de la satisfacción y placer consiguiente, lo que no quiere decir en absoluto que se renuncie a ella, por supuesto. Pero la búsqueda de una relación sexual, más allá de la meramente genital, aparecerá como un ideal, como un valor que hay que conseguir, como una meta vital. Siempre he pensado que la experiencia religiosa, la experiencia musical y la experiencia amorosa son los tres cauces por excelencia que nos permiten vivir los mejores momentos de nuestra vida, momentos que apuntan y alimentan la vida hacia otra dimensión que, a falta de palabra mejor, definiré como la dimensión espiritual –o religiosa, para los creyentes– de la existencia. Añadiré que también la mirada agradecida de un hijo satisfecho, si me permiten la confianza.

Creo que nadie discutirá si afirmo que los cristianos (católicos en gran mayoría en España, siendo precisos), desde nuestras escuelas, universidades, revistas, doctrinas episcopales o papales, etc., no hemos conseguido trasladar a las generaciones jóvenes ese ideal de sexualidad. Más bien ven a los católicos como retrógrados, apalancados en posiciones antiguas o, cosa mucho peor, por ejemplo cuando se refieren al sida o a la cuestión homosexual, como enemigos de los derechos humanos. La fosa entre los planteamientos oficiales de la jerarquía de la Iglesia católica y la percepción de lo que sea la sexualidad en los jóvenes es oceánica. Incluso entre los jóvenes que ven en la sexualidad algo más, mucho más que mera genitalidad. Es dramático que, incluso los jóvenes que se refieren a las relaciones sexuales como manifestación última y profunda del amor entre dos personas, rechacen los planteamientos que en ese orden de cosas les propone la cúpula de una Iglesia que, sin embargo, se sustancia en la religión del amor. Deus caritas est. De ahí, en gran medida, la extrema dificultad de abordar estas cuestiones desde las valencias religiosas católicas. ¡Cuánta reflexión y discernimiento quedan por hacer!

6

LOS PADRES EN SU LABOR EDUCADORA Y LA VOZ DE SUS HIJOS

Dos apartados conformarán este último capítulo. Por un lado sugeriré algunos valores que, a nuestro juicio, deben tratar de inculcar los padres en la educación de sus hijos. Pero cerraré el libro haciendo honor a su título: dando la voz a los propios adolescentes para que nos digan cómo valoran la labor de sus padres justamente en su labor educativa.

1. Ocho valores centrales para inculcar en los adolescentes

Siempre es difícil resumir cuáles deban ser los valores fundamentales que hay que transmitir en la educación de nuestros hijos. Tras mucha reflexión, pues es un empeño en el que llevo mucho tiempo, sugeriría estos ocho valores básicos para la educación en la familia de hoy. En primer lugar, la «competencia personal»; en segundo lugar, la «racionalidad»; en tercer lugar, la distinción entre «el dinero como valor y el valor del dinero»; a continuación, y muy relacionados entre sí, por un lado la relación entre «la tolerancia y la permisividad familiar», y por el otro que, «más allá de la tolerancia, es precisa la necesaria intolerancia y la solidaridad». En sexto lugar dedicaré un espacio a un valor demasiado olvidado estos últimos tiempos, cual es la «espiritualidad», antes de dar paso a una distinción que nos acompaña ya casi dos décadas, la necesidad de ir más allá de la educación en los valores finalistas y poner el acento en los «valores instrumentales» y, en fin, transmitir la ilusión para trabajar en pos de «la utopía por un mundo mejor», valor que entiendo como el colofón y objetivo último de una acción personal y social responsable.

a) La competencia personal

Es uno de los principales legados, si no el principal, que los padres van a dejar a sus hijos: que sean autónomos, que sepan abrirse camino en la vida, que puedan volar con

sus propias alas, que no dependan de los demás más allá de lo lógico en una sociedad tan compleja y abierta como actual. Esto es lo que quiere decir que sus hijos sean competentes. La selección de personal en la vida se hará cada vez en mayor grado en atención a la valía personal del candidato. «Ser hijo de» podrá abrir las puertas a una entrevista, incluso a un primer trabajo precario, pero el que no sea competente en su trabajo será dejado de lado.

Nuestra sociedad es cada día más compleja y está en continua transformación. Nadie es capaz de pronosticar cómo serán en el futuro, incluso próximo, las relaciones de trabajo, las jubilaciones, las nuevas familias, el impacto de las nuevas tecnologías por venir, el constante aumento de la esperanza de vida, pues ya hablan de más de cien años de vida de media para los hoy nacidos... ¿Qué se puede decir de seguro de un chaval que hoy tenga 18 años de lo que pueda ser su vida, digamos el año 2050, cuando se asome a lo que hoy llamamos jubilación? ¿Cuál habrá sido su trayectoria vital? ¿Se habrá casado? ¿Una, dos, más veces? ¿Por cuántos trabajos y profesiones habrá pasado? ¿En cuántas localidades o países habrá residido? ¿Cómo va a afrontar su jubilación? ¿Contará con recursos propios? Así un largo etcétera de imposible respuesta. Pero hay algo que ya se puede decir: habrá sorteado mejor las mil pruebas de la vida si dispone de la «flauta mágica» de su competencia personal. Las pruebas serán mayores o menores, pues la vida da mil vueltas, pero solo el que esté provisto de algo propio e intransferible, algo que nadie podrá arrebatarse nunca, cual es su capacidad personal, estará en buenas condiciones de salir adelante.

Pero, ¿que quiere decir ser competente? No, por supuesto, que sea un «cerebrín», un «comelibros», una especie de ratón de biblioteca, un chaval o chavala que no piense más que en estudiar, obtener buenas calificaciones escolares, encerrado todo el día en su cuarto, enganchado a las mejores bibliotecas informáticas del mundo. No que no haya gente así, pero son muy pocos, pues tampoco son legión los premios Nobel y no parece razonable organizar la vida del común de los mortales con ese objetivo. Ser competente quiere decir básicamente dos cosas: lograr una estructura psicológica armónica y tener las capacidades intelectuales para entender y orientarse en el mundo. Para lo primero, al menos hasta el actual estado de la civilización occidental, no se ha encontrado mejor sistema que nacer y crecer en una familia bien asentada en la que la educación de sus hijos sea, al menos, tan importante como la promoción y éxito social de los padres. Todos los estudios son formales en este punto. Nada garantiza mejor la estabilidad y formación para el futuro de las nuevas generaciones que haber crecido en una familia, ella misma armónica, en la que la educación de los hijos conforme uno de sus objetivos centrales. Para lo segundo, todo pasa por la educación.

En los tiempos actuales, ser competente exige ciertamente controlar las herramientas

informáticas y lingüísticas apropiadas, amén de los conocimientos específicos exigibles en el campo en el que se va ejercer profesionalmente. La herramienta informática, como instrumento de información, es imprescindible y está llamada, salvo en determinadas ramas del saber, y para especialistas, a sustituir a las bibliotecas y enciclopedias de papel. (Pero dudo mucho de que sustituya al placer de la lectura, sea del periódico, sea de un libro, bien sentado en una cómoda butaca.) En pocos años, en realidad ya lo está siendo, quien no controle la herramienta informática se convertirá en ciudadano de segunda clase. Hasta comprar un billete de tren o avión le resultará más caro.

Con la herramienta informática hay que insistir en el conocimiento lingüístico. El inglés es el idioma mundial. Dando por descontado el español y el idioma materno cuando no sea el español, en determinados lugares del planeta otros idiomas serán, si no imprescindibles, sí muy útiles para insertarse socialmente o para hacer negocios. Por ejemplo el francés en el País Vasco, en el norte de Cataluña y para cualquier español que desee relacionarse con el norte de África, tan cercano y con tantas posibilidades de crecimiento.

Pero lo anterior, aun siendo imprescindible, es radicalmente insuficiente. ¡Ay de aquel que solo entienda las tripas del ordenador de hoy, aun manejándose en el inglés informático! Quedará rápidamente obsoleto. Es la máxima de Jacques Delors, «aprender a aprender», la que debe guiar el aprendizaje de los adolescentes y jóvenes de hoy. El modo de aprendizaje actual debe cumplir tres requisitos. En primer lugar tener un bagaje suficiente de conocimientos para saber formular las preguntas pertinentes en cada momento. Solo el que sabe algo de algo es capaz de hacer preguntas pertinentes. Los conferenciantes calibramos los conocimientos de los que intervienen en el diálogo posterior por el tenor de sus preguntas. De ahí la importancia de la adquisición de conocimientos (historia, literatura, filosofía, economía, etc.) que nos proporciona la escuela. A continuación, y aquí está la llave maestra del aprendizaje, dominar los procedimientos que permitan acceder a la información relacionada con la pregunta planteada. En fin, ser capaz de proponer respuestas, científicamente comprobables y éticamente defendibles. Este empeño, este objetivo exige algo más que especialización y vale para cualquier rama profesional de toda persona que no quiera ser dependiente de otro. Vale para la alta dirección empresarial, sí, pero para la hostelería y la costura también, por ofrecer unos ejemplos diversos. El resultado de un aprendizaje exitoso es el de obtener una cabeza bien formada. No una cabeza de serrín con un chichón donde almacenar infinitos conocimientos de, digamos, el funcionamiento del dedo meñique del pie izquierdo. Hoy más que nunca, la filosofía y las humanidades son importantes. El futuro, incluso el laboral, para los hoy adolescentes y mañana adultos, no estará en que hoy adquieran más conocimientos técnicos, sino en que, sin obviarlos, se focalice de una

vez la educación en el aprendizaje, en la capacidad para aprender hoy y en el futuro. Sí, de nuevo el importante «aprender a aprender» del Informe Delors. Tener una cabeza bien asentada con capacidad de situarse ante lo nuevo o desconocido.

b) La racionalidad

Hay que introducir la racionalidad en la vida cotidiana, especialmente en la toma de decisiones. Necesitamos salir del ámbito de la opinión, de la mera declaración de intenciones, y pasar al ámbito del diálogo y de la confrontación racional sobre la base de la realidad social, realidad conocida y contrastada con rigor. Más diálogo, más contraste de informaciones, menos opiniones, menos declaraciones, menos pugilatos dialécticos. Hay una real urgencia en desterrar de nuestras costumbres la idea de que en nombre de la libertad cada cual puede opinar lo que quiera de cualquier tema sin dar razón de lo que dice, más allá de un genérico «según mi opinión» o «a mi entender». Además, puesto en confrontación con una opinión divergente, todo se salda con «eso opinas tú, esto opino yo».

Así nos encontramos con una adolescencia y una juventud que son reacias al discurso racionalizado, construido con cierto grado de argumentación. Es claramente la supervaloración de la emoción sobre la mera razón, la percepción sobre la racionalización, lo que impera en nuestro tiempo. Muchas veces las cosas se hacen «porque me apetecen», sin haber racionalizado los pros y los contras de las decisiones adoptadas. Ciertamente, las generaciones precedentes han infravalorado lo sensitivo y emocional a favor y en aras de la mera racionalidad científico-técnica. Solo lo que es científico vale, se decía, como si las personas, por poner un ejemplo evidente, se enamoraran «científicamente». Hoy nos hemos pasado al lado opuesto, donde parece que solo la emoción, las sensaciones, la apetencia, lo que el «cuerpo pide», en ese mismo instante sea el último criterio de comportamiento. Si la expresión «inteligencia emocional» ha hecho fortuna es porque era necesaria, aunque yo prefiero la fórmula «inteligencia sentiente» de Xavier Zubiri o, recordando a Pascal, su máxima tantas veces citada de que «el corazón tiene razones que la razón no entiende». Hay que tener en cuenta a la vez el corazón y la razón.

Es lo que hoy deben fomentar los padres: sobre la base de un cariño cotidiano construir, mediante la palabra y el ejemplo, la racionalidad en los hijos, una inteligencia integradora de la razón abstracta y de los sentidos y sentimientos que conforman la riqueza de la persona.

Decir que vivimos en un mundo complejo es un lugar común. Edgar Morin ha estudiado mucho la importancia de la asunción de la complejidad en la vida moderna. En

un brillante ensayo sostiene que las disonancias, contradicciones y perplejidades han sido más importantes en los períodos más fecundos de Europa, como en el Renacimiento y en el comienzo de los tiempos modernos. Es lo que estamos viviendo en el momento presente. Nosotros mismos sostenemos que nos encontramos en un período de mutación histórica. Un período que abarca el último cuarto de siglo XX y lo que llevamos del presente, equiparable a otros períodos de la historia que solemos significar, por simplificación, con acontecimientos concretos. Limitándome al mundo occidental señalaría estos tres: el Renacimiento y el descubrimiento de América entre los siglos xv y XVI, la Revolución francesa en los finales del XVIII y la Revolución industrial a mediados del siglo XIX.

En los tiempos actuales hay unos cambios y transformaciones en la sociedad que hacen difícil la percepción de lo que es esencial respecto de lo accesorio. Aquí vale aquello de que el bosque no permite ver el árbol, pero, a nuestro juicio, tres hechos centrales están marcando el paso de la sociedad moderna a la posmoderna en el mundo occidental: la revolución tecnológica, la globalización y la inserción social de la mujer. Emergiendo cabe hablar de un cuarto: la preocupación por el medio ambiente, pues estamos en disposición de hacer inhabitable el planeta Tierra. Todo esto está trayendo unos cambios acelerados en nuestra vida cotidiana que solamente desde la asunción de su complejidad podremos afrontarlos. Para ello, la racionalidad es imprescindible para entender bien y situar la masa de inputs que recibimos, analizarlos, sopesarlos, cuestionarlos, ordenarlos, pensarlos y, a través de ahí, construir nuestras propias escalas de valores y ser dueños (responsables solidarios) de nuestra vidas.

c) El dinero como valor y el valor del dinero

No es un juego de palabras ni una adivinanza. Trata de reflejar dos actitudes básicas ante el dinero. Con la expresión «el dinero como valor» se quiere decir que entre las prioridades de la vida estaría el dinero, la posesión de la mayor cantidad de dinero. Con «el valor del dinero» queremos significar que se sabe lo que cuesta ganarlo, que se sabe el esfuerzo que hay que hacer para obtenerlo. Ambos aspectos no se contraponen necesariamente, pero en líneas generales hay que decir que los adolescentes y los jóvenes de poca edad destacan bastante más en considerar el dinero como algo importante en sus vidas que en valorar el esfuerzo que hay que realizar para conseguirlo. Básicamente porque lo tienen muy fácil, demasiado fácil, al menos hasta que no piensan en emanciparse, comprar un piso, buscar un trabajo, etc. Sin olvidar que el dinero es, según tres investigaciones diferentes, uno de los iconos, si no el primero, que según ellos mismos mejor les representa. De ahí que los traiga a esta lista de valores para trabajar en

la familia, máxime cuando sabemos, en frase de Steiner, que el dinero es el principal valor (como prioridad) de la sociedad adulta actual.

Lo que no quiere decir, sin embargo, que el dinero sea para los adolescentes lo más importante. Están por delante la familia, la salud y los amigos. En gran parte porque tienen bastante dinero entre manos. Los jóvenes españoles, en edades comprendidas entre los 15 y los 24 años de edad, el año 2005 disponían de media para sus gastos personales de 40 euros a la semana en números redondos. El dinero de bolsillo que tengan no depende de la clase social de pertenencia: 40,27 euros semanales de media es lo que tienen los que proceden de las clases sociales alta y media-alta, 41,79 los de la clase media-media y 39,20 los de la clase social media-baja y baja. Los chicos tienen bastante más dinero que las chicas, así como los de más edad tienen más dinero que los más jóvenes. En fin, dato muy importante, los que más tarde llegan a casa los fines de semana, los que más droga consumen, son los que más dinero tienen, y esto no se explica solamente por la edad y el sexo. Los estudios de drogas y jóvenes son formales y reiterativos desde siempre: cuanto más dinero tengan los chavales entre manos, más alcohol y droga consumen. No hay duda posible: el dinero es un valor para los jóvenes, y tenerlo en abundancia una prioridad.

Otra cosa es el análisis del valor del dinero. Como sabemos, España e Italia son los dos países europeos donde la emancipación familiar se hace más tarde, donde los hijos están más tiempo en el hogar familiar. No entramos aquí en esta cuestión. Solamente diremos que hay dos razones mayores de signo objetivo para explicar este hecho, y dos tan básicas como las anteriores, pero de signo subjetivo esta vez. De signo objetivo: la carestía de la vivienda y la precariedad del empleo.

Pero hay también razones de signo subjetivo que normalmente no se señalan. En primer lugar, la dificultad de muchos padres en aceptar de buen grado que sus hijos se vayan de casa cuando estos se quieren ir, como sucede en la gran mayoría de los jóvenes occidentales alrededor de los 20 años de edad. En segundo lugar, el acomodo de los jóvenes a esta situación, pues, ante la dificultad de emanciparse (y de hacerlo con los estándares de vida de su familia de origen), deciden «irse de casa quedándose», esto es, su domicilio familiar se convierte en una fonda amable y gratuita. Desde esta realidad se entiende la dificultad que tienen los jóvenes para valorar el dinero, pues no lo necesitan al tener cubiertas las necesidades vitales de alojamiento, manutención y vestido.

Esta situación es sencillamente desastrosa. En la sociedad del futuro, sociedad abierta, luego impredecible y con trabajos inestables, la gestión del dinero y del patrimonio será esencial. Pues bien, hay que reconocer que nuestras familias prácticamente no abordan esta cuestión, más allá de mil lamentos sobre la carestía de la vida, de los estudios de los hijos y la recurrente cantinela de septiembre sobre el precio

de los libros y equipamientos escolares. De hecho, un aspecto olvidado en el aprendizaje hacia la competencia personal es el de la gestión del dinero. Suelo sugerir a los padres algunos elementos de reflexión en este punto.

En primer lugar, hablar con normalidad, en la conversación familiar, de la dimensión económica de la vida. Los hijos deben saber el esfuerzo que hay que realizar para costearse unas vacaciones, por ejemplo. O las horas de trabajo para que le costeen una bici. Pero no machacar a los hijos con el coste de la educación, pues puede tener efectos perversos, y más que lamentables, en diferentes sentidos. En algunos originando reacciones imprevisibles si las calificaciones escolares no responden a las expectativas, quizá excesivas, de sus padres. En otros, buscando el suspenso y hasta la expulsión del centro docente, estando aún en edad escolar, para insertarse en un puesto de trabajo de fortuna que si bien responde a las querencias inmediatas de un adolescente, lo sepulta en ese nivel laboral, quién sabe si para toda su vida.

En segundo lugar, no darles demasiado dinero, y el que le den, enseñarles a organizarlo. Creo que es mejor que, a partir de cierta edad, digamos 16 años, reciban una cantidad negociada en familia como mínimo semanal y cuanto antes mensual, y atenerse, sin rigideces, a esa cantidad. Ciertamente, los abuelos son los que más fácilmente rompen este pacto que, en algunos casos, puede ser grave. (Para no pocos consumidores habituales de drogas, los abuelos son su principal fuente de financiación.)

Creo también que, en la actual situación del mercado inmobiliario, los padres, en vez de comprar motos y coches a sus hijos, deben ayudarles durante los dos o tres primeros años en el pago de su vivienda. Poco a poco, las Administraciones públicas están tomando conciencia de este gravísimo problema para la responsable inserción social de los jóvenes, pero es preciso que los padres ayuden. Una forma segura de no hacerlo es fomentar que sigan en casa, comiendo la sopa boba, con dinero fácil y abundante, aunque siempre dirán que tienen poco.

En fin, hay que desterrar la idea de que los jóvenes no trabajen en un trabajo remunerado hasta que este sea estable y más o menos definitivo. La secuencia estudiar, obtener un título y después peregrinar buscando un trabajo debe modificarse hacia otra secuencia donde la compatibilidad entre el trabajo y el estudio sea más flexible. La sociedad no se cambia de la noche a la mañana, y no se trata de pretender reproducir modelos de otros países, que también tienen sus problemas. Es algo más simple: que desde la edad laboral los jóvenes trabajen en algo remunerado. Así aprenderán el valor del dinero, lo que cuesta ganar el dinero, el esfuerzo necesario para llevarse al bolsillo los 40 euros con el que sus padres lo llenan semanalmente. No hay mejor escuela para apreciar el valor del dinero que trabajar para obtenerlo. No se diga que no hay trabajo. Ciertamente, no es lo mismo en todas partes, pero un joven que quiera echar unas horas

los fines de semana, a poca habilidad y ganas de trabajar que tenga, encontrará un trabajo. Y no digamos los estudiantes durante las vacaciones. Otra cosa es el trabajo estable, más o menos definitivo, ya familiarmente emancipado.

Ciertamente, este libro está pensando en adolescentes, de los que muchos no están en edad de trabajar remuneradamente. Pero incluso en este caso la educación para la gestión del dinero debe comenzar desde el inicio de la adolescencia y antes de que lleguen a la edad laboral.

d) Tolerancia y permisividad familiar

La tolerancia es uno de esos valores faros que, demasiado frecuentemente, en vez de alumbrar deslumbra, y en el deslumbramiento oculta la realidad de las cosas. Tanto en el terreno de las relaciones próximas y en la familia y en la escuela, por ejemplo, como en el conjunto de la sociedad.

Bajo el término «tolerancia» no pocas veces lo que hay no es otra cosa sino permisividad, cuando no dejación de responsabilidades. Por ejemplo, cuando en nombre de la tolerancia no pocos padres dejan hacer a sus hijos casi lo que quieran, sin ofrecerles referentes, balizas de comportamientos, límites. En nuestra sociedad, hace años se instaló la permisividad, y nos cuesta salir de ella. Muchas veces he sostenido que la máxima de mayo del sesenta y ocho parisino del «prohibido prohibir» en realidad se implantó entre nosotros. Así, nos hemos instalado en una especie de «relativismo moral» dando como consecuencia que muchos adolescentes piensan que no hay reglas o directrices sobre lo que es el bien y el mal, y que lo que es bueno o malo depende de las circunstancias del momento. Talante relativista que no es sino consecuencia del que han heredado de los adultos. Que después muchos profesores no puedan con sus alumnos y muchos padres con sus hijos no es sino la consecuencia obvia. Ya lo decía Platón hace veinticuatro siglos: «Cuando los padres se acostumbran a dejar hacer a sus hijos; cuando los hijos ya no toman en cuenta lo que aquellos dicen; cuando los maestros tiemblan ante sus alumnos y prefieren adularlos; cuando, finalmente, los jóvenes desprecian las leyes, porque ya no admiten por encima de ellos la autoridad de nada ni de nadie, es el principio de la tiranía y el fin de la pedagogía».

Muchos jóvenes han recibido una educación que no les ha preparado psicológicamente para afrontar convenientemente la sociedad en la que les ha tocado vivir. Mi tesis es que muchos de los actuales adolescentes y jóvenes, y pienso en los que provienen de la gran clase media que conforma la mayoría de la sociedad actual, han crecido en una infancia dulce, sobreprotegida, con más recursos materiales que adolescencia y juventud alguna hayan tenido en la historia, a quienes nadie les ha

hablado y educado en la importancia del sacrificio para el logro de objetivos concretos, en la abnegación, en el esfuerzo, en la necesidad de diferir en el tiempo la obtención del bien deseado, en la autorresponsabilidad.

Insisto en este punto, pues creo que es una de las peores derivas de nuestra sociedad: hemos creado una sociedad de derechos sin el correspondiente correlato de deberes, hemos insistido en la creatividad, en la espontaneidad, en la liberalidad de costumbres, en la queja continua, en la exigencia a los otros, especialmente a la Administración, para que nos resuelva todos los problemas. Así hemos hecho de la Administración un gigante. Esto, si no se remedia, es lisa y llanamente el estrangulamiento de una sociedad. Y la solución no pasa, como decíamos con no poca ingenuidad antaño, por un cambio en las estructuras sociales y políticas (aunque también habrá que cambiarlas) si antes, con anterioridad al cambio de estructuras, no cambiamos las personas. Y los padres son insustituibles en este empeño.

Se ha dicho, y con razón, que la sociedad actual se ha hecho muy individualista. Cada cual va a lo suyo, y aunque el término «solidaridad» está muy de moda, de hecho lo que prima es el individualismo, cada uno para sí. Esta actitud en gran parte es consecuencia de la situación que hemos descrito en el apartado anterior. La persona se percibe a sí misma como mero sujeto de derechos, sin el correlato de los deberes y responsabilidades.

El individualismo, sin duda alguna uno de los valores básicos de nuestra sociedad, tiene dos caras. Una muy positiva, otra claramente negativa. Por un lado supone la voluntad de adoptar planteamientos propios, autónomos, ilustrados por la razón y el conocimiento de las cosas. Es la voluntad de no ser rebaño, de ser libre, creador, propulsor, no dependiente. Es la gran herencia positiva de la Ilustración, que, me temo, ha dejado paso a la otra cara del individualismo, que viene a decir que yo puedo hacer lo que quiera con tal de respetar la ley, respeto que puede convertirse en no respeto si hay previsión de no ser pillado en la infracción correspondiente. Llevado al límite, sería la moral libertaria, que diría Valadier, que impregna a nuestra sociedad, jóvenes y adultos. Desgraciadamente, no es el individualismo de razón, sino el individualismo de deseo el que impera. No es el individualismo de proyectos, sino el de la mera exigencia de satisfacción inmediata de apetencias el que se impone. El individualismo de deberes y responsabilidades queda sofocado bajo el individualismo de los solos derechos.

Pero no tendría por qué ser así necesariamente, pues la filosofía de los derechos humanos, si se hubiera insistido en lo que de más profundo tiene, a saber, una serie de valores inherentes que hay que defender, propugnar y promover en toda persona, precisamente por su condición de persona, conlleva una base de fraternidad universal innegable. Es lo que para algunos conforma uno de los fundamentos para una moral de

mínimos o sustrato para una ética civil. A partir de ese momento es posible pasar de una situación de individualismo de meros deseos al de derechos y responsabilidades. En alguna ocasión he definido esta situación como la de una autonomía consensuada. Entiendo por autonomía consensuada la fórmula que en la sociedad actual, plural y con una gran diversidad de proyectos personales y colectivos, pueda, respetando este carácter plural, ir más allá del mero individualismo de deseos, otro de cuyos riesgos es el de caer en tribus por afinidades emocionales, sociales, étnicas, religiosas, políticas, hasta geográficas, encerrado cada colectivo en su gueto, no queriendo saber nada de los demás. En una sociedad como la española actual, en la que la emigración se hace presencia cotidiana en nuestras vidas, la educación familiar y educativa en este campo es central. Por razones éticas y de convivencia. Mírese a la próxima Francia y la dificultad que tienen para integrar a los emigrantes de segunda y tercera generación. Pero demos un paso más en este campo de la tolerancia.

e) Más allá de la tolerancia, la necesaria intolerancia y la solidaridad

En el ámbito más amplio de la sociedad debemos saber distinguir entre la tolerancia activa y la tolerancia pasiva, sin olvidar la necesaria intolerancia. La tolerancia activa presupone el respeto profundo a la diferencia, a los proyectos del «otro». Más aún presupone una actitud de comprensión del distinto, una actitud de comprender al distinto desde dentro, desde sus propias coordenadas personales, sociales, culturales, etc., al menos hasta donde sea posible «ponerse en la posición del otro».

La tolerancia pasiva equivale a la indiferencia, es esa aceptación del término «tolerancia» que significa indulgencia, condescendencia con algo o alguien que, en el fondo, se rechaza o no se acepta, pero cuya presencia «se tolera», preferentemente lejos, en otro barrio distinto al nuestro. Que las autoridades se planteen situar un centro de rehabilitación de toxicómanos, de enfermos de sida o de acogida de inmigrantes en el portal de al lado y constataremos cómo muchas personas que rechazaban verbalmente toda discriminación a los colectivos mentados protestará airadamente.

Pues bien, la permisividad en el ámbito privado y la tolerancia pasiva en el público impiden que aflore, además de la tolerancia activa, la imprescindible autoridad en lo privado y la no menos necesaria intolerancia en lo público. La autoridad tiene mala prensa, pero no hay sociedad equilibrada sin autoridad. El autoritarismo es malo; la permisividad, peor. Nos cuesta aceptar esto.

Pero bajo capa de tolerancia, además de la indiferencia en lo público y la permisividad en lo privado podemos impedir que aflore la necesaria intolerancia ante determinados comportamientos o ideas. Hay que ser intolerantes ante la exclusión social

en razón de la raza, etnia, sexo, religión, proyecto político, a condición, por supuesto, de que todos respeten los derechos humanos y la ley en vigor. También los emigrantes, por supuesto. Hay que ser intolerantes ante la permisividad reinante en muchos de nuestros hogares ante la indisciplina reiterada en muchos de nuestros centros docentes, ante los actos vandálicos de algunos de nuestros jóvenes, ante determinadas manifestaciones violentas de las que son actores activos (agresores) y a veces también actores pasivos (víctimas). La intolerancia ante determinadas situaciones es la condición para que no aflore en nuestras vidas el desentendimiento, la inhibición e indiferencia por los demás, por lo que hagan los demás, incluso próximos, como sucede a veces con los hijos, porque entonces la tolerancia habría perdido su dimensión moral y cívica, convirtiéndose en la indiferencia del «sálvese quien pueda» y «a mí qué me importa, que haga lo que quiera».

Pero hay que dar un paso más. Hay que dar un salto de la tolerancia activa a la solidaridad. Se ha dicho, y con razón, que la sociedad actual se ha hecho muy individualista. Cada cual va a lo suyo, y aunque el término «solidaridad» está muy de moda, de hecho lo que prima es el individualismo, cada uno para sí. Si la persona se percibe a sí misma como mero sujeto de derechos, el riesgo de autismo social es evidente. Más arriba he hablado de autonomía consensuada y del riesgo de caer en tribus de afinidades de todo tipo, llevando así el individualismo personal al colectivo. Solo la asunción de una solidaridad más allá de las afinidades selectivas, incluso propugnando ideales universales, puede dar cuenta de esta situación. Es posible mantener la identidad personal y colectiva propia sin renunciar a principios universales.

Pero esto exige un cambio radical en el sistema de valores. En vez de tanto preguntarse a qué se tiene derecho, qué es lo que la sociedad (la Administración, los partidos políticos, las instituciones de todo orden, etc.) pueden hacer por mí, que ya pago mis impuestos y hago dignamente mi trabajo, la solidaridad exige formularse otra pregunta. En la realidad es la pregunta anterior, pero dada la vuelta: ¿qué puedo hacer yo para avanzar hacia una sociedad más humana y más justa? De ahí que el último de los valores que, entiendo, hay que propugnar en las nuevas generaciones (y en las adultas, pero aquí escribo de adolescentes) es lo que denominaré como la «utopía por un mundo mejor». Pero antes debo referirme a dos órdenes de valores sin los cuales no hay utopía posible. Me refiero a la espiritualidad, por un lado, y la necesidad de potenciar los valores instrumentales sin quedarnos solamente en la enumeración y potenciación de los valores finalistas.

f) La espiritualidad

Entiendo el término «espiritualidad» como superación de lo meramente material, de la búsqueda del bienestar individual ligado a la posesión de bienes materiales, a la divinización del dinero como el dios Mammón, a la búsqueda de una identidad más rica, más profunda, más humana. Algunas concreciones de la espiritualidad más allá de lo meramente material, de la espiritualidad como superación de lo meramente empírico, de lo físico y psicológicamente constatable podríamos expresarlo mediante la dialéctica entre pares contrapuestos de valores tales como estos: la contemplación frente al activismo, lo importante frente a lo urgente, la sabiduría frente al tecnicismo, la profundidad frente a la mera superficialidad, la jerarquía de valores frente a su nivelación, la moral de la responsabilidad frente a la moral libertaria, la tensión entre el *nahi dut* (lo quiero porque me apetece) y el *behar dut* (debo hacerlo por exigencia ética), el nivel y la calidad de vida frente al egocentrismo y el alterocentrismo, en fin, más allá del binomio absolutismo (solo hay una verdad) y relativismo de valores (todos los valores valen lo mismo), la relatividad de valores bajo el universal respeto a la persona.

Debajo de la demanda de espiritualidad está la afirmación de que los hombres y mujeres somos algo más que mera corporeidad, que la historia humana no se limita a las cosas, a la posesión de cosas, y que las ideas y proyectos, los fines últimos y las primeras preguntas, quién soy yo, de dónde vengo y a dónde voy, por qué he de hacer el bien y no el mal, si hay un principio que vaya más allá del inicio, no es algo predeterminado, no se sabe bien por qué leyes físicas o, bien al contrario, tan aleatorio que todo es fruto de un azar hoy por hoy inasible. Una concreción de la espiritualidad es la religión, pero también cabe hablar de una espiritualidad atea, lo que sostiene con fuerza, por ejemplo, el pensador francés Comte-Sponville ⁴⁸.

⁴⁸ En su libro *L'esprit de l'athéisme: introduction à une spiritualité sans Dieu*. París, Albin Michel, 2006.

Personalmente suscribo las reflexiones y afirmaciones de Ricoeur cuando, teniendo en cuenta su lugar de nacimiento en una familia concreta, en una sociedad concreta y en un momento concreto de la historia, define su cristianismo como «un azar transformado en destino por una elección continuada». Ricoeur en la tradición evangélica reformada, en la católica yo. Así, el azar originario se convierte en un destino, en una opción vital, fruto y consecuencia de una constante decisión y elección, día a día, entre otras opciones vitales. «Es de esta elección –continúa Ricoeur– de la que estoy obligado a rendir cuentas a lo largo de toda mi vida, mediante argumentos plausibles, esto es, dignos de ser argüidos en una discusión con protagonistas de buena fe, que están en la misma situación que yo, incapaces de formular razonablemente [*rendre raison*] las raíces de sus

convicciones»⁴⁹. He aquí el itinerario de un creyente con el que me siento, lo repito, perfectamente identificado. Del azar de los orígenes a una decisión vital, seguramente sin la lucidez y profundidad de Ricoeur, pero sí al menos con su apego, más allá de una y mil cosas que no nos agraden de la confesión religiosa, de la Iglesia a la que pertenezcamos.

⁴⁹ En «Fragments 1», pp. 99-103, en *Vivant jusqu' à la mort, suivi de Fragments*. París, Seuil, 2007.

Pero este es otro debate. Lo que quiero significar aquí es que en la educación de las nuevas generaciones es un error mayúsculo dejar de lado la dimensión espiritual y, obviamente, para los creyentes, la religiosa, salvo que queramos hacer de la nueva sociedad una sociedad puramente materialista, volcada en la prosa del inmediato bienestar, arrinconando el espíritu, según la tesis y título del extraordinario libro de Rob Riemen *Nobleza de espíritu*⁵⁰, que es lo que ha caracterizado a lo mejor de de la cultura y sociedad europeas. «No puede haber civilización –arguye Riemen– sin la conciencia de que el ser humano tiene una doble naturaleza. Posee una dimensión física y terrenal, pero se distingue de los animales por atesorar, a la vez, una vertiente espiritual: conoce el mundo de las ideas. Es una criatura que sabe de la verdad, la bondad y la belleza, que sabe de la esencia de la libertad y de la justicia, del amor y de la misericordia» (p. 89).

⁵⁰ Que lleva el significativo subtítulo de «Tres ensayos sobre una idea olvidada». Barcelona, Arcadia, 2006

No entenderlo así y no fomentar el mundo del espíritu, la espiritualidad, tiene el agravante mayúsculo de que entonces nuestros hijos no entenderán que pueda haber personas para quienes la dimensión espiritual, y en su caso religiosa, comporta una parte sustancial de su identidad. En unos casos ni atisbarán esa posibilidad y quedarán encerrados en un mundo material angosto, limitado. En otros casos no les entenderán, tanto a los que tienen una visión abierta de sus creencias como a los que la tienen cerrada y excluyente a otros planteamientos por sentirse partícipes de la única religión verdadera y salvadora. Riesgo demasiado extendido todavía en prácticamente todas las confesiones religiosas, aunque en unas más que en otras.

En efecto, el concepto de tolerancia y pluralismo también debe aplicarse a la dimensión espiritual, luego también a la educación religiosa. No podemos entrar aquí en esta cuestión⁵¹. Solamente traeré aquí para concluir este punto algunas reflexiones de eminentes pensadores.

⁵¹ He reflexionado sobre esto, y en general sobre la importancia de la educación en valores, en mi obra *L'educació del futur i els valors. Debats d'educació*. Barcelona, Fundació Jaume Bofill, 2005. En la web de la Fundació Bofill puede consultarse el texto en castellano. Cf. también el capítulo 3 de mi libro *Los jóvenes y la felicidad*. Madrid, PPC, 2006, particularmente las pp. 126ss.

Según el teólogo belga Jacques Dupuis, que pasó casi toda su vida en un teologado indio, «el dilema fundamental... es el que existe entre exclusivismo eclesiocéntrico y pluralismo teocéntrico, es decir, entre una interpretación fundamentalista del axioma “fuera de la Iglesia no hay salvación” y un radical liberalismo que concibe las diferentes manifestaciones divinas dentro de las diversas culturas como caracterizadas todas ellas – incluida la que tuvo lugar en Jesucristo– por una igualdad fundamental en sus diferencias». Líneas más adelante señala que «la única teología válida de las religiones será la del pluralismo teocéntrico, que explica todos los fenómenos, trasciende toda pretensión cristiana de un papel privilegiado y universal para Jesucristo y, finalmente, establece el diálogo interreligioso sobre un nivel de auténtica igualdad» ⁵².

⁵² J. DUPUIS, *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*. Santander, Sal Terrae, 2000, pp. 276-277.

Tuve ocasión de invitar después a Jacques Dupuis al Forum Deusto, donde pronunció una espléndida conferencia. Traduzco del francés y traslado aquí estas reflexiones suyas. «El mundo pluriétnico, pluricultural y plurirreligioso de nuestro tiempo exige, por todas partes, un salto cualitativo proporcional a la situación, si deseamos mantener relaciones mutuas positivas y abiertas, caracterizadas por el diálogo y la colaboración entre los pueblos, las culturas y las religiones del mundo. Se precisa una auténtica conversión de las personas y de los grupos religiosos para lograr la paz entre las religiones, sin la cual, como he recordado anteriormente, no puede haber paz entre los pueblos» ⁵³.

⁵³ J. DUPUIS, «Le dialogue interreligieux dans une société pluraliste», en *Forum Deusto*. I. Movimientos de personas e ideas y multiculturalidad. Bilbao, Universidad de Deusto, 2003, p. 51.

Necesitamos prestar atención a la cuestión religiosa con otros ojos. A la universalidad de la dimensión religiosa en nuestra sociedad global debemos responder con la aceptación de su pluralidad, no al modo de competencia, sino de enriquecimiento mutuo. Lo que perentoriamente supone admitir, especialmente por los que nos decimos creyentes, que nadie tiene la única verdad absoluta. Un creyente puede –y en mi opinión debe– sostener, según la fórmula de Schillebeeckx, que «Dios es absoluto, pero que ninguna religión lo es». O esta reflexión de François Varillon que me acompaña desde

mi juventud: «La religión es una decisión de origen humano, la fe es la adhesión a una iniciativa de Dios»⁵⁴.

⁵⁴ La reflexión de Schillebeeckx se encuentra citada por J. DELUMEAU en Guetter l'aurore: Un christianisme pour demain. París, Grasset, 2003, p. 221. Este libro de Delumeau es estimulante como pocos. Como lo fue la conferencia que impartió en el Forum Deusto con el título «L'Église, doit-elle avoir peur de l'avenir?». La de François Varillon, en un libro que me acompaña desde hace ya casi veinticinco años: Joie de croire. Joie de vivre, su libro póstumo sobre la base de sus conferencias (a veces simples fragmentos de sus notas), recogidas y ordenadas por B. HOUSSET. París, Centurion, 1981 (la cita está en la p. 251).

Sería fundamental que las autoridades religiosas del planeta entendieran esto de una vez por todas.

g) De los valores finalistas a los instrumentales (de los buenos deseos al comportamiento comprometido)

Hemos podido constatar en diferentes estudios que un rasgo central de muchos adolescentes y jóvenes (no solamente en ellos, pero de ellos hablamos aquí) es el de su implicación distanciada respecto de los problemas y las causas que dicen defender. Incluso en temas frente a los cuales son pioneros, como el ecologismo y el respeto por la naturaleza, por señalar un caso paradigmático, no puede decirse que, salvo en grupos muy restringidos, sea para la mayoría una prioridad vital, una utopía sostenida en el día a día, en la acción libremente decidida a la hora de ocupar sus preocupaciones y su tiempo disponible. Cada día estoy más convencido de que el uso que se dé al tiempo libre y al dinero de bolsillo son dos de los mejores indicadores de los valores de las personas, los adolescentes también. «Dime qué haces con tu dinero y con tu tiempo libre y te diré cómo eres», cabe decir con todo rigor.

En este orden de cosas suelo añadir que en la utilización del tiempo libre durante los fines de semana, el problema mayor no está (aunque también) en la ingesta abusiva de alcohol y otras drogas, con las consecuencias sabidas, sino en una especie de orgía social nocturna que los deja incapacitados para hacer algo de lo que dicen que es fundamental en la vida y que solamente puede llevarse a cabo, en condiciones físicas aceptables, durante las horas diurnas. En este sentido llevo señalando desde hace años que, en muchos de los actuales adolescentes y jóvenes, hay un hiato, una falla entre los valores finalistas y los valores instrumentales: los actuales jóvenes apuestan e invierten afectiva y racionalmente en los valores finalistas (pacifismo, tolerancia, ecología, exigencia de lealtad, etc.) a la par que presentan, sin embargo, grandes fallas en los valores instrumentales, sin los cuales todo lo anterior corre el gran riesgo de quedarse en un

discurso bonito. Son los déficits que presentan en valores tales como el esfuerzo, la autorresponsabilidad, el compromiso, la participación, la abnegación (que ni saben lo que es), la aceptación del límite, el trabajo bien hecho, etc. La escasa articulación entre valores finalistas y valores instrumentales está poniendo al descubierto la continua contradicción –amén de la dificultad– de muchos jóvenes para mantener un discurso y una práctica con una determinada coherencia y continuidad temporal allí donde se precisa un esfuerzo cuya utilidad no sea inmediatamente percibida. Aquí también la educación en derechos sin el correlato de los deberes y responsabilidades ha hecho estragos.

Las consecuencias de este estado de cosas son muy claras, pero todavía muy escasamente asumidas. Algún día habrá que tomar conciencia de que España en general y las regiones fronterizas en particular deben dejar de ser el «edén del alcoholismo juvenil europeo» y volver a unos husos horarios los fines de semana que faciliten la integración social de los adolescentes y jóvenes. No es posible seguir manteniendo por más tiempo, como algo normal y para no pocos bienvenido, que cerca de uno de cada dos jóvenes con edades comprendidas entre los 15 y los 24 años se retiren a descansar habitualmente los fines de semana después de las 4 de la madrugada. Mientras no se tenga esto claro, todo lo que se haga no pasará de paliativo y de escasa eficacia. Las recientes experiencias del macrobotellón deberían hacernos reflexionar.

Pero no se puede dejar a las solas familias en este empeño. Tampoco vale la cantinela de la educación en valores. Este es un problema de sociedad que desborda a la familia y a la escuela. La familia puede hacer algo, ciertamente, y aquí cabe hablar con fuerza de la enorme importancia de la educación en valores instrumentales. Sí, en este nivel, el papel de la familia es crucial. Más que la escuela, especialmente en los primeros años de la vida de la persona e incluso en la primera adolescencia. La adquisición de los hábitos de la disciplina, la abnegación (no por mucho llorar se obtiene a la primera lo que se quiere), el control de los deseos, el respeto a la autoridad (ejercida con razón y ponderación), la conciencia de que hay límites en todo, la necesidad de cooperar en la marcha cotidiana de la casa (la mesa no se recoge sola ni las camas se hacen solas) y un largo pero elemental etcétera son condición, y casi me atrevo a decir garantía, de que, una vez entrados en la adolescencia y juventud con la necesaria independencia, estén preparados para decir «no» cuando haya que decir «no» y, más importante aún, deseen decir «no» y sobreponerse a la presión del grupo, por ejemplo volver a casa sin necesidad de seguir las pautas del grupo cuando a todas luces lo están deseando. La educación en valores instrumentales (trabajo bien hecho, disciplina, constancia, etc.) es hoy, como poco, tan importante como la educación en valores finalistas (tolerancia, respeto al diferente, etc.).

h) La utopía por una sociedad mejor

Pero tenemos derecho a más que a solventar los riesgos de los fundamentalismos y de los clanes. Tenemos derecho a la utopía, procurando esquivar el escollo de la quimera. Este último valor que aquí propongo lo entiendo como la coronación, consecuencia y síntesis de los anteriores. La utopía forma parte del ámbito de lo plausible, de lo racionalmente pensable, teniendo en cuenta los condicionamientos en los que tenemos que vivir. La quimera se asemeja más a un cuento de hadas en el que la sociedad o algunos miembros de ella sueñan con algún paraíso inexistente. La quimera es peligrosa y siempre que se ha tratado de implantar «el cielo en la tierra» la cosa ha terminado en dictadura o, cosa que algunos piensan que es peor, en anarquía. La utopía, además de unos objetivos que conseguir, una ilusión que alcanzar, unos ideales por los que luchar, presupone la toma de conciencia del camino que hay que recorrer, del esfuerzo que hay que invertir, de las inercias que hay que superar, de los conciudadanos que hay que convencer. La utopía exige racionalidad en los juicios y competencia en los promotores. Se entenderá que hayan sido los dos primeros valores arriba propuestos.

Vivimos unos tiempos en los que faltan utopías, en gran parte porque lo que entendíamos por utopía eran quimeras. Así nos fue el siglo XX. Ahora estamos en plena travesía del desierto. La sociedad occidental está cansada, como dijera Trías y Argullol, y aburrida a la par que descorazonada, me permito añadir. Cansada de luchar contra los molinos de viento de la quimera, aburrida porque no ve más allá de lo inmediato y descorazonada porque en ese inmediato no ve más que un gran mercado. Mercado que lo hemos divinizado como referente, motor y explicación de la sociedad de nuestros días.

Benedicto XVI apela directamente a los cristianos para esta tarea cuando señala que «el deber inmediato de actuar a favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común. La misión de los fieles es, por tanto, configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con otros ciudadanos según sus propias competencias y bajo su propia responsabilidad»⁵⁵.

⁵⁵ En la encíclica *Deus caritas est*, n. 29. Partes del texto de Benedicto XVI son citas de otros dos textos. Uno de Juan Pablo II y otro de una Nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe de 2003, luego firmada por el cardenal Ratzinger, el actual papa, cuando era presidente de esa Congregación.

Actualmente, desde la sociología europea de los valores se señalan como tres órdenes de valores frente a los que habría gran unanimidad en el mundo occidental. Serían como los valores universales del mundo occidental. En primer lugar el respeto a los derechos fundamentales de la persona (aunque todavía desde una perspectiva individual, si no individualista, más desde la perspectiva liberal que colectiva); en segundo lugar la resolución de los conflictos por vías estrictamente pacíficas, con rechazo de la violencia no sustentada en el Estado de derecho, y en tercer lugar la búsqueda activa de un acuerdo con el mundo animal y con el medio ambiental. Además, una vez asumidos los tres principios aquí apuntados, el respeto a los valores particulares de las personas o colectivos sociales, por razón de historia, lengua o cualquier suerte de afinidades. Tenemos derecho a ser como somos, a ser como queremos ser, pero en el respeto a los valores universales que a todos nos obligan. En esta dialéctica entre valores particulares y valores universales, el papel de la educación total es imprescindible.

Pero hay una demanda implícita de otra cosa, de algo más y más profundo en las personas concretas de la sociedad que se explicita, a poco que se les demande, aunque después rara vez se concrete en el día a día. La inmensa mayoría de la población desea que se produzcan unos cambios en el estilo de vida, cambios como dar menos importancia al dinero y a los bienes materiales en su vida, más importancia a la vida familiar, llevar una vida más sencilla, menos agobiada y, como diría E. Morin, que se produjera una desaceleración en nuestras vidas, un dejar de correr de un lado para otro sin saber a dónde, ni por qué, ni para qué. Como me comentaba un amigo catalán, «estamos moviéndonos a ninguna parte, pero muy deprisa».

Que se avance hacia un modo de vida más sencillo y natural, que se dé más importancia al desarrollo individual, así como a la vida familia, conforman los tres pilares que como desideratum emergen con fuerza en las encuestas europeas de valores. Esto supone pasar del concepto de nivel de vida al de calidad de vida. No es casual que el concepto de calidad de vida sea más reciente que el de nivel de vida, pues solamente las sociedades que hemos llegado a un determinado nivel de vida podemos preguntarnos por la calidad de esa vida. Esta distinción es imposible de realizar en sociedades de subsistencia, de premura económica o de grandes bolsas de pobreza grave, lo que no es el caso, afortunadamente, de la sociedad española. De ahí que, en nuestra sociedad, donde el nivel de vida es alto, la pregunta es si el objetivo debe ser el de aumentar aún más el nivel de vida o más bien, manteniéndolo, aumentar la calidad de vida. ¿No percibimos a veces como inevitable, como un fatum, que, llegados a determinados niveles de vida, estamos condenados, sea a continuar en la carrera hacia un mayor nivel de vida, aun siendo conscientes de que eso supone un deterioro en nuestra calidad de vida, sea a descender de nuestro nivel con la angustia irrefrenable de no saber dónde

puede terminar la caída? ¡Que el mundo se pare, que quiero bajarme! Es una expresión quimérica con la que algunos de nuestros conciudadanos sueñan muy a menudo. Es también una demanda implícita de otro estilo de vida que hay que formular como utopía alcanzable.

Creo que lograr este empeño es labor de toda la sociedad, pero nadie como la escuela podrá hacerlo con la sistematicidad necesaria, máxime cuando solamente cuatro de cada diez familias españolas tienen capacidad de educar, como hemos mostrado en un estudio anterior ⁵⁶. La labor educadora es tanto más importante en una sociedad tan abierta como la nuestra en la que los jóvenes necesitan (y me atrevo a decir que lo solicitan a gritos, muchas veces silenciosos) balizas de comportamiento, referentes, valores que den sentido a una vida con la que muchos no saben qué hacer. Nunca los jóvenes han tenido tantas cosas y nunca han crecido tan solos como ahora.

⁵⁶ «Tipología y modelos de relación familiar», en el libro de ponencias del Congreso La familia en la sociedad del siglo XXI, 17-19 de febrero de 2003. Madrid, FAD, 2003, pp. 57-81.

2. La voz de los hijos

Voy a terminar estas páginas dando la palabra a los propios adolescentes. En la encuesta cualitativa que ha servido de base para este libro había algunas cuestiones referidas a las relaciones que mantenían con sus padres. He aquí la cuestión central. «Hablando ahora de tu casa, en las relaciones con tus padres, ¿piensas que hablas suficientemente con ellos de tus cosas? ¿Crees que tienes buenas relaciones con tu padre o con tu madre, o con ambos, para charlar de temas que te interesan personalmente? ¿O piensas, más bien, que se preocupan poco de ti y que solo les interesan tus notas y la hora a la que llegas a casa los fines de semana y si vienes bebido y esas cosas?».

A tenor de lo que sabemos por trabajos anteriores, no extrañará que digamos que la gran mayoría manifiesta tener buenas relaciones con sus padres, algo mejores con la madre que con el padre, pero cada día las diferencias se hacen menores. Particularmente en las relaciones de las hijas con sus padres, básicamente porque hay más fricciones que en las que las hijas mantienen con sus madres.

Tampoco extrañará que digamos que hay una serie de cuestiones, básicamente las de carácter sexual y también, aunque en menor medida, las relacionadas con los consumos de alcohol y drogas, que las comentan menos con sus padres o no las comentan en absoluto. Hace ocho años escribí un libro sobre este asunto que llevaba por título precisamente «el silencio de los adolescentes», y este que ahora ve la luz confirma lo esencial de aquel trabajo. Pero cabe apuntar cosas que allí no aparecían, o aparecían

menos, y en el presente estudio adquieren particular relevancia. Veamos, para concluir este capítulo y este libro, algunas de estas voces adolescentes cuando se refieren a sus padres, haciendo así honor al título del libro, que queremos cerrarlo con las propias palabras de los chavales y chavalas hablando de sus padres. He ordenado algunas de sus respuestas en varios capítulos que aparecen como auténticas demandas, gritos silenciosos de nuestros adolescentes.

a) De sexo no hablamos

En efecto, como decíamos más arriba, este es un tema del que muy pocos dicen hablar francamente con sus padres. He aquí algunos ejemplos. «Hablo de todo con mis padres y a veces hay discusiones por temas políticos. Pero no hablo de sexo porque tienen un punto de vista anticuado, o al menos eso creo yo», señala una chica catalana de 18 años de un centro privado. Esta otra chica de Santiago de 16 años viene a decir lo mismo al confesar que «con mis padres hablo lo normal, del colegio, de la familia... Mi vida sentimental, algún problema con el novio no. A mis amigos les cuento todo, a mis padres no les cuento ni un cuarto que a ellos». En el mismo orden de cosas, de nuevo otra chica de 17 años, madrileña ahora, de un centro público, nos dice que «con mis padres no hablaría nunca de mi vida sexual. Se escandalizarían. Sin embargo a un amigo íntimo se lo contaría». Por último, este chico madrileño de 17 años que afirma: «Tengo buena relación con mis padres y se preocupan de mí lo suficiente, pero hay cosas (sexo, alcohol, experiencias que he tenido, etc.) que no les cuento». Podría multiplicar los ejemplos.

Como sabemos por otros trabajos, la dimensión de la sexualidad queda aparcada generalmente en las relaciones paterno-materno-filiales. En parte por la intimidad y recato a hablar con adultos de estos temas, sin olvidar la necesaria y bienvenida autonomía de los adolescentes, especialmente si perciben unos padres muy «preguntones» y «metomentodo», que también existen, como veremos más abajo. Pero también puede ser por la dificultad o inseguridad de los padres para abordar con franqueza y delicadeza estas cuestiones. Que, sin embargo, lo hemos visto en el capítulo de la sexualidad, es un capítulo extremadamente importante en el crecimiento de los adolescentes. Una consulta de los padres con un psicólogo, pedagogo, sexólogo, etc., para aprender a abordar estas cuestiones en familia, cuando uno se sienta desarmado, nos parece que puede ser una iniciativa digna de encomio en la educación de sus hijos e hijas.

Pero, para ser justo y preciso, tengo que señalar que también hay adolescentes que mantienen conversaciones fluidas, también sobre el tema de la sexualidad, con sus

padres. Valga este botón de muestra de esta chica vasca de 19 años: «Con mis padres soy libre y tenemos bastante relación. Creo que se ocupan bastante de mí y puedo hablar con ellos de todo tipo de temas, hasta los más íntimos y vergonzosos». ¿Vergonzoso el sexo? Es ese pudor ante estas cosas que ancestralmente habita en la tierra vasca, aunque a veces también nos pasemos al extremo opuesto.

b) Me agobian con tanta protección

Es uno de los riesgos de la actual educación en familias con un solo hijo, con padres desbordados de trabajo y con estrés constante, que, ante la mala conciencia de no ocuparse suficientemente de sus hijos (percepción no siempre correcta, si no muchas veces falsa, como lo detectan los propios adolescentes), tienden a sobreprotegerlos, cuando no a mimarles en demasía. Aquí cabe traer a colación la advertencia de Platón hace veinticuatro siglos que mencionábamos más arriba.

Esta sobreprotección es percibida con disgusto y agobio por los chavales. Los chavales lo captan muy bien. He aquí un par de ejemplos. «Con mis padres me llevo bien, pero siento que me sobreprotegen demasiado, y eso me agobia», afirma una chica madrileña de 17 años. También tiene 17 años esta otra chica de un centro público del centro de España cuando afirma que sus padres «se preocupan demasiado de mí y me agobian muchísimo, aunque solo mi madre, que no se da cuenta de que ya no somos pequeños y que no tiene que estar todo el día pendiente».

Hay otro riesgo con la sobreprotección. Mientras los hijos están en casa, el discurso ideológico y el universo de valores puede ser asumido sin resistencia alguna por los hijos, sin haber sido matizado, interiorizado por ellos con el cedazo de la duda, de la reflexión personal, de la asunción personal. Lo cual no les prepara suficientemente para el momento en que se encuentren a la intemperie, cuando salgan del nicho familiar y tengan que crear su propia familia o simplemente salgan de casa a estudiar lejos del hogar paterno. He escrito dos veces la palabra «riesgo», pues no tiene por qué suceder y afortunadamente no siempre ocurren así las cosas. Pero mi experiencia con mis alumnos en la universidad, en las confidencias que me hacen muchos padres después de mis conferencias y en las conversaciones con psicólogos amigos, me señalan que este riesgo es muy real cuando se da una excesiva protección de los hijos, que al final crecen entre algodones. La clave está en lograr que los hijos no reproduzcan los esquemas de los padres simplemente porque lo dicen sus padres, menos aún si lo dicen porque saben que así sus padres se quedan contentos, sino porque, internamente, los han hecho suyos... aunque no coincidan en todo con lo que piensan sus padres.

c) Quisiera hablar más con mis padres de mis cosas

Es un grito silencioso pero muy real. En contra de lo que pudieran pensar los padres, incluso muchos padres, normalmente los hijos quieren hablar con ellos. En realidad, lo que sucede muchas veces en las familias es que se vive un desencuentro de preocupaciones. No pocos adolescentes señalan que sus padres están obsesionados por las calificaciones escolares y por su seguridad, pero que las cosas que a ellos les preocupan, básicamente sus relaciones personales con sus amigos y amigas, con los sufrimientos que a veces conlleva en la adolescencia, sus padres no las valoran y las oyen sin escuchar. Esta chica madrileña de 16 años, que apenas bebe, no toma drogas y tiene un buen expediente académico, según ella misma confiesa, lo refleja bien en esta reflexión. «Apenas hablo con mis padres. Sí, me llevo bien con ellos, pero están chapados a la antigua y no me entienden, mejor no hablar con ellos. Eso me lo reservo para las amigas. A mis padres principalmente les interesan las notas, mi seguridad, con quién ando y qué hago. Los temas que a mí me interesan dicen que son tonterías».

Este chico catalán de 18 años lo expresa con estas palabras: «Tengo una relación normal con mis padres. Hablo poco y a veces cuando hablo es para discutir de tonterías. Me gustaría hablar más con ellos. Saben que soy responsable». Exclamar que sus padres «saben que soy responsable» es un doble grito: el grito de reivindicar su autonomía y el grito de que le vayan tomando en serio, que ya no es un niño y que con él se puede hablar de otras cosas que de tonterías y, sospecho por la totalidad de las respuestas del joven, por tantas «charlas de precauciones», como algunos adolescentes las denominan.

He aquí un tema importante y que está en la raíz de tantos desencuentros. A los padres nos cuesta situarnos en el momento que están viviendo nuestros hijos. Además, al verlos pasar de la infancia a la adolescencia tan pronto, tan rápido, en un momento en que las formas de diversión evolucionan aceleradamente, el primer reflejo es el de la inquietud, el temor de que algo les pueda pasar. Amén de la preocupación por las notas. Todo esto es muy normal, pero los padres, como adultos que son, debieran ser capaces de tomar distancia y, hasta donde sea posible, situarse en el papel del hijo para encontrarse, padres e hijos, en la realidad del momento (la adolescencia en un mundo cambiante) y de las circunstancias que concurren en él. No hacerlo así puede provocar engaños y subterfugios en los hijos en sus relaciones, en la comunicación que mantienen con sus padres, llegando a subterfugios cuando no a engaños. El testimonio de esta chica de 16 años, que no bebe ni consume drogas, pese a ser habitual en las noches granadinas, lo dice así: «Mis padres no me comprenden ni se interesan por esos temas, como por ejemplo los novios, los lugares donde voy que me gustaría comentarles, compañías nuevas que he hecho, pero no puedo, no me escuchan. Así que opto por inventarme casi

todo de lo que he hecho para que no me regañen y me vuelvan a dejar salir».

Una situación extrema, infrecuente aunque real, es la que se produce cuando los hijos manifiestan romper toda comunicación con sus padres. Estos dos testimonios son un ejemplo de esto. Esta chica granadina lo dice con rotundidad: «A mis padres les intereso una buena mierda. Casi nunca están en casa, aunque yo tampoco. Están ahí para soltar la pasta». Es uno de los ejemplos más rotundos que he encontrado de incomunicación entre padres e hijos. Es cierto que la chica apenas tiene 16 años, parece muy precoz en sus relaciones sexuales, en sus consumos de alcohol y algunas drogas, enfrentada a los profesores y nada contenta con la escuela.

Otro ejemplo nos lo proporciona esta otra chica de 17 años, del centro de España, que paradigmáticamente parece tener mejores relaciones con su padre que con su madre, lo que no es caso aislado. Se expresa así: «Solo tengo buenas relaciones con mi padre, con mi madre apenas me hablo. Mi padre se preocupa de mí. Mi madre solo se preocupa de ella misma». La crudeza de su testimonio no deja lugar a dudas.

A veces incluso los propios hijos observan, no sin humor, por decirlo de alguna manera, el proceder y las angustias de sus padres. Y llegamos a otra dimensión, un tanto inesperada, cabría decir, en la voz de los adolescentes cuando piensan en sus padres: no preocuparles demasiado.

d) No quiero preocuparlos ni defraudarlos

Dos ejemplos nos sirven para mostrar esta otra voz de los adolescentes. La voz de quienes reconocen el trabajo de sus padres y no quieren agobiarles más. Ese chico madrileño de 16 años lo dice así: «Mis padres son unos magníficos educadores y sé que les podría contar todo, pero yo no me sentiría a gusto. Hay cosas que es mejor que no sepan para que no se preocupen, pero yo sé que, si un día les necesito, los tendré ahí». Es difícil decir más en menos espacio. Reconocimiento del trabajo de sus padres, confianza en ellos para contarles cosas, la convicción íntima de que ahí están si en un momento se les necesita y, por último, la decisión de no preocuparles demasiado. No sé decir qué es lo que este muchacho pudiera hacer para tener esa preocupación, pero en muchas encuestas hemos observado un sentimiento que incluso va más allá de la preocupación.

Esta chica de 15 años, una de las más jóvenes de la muestra, dice que «hablo con mis padres de mis estudios, de mis amigas, del deporte, pero hay cosas que no les contaría (aunque sí a mis amigas) porque si se enteran les defraudaría. Por ejemplo que he estado con un chico ocho años mayor que yo». Estamos ante una ocultación de información, lo que ya sabemos que sucede con relativa frecuencia, pero en este caso la razón está en no defraudarles. No tanto temer una regañina o una alteración posible de su libertad de

movimientos, sino no causarles problemas defraudándoles. Pero hay más y quizá más importante.

En un momento del cuestionario se les pide a los chicos y chicas que se pronuncien sobre algunas actitudes que pudieran tener con sus padres. Una de ellas es esta: «Haber sido injusto con tus padres». Pues bien, casi uno de cada tres adolescentes reconoce que a veces han sido injustos con sus padres. Este dato es absolutamente novedoso en la literatura sobre este tema, y me fue sugerido por una educadora para que lo incluyera en mis investigaciones. Arroja luz sobre un aspecto descuidado: los hijos son más conscientes de lo que muchas veces se piensa del esfuerzo que están haciendo sus padres en su educación. Particularmente en estos tiempos en los que trabajan los dos, padre y madre, y deben de conciliar su vida laboral y familiar, especialmente las madres. Creo que este aspecto debe ser tenido en cuenta por tantos padres (no todos, desgraciadamente) que se esfuerzan en la educación de los hijos y están recibiendo el bombardeo constante de educadores, medios de comunicación social, estudiosos del tema de la familia, significándoles que deben ocuparse de sus hijos. En algunos casos, particularmente en mis conferencias, he escuchado con una punta de reproche que los padres ya hacen lo que pueden y que ya no pueden hacer más. Pues bien, dar la voz a los hijos permite levantar la tapa del olvido y constatar que una parte sustancial de ellos reconocen esta labor de sus padres. En una proporción que se corresponde además con la que venimos señalando desde el estudio de 2003, «Hijos y padres, comunicación y conflicto», ya referenciada, como la de esos padres para quienes la educación de sus hijos es una prioridad vital.

En definitiva, la voz de los adolescentes cuando hablan de sus padres es una voz coral, como no podía ser de otra manera. La realidad de las familias también es coral, no uniforme. Pero hay algunas líneas mayores que atraviesan gran parte de los testimonios de los hijos cuando se refieren a sus padres en su tarea educativa. Una zona de intimidad personal que rara vez se manifiesta en familia, especialmente en estas edades, en todo lo referente a las cuestiones sexuales, no es obstáculo para una demanda a sus padres de atención y escucha, pero de las cosas que a ellos les importan. No solamente de los estudios y del «control» de las amistades. No diré jamás que esto no sea importante, que lo es y mucho, pero los adolescentes piden más.

Los hijos distinguen bien, por otra parte, libertad y respeto a su autonomía del desinterés, pretendidamente justificado, por una actitud de tolerancia pasiva. Piden cercanía en el respeto a su autonomía, cariño sin atosigamientos, orientación sin charlas conminatorias o proteccionistas. Los hijos les estarán agradecidos, silenciosamente agradecidos, la mayoría de las veces. Incluso comprensivos cuando no acierten.

GP – Actualidad

Historias y recetas de mi Taberna, Luis de Lezama
Testamento, Abbé Pierre
Mi decálogo para el tercer milenio, Juan Pablo II
Cien recetas, de Fray Juan de Guadalupe
Santiago Gapp. Pasión por la verdad frente al nazismo, José María Salaverri
Confesiones, Cardenal Tarancón
Vivir con sabiduría, Thomas Merton
El buen corazón, S. S. El Dalai lama
Mis razones para vivir, Abbé Pierre
Moral para Marta, Quintín Calvo Cubillo
Guillermo José Chaminade. Odres nuevos para un vino nuevo, Vincent Gizard
Sida y tercer mundo, Javier Gafo
Invitación a la sospecha, Norberto Alcover
La revolución oculta, Alfonso López Quintás
La Sábana Santa, Maria Grazia Siliato
Las tentaciones de Job, Antonio Bentué
Teología en vaqueros, Manuel de Unciti
Juan de Mata al vivo. Un no violento de hace ocho siglos, Manuel de Unciti
El don de la amistad. Adela de Batz de Trenquelléon, Eduardo Benlloch
El oficio de vivir. Las siete vidas del gato, Nando
La palabra y la paz. 1975-2000, Olegario González de Cardenal
Los panes y los peces de Faustino, José María Salaverri
Migajas cristianas, José Ignacio González Faus
Juan XXIII, el papa del Concilio, Peter Hebblethwaite
Utopía y realidad. Hombres Nuevos, Nicolás Castellanos (2ª ed)
Juan XXIII. Anécdotas de una vida, José Luis González Balado
Timor. La búsqueda de la paz, Arnold S. Kohen
Autoestima y vida, Franco Voli
Juan Pablo II, el papa peregrino, Achille Silvestrini (ed.)
Tiempo de diálogo, Varios Autores

Carrasco i Formiguera. Un cristiano nacionalista (1890-1938), Hilari Ragner
 Recuerdos de la transición, Alberto Iniesta
 ¿Victoria de los vencidos? Latinoamérica en el siglo xxi, Teófilo Cabestrero
 Hablemos de Dios, Luis de Lezama (3ª ed)
 Domingo Lázaro (1877-1935). Un educador entre dos grandes crisis de España, José
 María Salaverri
 La utopía malherida. Cuestiones éticas en nuestra cultura y sociedad, Norberto
 Alcover
 El dinamismo de la resistencia, Santiago Sánchez Torrado
 Místicos y profetas, José María Arnaiz (2ª ed.)
 En el corazón del mito. La dimensión espiritual de «El Señor de los anillos», Isabel
 Romero Tabares
 El oficio de morir. Las siete notas del Réquiem, Nando
 Volver a Nazaret guiados por Carlos de Foucauld y Luis Massignon, José Luis
 Vázquez Borau
 Sabores y saberes de la vida. Escritos escogidos de Frey Betto
 ¿Una economía alternativa? Iglesia y neoliberalismo, Pierre Deusy
 Cuando los días dan que pensar Pedro Casaldáliga (2ª ed.)
 La voz de Monseñor Romero. Textos y homilias, Óscar A. Romero
 50 cartas a Dios, Varios autores (3ª ed.)
 Los sabios y sus historias Elie Wiesel
 El mito de la seguridad, Joaquín García Roca
 La ciudad y el hombre ayer y hoy, José Ramos Domingo
 Los jóvenes y la felicidad, Javier Elzo
 Con la libertad del Evangelio. Temas de nuestro tiempo, Benjamín Forcano
 Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto, José María Mardones
 (5ªed.)
 El factor católico en la política española. Del nacionalcatolicismo al laicismo, Rafael
 Díaz Salazar (2ªed.)
 La última semana de Jesús, Marcus J. Borg y John Dominic Crossan
 Elige amar. Hermano Roger de Taizé (1915-2005), Comunidad de Taizé
 Laicidad del Estado e Iglesia, José María Setién
 Al ritmo del diario vivir. Cultura, política y ciudadanía, Olegario González de
 Cardenal
 Jesús. Aproximación histórica, José Antonio Pagola (8ªed.)
 El Dharma y el Espíritu. Conversaciones entre un cristiano y un budista, Juan Masiá
 y Kotaro Suzuki

Los cristianos en un Estado laico, Luis González-Carvajal Santabárbara
Así escribía, José Luis Martín Descalzo
Conversaciones sobre Xavier Zubiri, Jordi Corominas y Joan Albert Vicens

[Portadilla](#)
[Créditos](#)
[Introducción](#)
[Retratos de los adolescentes](#)
[Presente y futuro de la familia española](#)
[El miedo en los escolares](#)
[El botellón como paradigma del ocio juvenil](#)
[Cuando la sexualidad ocupa la escena](#)
[Los padres en su labor educadora y la voz de sus hijos](#)
[GP-Actualidad](#)

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Introducción	4
Retratos de los adolescentes	16
Presente y futuro de la familia española	30
El miedo en los escolares	59
El botellón como paradigma del ocio juvenil	87
Cuando la sexualidad ocupa la escena	124
Los padres en su labor educadora y la voz de sus hijos	160
GP-Actualidad	184